

El Hilo del Viento

Jaime Restrepo Cuartas

1

Guadalupe levanta la mirada al oír el estruendo. Primero sacude los sueños que insisten en devolverlo a la niñez. A través de las rejas se ve el resplandor del amanecer. En un principio cree que son los truenos que persisten después de una noche de tormenta, pero un olor a pólvora y un cielo transparente lo hacen levantarse del piso del cepo para interrogar el horizonte. “¿Qué diablos está ocurriendo?”. Aún permanece el brillo de Venus en el firmamento. Los compañeros de celda se despiertan una vez los ecos de una segunda detonación sacuden las paredes y mientras una lluvia de polvo les cae desde el techo de cañabrava. El olor cambia según el viento; ahora huele a boñiga seca de la que están hechas las tapias. Todos se arriman a la reja y buscan descubrir las razones de los estrépitos. Nadie habla; sólo las miradas parecen conversar. Luego, se escuchan gritos distantes y se siente el traqueteo de un fusil ametralladora, y se oyen los cascos de los caballos que resuenan en el empedrado de la calle. Guadalupe tiene entonces un vago recuerdo de la casa de los abuelos, pero es una visión opaca, perdida en la neblina del tiempo. Él dormía con sus padres en una pequeña habitación, al frente de la ventana que daba a la calle principal, y en la noche se despertaba con el relincho de las bestias que cruzaban el pueblo. Tendría cinco años y ése quizá es el único recuerdo que conserva de esa época. Todavía le resuenan en los oídos los gritos largos de los vaqueros arriando reses de las sabanas del río Guanápalo al puerto de Orocué.

“Se prendió la guerra”, dice Chicharrón y un aliento fétido espanta a Guadalupe. “Cállate, no me dejas oír”, le dice y lo empuja al rincón de la celda. El compañero del cepo, regañado, se sienta en el piso y cruza los brazos sobre las rodillas; apenas si protesta porque, aunque casi no se conocen, le tiene respeto o miedo o ambas cosas. La luz del día llega plena y una vaharada de humedad les estremece la piel. Guadalupe se soba los brazos con sus manos, para bajar los poros erizados por el impacto del viento frío que se mete por entre los barrotes. Siente la piel áspera. Sus ojos, de un negro intenso, quieren ver más allá de los muros que cercan el penal, en cuyo borde superior están empotrados los pedazos de miles de botellas quebradas. “Guardia”, grita, pero nadie responde a su llamado. A lo lejos, algunos presos comienzan a gritar que los saquen, que se van a morir encerrados sin poder defenderse, y al otro lado de las tapias se oyen las súplicas de gente espantada que corre a refugiarse, y órdenes que se cuelan por los resquicios de los muros en los demás patios del penal.

— Debe ser Eliseo Velásquez— Chichigua está todavía acurrucado, metidas ambas manos entre las piernas tratando de calentarse, mientras Caldo Flaco, sentado en la estera en donde suele dormir y recostado contra la pared, habla como un sonámbulo de la guerra.

— Se lo dije hermano, se lo dije, se prendió la revolución —repite desde lejos Chicharrón, con temor a acercarse de nuevo.

— Pues ojalá nos saquen de esta mierda—. Los ojos de Guadalupe buscan cualquier indicio.

— ¡Guardia!— vuelve a gritar.

“Quizás es el momento de darle otro rumbo a mi vida —piensa Guadalupe—. Hasta ahora me ha dominado la necesidad y no he sido libre para hacer lo que me venga en gana. Pueda ser que esa tal revolución me cambie la suerte”. Sus pensamientos son casi un ruego.

Afuera se intensifican los disparos y un golpe seco como de dinamita derriba parte del muro, al frente de sus ojos. Una nube de humo y de polvo se eleva y fragmentos de piedras y de arena salpican las paredes. Los cuatro hombres se agachan y por instinto se cubren los rostros, y pasado el temor creado por las explosiones, se aferran a las rejas para mirar el paisaje, abierto de repente cuando el aire aclara. Aparece la calle empedrada y al frente un potrero abandonado donde ha crecido la maleza, y a lo lejos las viviendas de un barrio cercano y personas que corren sin rumbo, huyendo de los disparos. Todavía se ven en las terrazas los coloridos de las ropas colgadas en los alambres y Guadalupe no puede dejar de recordar a su abuela extendiendo los vestidos de las muchachas en el solar de la casa. El olor a pólvora se estanca en los rincones de la pocilga; alguien tose por la irritación y la falta de costumbre, pero la mayoría sienten un inmenso placer con aquel olor, presagio de la libertad.

Desde la muerte de Gaitán comenzaron los levantamientos y las noticias se tornaron escalofriantes. Se hablaba de que el país estaba en llamas; no fue sólo la destrucción de Bogotá y los paros y movilizaciones en las ciudades capitales; era tiempo de masacres y atropellos, de ataques a puestos de policía, de bandas de matones a sueldo que recorrían los campos asesinando familias declaradas liberales, y de llaneros cansados de las persecuciones, que fraguaban un golpe de Estado contra el gobierno conservador, apoyados por la Dirección Liberal, y según dicen, con la participación del Ejército. Y todo en el Llano se sabe, porque los rumores vuelan con los alcaravanes y no cesan de vagar con los rebaños de potros cerreros y terneros orejanos que recorren los pastos de Saravena a Puerto Rico o de Cazarito a Villavicencio.

Caldo Flaco, que venía del norte, y había estado en Moreno y en Hato Corozal, contaba las hazañas de Eliseo Velásquez, y más que las de él, las de su famosa espada de “la guerra de los mil días”, especializada en cortar las

cabezas de los enemigos que humillados le pedían clemencia a él y a lo que él representaba: la revolución. “Pero el loco Velásquez era implacable. Salía de madrugada, en comisión, con su escolta de fusileros, y regresaba bien entrada la mañana con nuevas historias para contar y más muertos para marcar en la empuñadura de su acero. El resto de la tropa, adormilada, apenas hacía café y se desperezaba; entonces los reunía a gritos de batalla y blandiendo el arma ensangrentada les decía: a trabajar, prepárense para el combate que mientras ustedes dormían, partida de zánganos, yo hacía la guerra”.

— Yo oí que miles de hombres vienen del Cocuy y del páramo de Sumapaz, que son territorios controlados por los Villamarines. Eso en pocos días el Llano va a ser pura sangre— comenta Chichigua, mirando a un guardia que cae envuelto en gritos de muerte, al frente de sus ojos.

— El problema no son los hombres que se quieren levantar, esos sobran, lo que hacen falta son las armas y los caballos—. Chicharrón tiene medio cuerpo afuera; está que se sale por entre los barrotes.

— Pues los caballos se consiguen, para eso somos llaneros y las armas habrá que quitárselas a los patones—. Guadalupe se imagina cabalgando con su propio ejército de guerrilleros.

Los cuatro hombres se conocieron en Orocué cuando cansados de hacer poca cosa, decidieron probar suerte como vaqueros, y en el trajín del Llano aprendieron a ayudarse mutuamente. Fueron encarcelados por cachilaperos y por ello se sienten solidarios. Se dedicaban a recorrer el Llano arriando el ganado que encontraban perdido en el pastizal. Algunas eran reses sin dueño de las que se reproducen en las llanuras sin fin, pero otras, extraviadas de los hatos, tenían marca y las reclamaban los caporales. A uno de ellos, Caldo Flaco, le sumaron condena por desertor. Al estudiar los expedientes de los prisioneros, encontraron el suyo con una antigua orden de captura. Era cabo de la policía en Pachaquiario y desertó —asegura— por no cumplir la orden de matar una familia que acusaban de liberal. “Yo siento —le cuenta a los compañeros—, igual a mi padre, que mi sangre también es liberal”.

— ¿Y qué es ser liberal? —le pregunta Guadalupe.

— Pues no sé, es algo como que anda en la sangre.

“Pues si toca ser liberal, hay que ser liberal —piensa Guadalupe—; basta con decirlo y punto, quién le va a preguntar a uno por qué se es liberal, si casi nadie sabe eso”. Trata de recordar qué carajo era su padre, pero no encuentra en su memoria que alguna vez hubiera expresado sus preferencias. “Tal vez era alguna cosa, tal vez no era nada”.

Pero los asaltantes no son los guerrilleros de Eliseo Velásquez, que para ese momento se encuentra en otro asalto en La Poyata, dicen que matando a los

godos y a los policías que encuentra a su paso; son los soldados de la base aérea de Apiay que se levantaron contra el gobierno de Ospina, bajo las órdenes del capitán Alfredo Silva, al desconocer que se había cancelado la orden del golpe, organizado por los jefes liberales con un general en retiro que fue ministro de guerra. El hombre se llama Plinio Mendoza Neira, pero la gente del Llano lo conoce cariñosamente como Plinio. A lo lejos, los presos ven cruzar, montados a caballo, a los uniformados con sus cascos de batalla, disparándole a los policías que corren a esconderse del ataque intempestivo. Algunos se protegen detrás de los muros derruidos de la cárcel y desde allí responden al fuego con sus armas. Hasta que los guardias van cayendo uno a uno, abatidos por los asaltantes, quienes arremeten con sus fusiles y sus tacos de dinamita. Guadalupe y sus compañeros, recostados contra los muros, con los ojos abiertos y las manos crispadas, no lo pueden creer.

— Mierda, es el golpe—. Guadalupe con la barba a medio crecer, los ojos enrojecidos por el polvo que entra a bocanadas con los estruendos, la frente amplia, el bigote descuidado, las ropas raídas, la camisa abierta en el pecho, descalzo y oliendo a sudor. Todos han oído el rumor itinerante del golpe, el apoyo velado del ejército, los fieros ataques de Eliseo Velásquez, el grito de guerra de los Villamarines y los levantamientos en las sabanas del Upía de los hermanos Bautista.

— ¡Viva el Partido Liberal!— grita un soldado que entra disparando su fusil contra la garita, desde donde todavía ofrecen una leve resistencia un par de guardianes, aterrorizados por la inminencia de la muerte.

— ¡Qué viva!— gritan los presos y el eco de otros gritos se va juntando hasta opacar por completo el ruido de las balas.

— ¡Qué nos saquen!, ¡queremos pelear!— se oye por diferentes lados y cada vez entran más soldados por los boquetes de los muros. Hasta que empiezan a escucharse los gritos de los comandantes poniendo orden.

— ¡Salgan —les dicen a los reclusos—, de a uno, sin correr, filense contra el muro!

— Pero si estamos encerrados— gritan muchos presos. Y luego llegan unos soldados y les disparan a las cerraduras. Entonces los presos, refugiados tras los barrotes, empujan las rejas hasta reventar los pedazos de las chapas. El chirrido que expiden es la enseña de la libertad.

Los guardianes de la garita se entregan, salen con las manos en alto y los soldados los hacen arrodillar al frente de la tropa. Ellos suplican que les perdonen la vida, pero los otros hablan de sus muertos. Luego, sin pensarlo mucho, les disparan en la cabeza. Guadalupe los ve caer como si fueran muñecos de trapo. Esa imagen le perdurará siempre: estaban de pie con los nervios crispados y de pronto se desgonzaban y se derrumbaban. Entonces, los presos escuchan al capitán Silva dar la orden de soltar a los reos liberales que juren su compromiso con la revolución. Por ello abren las puertas de las celdas y los conducen al patio central. Los cautivos, al sentirse libres, y

envalentonados contra los carceleros, patean a los guardianes muertos que encuentran al paso. Allí, en medio de la algarabía, un sargento les pasa revista mientras un soldado apunta los nombres de cada cual y les pregunta las causas del apresamiento. La mayoría dicen no saber las razones o reconocen haber robado por hambre y algunos se atreven a confesar la muerte de unos cuantos godos asesinos, lo que despierta aplausos y nuevos gritos y vivas al partido liberal. En esas están cuando llega el capitán Alfredo Silva, montado en un potro ruano, en el cinturón la pistola y en la mano derecha un fusil. El sargento y un cabo dan la orden de saludar al jefe del levantamiento.

— ¡Atención, firmes!—. Los soldados se cuadran y los reclusos los imitan eufóricos, alegando estar dispuestos a empezar de una vez la vida de la guerra.

— El Ejército de Colombia apoya el golpe de Estado, si se unen a la revolución van a obtener el perdón —dice el capitán dando vueltas en su caballo y el animal, alegrando la arenga, se para en las patas traseras y escarba el aire con sus cascos— ¡Viva el Partido Liberal!

El Capitán Silva tiene una voz recia y el ceño fruncido. Los presos apenas si le distinguen el rostro bajo el gorro de soldado, pero lo seguirán viendo mucho tiempo después como el gran libertador.

“Si la revolución es pelear con los godos, pues a pelear se dijo. Ya sé disparar un fusil, para montar no hay quien me gane, me conozco bien el Llano, y si se necesita correr, pues tampoco tengo pierde”.

— ¡Viva!— gritan al unísono.

— Qué no quede un godo vivo— exclama uno de los reclusos quien desde que tiene memoria ha vivido entre los muros del penal. Los demás, que lo conocen como “el loco”, aplauden con euforia.

Guadalupe, que ha sido soldado y salió con el rango de cabo, da un paso al frente y grita: “yo soy el cabo Guadalupe Salcedo Unda, me encargaré de organizar la gente, mi capitán”. Los presos vuelven a gritar y el capitán Silva lo mira y le hace una seña levantando el dedo pulgar, como si le otorgara el encargo.

Es entonces cuando Guadalupe recibe el asedio de las miradas. Hay ancianos enflaquecidos con llagas en las piernas, adultos de tez morena con las manos callosas, jóvenes impetuosos que sueñan tener un fusil y niños apenas, que también pagan cárcel en el mismo sitio porque no hubo otro lugar para encerrarlos. Están radiantes, declarados guerreros y liberales. Al hablar, la gente quiere reconocer a ese joven que se expresa con entusiasmo y los rostros rompen filas para mirarlo. Hay seguridad en sus palabras. A

muchos no se les olvidará nunca su figura: más alto que los demás, el pelo abundante, negro y ensortijado; los ojos oscuros, la nariz recia, los pómulos salientes, el bigote apretado, los labios gruesos y el porte decidido; la mano alzada y el puño nervudo. Si hubiera tenido un potro y un fusil, hubiera cabalgado desde ese mismo instante por las llanuras del Cusiana con la bandera de la revolución. Pero le tocará buscar el potro y conseguir el fusil.

— Necesitamos armas y caballos— reclaman los reclusos. No ven la hora de integrarse a la lucha. Es mejor eso a pudrirse en una celda.

— Tienen que buscarlas ustedes —les responde el sargento—, esculquen entre los muertos, de pronto encuentran algo valioso.

Primero saquean los cuerpos de los policías muertos. Toman las ropas y las armas que poseen. Uno de ellos es el guardián que cayó al frente de la celda de Guadalupe, cuando la dinamita reventó los muros. Al mirarle el rostro lo reconocen. Es curioso verlo de nuevo sin oír su voz grave ni escucharle sus insultos; desgonzado, blanco, sin una gota de sangre en la piel. Tuvieron que levantarlo entre varios para sacarle la chaqueta. La cara no es arrogante y en el ceño le ha quedado grabado el estigma de la muerte. Pero los hombres lo odian por lo que fue y por lo que representa, y lo escupen en la cara y sienten que el ánimo se prende. Mas es inútil, ya no responde. Pero no se quedan ahí, de todas maneras la muerte espanta. Guadalupe encuentra en sus pies las botas que necesita y en la mano derecha la pistola con la que el hombre había intentado salvar su vida. Los otros reclusos sólo obtienen ropa y algún dinero en los cuerpos de las víctimas. Entre ellos, Caldo Flaco consigue un casco de combate, pero le queda nadando en la cabeza.

— ¡Vamos!, —grita el reo levantando el brazo y apenas si se le ven los ojos.

— Es ya todo un oficial —se ríe Guadalupe— y lo invita para que se vayan juntos.

La mayoría de los reclusos, una vez la tropa desaparece, se pierden por entre los barrios del pueblo, buscando las casas de amigos o familiares en dónde esconderse. Pero algunos otros, recibida la libertad, se le acercan a Guadalupe como esperando obedecer las órdenes dejadas por el capitán Silva. Deciden tomar el camino del sur, rumbo al Ariari, tierra que será luego un fortín inexpugnable de otro combatiente: un desertor del ejército llamado Dumar Aljure. “Al norte no se vayan, porque allá está Eliseo Velásquez, y ése ya está haciendo la guerra, los necesitamos en el sur o hacia el oriente por los caños de Guaroa”, grita el sargento al dar la orden de dispersarse. “No es sino coger el hilo del viento”, les recuerda Guadalupe y él y sus hombres emprenden la marcha.

De pronto, inesperadamente, como si una voz lo llamara desde el pasado, se siente invadido por el recuerdo de su familia:

— ¡Papá, papá! —le gritan las niñas al unísono. Las tres mujeres lo están esperando para el desayuno.

— Ya voy, responde mientras abre la puerta. Afuera están los hombres que lo van a acompañar a Trinidad.

— ¡Guadalupe! —grita María de la Cruz, su mujer—, hay una gotera en la cocina.

— Después la arreglo, ya vinieron por mí—. Los tres hombres lo esperan con cuatros jacas que agachan sus cabezas y soplan por las narices cuando Guadalupe abre la puerta. Chicharrón y Chichigua aún permanecen montados en los animales mientras Caldo Flaco hala las otras dos bestias de cabestro.

— Es mejor irse de una vez —le dice Caldo Flaco—. Entonces Guadalupe se despide de su mujer con un simple adiós desde la puerta.

2

Eduardo Franco y Rosendo Colmenares vienen en sus caballos, con un pequeño grupo de liberales, de regreso a Yopal, lugar en donde tratan de organizar un comando. Algunos son peones de la familia Colmenares sonsacados para la guerra después de los atropellos que les hicieron, y los acompaña Timbilimbas, un antiguo compañero de Eduardo. Ya estuvieron en Bogotá recibiendo instrucciones de la Dirección Nacional Liberal y se encuentran con el corazón henchido de la emoción por los triunfos que sueñan. En su deambular, han recorrido los montes nevados del Cocuy en la Cordillera Oriental, las riberas del Cusiana y las sabanas del río Upía. En cada uno de estos lugares hay particularidades irrepetibles. Los hombres de la sierra son montañeses que cabalgan en mulas por las sendas rocosas y frías de los páramos y cargan las pistolas bajo la ruana; los del pie de monte son conocedores de la política, dueños del ingenio de los llaneros y capaces de la intriga; y los de las sabanas tienen la piel curtida y andan acostumbrados a las penalidades. Ellos concluyen que la revolución está dispersa y la unidad se hace impostergable. Conocen hombres valientes levantados en Tauramena, en el Arauca, en el Cocuy y también en el Ariari, hastiados de los atropellos; pero los insurgentes poco se diferencian entre ellos y cada cual conserva el afán de ser caudillo. Sin embargo, deben aceptar que muy poco pueden hacer si no cuentan con el auspicio del general Eliseo Velásquez, quien para ese entonces se ha convertido en el líder de la revuelta, después del fracasado golpe del capitán Alfredo Silva. Del general se habla en la radio y se leen artículos en la prensa, en los que los opositores del gobierno cuentan sus hazañas y los gobiernistas exageran sus atrocidades; de él también hablan con fervor los conuqueros de las riberas de los ríos, y los jefes liberales en las cafeterías de Bogotá.

Franco y Colmenares son hombres convencidos de las razones de la guerra. Ambos reniegan de un enemigo común: los godos. El uno, viene de terminar sus estudios secundarios en un colegio de Sogamoso y está hastiado de no saber qué camino coger en la vida; opta por la lucha después de lanzar una moneda a la cara y sello; ahí, en el aire, en el azar, se decide su destino. Y el otro, a quien le dicen Minuto, pues así se llamaba el caballo zaino de su hermano Carlos, lo hace huyendo de la persecución desencadenada por los patones cuando, en venganza por el asedio a su familia, asalta con los peones de la finca de su padre, el puesto de policía del poblado de Tasco. Los dos han decidido visitar los frentes para lograr acuerdos que permitan unificar el movimiento revolucionario. El armamento es escaso: Eduardo carga un fusil Springfield que le obsequiaron en el Upía los hermanos Bautista y Rosendo un revólver, regalo de su madre; pero en la mochila va una pistola automática que le llevan de regalo al general Eliseo Velásquez. Fue enviada desde Rechíniga por uno de los hermanos Villamaría, quien decidió congraciarse con el jefe, después de la enemistad que resultó de discutir enconadamente por la dirección de la revolución llanera, mando que quedó zanjado y en disputa, cuando cada uno decidió defender su territorio.

“Lo que a esta guerra le falta es dirección —piensa Franco mientras va a caballo con sus compañeros, tragándose las distancias—; ganas se les ve y todos quieren pelear; razones y odios sobran. Dirección es lo que hace falta, y armas para enfrentar la lucha. Estamos en inferioridad porque no tenemos fusiles, pero somos muchos. Tal vez si aceptaran unirse, avanzarían más rápido. Pero esta mierda es bien difícil”. Lo piensa después de recorrer la mitad del Llano, hablar con una decena de jefes y no concretar nada.

Los viajeros saben que el general se encuentra en las cabeceras del río Guanápalo, lugar adonde deciden ir por recomendación de Timbilimbas, un antiguo camarada que dice haber aprendido a estar siempre en donde esté la lucha de las masas y se precia de ser amigo y confidente del general Velásquez. Es general, vaya a saberse por qué o quién le otorgó tal título. Él dice que fue la Dirección Liberal, otros, más osados, corriendo el riesgo de calumniar al caudillo, aseguran que lo hizo el mismo ex presidente López Pumarejo, y algunos aseveran que el nombramiento se le debe al coronel De la Roche, quien entrado en copas, decidió burlarse de él en medio de una rasca. Pero todos lo veneran y le temen, y dicen los que lo conocen que, sea como sea, el hombre se merece los honores.

— Pues como así que capitán —le dijo De la Roche a Velásquez— usted lo que es, es un general.

— Entonces —le respondió Velásquez—, de ahora en adelante usted será coronel.

Pasados los retenes de centinelas armados con escopetas y con bayetones rojos en el cuello, cruzan un sendero frondoso y encuentran el campamento en donde se amontonan hombres de todas las edades y condiciones. Los hay del Charte, del Humea, de Tamara, de San Luis de Gaceno. Unos están de botas, otros de cotizas o descalzos, el pantalón remangado a media pierna, el sombrero pelo de guama alón, y no faltan quienes usen cascos, gorras u otras prendas robadas a los policías muertos; algunos descansan en chinchorros colgados de los árboles, otros arman barracas con esterilla de palma de macupay o hacen corrillos para oír los conjuntos de llaneros donde se tocan las arpas, las maracas, el cuatro y la bandola, con muchachos que ensayan coplas y compiten con las rimas. La mayoría llevan revólver, grasas y carabinas o al lado tienen acomodada una escopeta, y los cinturones, llenos de balas, cuelgan de las ramas de los árboles vecinos: arrayanes algunos, bucares otros, y unas cuantas ceibas dispersas en el bosque. Hay cerveza Águila, y chirrinche para el que le gusta el aguardiente, y, en medio de la festividad, algunos montan y corcovean los potros más ariscos. Las cuadras se encuentran llenas con los caballos y sus raciones de caña dulce picada, y los arreos y las sillas están acomodados a buen resguardo. Al fondo, sobre una pequeña colina que engalana el paisaje de morichales y de sauces llorones, humea un fogón y se siente el olor de la carne, asada en pinchos, cerca de las brasas. Allí acuden los hombres a saciar el hambre y acompañan el festín con cerveza, yucas y topochos.

Sin bajar de las monturas, los recibe un miliciano que dice ser teniente y los lleva adonde el capitán Carreño y luego los acompaña el capitán Parada y la mayoría son sargentos, tenientes, capitanes o coroneles; menos el general; sólo hay un general, el general Eliseo Velásquez. De allí son llevados a una maloca que llaman el comando central, donde se encuentra el general acostado en una hamaca con los brazos detrás de la nuca y en su boca un tabaco. Medita o reflexiona o piensa en sus hazañas. Es hombre avejentado, de piel morena, bajo de estatura, robusto, de ojos color café, de pelo indio, de amplios cachetes y con unos bigotes grandes que se le encrespan en las puntas; se incorpora con cierta dificultad hasta quedar sentado y los manda a seguir. A su lado unos muchachos permanecen silenciosos, armados con sus fusiles; son los de su guardia personal. Al verlos entrar y al conocer a Franco, de quien ya le ha oído a estafetas y correveidiles que anda recorriendo el Llano haciendo un llamado a la unidad, el general sonríe. Se levanta con dificultad, acomoda un poco la hebilla de la correa para que no le estorbe la barriga. De inmediato, hay apretones de manos y palmaditas en los hombros y Franco procede a entregarle la pistola que trae de regalo y las saludes de Álvaro Villamarín, que ha bajado de las cumbres nevadas del Cocuy y se encuentra con sus hombres en Rechíniga. Pero el general poco se entusiasma con el regalo enviado y menos con oír el nombre de un jefecillo a quien él le desconoce el mando. Recibe el arma y sin mirarla, se la tercia en la pretina del pantalón. Viéndolo bien, no parece un regalo sino un decomiso.

Aspira hondo su tabaco y suelta una bocanada de humo casi en la cara de los visitantes.

— Por ahí he dado la orden de que hagan un decreto para nombrarlo capitán— le dice a Eduardo Franco complementando el saludo, y esboza una sonrisa que se diluye bajo los crespones negros de su bigote.

— Él no necesita decretos— le contesta malhumorado Escobar, un comandante del Arauca que se unió a los visitantes y se encuentra resentido por llevar varios días esperando a que el general se digne recibirlo.

— Yo a usted no lo he mandado llamar, ni le tengo decretos. Si lo atiendo es para aprovechar la venida de mis amigos y resolver cualquier asunto de los que se me consultan en esta guerra. Yo aprecio la amistad de los que son fieles al Partido Liberal, pero no la de jefes de medio pelo, y menos la de los que ni siquiera pelean.

Así se enfrasca una discusión donde Escobar, energúmeno, acusa al general de andarse con majaderías de decretos y nombramientos, con una mano de tenientes, capitanes y coroneles que no pelean y se la pasan de farra en farra con ínfulas de mando, matando el tiempo en borracheras, mientras la guerra se pierde en las cantinas, de pura indisciplina.

— Vea si no el caso de Maní —dice Escobar levantando la voz—, donde en medio de las borracheras la gente se subleva y asesinan al jefe. O el día en que por no observar el reglamento y por las traiciones de otros, porque también los traidores abundan, Aljure pierde sus hombres y sus fusiles. O los problemas que se vienen armando con los Fonseca y los Villamarines por cuestiones de mando. Todos viajan a Bogotá a pedirle instrucciones a la Dirección Liberal, sin que nadie sepa exactamente cuáles son las órdenes.

Y el general Velásquez se va calentando y los cachetes le tiemblan. Los ojos se vuelven pequeños y le brillan. Uno de los párpados está más cerrado que el otro, la boca se le llena de espuma y en medio de la ira arroja el cigarro al piso, da vueltas en círculo, manotea, busca salir al aire libre, da un traspies en los escalones de la entrada y, sobrepuesto al riesgo de irse de bruces, le da comienzo a una rabieta llena de recriminaciones:

— Yo sé que con estos jefecitos del carajo, que no acatan mis órdenes, no se puede hacer nada. Aquí todos quieren mandar porque son de tal o cual parte, como si cada sitio necesitara un jefe. Me debía ir para la intendencia del Meta donde la gente me respeta y me obedece. Yo soy el que manda, por algo la Dirección Nacional Liberal me ha nombrado comandante de la revolución, porque saben que yo he matado godos y he ganado todas las peleas. Y hasta ahora no he recibido sino traiciones: del capitán Silva, de los Villamarines, de los Bautistas, de los Fonseca; de bandidos que andan por ahí haciendo daños, como ése que le dicen el tuerto Giraldo. Gente que se

acostumbra a mandar, pero les faltan pantalones. La mayoría dizque pelean mucho, pero no han derrotado a nadie. Esperen a que me lleguen las armas de Bogotá y los hombres del Tolima. Esos sí saben pelear y están acostumbrados a matar godos. No como los de aquí que se la pasan corriendo de un lado a otro haciendo reuniones y conferencias, y hablando cháchara el día entero. Aquí necesitamos es quién pelee. Sumaré cien hombres con sus fusiles, para liberar no sólo este país sino a los vecinos de Venezuela, que harta falta les hace tener un líder que les dirija una guerra.

El general se da media vuelta, se precipita contra la pared posterior de su escondite, estira su cuerpo con dificultad; al hacerlo, la camisa se le sube y el pantalón, algo caído, le deja ver el comienzo de las nalgas; toma una vieja espada que conserva colgada entre dos clavos en una especie de santuario, la mira de arriba abajo, la soba para quitarle el polvo y el hollín acumulado, le prueba el filo con los pulpejos de sus dedos, la toma por la empuñadura y abandona su refugio como una tromba blandiendo el acero oxidado y llamando a sus soldados:

— ¡Sargento Perdomo, sargento González!

— Presentes mi general—. Salen los subordinados de los asaderos de carne donde toman cerveza, comen filetes de mamona y persiguen las muchachas. Y de inmediato llaman a sus hombres, dispersos en el campamento.

La gente corre. ¡Firmes! A sus órdenes mi general. Se mueven de un lado a otro, llaman a sus destacamentos. Hacen filas. Se arreglan el uniforme, se limpian el bozo, alzan las escopetas, las carabinas, recogen los revólveres, los grasas, los tubos con dinamita. Todos listos. El campamento se vuelve una revolución de hombres que corren de lado a lado, dejan sus oficios, se presentan, hacen señales militares. Sueltan los caballos, las botellas, dejan las libaciones, guardan los cuatros, las bandolas y las arpas. Aplazan la comida. ¡Atención! ¡Firmes! Al frente los catorce fusileros y con ellos una joven mujer que se suma al destacamento, detrás los escopeteros y luego los macheteros. Unos niños se acomodan con sus morrales en la espalda y colocan al frente los tubos con dinamita, mientras el general Velásquez camina de lado a lado, inquieto, echando espuma por la boca, esperando que la totalidad de sus seguidores esté presente.

— ¿Quién es el jefe de la revolución?— grita el general con la espada levantada al cielo.

— ¡Mi general!— responden al unísono y se oye un rumor de voces que repiten y repiten lo que se va escuchando.

El general espera a que terminen los aspavientos. Mira al campamento con un ojo más cerrado que el otro. El ceño fruncido, la espada levantada como para asestar un golpe. Cunde el silencio. Aparecen entonces el siseo del

viento por entre las hojas de las palmas, el volar de las moscas en los asaderos, los ajetreos de las mariposas contra las tapias, los chisporroteos de la lumbre en los fogones encendidos, el rebuzne de una mula en el establo. Él espera un silencio total. Cuando al fin considera que es absoluto, pronuncia su discurso:

— Yo soy el general Eliseo Velásquez López, nací en Junín e hice mis callos de aserrador en estas breñas después de recorrer este país que me lo conozco como a la palma de mi mano; yo vengué a mi padre en el Tolima cuando lo asesinaron los godos y prueba de ello es que el mismo Jorge Eliécer Gaitán defendió mi causa; aquí en estas tierras me escabullí de las persecuciones de los conservadores y juré por mi santa madre no perdonarle a los policías asesinos de mi ahijado, el hijo de mi compadre don Rafael Polanía; yo fui nombrado jefe de la revolución por la Dirección Nacional Liberal y ése es un honor que me he ganado; ahora se me quiere desconocer por jefecillos de pacotilla; yo que fui el único que se levantó en armas cuando mataron a Gaitán porque sentí hervir mi sangre liberal y me tomé a Puerto López sin ayuda de nadie y allí maté a diez policías; yo que he expuesto mi vida otra vez en estas tierras y sin el apoyo del capitán Silva derroté a los chulavitas y dejé veintitrés muertos regados; yo que seguí en cumplimiento de mi deber y batallé otra vez en Pachaquiario, en Remolinos, en Cháviva, en La Poyata, en Cabuyaro, en Moreno y en San Pedro de Arimena. Yo que he sido traicionado muchas veces por una recua de cobardes sin dignidad, estoy ofreciendo la vida por mi tropa y por mi patria y llegaré al Capitolio Nacional con mis hombres para guindar mi hamaca de sus columnas y para ser nombrado mariscal y poder fusilar a los godos que hayan quedado vivos.

3

El Capitán Alfredo Silva se rebela en la base aérea de Apiay y se toma a Villavicencio. La resistencia es mínima, salvo unos cuantos guardianes que en el cumplimiento de su deber, se hacen matar en el penal. El pánico cunde, pero sabe que antes de que sobrevenga el caos debe poner orden, y éste se consigue implantando autoridad. Así se lo enseñaron siempre. Entonces, depone al Alcalde y ocupa su oficina, la cual convierte en centro de operaciones, reduce a los pocos policías que todavía protestan, hace un acuerdo fácil con los políticos de la región, casi todos conservadores, libera los presos de la cárcel, dicta los primeros decretos, entre ellos el toque de queda y la ley seca, le manda emisarios al General Eliseo Velásquez, a quien le ordena tomarse a Puerto López, y le sugiere estar atento y presto a cubrirle la espalda en caso de ser necesario, y espera, como era el acuerdo con los oficiales, las órdenes que vienen de Bogotá.

“Pero, ¿qué será lo que pasa? —piensa sentado en una poltrona de su nueva oficina—, ¿por qué nadie llama?”. Silva ha sido un soldado exitoso; su ascenso vertiginoso, los superiores siempre lo han estimado y lo tienen en cuenta para tareas de envergadura. Si decidieron que él participara en el golpe fue por la confianza que inspiraba. “No hay nada más molesto que la incertidumbre”; está inquieto, da vueltas alrededor de los muebles del despacho, el desasosiego es tenaz y la ansiedad no lo desampara. De pronto descubre sobre la pared del fondo, justo a su espalda, un enorme cuadro del Presidente Ospina. Lo mira, le incomoda, le da rabia, ¿cómo es posible que él esté sentado en una oficina donde el adorno es la imagen de su principal enemigo?

— ¡Sarría!— grita. Y aparece el sargento a toda prisa. Tiene el camuflado puesto y la pistola en el cinto. Su mano nerviosa, porque uno nunca sabe, está presta a soltar el seguro de la cartuchera.

— Quite ese cuadro —le señala Silva con el dedo, sin mirar ni prestar atención al ánimo del subordinado—, antes de que me vomite.

El sargento arrima la misma poltrona en la que estaba sentado el capitán, hace el intento de quitarse las botas pero decide no perder tiempo, prefiere cumplir con rapidez la orden encomendada. Se sube a la silla, la que se bambolea con su peso, hunde los tacones en el cojín, el mueble se sigue balanceando peligrosamente, intenta descolgar el cuadro pero está atorado, jala duro y revienta el clavo y el cuadro se viene abajo, y él y la pintura caen al piso con estrépito. El marco se quiebra y el sargento queda envuelto en la tela de aquel hombre que lleva con orgullo, cruzada en el pecho, la banda tricolor. Como puede, recoge los pedazos y sale con ellos. En la puerta se para, da media vuelta y mira con cara abochornada al capitán. Se siente desahuciado, a punto de perder sus galones.

— ¿Qué hago con esto? —pregunta con timidez.

— Pues quémelo-. Silva está descompuesto, pero no por el incidente que hasta una sonrisa le produjo, sino por la soledad.

Pasan las horas y no puede concentrarse. Sigue preocupado por el abandono; prende la radio, un viejo modelo de los que empezaron a llegar después de la segunda guerra, pero solamente entra bien una emisora; en el resto del dial solo aparece un enorme ruido. En la Radio Nacional se escuchan transmisiones de música clásica y un presentador con voz de académico que cuenta con parsimonia el nombre del director de la orquesta sinfónica de Berlín y el autor de aquella pieza clásica, que ahora se escucha melodiosamente en los parlantes. Es el famoso vals, El Danubio Azul, de Johann II Strauss. La melodía es suave e inunda el lugar; sobre la poltrona, Silva imagina el Danubio como un inmenso lago entre los Cárpatos y los Balcanes, porque así lo ha visto en fotografías, y siente que le gusta, pero no

es el momento para oír música, especialmente cuando se esperan con impaciencia las noticias de un país que arde en el fragor de la contienda. Curiosamente, los locutores no hablan de luchas ni disparos ni muertos y menos de que hubiera existido algún golpe. Entonces el desespero aumenta y piensa en llamar al general Plinio Mendoza por radioteléfono. Le había sido prohibido cualquier contacto, pero siente necesidad de hacerlo; sin embargo, su búsqueda es infructuosa. Nadie responde. “Deben estar reunidos en algún cafetín”, piensa, recordando las citas que con él solían hacer sus jefes inmediatos.

“Deberían acordarse de los que estamos en el frente de batalla —reflexiona Silva sentado en el cómodo sillón de cuero del Alcalde—. Ellos allá pueden esconderse, camuflarse, pasar inadvertidos, pero aquí nos encontramos en campo abierto, corriendo riesgos. Si yo fuera el general Plinio no me desprendería del radioteléfono, le exigiría a los soldados me informaran paso a paso lo que vaya ocurriendo. Si no es así, ¿cómo diablos se va a dirigir una guerra?”.

El general Plinio Mendoza Neira, ahora retirado, se había confabulado con los principales generales de la República. Su tarea fue intensa. Apoyado en el prestigio logrado cuando fue ministro de guerra, hizo reuniones secretas en casi todo el país, visitó brigadas y cuarteles, planificó las tareas de la insurgencia, trazó rayas y ensayó círculos sobre mapas de la patria, diseñó cómo sería la fiera tenaza que ejercerían los rebeldes sobre la Capital, con los levantamientos que vendrían de Santander, de Antioquia, de Caldas, del Tolima y del Llano. Le preocupaban eso sí las atrocidades que se relataba estaban cometiendo algunos, pero la guerra es la guerra, las justificaba. El capitán Silva se sentía orgulloso de ser el escogido, y así se lo hizo saber al general cuando hicieron aquella reunión clandestina. Todo creía menos que se pudiera hacer ese tipo de convite en una cafetería, en medio de la bulla de los paisanos, el olor a fritos y el tráfago del centro de la ciudad. Le parecía inaudito; pero allí simulaban ser simples amigos hablando sobre mujeres. En otro tiempo había escuchado a Gaitán en la plaza pública y su estilo le parecía impecable; incluso su voz, tan rara, tan impredecible, ronca y temblorosa; sentía fervor por los llaneros levantados contra el gobierno; incluso admiraba al loco Eliseo Velásquez por haber sido el primero en insubordinarse, y estaba convencido de que el ejército debía estar siempre al lado del pueblo, como ocurría en las verdaderas democracias. Parecía que todo lo que pensaba estaba ocurriendo, como invocado por arúspices; era una especie de sueño hecho realidad.

— Es el momento de recuperar la dignidad del ejército— le recalcó el general Plinio, con una mano sobre su hombro. Había intimidad, halago, cierta confidencia.

— La recuperaremos general, de eso no le quede la menor duda—. Silva estaba convencido de su determinación y el orgullo le encendía la cara. Ni siquiera tendrían que repetírselo.

Silva piensa que aquél viejo general tiene la misma figura de su padre. Alto, flaco, de pelo cano, con grandes entradas en la frente, de nariz perfilada y ojos azules. Hubiera querido que estuviera vivo para que lo viera desfilar con los ejércitos triunfantes, vitoreados por el pueblo. Sintió de nuevo la presión de los dedos del general en los músculos de su hombro. Recuerda cómo le detalló las arrugas de la frente; las placas solares de un café intenso, casi negro, que le otorgaba el tiempo sobre la piel de los pómulos; las legañas húmedas en el borde de sus ojos zarcos, el pelo bastante escaso, los cabellos blancos y las partículas de caspa en las hombreras de la chaqueta, y el sudor que le bajaba por las patillas; las muecas de su boca, la saliva espesa en sus labios, las arrugas en sus manos y el ligero temblor cuando bebía su taza de café; las palabras que salían con autoridad y eran verdaderas órdenes para él. Se aguantó su aliento a cebolla que lo hacía alejar un poco la cabeza. “Qué importa cómo huelga su boca. ¿Acaso la gloria no estaba cerca?” El general Plinio se encontraba retirado, pero su mando prevalecía, y así lo sintió Silva al escucharlo. El general habló con propiedad sobre la orden recibida de los jefes liberales. Al fin fueron sus superiores, quienes lo llevaron a ocupar la primera dignidad del ejército; eran sus jefes y lo serían siempre.

— Necesitamos hombres valientes como tú—. Lo adulaba; sabía que la adulación forma parte de la búsqueda de la fidelidad de los jóvenes soldados.
— Los tenemos general, los tenemos. —Silva recordaba a sus amigos en la guarnición; todos jóvenes, fieles y bravos, con ganas de gloria.

Plinio Mendoza Neira era descendiente de un capitán español y se preciaba del abolengo militar de los Mendoza y por qué no, también del de los Neira, que aunque simples colombianos, fueron claves en la conservación de la independencia y en la preservación de los ideales del liberalismo. Su padre, hastiado un poco de los cuentos de las batallas contadas por su abuelo, lo bautizó con el nombre de Plinio en homenaje al naturalista, aquél que muriera quemado mientras contemplaba extasiado la erupción del Vesubio; pero olvidó que a más de científico, había sido almirante en la flota de Messina y el nieto heredó fue los genes del abuelo. Cuando fue entrevistado por la Radiodifusora Nacional, sobre el levantamiento en Apiay, Plinio, con una serenidad envidiable y el aplomo que exigían las circunstancias, negó la existencia de una conspiración del ejército contra el gobierno conservador de Ospina Pérez. “Fue un acto aislado —dijo— y los responsables no tienen nada que ver con los mandos del ejército y menos con el Partido Liberal”. Silva escuchó sus palabras en las noticias y se le revolvió todo por dentro. “¿Si eso no era traición, qué era?”. Lo dijo duro para que lo oyera el sargento Sarria, quien entraba a su despacho cada cinco minutos a darle informes.

Desde la oficina llamó por radioteléfono a sus amigos, conferenció con sus superiores inmediatos, buscó a Plinio para insultarlo, para recordarle quiénes eran los valientes en esta guerra, para decirle que había traicionado su confianza y la del pueblo llanero.

— ¿Cuál golpe?— le respondían los oficiales amigos, aquellos que conoció vestidos de civiles en las reuniones de cafetería, en el barrio La Candelaria, de la vieja Bogotá.

— Maldita sea, pues el que íbamos a dar—. Silva está furioso, no lo puede creer. Y esa radio, con sus constantes interferencias, ni siquiera permite oír bien lo que le quieren decir.

Ahora resulta ser el único responsable de los desórdenes, que además sólo han ocurrido en Villavicencio y en Barrancabermeja. Nada de levantamientos en Antioquia ni en el Tolima ni en Caldas; pero los insurgentes de Barranca fueron sorprendidos de inmediato, como si hubieran sido denunciados, y resultaron ajusticiados por las tropas fieles al gobierno, sin cumplirse ni siquiera las doce horas de iniciado el golpe. Por eso, sus superiores, los otrora incitadores, lo conminan a rendirse y someterse a la justicia. Tres batallones se encuentran en camino para hacerle frente y contener el levantamiento, le advierten. Ahora deberá decidir si escapa con los presos liberados, a quienes les ordenó ir hacia el sur o si, a sabiendas de que no tiene opción posible sin el apoyo del ejército, les avisa a sus jefes la decisión de entregarse. Él no quiere traicionar a su pueblo, la sangre todavía le hierve, pero Sarria opina que es mejor hacerlo antes de que los maten como a los soldados de Barranca.

Silva recuerda el brillo en los ojos de los presos liberados por sus órdenes. Vuelve a pasarles revista en su mente. Ve de nuevo cojos y lisiados, ancianos que apenas pueden tenerse en pie y niños aún, que le gritan vivas a la revolución y al Partido Liberal, sin saber siquiera de qué se trata. Todos sucios y en harapos. “No había ahí nadie que valiera la pena —piensa—. Ni siquiera ese loco, ¿cómo se llamaba?, Guadalupe, creo; dijo que era cabo y se ofreció a dirigirlos. Pero en los ojos se le veían las ganas”. La mayoría son ladrones, asesinos, bandidos sin Dios ni ley; todos, de repente redimidos, convertidos en liberales y guerrilleros, inventando un odio hacia los godos que no tienen por qué sentir y expresando su amor por el viejo Partido Liberal al cual no han pertenecido nunca. Pero da igual, en cualquier momento se le entregarán al mejor postor; eso dependerá de las circunstancias. En sus almas no existen convicciones, solo deseos de libertad y supervivencia. “Ése —piensa— puede ser el peor error que he cometido”. Ahora estarán de nuevo causando estragos a sus anchas y no habrá manera de controlarlos. Además, siente que el gobierno le va a cobrar no sólo los policías muertos en el ataque a la prisión, sino la libertad de los presos, y las

fechorías que cometan de ahora en adelante. No tendrá tiempo suficiente para pagar tanta cárcel.

La noche es larga, el sargento Sarria, y un cabo de apellido Gamboa, lo acompañan y le llevan informes del desconcierto de la tropa. Ellos van y vienen. Están preocupados; en sus ojos se nota el desasosiego. Ya los rumores se esparcen. Unos quieren huir y juntarse con los llaneros, otros han dicho que se rendirán porque no son responsables. “Sólo obedecemos órdenes”. No hay nadie en la tropa bajo su mando, después de oír que no ha habido ningún golpe, que lo incite a seguir la rebelión, que le muestre cómo el camino es más largo de lo previsto; no es corto, aunque haya detrás un ejército apoyando y un pueblo liberal dispuesto a acompañarlos, como decía el general Plinio. En pocas horas los acontecimientos han dado la vuelta.

— Eran mentiras del capitán Silva, no hubo tal golpe. Nos engañó con ese cuento de que el general Plinio todavía mandaba.

— Qué Plinio ni qué carajo; ese es un viejo cascarrabias.

— A él lo traicionaron. Las traiciones siempre han existido. No debió confiar en los traidores a la patria.

Pero el capitán Silva es buen soldado; no sabe por qué diablos el cambio de las órdenes, pero adivina el desgano y la indiferencia de la tropa y acepta la humillante rendición. Es bastante inteligente como para creer que él solo, sin el apoyo del ejército, va a ganar la guerra. Sabe que los soldados lo siguieron fervorosos, porque oyó del respaldo que se vendría como una avalancha, pero eso no ha ocurrido y no hay manera de esperar que las cosas cambien. Incluso, no confía en que Eliseo Velásquez sea el hombre para dirigir la revolución. Entonces sabe que será puesto preso y le iniciarán un juicio por traición a la patria. Ahora resulta que los héroes son los traidores y estos se esconden para pasar inadvertidos en medio del rumor.

—Voy a dormir —le dice a Sarria—, cuando lleguen, díganle al comandante jefe del operativo que estoy desarmado en mi habitación. No es sino que me llamen y saldré con las manos en alto, y a ustedes, les recomiendo se desarmen antes de que ellos lleguen. ¡Ah!, envíen un emisario para que los pongan al tanto de la rendición, no sea que nuestros compañeros entren lanzando bombas y disparando sin conmiseración y resultemos todos muertos.

“Son unos hijueputas, traidores de mierda. Se los voy a decir de frente. Cara a cara. Si me embuten en la cárcel voy a acusarlos, uno por uno. A un buen soldado, con cojones, dispuesto a pelear, no se le hace esto. ¿Dónde diablos está Lleras?, ¿dónde Manuel Rodríguez?, ¿y el viejo Plinio, en qué cloaca se pudo haber metido?”.

4

El Llano es un inmenso mar verde sin orillas. Allá, en el fondo, se mezcla con el azul infinito. Es, si se quiere, un conjuro de grandezas. El general Eliseo Velásquez mira al frente, hasta donde le dan sus ojos, y acelera el trote de su caballo; va con sus dos sargentos y sus catorce fusileros. En los caños hay tortugas que se asolean en las piedras e iguanas en las ramas más bajas de los árboles. En el cielo circulan las garzas blancas alimentadas de alevín en los esteros. Los fusileros están atentos, fueron entrenados para cuidar al general. El grupo armado serpentea el río Guanápalo, transita sus orillas; los cascos de las bestias dejan huellas en las playas arenosas; el cagajón de las bestias queda disperso en los caminos; hay un olor a reses que pastan en las llanuras y otro de sudor que se deja sentir en oleadas.

“Yo arriesgué como nadie. Desde que mataron a Gaitán me levanté con un revólver viejo y una escopeta, y los fusiles y la munición que ahora tengo se los he arrebatado en los combates a godos y policías. Entonces nadie me va a fregar. Ni Silva, que era un simple capitán y se creía general. Los jefes liberales no han dejado de mandarme razones: todos quieren que yo dirija la revuelta. Me lo dijo Durán Dussán cuando me regaló los habanos traídos de Cuba. Si me llegan los fusiles de la Dirección Liberal, bueno, y si no me llegan, pues habrá que buscarlos en Venezuela. Al gobierno del vecino país le interesa que ganemos la guerra, y si hay que darle a cambio un pedazo de tierra, pues se lo damos. ¿A quien le importa un lindero de rastrojo?, si de eso lo que tenemos es mucho”.

Los sargentos y los fusileros no se atreven a hablar, le ven el ceño fruncido, le respetan su furia; simplemente esperan sus órdenes. El general va abstraído, renegando en su interior de los burócratas de la revolución. “Vienen a conversar y se la pasan toda la vida conversando”. Él es un combatiente, le gusta la acción; sabe que la victoria llegará cuando haya arrasado al enemigo. Si se logra la unidad de los focos guerrilleros será bajo su mando. En eso no hay claudicación posible. Por algo los pueblos liberados lo consideran un héroe. No existe día en que no salga a cumplir sus misiones y de ellas regresa cargado de gloria. Él toma las rutas que considera oportunas; unas veces se mete entre los bosques de chaparros, otras busca los caseríos del río. De pronto frena la caravana y deja que los animales metan sus belfos en las corrientes de los caños. Huele la cercanía de godos y patones; sabe seguir los rastros a lo largo y ancho del territorio. Le gusta visitar las chabolas de sus amigos de las vegas, y ellos lo reciben con reverencias y le ofrecen hasta la vida, si fuese necesario.

— Buenas tardes Arnoldo, ¿cómo andan las vainas?—. Desde lo alto de su silla se ve imponente, con el sombrero alón, los mostachos, la pistola en la pretina, el fusil de mira telescópica en la espalda, y la espada en el cinto.

— Pues ni se sabe patrón—. El veguero, se quita el sombrero y le hace una pequeña reverencia.

— ¿Han pasado enemigos?

— Pues hay unos forasteros.

El general infla su pecho. Siente la sangre hervir de nuevo. Es hora de actuar, nada puede ocurrir en la zona sin saberlo. Su seguridad está en juego y la libertad de la patria en peligro. Mira al sargento Perdomo como recriminándolo. Éste se abochorna un poco y trata de encontrar algunas explicaciones.

— No sé general, no hemos tenido noticias.

— Entonces debemos cambiar los correos, estafetas y todos esos vagos. De nada nos sirve tener tantos y alimentarlos como a cerdos, si ni siquiera se dan cuenta cuando llegan extraños.

— Así se hará general.

Entonces Velásquez se baja de la silla; de inmediato el veguero le recibe las riendas y va a amarrar la bestia en uno de los hilos de la cerca. Hay un sembrado de maíz a punto de dar frutos. Con la soga le da dos vueltas al alambre para que el animal sienta el agarre. Los sargentos se apean y los fusileros permanecen quietos, esperando órdenes. El general toma al veguero por el brazo y se va con él hacia el sombrío de los algarrobos. Los dos hombres conversan; lo hacen quedo. El veguero ha sido buen confidente y el general le tiene estima. Regresa sonriente, ya sabe cómo y dónde encontrar a los forasteros.

— Vamos —dice el general— hay que apresurarse y terminar el trabajo antes del anochecer.

Se suben de nuevo a los animales y arrancan al galope. Él dirige y los demás lo siguen. Maneja las riendas de la situación. Antes de llegar al caño Algarrobo, él les ordena apearse de las bestias, buscan un lugar seguro para resguardarse y amarran los animales a las palmas de un morichal. Un fusilero queda encargado de cuidarlos. Se reúne con los sargentos y traza una estrategia envolvente. Perdomo está al mando de los que van al frente y González de los que los cercarán por detrás. Caminan sigilosos. Se conocen esos caminos, saben cómo pisar, cómo ocultarse, cómo respirar, cómo hacerse señas a distancia. Al acercarse se siente el humo de un fogón. Los intrusos tienen un campamento montado en las orillas del caño, y están resguardados del camino por la ladera de una colina. No hay nadie haciendo

guardia. Son cinco. Dos se bañan en las aguas, uno está pendiente del fogón y los otros dos juegan cartas al lado de una carpa.

“Estos chulavos no aprendieron a hacer la guerra. En el monte hay que tener más ojos que las moscas. Saber mirar para todos lados, y mantener el dedo en el gatillo”. El general se muerde las puntas del bigote.

Los forasteros se encuentran desprevenidos. Los fusileros les caen de improviso y no los dejan reaccionar. Los que están en el agua los ven primero pero se encuentran indefensos, salen con las manos en alto y buscan sus ropas en la orilla; apenas si alcanzan a medio ponérselas. Están lívidos. Inesperadamente hace frío. Una garza se eleva aleteando desde la rama de un algarrobo, rompe el silencio estacionado, y con el ímpetu del despegue hace que se desprenda una pluma de sus alas. Ésta es sostenida en vilo por el viento, se mece en el aire y desciende despacio sobre las mansas aguas. Luego se aleja lentamente arrastrada por la corriente.

— ¡Quietos, si se mueven los fritamos!—. El grito es la señal dada por el sargento Perdomo.

— ¿Qué pasa? —alcanza a decir alguno de los jugadores, incorporándose de su sitio. En la manta en dónde se entretienen, quedan las cartas del naipe y las monedas de las apuestas. Quiere ir hacia la carpa pero se ve impedido por los fusiles de los asaltantes.

— ¿Dónde están las armas? —les pregunta el sargento González acercándose al grupo con la pistola en la mano.

— No tenemos armas —alcanza a decir otro y la voz le fracasa.

El sargento les ordena a dos fusileros que busquen entre las pertenencias y les hace señas con la cabeza, y ellos, sin perder tiempo, se meten en la carpa y esculcan bajo las ruanas. Vacían uno a uno los morrales. En pocos minutos salen con tres revólveres y dos pistolas.

— Son para la defensa —dice uno de los que está mojado y de su cabello aún sigue goteando agua. Se limpia la cara con la palma de la mano; le tiembla la voz. Un tábano, ajeno al conflicto, negro y más grande que una mosca, le ronda las piernas.

Entonces entra el general en acción. Lleva su fusil al hombro y en la pretina carga la pistola que le enviaron de regalo los Villamarines. La espada pende del cinturón y no se ha quitado el sombrero. Ellos lo miran de arriba abajo. Parecen asombrados de verlo. Sin embargo no lo reconocen, nunca lo habían visto, ni se imaginan siquiera quién pueda ser.

— ¿Qué diablos hacen en este lugar? —pregunta con su voz recia. Y le dirige la mirada a uno de los que está medio desnudo.

— Vamos de paso —responde él, titubeando, y no está muy seguro pero al verle la espada se le ocurre que de pronto pueda ser el general Velásquez. Al fin de cuentas, lo más famoso de sus actos, a lo largo del Meta, es su espada, pues mil historias se han tejido alrededor de ella.

— ¿Quién les ha dado permiso de entrar a estas tierras? —Ahora no les queda la menor duda. Están al frente del general Velásquez. Un frío se les apacienta en la boca del estómago.

Ellos no saben qué contestar, no habían previsto que pudieran rodearlos y conminarlos a hablar. Ellos comienzan a pensar las respuestas, pero no saben qué decir. Se sienten intimidados y a merced de los asaltantes.

— Somos comerciantes, general —dice uno, mientras espanta de nuevo el tábano que se le acerca—. Vendemos sal.

— A ver. ¿Dónde está la sal?

— Ya la vendimos —responde y luego grita al sentir la picadura del tábano.

Entonces proceden a interrogarlos uno a uno y por separado. Les preguntan la procedencia, les piden papeles, les esculcan las pertenencias. Uno de ellos fue cabo, el otro nació en Boavita, el otro tiene un carné de un colegio en Sogamoso y los otros dos son indocumentados. “Más claro no canta un gallo”, piensa el general. Entonces se retira a un lado con el sargento Perdomo. Caminan despacio a lo largo del caño, hasta estar seguros de que nadie puede oírlos.

Los sauces de las orillas descuelgan sus ramajes sobre el caño y hay pajarillos que pían y brincan en las ramas, ajenos al alboroto de la playa. Un martín pescador, con su variedad de colores, pasa sobando las aguas y se asienta en una de las ramas. Esta se balancea con el peso. Desde allí observa las aguas, gira la cabeza, levanta el penacho, busca las presas para arrojarle, pero el ruido lo contiene. Su peso sigue haciendo oscilar la rama. Los demás pájaros huyen cuando el intruso llega.

— Tenemos suficientes pruebas —le dice el general—, son chulavitas.

El Sargento no está seguro, pero asiente con la cabeza y hace un ligero chasquido con sus labios. Sabe que todo puede ser posible. Él conoce algunas equivocaciones, pero es mejor callarlas. Al fin de cuentas así es la guerra. Además, pocos se atreverían a contradecir al general.

— Usted ordene general. ¿Qué quiere que hagamos?

— Lo mismo que hemos hecho siempre con los chulavitas. Matarlos. ¿O se le ocurre una idea mejor?

— Por supuesto que no, general.

Entonces regresa y da las órdenes. Basta una seña y los fusileros saben qué hacer. Se los van llevando de a uno hasta el moriche, de tal forma que los otros no vean lo que va a pasar. Les tapan los ojos con los bayetones, les meten un trapo en la boca para que no se oigan los gritos, los sostienen con fuerza y los asesinan a cuchilladas. La mayoría de los fusileros son expertos. Colocan el cuchillo debajo del esternón y lo entierran arriba y a la izquierda. El golpe va certero al corazón. La víctima boquea y pierde el sentido. Los que están aprendiendo reciben instrucciones primero y los otros les ayudan si el aprendiz está inseguro. Algunos de los heridos convulsionan hasta quedar quietos. Entonces los esconden entre las matas de monte y traen al siguiente. Al llegar al lugar escogido, los patones miran a todos lados buscando a los compañeros. Cuando la tarea está completa, el general afila su espada, un fusilero les jala la cabeza desde el pelo y otro tira de las piernas. El general se coloca en posición, levanta el hierro y descarga con furia los golpes de su sable. A veces hace lo mismo dos o tres veces, porque el acero pierde filo. Luego agarra las cabezas de los cabellos, las levanta, las pone a la altura de su vista y las mira a los ojos; después las arroja entre el bosque. El general queda sudoroso, pero está complacido.

— Los cadáveres sangran poco —dice, secándose el sudor con el dorso de la mano—. Mientras tanto, los hombres descubren que la sangre los ha manchado; se lavan y limpian los cuchillos en las aguas del caño.

— Recojan lo que sirva—. Los soldados meten las cosas de valor en los morrales, desmontan la carpa y se alzan las pertenencias.

Cuando van de regreso, ven los zamuros dar vueltas sobre los morichales. Todavía están a gran altura, pero son decenas de ellos que han detectado los cuerpos y van bajando en círculos sobre las presas.

5

“Unos años antes de conocer al padre de mi hija, cuando vivíamos en un conuco cercano al Pauto, vinieron los chulavitas armados con fusiles y amenazaron a mi padre, quien salió a atenderlos cuando desmontaron de las bestias. Ellos llegaron un atardecer preguntando si habíamos visto pasar la chusma, que así les decían, y aseguraron que nosotros sabíamos dónde se escondían. Pero mi padre les dijo no saber nada, pues él —les alegaba— era un hombre de paz y no se metía con la política. Entonces le contestaron que los vegueros eran chusmeros porque los protegían y les daban comida, que por eso estábamos robando las reses en los hatos del vecindario y decían cómo la prueba era esa res amarrada en el potrero. Era una vaca horra, triste y flaca, que por falta de fuerza para sacar las patas, casi muere ahogada entre el lodo de los esteros. Mi padre, entrado en años, les explicó que ese animal se lo encontró sin marca y lo salvó en un pantano donde

estaba enterrado hasta el gaznate. Pero ellos lo intimidaron, le dijeron mentiroso y sin aceptar las súplicas de mi padre y los aspavientos y recriminaciones de mi madre o el pavor en el rostro de Eulogio, el hijo de mi hermana, se llevaron el animal con el embuste de que él se la había traído del hato Palmarito, cuando era verdad que no tenía marca de ninguna clase y ustedes saben cómo en el Llano el ganado orejano es de quien lo ponga a comer; que si no esos animales andan descarriados por el pastizal a la buena de Dios.

Después de interrogarnos como si fuéramos bandidos, amenazaron con violarnos a mi madre y a mí, y con matar al niño. Delante de usted —le decían al viejo— para que se avergüence de lo putas que son las mujeres y para que pague su nieto por tener un abuelo cachilapero, y esa noche ni pudimos dormir de pensar que iban a llegar y de sentir el dolor de la deshonra que cargaríamos para el resto de la vida. Hasta Eulogio, ya crecido y consciente de que su madre andaba con guerrilleros, pensaba que de pronto los tipos esos se habían dado cuenta y venían a matarnos para vengarse por los muertos de su mamá. Cualquiera cosa moviéndose por la ventisca y ya nosotros estábamos de pie al creer que venían a cumplir sus amenazas. Y mi madre rezando y llamando a cuanto santo se conocía, y mi padre aferrado a su machete diciendo que lo mejor era entonces meternos al monte, si era tanto el miedo. Pero también a él le temblaba la voz, y afuera llovía porque había llegado el invierno y estaban los caminos inundados. Por eso uno no podía moverse, y menos si no tenía una mula de esas que se conocen los caminos y no se paran en los barrizales. Que en esos tiempos valía más tener una curiara que un potro.

Así pasaron las horas y dele y dele a la rezadera y yo ahí acurrucada en mi estera con un cuchillo de cocina empuñado en mi mano, arropada con una manta, pensando en que quién me fuera a violar me iba a tener que matar porque conmigo la cosa si era de pelea. Si Silenia se va a morir, pues bienvenida sea la muerte, porque si algo yo tengo es ser altanera, como mi hermana o como dice mi padre que también fue mi madre Georgina, ya vieja y todo pero guapa como ninguna, o si no, véanla ahí haciendo el oficio. Yo no pegaba los ojos y escarbaba entre las sombras cualquier cosa parecida a un asalto traicionero y mis oídos se acostumbraron a distinguir los ruidos y hasta mi nariz sentía los olores que venían del camino. Yo si no me iba a dejar así de fácil, como le pasó a las hijas de Manolo Plazas; a ellas primero las violaron y luego las mataron, e incendiaron la casa para no dejar señas del atropello; a mí que me mataran primero y ya después no importaba, cuando uno no sintiera nada. Hasta me provocaba salir a pelear y juntarme con la chusma formada en las vecindades, como mi hermana, que debe estar por allá en el pie de monte, en un poblado llamado Nunchía. Y hasta pensaba irme a vivir con un guerrillero de esos. Pues lo que una mujer necesita es un hombre de verdad que la cuide y se haga matar por ella. Por ahí dicen que se

ha visto gente levantada por todos lados, incluso en Gandul y el Jacal, y que se encuentran muchos llaneros recorriendo los pueblos, alistando gente y entregando fusiles para enfrentar las bandas de chulavitas enviadas por el gobierno desde Boyacá. Que hasta las mujeres se meten a la chusma y algunas resultan más bravas que los hombres; me imagino serán esas que fueron atropelladas y mantienen el rencor ahí, acumulado por dentro, como mi hermana.

Al rato, cuando dejó de llover, sentimos pasar muchos caballos y ahí sí nos pusimos a temblar y mi padre se hizo en la puerta del rancho con el machete, y mi madre, cegatona por las cataratas, y yo, salimos con el niño por la puerta de atrás, yo con un cuchillo y mi madre de la mano de Eulogio que a esa hora preguntaba si la mamá había matado mucha gente. Pero nosotros lo calmamos y le pedimos se callara, mientras nos metíamos por entre las plataneras y el yucal, hasta llegar a unas matas de monte, y en ese sitio nos escondimos para ver que pasaba. Por fortuna allí había unos samanes viejos y frondosos, detrás de los cuales uno podía buscar resguardo. Nos caímos muchas veces porque no nos respondían las piernas del susto que teníamos. Temblábamos de pies a cabeza, tanto del miedo como del frío; hasta nos rechinaban los dientes. Pero al rato llegó mi padre con el machete, todito empapado por la lluvia, diciendo que los jinetes habían seguido de largo y quizá fueran más bien los bandoleros de Guadalupe Salcedo que andaban por esos días llegando al Pauto y ya la gente los aguardaba porque los vegueros se les querían unir. Que uno los distingue —decía mi padre— porque son llaneros de verdad, pues los otros son indios del altiplano. De pronto, unirse a la chusma sería el modo de hacer correr a los malditos esos, porque por ahí decían también que habían matado familias enteras y fusilaban a los que ellos acusaban de ayudarle a los chusmeros. Robaban, violaban, asesinaban y quemaban los ranchos. Por donde pasaban todo quedaba arrasado: los hatos de Las Mercedes, Corocito, La Bramadora y Santa María o los caseríos de Santa Elena, Campanero y Guayana. Que los ejemplos iban siendo muchos.

Sin embargo, no nos atrevimos a volver a la casita y nos quedamos ahí debajo del samán, chupando frío, esperando el amanecer, cubriendo como podíamos al niño con las ropas que estaban secas y agarrados los unos de los otros para darnos algún calor. Y de noche, sí uno no duerme, de pensar y pensar; las horas se vuelven demasiado largas. Así fue esa vez, que ni nos atrevíamos a hablar por temor a que los patones estuvieran por ahí agazapados y nos descubrieran. Entonces mi padre nos murmuraba casi al oído que mejor nos fuéramos para el Pauto, pues allí él tenía familia y si en ese sitio iban a estar los guerrilleros, por lo menos habría quiénes nos defendieran. Y mi mamá decía que ella no se quedaba un día más; pero luego se arrepentía y lloraba, porque no quería dejar el maizal a punto de sacar las mazorcas y el yucal que estaba dando yucas y la topochera y el ranchito con

los arreglos que le hicimos. Y además Eulogio sin papá ni mamá. Ojalá mi hermana María Georgina volviera por él, para no verlo sufrir más.

Yo apenas había cumplido diez y seis años ese mes y era la primera vez en la vida que me tocaba pasar la noche en el monte. Ni siquiera sabía que los güereres lo rozaban a uno tan cerca de la cara, cosa que hasta dejaban en el aire el aliento de las alas. Yo grité cuando me aletearon en los oídos, pero mi padre me dijo que no me preocupara, pues eran pájaros de la noche. Y yo ahí con ese frío, empapada, pensando cómo en cualquier momento iban a llegar a ultrajarnos y asesinarlos. Yo me haría matar primero, me le arrojaría a cualquiera de esos tipos y le enterraría el cuchillo y se lo revolvería en las entrañas para destrozarle las tripas. Que me dispararan, no me importaba. En un caso de esos uno no puede dormir, sólo pensar; entonces me imaginaba que si amanecíamos con vida nos iríamos para el Pauto y yo por mi parte, pues me le entregaría al primer llanero que me gustara. Y si me enamoraba de él, lo seguiría adonde fuera. Eso pensaba. Al fin de cuentas mi padre sólo tenía fuerzas para cuidar a mi madre y de pronto al niño, aunque el Eulogio es muy avisado y ya se defiende solo. Eso creía.

Yo volteaba a ver el niño y estaba ahí con las pepas de sus ojos abiertos y con ganas de conversar. Pero nosotros le decíamos que si iba a decir cualquier cosa lo dijera bien pasito y en el oído, porque de pronto los tipos nos escuchaban y nos mataban. Entonces él nos contaba haber soñado que su madre estaba matando esos chusmeros y que había venido por él y se lo había llevado con ella. Y nosotros le corregíamos que la mamá no estaba matando a nadie sino simplemente ayudando, y además, no se encontraba con los patones sino con los chusmeros, pero el niño todavía no entendía las diferencias.

Los tipos no volvieron ese día ni al otro, pero después al tercero sí vinieron y como nosotros estábamos preparados, salimos corriendo por la parte de atrás, cruzamos el yucal y nos volvimos a meter al monte, pero esta vez llevamos las mantas para protegernos del frío. Entonces llamaron y llamaron, pero como no hubo respuesta, uno de ellos se bajó del caballo y echó una mirada y después dijo que en el rancho no había nadie, pues el hijueputa se había ido con las mujeres y el niño. “Por ahí deben estar porque el fogón todavía tiene brasas”, gritaba uno que era como el que mandaba. “Cuidado que casi todos ellos tienen escopetas”, dijo otro. “Y la muchacha como está de buena”, repetía uno que tenía la cara tapada con un bayetón. Los demás no se bajaron de los caballos; gritaron que si no nos íbamos nos mataban, y luego dispararon contra el rancho y lo desplomaron con la balacera y después hicieron unos tiros a las matas del monte por donde estábamos y terminaron rociando gasolina y prendiéndole candela a la casita, quizá pensando que de esa manera sí nos tendríamos que ir. Y nosotros embarrados y empapados, echados en el piso y yo con la mano encalambrada

de tanto apretar la cacha de ese cuchillo, hasta el punto de que cuando se fueron yo no era capaz de soltarlo por mi cuenta y mi mamá me abrió los dedos para que el arma se me cayera de la mano. Después, la vieja me hizo masajes en los dedos y todavía recuerdo que no los sentía; estaban como dormidos.

Nos tocó ver arder el rancho acurrucados en el pantano, con miedo a levantar la cabeza porque de pronto nos descubrían por el resplandor de las llamaradas. Ahí quedaron la mayoría de las cosas achicharradas: las cobijas, la ropa, la estera del niño, las bancas, la mesita del comedor y los tiestos de cocina, y la hamaca de mi papá. Todo lo que teníamos. Y otra vez a esperar el paso de la noche para mirar qué hacíamos. Cuando empezó a despuntar la mañana, con mucho miedo de que estuvieran aguardando, fuimos bajando por el sendero, mi padre al frente con el machete y cargando las cobijas porque yo ya no podía, y nosotros detrás, con las ropas ensopadas y otra vez empuñando los cuchillos, hasta que Eulogio llegó y removió los escombros con un palo y sentimos ese olor a chamuscado y ese dolor de uno ver que lo ha perdido todo. Apenas si pudimos recuperar algunas cosas medio quemadas. Después, mi papá repetía el día entero que él se iba a comprar una escopeta porque a eso sí le tenían miedo y Eulogio lo alentaba y le decía que él ya sabía disparar como su mamá.

Entonces, claro, nos fuimos para el Pauto. Allí vivía un hermano de mi padre que nos recibió en su conuco. Se llamaba Efraín. Él se había quedado sin mujer porque ella se le había ido con los hijos para Trinidad y entonces dijo que hasta bueno le parecía volver a tener una familia. Cargamos los tiestos en un atado hecho con hojas de palma que mi padre armó en un santiamén y empezamos a caminar por esos andurriales esquivando los caminos por donde creíamos que ellos podían pasar, hasta toparnos con otras familias que hacían lo mismo y no estaban dispuestas a dejarse matar, y al fin, cuando llegamos al pueblo, éramos como treinta, que hasta hablamos de mejor alistarnos con los guerrilleros para, entre todos, contener los atropellos, porque si no ¿qué se hacía? Hablaríamos con ese Guadalupe Salcedo que decían era un hombre muy valiente. Parece que ya había hecho la revolución en San Martín, en San Juan de Arama y en Puerto Rico y la gente lo seguía con los ojos cerrados. Además, corría el rumor de que estaba muy cerca y algún día llegaría hasta el Pauto. Unos vegueros, en Puerto Carreño, lo habían visto pasar con una treintena de hombres y mujeres, armados de escopetas y fusiles. O a lo mejor nos le uniríamos a uno llamado el general Velásquez, que había liberado casi todos los pueblos del Meta y tenía mucha fama de ser un hombre sin agüeros o con cualquier otro con el que nos topáramos; daba lo mismo, al fin de cuentas no importaba quién fuera el guerrillero, pues queríamos era terminar de una vez con los atropellos y las miserias que los chulavitas sembraban. Yo por mi parte me la

pasé en el camino buscando un llanero de esos de verdad, como los que decía mi padre.

Hasta que un día lo encontré; bueno, apenas lo vi de lejos, pero el corazón se me llenó de regocijo. Eso fue cuando estábamos instalados con mi tío. Las mujeres lavábamos ropa en el río cuando llegaron ellos en los caballos y se pararon justo ahí al frente de nosotras. Estaban bien armados con fusiles y cargaban revólveres en el cinturón. Eran como quince. Se bajaron de las bestias y empezaron a preguntarnos cómo andaban las cosas y cuántos hombres había, y cosas así por el estilo. Entonces algunas empezaron a responder y a cuchichear pasito que esos eran los guerrilleros de Guadalupe Salcedo y uno de ellos me miraba y me miraba. Yo hasta me bajé la falda que la tenía amarrada a la cintura para que no se me fuera a mojar, porque él se sonreía mirándome los muslos. Era delgado y más bien alto, porque cuando se bajó de la montura, sobresalía por encima de los demás, con una cara pulida, un bigote bien recortado y unos ojos negros como carbones. Además, la sonrisa era bonita porque hasta se le hacían unos hoyuelos en las mejillas. “¡Huy!, cómo te mira”, dijeron las viejas y yo creo que me puse colorada porque un fogaje se me subió por la cara. Luego, cuando supieron dónde vivíamos, se despidieron y él se levantó el sombrero y me volvió a sonreír. Después lo vi pasar varias veces y ya no dejaba de pensar en él. Pero no le sabía ni el nombre. Desde ese momento supe lo que significaba ser un llanero de verdad”.

6

Al atardecer ya ha pasado el barullo que crearon los gritos y las órdenes del general Eliseo Velásquez. El eco de los bramidos todavía resuena en los oídos de los jefes que vinieron a proponer la unidad del movimiento armado. Pero al mirar el campamento, los hombres se desconsuelan. Muchos de los oficiales, tenientes y capitanes, se encuentran borrachos persiguiendo muchachas entre los matorrales. Algunos tienen ganas de participar en la fiesta pero Franco los contiene, alegando que si algo no pueden mostrar es mal ejemplo. Se encuentra el hombre de capa caída, refunfuñando, lanzando piedras contra las tablas del establo, con ira, con sentimiento. Al su lado, el capitán Parada, conciliador, trata de ofrecer explicaciones, mientras Buitrago y Colmenares, con ganas de relajarse, se van a buscar unas cervezas para entretener la conversación.

El general salió furioso, resoplando, “a una comisión”, con sus dos sargentos y sus catorce fusileros, y se perdió por el camino de Guanápalo. El campamento fue entrando poco a poco en la normalidad. Los hombres dejaron su formación militar y se dirigieron a sus oficios. Regresaron a sus chinchorros, a las fogatas, a los corrillos, a las tertulias, al aguardiente, a la

música, a la fiesta interrumpida. Un cuatro comienza a sonar y sus notas se esparcen bajo las frondas de los cauchos y los caneyes. El sombrío apacigua el calor, las gruesas raíces de los cauchos sirven de resguardo y los botones nuevos bajan desde las ramas a taladrar el piso, aprisionando el territorio, y agarradas de ellas, las mulatas mecen sus encantos. Entonces los hombres se acercan a fomentar el bullicio y a enlazar los talles de ellas, azuzándolas al baile, acariciándolas para animarlas. A lo lejos, se cocinan los perniles y los costillares; llevan horas a fuego lento, ensartados en los pinchos, rodeando el fuego, y vuelven a crepitar los leños y renace el olor a grasa que destila de la carne de las mamonas tiernas. De nuevo brillan las escopetas recostadas contra las palmas de moriche y las cananas descolgadas de las ramas de los jobos como si fueran frutas, y otra vez se colorean de atardecer las caras y los uniformes de los guerrilleros, que se van tiñendo de rosados y naranjas, y también los gorros y los cascos escamoteados a los soldados y a los policías muertos.

En el morichal, un chicuaro se entretiene picoteando las chontas de la palma; sobre la cerca de la caballeriza un arrendajo ensaya los sonidos de un turpial, y más allá, entre los mangos y los pomarrosos, un grupo de llaneros rasgan el cuatro y la bandola. Al lado de ellos, un peón bajito y con la cara roñosa por las cicatrices de viruela, entona el ritmo acompasado de unas coplas. Nadie creería que una voz tan sonora pudiera salir de la garganta de aquel espantajo. Compiten él y los pájaros, y las mujeres que los acompañan tarareando los sones, y cada cosa parece contribuir a amenizar el jolgorio. “Hay una vieja bellísima”, recaba Franco; la vio entre las huestes del general con un fusil al hombro y una gorra de soldado. Los ojos grandes le encantaron; pero no la ve en la fiesta.

—Con este viejo loco nada se puede hacer—. Escobar recibe la cerveza que le entrega Colmenares e instintivamente limpia con la palma de su mano la boca de la botella, manchada por la herrumbre.

—Es el jefe, acéptalo, por algo fue nombrado general, más vale te acostumbres— le insinúa el capitán Parada, mientras se sienta al lado de los otros con una sonrisa, y apura de un tirón el contenido de su botella.

Y los camaradas se van animando y apuran las cervezas. Eduardo habla de disciplina, sin ella no hay revolución y los demás asienten. ¿Cómo decir que no, si es la verdad?, pero también es cierto que los hombres necesitan descanso y relajación, piensa Parada, mas no se atreve a contrariar a Franco. Otra piedra que el hombre lanza con ira da contra un tablón de la cerca, sube al cielo y cae en el anca de una mula que afina las orejas y mueve la cola, pero apenas si se inmuta en la modorra de la tarde.

—Esto es pura holgazanería, así no se hace una revolución. Miren no más a ése, está que se cae de la perra.

Los hombres lo miran y sonríen, mientras el peón se tambalea alrededor del tronco de un caucho. Da vueltas, se recuesta y al fin se desliza y queda aprisionado entre las raíces, mientras la botella rueda de sus manos, lentamente. Él entreabre un ojo y ve la tierra dando vueltas. Lo mejor es esperar que pare.

—Hay que hacer una conferencia con los demás jefes del Llano y propiciar un comando central y un estado mayor revolucionario.

Eduardo es delgado y de mediana estatura y aparenta más de los treinta años que dice tener. Es blanco, de cara alargada, de frente amplia, con una calvicie incipiente; los ojos amarillos son demasiado claros, casi verdes. Habla con suficiencia, pero es bueno para convencer con razones y para tranzar cuando es necesario y no responde de inmediato a sus interlocutores sino que siempre deja un espacio para pensar. Por otra parte Timbilimbas, formado en las toldas comunistas de los obreros petroleros, asiente y brinda por la unidad. Sobresale por ser el más pequeño, los ojos saltones, la mirada vivaz, una sonrisa siempre en los labios. De voz rotunda. Todavía lo recuerda Franco cuando lavaba carros para ganarse la vida, y se le viene a la memoria aquella época en la que arengaba a los compañeros en la escuela de Sogamoso, con sus ideas liberales cercanas a las de Gaitán. Solía imitarle la voz frenética, de tono grueso y estereotipado que todavía se oye en los viejos discos de fonógrafo en donde se conservan las arengas del caudillo.

— El general aceptaría ir a una conferencia si le ofrecieran ser el comandante supremo, al fin de cuentas, él recibió el mando de la Dirección Liberal—, repite el capitán Alfredo Parada.

Parece una reunión de conspiradores en medio de las huestes del general. Por eso el capitán Parada se siente incómodo y les pide hablar más bajo, que no lo hagan quedar mal, pues todos ahí son espías y adoran a su jefe.

— Eso es porque los mantiene corriendo de lado a lado y de fiesta en fiesta, prometiéndoles la llegada de los refuerzos del Tolima y los fusiles de Venezuela —Escobar se quita el sombrero y sobresalen su calva y unos cuantos restos de su pelo entrecano—; a lo mejor debemos renunciar a esta mierda—. Unas gotas de sudor le resbalan desde la raíz del pelo.

— Me lo imaginaba distinto— murmura Colmenares

— ¿Cómo así?—. Pide explicaciones el capitán Parada.

— Pues más alto, más fornido, más atlético, como un verdadero general, más bien parece un ganadero de esos que se sientan en las cantinas a beber cerveza y a rascarse la barriga.

La tarde cae, unos arreboles se dispersan en el firmamento, se hace espeso el humo de las fogatas. Los visitantes comen carne y beben cerveza. Las muchachas se animan y sonríen. Una de ellas es una morena alegre que viene del Pauto y peleó en el asalto de Macuco. Franco la mira llegar y queda embelesado. La mujer le devuelve la mirada y le sonríe. Él la persigue con los ojos. Las botellas de aguardiente pasan de boca en boca y algunos ensayan corridos, mientras las hembras se aventuran con el joropo.

Con los últimos rayos de luz regresa el general. Va cabizbajo, con la espada al cinto y en el hombro un fusil con mirilla telescópica. La pistola que le regalaron sobresale en la pretina. Ya no se ve tan imponente como en el momento de arengar la tropa; su piel morena se nota más oscura y su cara de indio parece aplastada por las preocupaciones. Al llegar al campamento, dos peones se le acercan, uno le recibe las riendas y otro lo ayuda a bajar. El primero se lleva el caballo hacia el establo y el otro le toma el fusil y lo acompaña; a su lado permanecen los fusileros con las armas dispuestas. Entra en la maloca donde está la comandancia y desaparece en medio de las hamacas. Los capitanes, al verlo llegar, se apresuran a saludarlo y se ponen a su disposición, pero él les dice que se retiren y vuelven a salir y se reincorporan a la fiesta.

— Mejor hablamos con él y le decimos lo que pensamos —les dice Eduardo a sus compañeros y ellos asienten—, después nos vamos a organizar nuestra gente y en dos meses hacemos la conferencia. Si Velásquez quiere ir, que vaya y si no, pues lo dejamos solo.

— Tanta bulla por catorce fusiles—. Escobar se frunce de la ira.

— Pero le vienen cien más del Tolima y quinientos de la Dirección Liberal. Eso va a haber fusiles para todos los comandos.

Rosendo Colmenares se levanta; es demasiado joven, blanco, de mediana estatura y su cuerpo es fornido, con unos hombros anchos que lo hacen ver atlético; su piel atezada resalta unos ojos carmelitas, muy inquietos. Es arisco y mantiene siempre una actitud despierta y un espíritu combativo. En las batallas se ha ganado fama de audaz y muchos le temen por lo atinado para desenmascarar a los enemigos.

— El hombre se inventa las mentiras y después se las cree —Eduardo considera que es mejor hablarle ahora y no esperar más—. Vaya usted camarita —le dice al capitán Parada— dígame que necesitamos hablar con él.

El Guanápalo corre en la distancia, baja raudo de las montañas, se encrespa entre las rocas del cauce y se apacigua en el llano. Sobre las orillas, las curiaras parecen abandonadas a sus suertes; en los montes de los alrededores hay vigilantes armados de escopetas, y por los caminos, estafetas a pie o a lomo de mula, llevando y trayendo mensajes. Lo que pasa en los

alrededores se sabe de inmediato. Hay tantos hombres sin fusiles, ni revólver, ni siquiera un machete, que muchos se ofrecen de correveidile en las labores de inteligencia. Algunos son de suma confianza, astutos como las panteras y tienen sus propios escondites y caminos secretos; muchas veces se les ve a pie limpio entre los lodazales; otras, toman un potro cimarrón, recorren un largo trecho y luego lo abandonan; de vez en cuando bajan silenciosos en una pequeña canoa por cualesquiera de los ríos que descienden paralelos hacia el gran caudal del Meta. Se conocen el Upía, el Túa, el Cusiana, el Pauto, y el Ariporo; pero también los caños y las lagunas que nacen en los inviernos y desaparecen en los veranos; tienen contactos en el camino, familiares o amigos, caminantes con grandes secretos; algunos los ven y les ayudan, contándoles quiénes pasaron en los últimos días y si eran de algún comando extraviado o chulavitas o miembros del ejército, en comisión para cumplir alguna orden desde Bogotá, no vaya a creerse, como es la versión más común, que el ejército le ayuda a los rebeldes. Tanta fuerza ha cogido esa creencia, que cuando los guerrilleros reciben la noticia de que por ahí pasa una columna del ejército, desestiman las preocupaciones e incluso envían emisarios a hablar con los soldados o con quien los comanda. Hay como un pacto no declarado, una neutralidad que habrá de durar, por lo menos, algún tiempo.

El general acepta recibirlos en su comando. Tiene otro semblante. Está calmado. Fresco después de pensar, de dejar que la vista se le perdiera en las distancias del Llano. Adelante marchaba un guía de los más expertos con el sargento Perdomo, luego él en el mejor caballo y a los lados y a sus espaldas los catorce fusileros. Atrás el sargento González controlaba la retaguardia. La inmensidad lo calma, le da una paz interior que se pierde lentamente cuando le toca decidir sobre las acciones de los hombres bajo su mando y al tener que compartir decisiones con tanto zángano, con pretensión de comandante. Cómo si él no fuera el único con capacidad de decidir quién es teniente o capitán o simple soldado raso. Son las veleidades del género humano, el ansia de poder, el regionalismo. Los de Arauca quieren mandar en el Arauca y los del Cocuy en el Cocuy y los de San Juan de Arama en San Juan de Arama. Cómo si él no hubiera recorrido el Llano liberando a los pueblos de la opresión conservadora, matando godos, arrasando chulavitas y sembrando las semillas de la libertad a diestra y siniestra, como Bolívar.

Cuando los visitantes se acercan siguiéndole los pasos al capitán Parada, el general está sereno, sentado en su hamaca, bamboleándose un poco. Fuma un cigarro de una caja de puros extranjero regalados hace ya mucho tiempo por su amigo el senador Durán y que conserva para ciertos momentos en los que es preciso pensar. Un humo espeso y un aroma fino invaden el ambiente. En el momento de toser, entran el capitán Parada y los visitantes, seguidos de los fusileros que nunca desamparan a su jefe. Franco es el primero en hablar porque tiene buen verbo y capacidad para razonar; es un líder en el

grupo. Los acompaña Colmenares. El otro es Jorge Carreño que viene del Cravo. Y también está Luis Buitrago, más confidente del general que cualquiera de los demás, y los acompaña Escobar, a quien le han aconsejado no hablar para no volverle a encender las rabetas al general.

Velásquez es magnánimo, entiende de flaquezas, de ansias de poder, de famas y de triunfos. Muchos sueñan y sueñan y se la pasan soñando toda una vida; pero él es un hombre de acción, de armas tomar, como cuando liberó los pueblos a lo largo del río Meta y la intendencia del Casanare. Aspira su cigarro y escucha con benevolencia, asintiendo las razones, comprensivo. Acepta los argumentos de Franco, reconoce la importancia de la organización, le parece bien lo de la conferencia, acepta se vayan a organizar sus comandos. Está bien que se queden a dormir esa noche y al otro día se marchen. Tendrán caballos buenos y raciones suficientes. Él, por su parte, deberá ir a Venezuela a recibir los fusiles comprometidos con los generales del gobierno venezolano.

—No hay objeciones Franco, es más, le voy a dar este contacto —le dice el general—, él le indicará cómo recibir los fusiles de la Dirección Liberal. Eso es urgente y yo no lo puedo atender por mi compromiso en Venezuela.

Franco recibe un papel amarillento, lo desdobra, ve escrito un nombre y un lugar. “Ismael Esguerra, Rincón Hondo, río Ariporo”. El nombre no le parece conocido pero vacila con el apellido, le parece haber escuchado de algún Esguerra cuando estuvo en el río Ariporo. “Esguerra, Esguerra”, le queda sonando. Dobla el papel con cuidado y lo guarda en el bolsillo del pantalón.

— ¡Ah!, una última cosa Franco —le dice al disponerse a salir—, he oído que entre su gente anda un tal Berardo, que le dicen el Tuerto Giraldo, lo quiero aquí, he dado la orden de fusilarlo.

El aire se enrarece de nuevo y un calor extraño le sube a Franco por la cara, pero se contiene. El humo del tabaco se encuentra cerca, le penetra más, lo hace toser. Los fusileros están atentos, uno de ellos, Paulino Hernández, tiene fama de buen tirador y dicen que él solo tiene una lista de más de treinta policías muertos que va marcando con rayas en la cacha de su fusil, imitando a su jefe.

“Aquí hay que arriesgar, hablarle de frente y tratar de cambiar las costumbres, si no, esto no va a llegar a ninguna parte”.

—Todos lo quieren matar y el único pecado cometido es el de ser tuerto— dice Franco.

—Tuerto y muchas otras cosas. Y si todos lo quieren matar fue porque yo di la orden—. El general suelta una enorme bocanada de humo.

—Ésta no es una revuelta de chusmeros, es una revolución —dice Franco—. —Pero la revolución no admite traidores, ni ladrones que se aprovechan de las contribuciones de la guerra. —Y que me dice de ustedes que se la gastan en parrandas. O si no, mire su campamento, lleno de borrachos y vividores. Él es de mi comando, yo exijo respeto por su vida o que se le haga un juicio. —Bueno, bueno, no es para tanto Franco —responde el general que ha adoptado un aire comprensivo y ha olvidado lo de nombrarlo capitán—, está bien lo del juicio, pero aquí en Guanápalo.

7

Guadalupe y sus compañeros de prisión, aceptan el reto de ir hacia el sur. Galopan como si fueran gaviotas llevadas por el viento. Aprovechan el desconcierto causado por el levantamiento en Apiay del capitán Alfredo Silva, y la toma de La Poyata que hiciera el general Eliseo Velásquez, y bajo el sueño de la revolución que enarbolan, y luego de proclamar a Guadalupe como jefe de los comandos del Ariari, asaltan las inspecciones de policía más aisladas. El gobierno no tiene como vigilar el territorio y cuando logra enviar inspectores, no alcanza a entregarles el salario; esto hace que los peones y caballiceros más avispados se ofrezcan de voluntarios y armen con ellos especies de bandas, que se sostienen haciendo tropelías y viven como déspotas al amparo del descontrol oficial. Por eso, quince o veinte prófugos, de nuevo cachilaperos, toman como trofeo de guerra los potros encontrados en la región y someten con facilidad a los dos o tres malandrines que custodian aquellos pueblos abandonados del Llano. Detrás de la estela de asaltos, con algunos muertos y decenas de vegueros víctimas de los atropellos, que se les quieren unir, decide Guadalupe seguir su marcha hasta san Juan de Arama.

Allí habrá de llegar victorioso. Primero arriman estafetas impulsados por los rumores de la guerra e idealizan los combates: no son, según el decir, unos pobres desarrapados, con hambre y sin armas, sino cientos de hombres levantados y con los fusiles enviados por la Dirección Liberal. No son diez los muertos, policías y alcaldes conservadores tomados por sorpresa bajo el sopor de los cuarteles y la rutina de las oficinas públicas, sino miles de godos y chulavitas dados de baja en el fragor de los combates. Ahí no hay prófugos sin ideología, simples bandoleros sin dios ni ley, de los que sienten que es ganancia estar armados y llevar la iniciativa, sino enviados del general Plinio Mendoza Neira, el ideólogo de un golpe fracasado, que juran ser gaitanistas y revolucionarios, capaces de tumbar el “oprobioso” régimen conservador de Ospina Pérez. Y no sirven ni siquiera los aviones bombarderos que atacan a los asaltantes cuando hay batallas y se desquitan con las humildes chozas

de los vegueros en las riberas de los ríos, porque los guerrilleros han aprendido a desplomarlos con sus disparos de fusil.

Al llegar a San Juan, el sol del atardecer los recibe golpeándolos en los ojos. El cansancio los azota, y los riñones, de tanto galopar, se les quieren salir de las entrañas. Si en ese momento fueran asaltados por los patones perderían fácilmente la batalla. Pero la tragedia no es solamente de ellos. En el camino no han encontrado más que un pueblo desahuciado: niños con la barriga inflada que posan indiferentes y al ver pasar la chusma no muestran ninguna emoción y parecen pinturas adornando la desolación; mujeres que esperan en las orillas de los ríos, para ver pasar los cuerpos flotando entre las aguas, con el afán de reconocer si alguno de ellos es su hombre, ése que jamás regresó de la sementera; terneros orejanos que no desamparan la orilla del bosque, ni tienen aliento para moverse en las llanuras; conucos abandonados en los linderos de los morichales, desvencijados por las bombas y chamuscados por los incendios. Los guerrilleros arriban cuando el rumor ha ganado la batalla y el campo está libre y los sobrevivientes se encuentran dispuestos a seguirlos.

Por esas fábulas que van creciendo en la imaginación, la guerra se convierte en la mejor opción. Es así como llegan al comando central, levantado bajo el sombrío de los frondosos camorucos de las orillas del río Ariari, los aspirantes a engrosar las filas de la revuelta; hombres, mujeres y niños se ofrecen de voluntarios por la patria, por el Partido Liberal, por la revolución y por el capitán Guadalupe Salcedo. Muchos de ellos ni siquiera saben el significado de cada una de esas banderas, pero han oído historias, han preguntado otras, y vienen aprendiendo de los más experimentados lo que deben decir. Todos tratan de aportar algo: una vieja escopeta, un revólver, un gras o un machete, vituallas para alimentar las tropas o simplemente las ganas si lo demás no existe. Y las mujeres se deciden para ayudar en los oficios que los guerrilleros no tendrán tiempo de hacer, como levantar las cocinas y lavar la ropa o “aunque sea —dicen entre ellas sonriendo— para hacerle compañía a los hombres después de las batallas”.

Juanita Olmos llega esa vez a San Juan de Arama al campamento que tienen montado en las riberas del río. Guadalupe rasga un tiple, en ese atardecer que tiene encendida la sabana de unos azules inmensos y unas nubes teñidas de todos los rojos posibles. Ella monta una potra zaina con la soltura de quien está acostumbrada a arriar reses por la sabana y cuando llega, no hay hombre que no la mire. Al bajar del animal, sus caderas le sacan suspiros a más de uno. El pelo negro le baja en cascadas hasta la nuca y los ojos son inmensos como dos bolas de fuego brillando en el ocaso. Altanera como ninguna, se para frente a los primeros guardianes y sin saludar siquiera pregunta por el capitán Guadalupe Salcedo. Hay que verla caminar para conocer una hembra a carta cabal: con los senos grandes y levantados,

y los pezones negros, manchando el paisaje que se deja ver al trasluz de la blusa blanca llevada con cierto orgullo; el cuello largo como el de las palmas de los moriches, un lunar negro en la mejilla, más oscuro que la piel azabache de su yegua y unos labios gruesos que provoca morder de los sensuales. El capitán, por supuesto, deja de tocar el tiple, hace a un lado el instrumento, se sonríe con malicia y no tiene ojos sino para ella. Cuando la mujer se le acerca huele a monte y a sudor, pero se le ofrece para lo que sea, y él, que la mira embelesado, le dice que sí, que se aliste para lo que sea.

Guadalupe siente que su abstinencia lo asedia. Ya su mujer es un recuerdo opaco diluido en los ojos de sus hijas, y la última mujer que tuvo en sus brazos fue una prostituta con la que durmió una noche antes de ser puesto preso en Villavicencio. Él y sus amigos acababan de llegar con una recua de reses buscando venderlas en la feria y alguien vio algunas marcas conocidas y los denunció a la autoridad.

Desde el instante en que Juanita y Guadalupe se encuentran quedan prendados, separados sólo por el fuego de las batallas y la distancia de sus caballos. Comparten la comida y el lecho, las horas aciagas y las pasiones enfermizas de la guerra; las persecuciones desenfrenadas y las traiciones de los que han jurado ser amigos. Juntos ven morir compañeros y juntos se sacian de matar chulavitas; sufren noches de lluvia huyendo por entre el monte, aguantan hambres, fríos y calores infernales; pero también ven amaneceres y atardeceres majestuosos, visitan una a una las estrellas del firmamento al calor de las fogatas, pescan cachamas y curitos en las aguas de los caños y los ríos, cazan araguatos y cajuches para alimentar las tropas hambrientas, contemplan lunas de plata caer en el crepúsculo, oyen las décimas inventadas al calor de los aguardientes y los corridos tristes del llano y bailan joropo o tocan el cuatro, y cuando pueden, practican el coleo y asisten a las riñas de gallos.

Luego de pensarlo y conversarlo con los amigos más cercanos Guadalupe decide irse a buscar la guerra. Quiere que lo respeten, quiere tener buenos fusiles. No más escopetas de fisto y caballos desgalichados rengueando en las llanuras. Hechos los ajustes, cobrados los impuestos y organizada la provisión, no pueden seguir sino los que tengan un buen animal y dispongan de un arma responsable. Entonces escoge los treinta hombres mejor armados de los cien que hay dispuestos.

— Los demás —dice el capitán para deshacerse de los que no se pueden defender— serán la retaguardia de la revolución.

— Yo tengo cosas que hacer en Puerto Rico —advierde un morenito flaco y de bigote desaliñado. Se llama Aljure, un aventurero enrolado con ellos en San Martín, y que no acepta fácilmente que otros le estén dando órdenes.

— Usted se queda en el Ariari —le dice Guadalupe ofreciéndole responsabilidades—, yo me voy al norte a ganar la guerra.

Había llegado la hora de pelear en los sitios donde estuvieran los principales combates; allí donde fuera posible recuperar de una vez una docena de fusiles y donde se consiguiera el apoyo de los hacendados liberales. Ya Guadalupe no quiere más asaltos a medrosos patones que huyen con sólo saber su cercanía. Porque es tal la fama que, con el rumor, los que se ufanan de ser más guapos, salen despavoridos.

—Vale la pena juntar fuerzas con Riqueiro Perdomo en el norte, conocer al general Eliseo Velásquez, hacer pactos con los Bautistas y los Villamarines.

“Mejor digo una cosa y hago otra —piensa Guadalupe—, porque aquí nadie sabe lo que pueda pasar”. Él reconoce que su mejor arma es guardar el secreto de su camino.

Muchos no quedan contentos y hay quienes toman la decisión de seguir a pie, detrás de las huellas de los que se consideran más afortunados. Y el campo se va cubriendo con las tolveneras dejadas en los caminos, y arrecia el sol, y escasean el agua y la comida. Pero de trecho en trecho hay reses sin marca en los descampados o conuqueros que se ofrecen a ayudar con un bulto de maíz o una ración de topochos. Y no faltan las fogatas para asar los perniles, un cuatro para alegrar el ánimo, una hembra para perseguir entre los rastros o a quien le dé por contar historias, como las leyendas de Juan Machete y el tesoro de Caribabare.

Hasta los oídos del general Velásquez han llegado las historias que narran las hazañas de un bandolero, que a nombre del Partido Liberal y de la revolución, le está cobrando impuestos al pueblo y ha jurado en las cantinas no someterse a ningún mando. “Es un cachilapero que sacó de la cárcel el Capitán Alfredo Silva, que ni siquiera se sabe si es liberal y lo que hace es conseguir buenos caballos a nombre del partido”, le cuentan al oído los hombres de confianza. Por eso el general ordena lo busquen: “encuéntrenlo donde sea y me lo traen acá y si no quiere venir, mátenlo”. Pero nadie sabe dónde se encuentra, pues Guadalupe es impredecible. Al llegar a Puerto López repite que quiere conocer a don Tulio Bautista, pero evita Barranca de Upía y se decide por Cháviva, y allí se embarca en el río Meta hasta Santa Elena de Cúsiva en donde opta por dejar otro comando con los hombres desarmados, y pasa a visitar en Orocué, su tierra natal, a su esposa, María de la Cruz Cedeño y a los familiares que le quedan vivos.

— ¡Niñas, vino el papá!, —grita su esposa María de la Cruz desde la puerta—. Han pasado más de seis meses y ellas, al llegar corriendo, no lo reconocen, se rebullen en sus lugares, tienen miedo, se esconden detrás de la falda de la

mamá. Esa noche la pareja no pega los ojos, él dándole vuelta a las niñas para mirarlas mientras duermen y ella dejando que él le haga el amor todas las veces que quiera. Pero el descanso pasa rápido. Ahora hay obligaciones impuestas por la guerra y temores nuevos que nacen con las persecuciones. Por eso al día siguiente, sin pensarlo dos veces, se despide de nuevo, y ella, acostumbrada al abandono y un poco desganada por el exceso de aquella noche de sexo, simplemente lo deja partir.

En el camino han tenido más de diez asaltos, todos exitosos. Bueno, casi todos, porque una cosa es ganar y hacer huir el enemigo y otra bien distinta que les maten los mejores hombres. Como fue el caso de Riqueiro Perdomo. Tanta brega para recuperar apenas tres fusiles, porque la mayoría huyen con las armas al saber que los guerrilleros se acercan. Sin embargo, sea como sea, la gente reconoce que ha liberado el río Meta de godos, chulavitas y patones. Guadalupe junta hombres y mujeres para la guerra, pero no tiene armas ni vituallas. Entonces decide que los pudientes deben ayudar e inicia recaudos en Puerto Carreño, el Cravo y Puerto Rondón. Allí lo esperan los hombres del general, pero él no está enterado.

Las noticias van y vienen. Hay decenas de estafetas que llevan y traen mensajes. La mayoría montan en mulas, pero muchos se embarcan en curiaras para atravesar los caños y los ríos. Hay tantos correveidiles, que parecen ejércitos, más numerosos que los que cargan un fusil o esperan entrar en los combates. Dicen que en Hato Corozal se encuentra el capitán Alfredo Parada, quien viene de parte del general. Le recomiendan sea precavido porque Velásquez está disgustado por el dinero que cobra de contribuciones, sin tener la autorización para ello. “Todos le deben obediencia al general”, le dicen los más arriesgados. Guadalupe se reserva las respuestas y no busca al emisario, pero se deja encontrar. Por lo menos diez de sus hombres de confianza están en la cantina donde se produce el encuentro con el capitán Parada.

—El general ha oído de su fama en el sur de la intendencia y ha recibido informes —dice con seguridad, dueño de su temple—. Ambos le dan sorbos a un vaso de cerveza. Parada le propone una conferencia, pero tiene que ir solo y desarmado. Son las reglas. El capitán Parada está de paisano y bajo el poncho se le ve la pistola en la pretina del pantalón.

—Iré —le dice Guadalupe y termina de un tirón su primer vaso de cerveza.

—Le daré las señas —responde Parada, pero Guadalupe le adelanta la respuesta.

—Ya sabré encontrarlo. —Y después de terminar un par de cervezas se despiden sin mayores datos. El uno con la intención de no ir y el otro con ganas de matarlo. Pero cada uno hace lo contrario.

Es un abril lluvioso del año cincuenta. Guadalupe decide hacer el viaje solo. Se coloca el sombrero de fieltro, se tercia un viejo poncho que Caldo Flaco le presta, se pone unas cotizas; no consigue unos tucos que le hubieran servido más, pero se remanga el pantalón a media pierna y se sube a un caballo desgachado, el más malo que pudieron conseguir. Varios días le toma el camino por los senderos polvorientos. Anda desarmado. El último tramo lo hace a pie, halando su jaca como cualquiera de los vegueros; se mezcla con ellos, les conversa, les ayuda con la carga, hace amigos y los acompaña a su destino: el campamento del general. Hasta llegar a las cabeceras del río Guanápalo. Al entrar al campamento, Guadalupe elude a los guardias, se camufla entre los peones hasta el punto de que muchos lo creen uno de los que arriman raciones de plátano o maíz y se le aparece al general en su guarida, así de sopetón, sin que nadie le preste atención o lo detenga. Cuando menos piensan esta ahí, al frente del mandamás, a un paso de su hamaca. Los fusileros, adormilados, no atinan a moverse cuando irrumpen. “Yo soy Guadalupe Salcedo Unda —le dice a Velásquez—, para lo que usted mande, general” y hace un saludo militar que no le hacía a nadie desde que fue liberado por el capitán Silva. Entonces Eliseo Velásquez, sorprendido, con su cara de luna y su bigote encrespado, siente hielo en la boca del estómago; es un extraño frío que le recorre la espalda y le levanta los vellos de los antebrazos. Apenas si atina a abrir la boca y a entrecerrar un ojo.

“A éste, si hubiera que matarlo ya lo habría matado”, piensa Guadalupe.

Pasado el primer impacto y consciente de encontrarse inerme frente a cualquier atentado, el general se levanta de la hamaca con dificultad (todavía le tiemblan las piernas y una ligera palidez le recorre la cara), lo detalla de pies a cabeza como tratando de encontrar correspondencia entre el nombre escuchado y lo que recuerda haber oído de él, y luego de dar unas cuantas vueltas en medio de la indignación, lanza una sonora carcajada que suena entrecortada.

—Llamen a Parada —grita—. Son unos imbéciles. A mi lado no hay sino imbéciles.

Guadalupe, que no se lo imaginaba gordo y menos con tanta barriga, acepta las palabras del general con una sonrisa, pero no se atreve a afirmar ni a contradecir. Trata de permanecer en posición firme, hasta que el general le pone la mano en el hombro y lo invita a sentarse. Varios fusileros han salido y el capitán no llega. Entonces hace llamar a sus lugartenientes. Poco a poco van apareciendo. Allí se juntan Luis Buitrago, Carreño, Chucho Solano y un tal Humberto Paredes que viene de conferenciar con los hermanos Parra. Nadie conoce el forastero y no saben si deben aprehenderlo de inmediato o preguntarle al general qué quiere hacer con el intruso. Están alelados y con

la boca abierta. Al fin llega Parada, casi corriendo y todavía abotonándose la bragueta de los pantalones.

— Le dije que lo trajera y resulta que él vino solo, y se metió por entre las narices de ustedes —le increpa el general, y el bigote le tiembla.

— Se nos escapó —atina a responder Parada, mirando a Guadalupe, a quien se le nota la sonrisa en los ojos.

— ¿Quién es?— pregunta Carreño.

— No es nadie más, ni nadie menos que el coronel Guadalupe Salcedo. Qué vale por todos ustedes juntos—. Lo de coronel fue un ascenso hecho sin preguntarle. Y luego, dirigiéndose a uno de los capitanes:

— Traigan con qué celebrar idiotas, para escuchar del capitán lo que es hacer la revolución sin una aguja, sólo con los cojones.

Con ese desplante Guadalupe se gana al general, quien después de oírle las historias y de regañar reiteradamente al capitán Parada y a sus jefes de pacotilla, que no sirven ni para cuidarlo a él, le ordena a Chucho Solano le dé un buen potro. “Ese negro con manchas blancas en las patas y en la frente, y un fusil, porque éste si es —reitera brindando por él— un hombre verraco”, y entonces lo manda a comandar un grupo en Santa Helena de Cúsiva, ya por cuenta de la revolución.

8

Después de que los godos lo hieren en Concepción, Rosendo queda con una espina en el corazón. Es una de esas heridas leves que duelen en el alma. Debajo de la piel del antebrazo derecho conserva el recuerdo; allí siempre está la bala avivando la historia: cada mañana al bañarse se toca el metal y acaricia su forma y piensa en el arma de donde salió y en el tipo que lo miraba con odio; en las tardes, cuando se soba los brazos para espantar el frío, encuentra de nuevo los ojos que lo asedian, y en las noches, al recibir las caricias de una mujer, ella se encarga de remover el recuerdo. Su padre es dueño de fincas ganaderas en García Rovira y ha montado una hacienda en Tasco, y los hijos tienen buenos caballos para chalanear y participar en las fiestas. Por eso, Rosendo aprende a ser gallero, cazador, jinete, domador y corcoveador en las ferias del Charte, de Bevea y de Agua Verde. En donde hay competencias allí está presente, gastando a manos llenas y bebiendo hasta emborracharse y salirse de riendas. Jamás le había ocurrido nada, hasta que en Concepción, entre copas de aguardiente y apuestas a los gallos, cambia su suerte. Todo comienza cuando decide gritarle vivas a Gaitán, el caudillo liberal asesinado.

— Aquí el dueño es conservador —le dicen unos sujetos anónimos— y no nos gustan los liberales.

Pero Rosendo, pasado de tragos, se envalentona y aún con más ganas, grita: “¡viva el Partido Liberal!”. No ha terminado su alboroto, y uno de los sujetos empieza a dispararle. Él no siente nada, ni siquiera alcanza a ver cuándo el agresor saca el arma, sólo le advierte el odio en los ojos y le parece adivinar un proyectil en dirección a su cuerpo. Pero su hermano mayor, Carlos, atento a lo que acontece, lo jala de la camisa, lo protege entre los otros paisanos y lo saca de la gallera.

— ¡No los queremos más aquí! —suenan las voces detrás de ellos.

Carlos se lo lleva hasta la caballeriza en donde han dejado las bestias, y viendo a su hermano demasiado bebido, lo monta en su caballo Minuto, que es más seguro y no es pajarero, ni arisco, como los que el hermano acostumbra a montar para darse ínfulas. Ése animal, manso y seguro, le dará más garantías para llevarlo hasta la finca sin tumbarlo de la montura. En el camino, al tratar de frenar el galope de la bestia, Rosendo se da cuenta de que está herido en un brazo. La sangre le fluye levemente, y el ardor le alborota el estado ánimo. Frena, intenta devolverse, alebrestando contra los godos, maldice, espolea la bestia, pero su hermano le cierra el paso, lo sostiene de las riendas y lo hace bajar del caballo, le mira la herida, le hace mover los dedos, ve que es algo leve y lo tranquiliza. Al fin, después de discutir largo rato, lo convence de no tener probabilidades de ganar una pelea con esos tipos que andan armados y pueden ser muchos. El argumento es sencillo:

— No tenemos ni una aguja —le explica Carlos.

— Pues vamos por las escopetas de la finca —responde el hermano, tambaleante.

— Vamos —asiente Carlos—, no perdamos más tiempo.

“Yo no me le apachurro a ningún godo por muy armado que esté —masculla Rosendo—. A ése lo quedé conociendo, no se me va a olvidar nunca su cara, ni él ni sus ojos ni el cañón de su revólver ni la bala que sentí venir hacia mí y tuve tiempo de esquivar, porque me venía derecho al corazón”.

Pero la euforia del alcohol se diluye en el viaje, con el viento que les da de frente y les refresca el rostro, con la ventisca que comienza a caer y les humedece la espalda, con los senderos pedregosos que hacen trastabillar los animales, con el cansancio de las horas y la modorra del aguardiente, y al llegar a la hacienda, lo único dificultad es bajarlo del caballo y pedirle a los peones que lo carguen hasta su cama, en donde lo acuestan vestido y apenas si alcanzan a quitarle las botas.

La madre de los muchachos, que viene durmiendo mal y ha escuchado la furrusca, se levanta en camisón, se pone unas pantuflas y va a mirar lo ocurrido. Se ha acostumbrado a verlos llegar tomados, pero esta vez escucha a los peones susurrar algo sobre una herida que ya no está sangrando. Tiene una mala premonición, se devuelve y trata de despertar al viejo: “Levántate”, le dice a Epaminondas, pero el viejo apenas gruñe y se voltea en la cama. “Déjalos —masculla— son jóvenes, tienen derecho a divertirse”. La madre, Altagracia, siente una angustia clavada en el pecho. Enciende un mechón y se dirige a la habitación de los hijos.

— ¿Qué pasó? —los ojos están ávidos y tratan de descubrir los objetos bajo el titilar de los mechones. Estos intentan apagarse con el viento que se cuele por la puerta abierta.

— ¿Qué pasó? —repite—, ¿dónde lo hirieron?

— No se preocupe mamá fue en el brazo, no es grave —la trata de sosegar Carlos, abrazándola.

— Vayan por un médico —les dice a los peones.

— No mamá no es necesario, es una herida en el brazo, nada grave. Mire usted no más.

Entonces calientan agua, buscan el botiquín, le lavan la herida, le limpian la sangre, le echan mercuriocromo y se la tapan con una gasa, la que fijan a la piel con dos tiras de esparadrapo. Rosendo, profundo de la borrachera, no se da ni cuenta. La mamá lo cubre con una cobija, le soba la cara, le da un beso en la frente y Carlos se la lleva hasta la cocina y le cuenta, minimizando los hechos, los detalles del incidente.

Pero las noticias de que son hijos de un gamonal liberal y andan alborotando a los peones en contra del gobierno, viajan por la región: recorren Recetor, Chámeza, San Eduardo y llegan a Tasco, y estimulan las persecuciones de quienes quieren hacer una buena labor al servicio de la causa conservadora. Por ello, en varias oportunidades, padre e hijos empiezan a ser asediados por patones y chulavitas. Y un día los asaltan. Los dos hermanos andan de farra en Labranzagrande. El padre, avisado a tiempo, logra huir a García Rovira en donde tiene amigos que lo protegen; su madre se esconde en un gallinero y acurrucada entre los galpones y embadurnada de rila, se escapa de que la maten casi como de milagro, y los asesinos violan y degüellan a las mujeres delante de los peones, los acuchillan a ellos y luego dejan razones con los niños mayorcitos para que el viejo Colmenares y sus hijos abandonen el lugar.

Mientras tanto, en vez de huir, seguros de que el pánico no dejará reaccionar a los amigos de las víctimas y habrán de escarmentar con el hecho, los matones deciden quedarse en el lugar y sin pensarlo mucho, se esconden, al abrigo oficial, en el puesto de policía de Tasco.

Carlos y Rosendo, se deciden por la venganza. A ambos, los vecinos del lugar los llaman indistintamente Minuto, en honor al caballo que los saca con frecuencia de los peligros de las juergas. Ellos simplemente lo montan, clavan los brazos a horcadas sobre su cuello y dejan que el animal, que se conoce todos los caminos, los lleve de regreso a casa. “Allá viene Minuto con alguno de los muchachos”, dicen las cocineras al ver el caballo en la distancia. De ahí en adelante, el apodo de Minuto lo usa indistintamente la gente para referirse al caballo o a cualquiera de los hermanos.

La madre, que ha contemplado los horrores de la masacre y tiene desde joven un revólver, regaló su marido, el cual nunca aprendió a usar, se lo entrega a Rosendo para su defensa, “si es que alguien vuelve alguna vez a intentar matarlo”.

- Es para que se proteja mijo, no para hacer fechorías ni meterse en líos.
- Claro mamá, no se preocupe.
- Recuerde que el que a hierro mata a hierro muere.
- Si mamá, yo lo sé.

Carlos y Rosendo juntan a los hijos de los peones y a otros amigos solidarios con las víctimas que se les quieren unir, y arremolcando con las consignas de Gaitán, los acompañan al desquite. Rosendo arenga con el brazo en alto, como lo hacía el caudillo asesinado, y hace un llamado a la lucha con una de sus frases más célebres: “Si avanzo, seguidme; si retrocedo, empujadme; si os traiciono, matadme; si muero, vengadme”.

La tarea no fue fácil, porque hubo que vencer el miedo y exaltar el odio:

- ¿Acaso no vieron morir a los padres?, ¿no violaron a las hermanas?, ¿no les cortaron el cuello? Además —aclara Rosendo—, no se trata de matarlos, sólo de quitarles los fusiles, para que no sigan haciendo daños.
- Eso no tiene gracia —dice alguno de los ofendidos, convencido de que los asesinos deben pagar su culpa—. Lo mejor para evitar las maldades es matarlos de una vez.
- El Alcalde de Tasco es liberal, —explica Rosendo— y es buen amigo de mi padre, si le entregamos las armas, él buscará que se les dé buen uso, los meterá a la cárcel y aceptará protegernos.

El grupo se encuentra en el dilema entre matarlos o entregárselos a las autoridades. “Qué merecen la muerte la merecen”, pero tienen miedo porque esa disputa se puede volver un círculo de muertes sin fin. Armados de escopetas, revólveres y machetes, los perseguidores hacen varias rondas por el puesto de policía de Tasco, lugar en donde aseguran están los asesinos. Primero van simplemente como campesinos y desde lejos atisban el lugar.

Merodean. Acechan en las mañanas y les investigan las rutinas: ya saben a qué horas se levantan, en dónde hacen las necesidades del cuerpo y a quien mandan a comprar pan, tabacos y cerveza. “Sería posible matarlos de a uno, pues todos dan tiro”, dice alguno. “Mejor les caemos mientras estén juntos y les disparamos de una, sin que tengan tiempo de coger los fusiles”, anota otro. “Si los matamos no aguantaremos encima la tropa y nos seguirán persiguiendo las familias”, apunta alguien más, lo que les vuelve a alborotar el miedo.

“Pues yo los mataría y no me quedarían remordimientos —reflexiona Rosendo—, pero, por mi parte estoy dispuesto a irme, en cambio mis compañeros no son capaces; lo que tienen es odio y creen que eso no es sino matarlos y ya; pero yo sé que si los matamos y no nos vamos de aquí, nos asesinan sin remedio”.

El sitio es un viejo cuartel de tapia sin puertas ni ventanas, abandonado de tiempo atrás por los policías. Los hombres se acercan y ven a los asesinos confiados; unos acostados en el piso fumando tabaco, descamisados y con la barba a medio crecer; otros limpiando el fusil, como matando el tiempo. Las botellas de cerveza en el suelo, las colillas de cigarrillo por doquier. Siempre están así, adormilados, esperando órdenes. Y en los ojos les danza una mirada extraña que ellos advierten. No es de humillación, es más bien envanecida, envanecida por la crueldad. ¿Qué sensación puede quedar después de tanto atropello? El hastío. Violan a las mujeres hasta que ellos eyaculan y luego les cortan el cuello, mirándolas a los ojos para deleitarse con el espanto que se les queda grabado en las retinas. Así los encuentran, plenos de hastío. Entonces es fácil. Rosendo tiene el revólver, regalo de Altagracia; Carlos lleva la escopeta de la finca y los hijos de los peones asesinados cargan el odio en los trabucos y en el filo de los machetes. Es fácil, parece como si los asesinos estuvieran esperando el momento de morir. Cuando los ven irrumpir, armados y decididos a matar, simplemente dejan caer los fusiles.

— Matémoslos de una vez y perdámonos —dice alguno.

— Cojan los fusiles —ordena Rosendo—. De inmediato cada uno se hace a una de las armas.

— Perros, asesinos, se van a morir —pero ellos no reaccionan, se quedan ahí simplemente mirándolos, con los ojos perdidos en algún vacío y esperando la muerte, la mayoría en el suelo, recostados contra la tapia.

Entonces los amarran con sogas y Rosendo les dice que se los entregarán al Alcalde para ser juzgados y buscar justicia. Unos de sus amigos aceptan de buena gana y otros a regañadientes. Si hubiera sido un año más tarde les habrían cortado el pescuezo. Pero no lo hacen, solamente les quitan las armas, se las llevan al Alcalde y le piden justicia.

Pero el Alcalde, conocedor como nadie de las intimidades de lo que está ocurriendo, medroso y con cautela, suelta a los asesinos, les dice que se pierdan del lugar y le devuelve las armas a la policía. Esa traición, hace que Carlos y Rosendo se decidan por la guerra.

— Jamás volveré a confiar en nadie para entregar las armas que son del pueblo —le dice Rosendo a Carlos y ambos se dan la mano, haciendo una promesa que juran cumplir.

9

Guadalupe busca un buen lugar para el descanso de sus hombres y escoge un descampado en Juan Brito, cerca a unas matas de monte, allí donde el Pauto tiene su desembocadura en los caudales terrosos del Meta. El sitio es acogedor, con bandadas de loros que cruzan el horizonte y una brisa fresca que golpea contra la arboleda en donde predominan los bosques de chaparros y los morichales. Él y sus compinches han trasegado diez jornadas alrededor de la Comisaría. Es tiempo de sequía, con soles que no terminan de caer y vacas que se mueren de hambre en las llanuras. Al llegar al Pauto, Guadalupe envía estafetas a reconocer el terreno, cosa que puedan avisar la presencia de la tropa o de las bandas de matones que, según dice los lugareños, andan intimidando a los vegueros; organiza las guardias en los sitios estratégicos y se tira en el chinchorro a pensar en las mujeres que vio lavando en el río. Eran hembras fuertes, provocativas, y una de ellas, jovencita y de una mirada entre tímida y coqueta, se le clava en la cabeza. “Es una culicagada —piensa— pero qué hermosura”. No la logra sacar del pensamiento y tampoco quiere. Además, las interrupciones que en su mente le provocan las imágenes de su mujer o las de Juanita Olmos, su amante de los últimos días, son apenas visiones pasajeras.

Luego de levantar el campamento y después de corretear varios días por los alrededores, monta el potro negro que le regaló el general Eliseo Velásquez y cabalga por la llanura hasta el caserío de las orillas. Quiere encontrar aquella joven y la busca en los patios, en los solares y en los lavaderos del río, pero no da con ella. Cuánto daría por saber su nombre. Los ranchos, construidos con cañabrava y techo de palma, se acomodan alrededor de pequeños patios, unos de guayabos otros de mangos, y la gente, al reconocerlo, lo saluda con entusiasmo. Pero él sigue buscando los ojos que aquel día lo siguieron con la mirada. Alrededor de su caballo, los niños se arremolinan para mirarlo, sonríen, hablan entre ellos, inventan sueños y luego les comentan con ínfulas a los demás, haber visto al capitán Guadalupe Salcedo, montando en su potro, con dos pistolas al cinto y un fusil en bandolera. Él, les devuelve el saludo con una sonrisa, y un poco desengañado de la búsqueda infructuosa,

se va por entre los médanos, aguas arriba, para hacer sus cálculos, mirar los pastizales y echarle ojo al ganado de los alrededores. Tiene un deber con la revolución y no le queda la menor duda de que ello está primero. Por lo menos eso piensa y hasta lo dice, aunque en realidad no lo sienta.

Monta con soltura y elegancia como buen llanero, mientras el potro, todavía arisco porque aún no ha sido plenamente dominado, se frena, corcovea y da vueltas en círculo; mas él lo aprieta con las riendas, le clava las espuelas y lo obliga a obedecer. Animales más bravos ha montado en las ferias de Trinidad. Cruza al galope los esteros y espanta los garzones que salen chillando a posarse en los cañaguates que de trecho en trecho salpican la llanura. Atraviesa los pastizales y ve a lo lejos un caño de aguas límpidas que desemboca en el río. La mañana es fresca y del norte sopla un viento frío. Se quita el sombrero para refrescar la cabeza. Ya ha perdido la esperanza de encontrarla, pero los pensamientos regresan. Entonces los retira como descorriendo un velo y trata de volver a los afanes de la guerra. Mas, no está concentrado; las ideas se le escabullen sin remedio. Hasta que detrás de los moriches y los jobos, como una sublime aparición, vuelve a hacerse presente la figura de esa morena que lo tiene trastornado.

En un recodo del río, sobre un remanso que deja un caño cuyo raudal es de aguas cristalinas, tiene de improviso aquella visión fantástica. Allí, ante su vista y apenas a unos metros de distancia, se baña la mujer de sus sueños y su cabello se esparce en el agua cuando entra y sale de la corriente. Casi no lo puede creer. Conduce el potro hasta ubicarlo detrás de los juncos de una arboleda y mira a los alrededores para ver si alguien la acompaña, pero no detecta a nadie. Siente un alivio inexplicable. Levanta su cuerpo para contemplarla, parado sobre los estribos de la silla de aquel animal que permanece quieto, fiel a la pretensión del amo. “Es ella”, no le queda la menor duda. La muchacha se hunde en el agua y sale como una sirena y al escurrir su pelo lo echa hacia atrás y se levanta sobre la superficie dejando ver los hombros morenos y el contorno espigado de la nuca. A través de las aguas transparentes le parece adivinar su desnudez, pero no podría jurarlo, pues las imágenes se pierden en los rizos del río. Sobre las rocas del cauce ve sus ropas tendidas al sol.

Con la mano derecha acaricia el cuello de la bestia que trata de moverse y la palmea para sosegarla, no sea que lo vaya a delatar. El sudor de la bestia le baña las manos y la piel le tiembla bajo los dedos. Cuando cree haber ganado su confianza el animal lo traiciona. El potro piafa y un relincho sacude el silencio, mientras ella, asustada, se vuelve sobre sí y lo observa ahí mirándola, erguido en su caballo, los ojos negros clavados en su cuerpo, la luz del sol dándole en su rostro, el sombrero pelo de guama levantado sobre la frente, los labios entreabiertos, sonriéndole con desenfado, con una de las

manos sosteniendo las riendas del animal encabritado y en el porte una actitud provocadora. Ambos sienten el corazón desbocado.

Silenia revive en un instante el desamparo y recuerda las promesas que alguna vez juró cumplir. Siente el asombro de la piel bajo el agua y un frío de hielo le recorre la cintura. Toma aliento y se decide a devolverle la mirada. Se hunde un poco en el agua, casi hasta los ojos, como si con ello se sintiera protegida; lo contempla de arriba abajo, tiene tiempo de reconocer al mismo guerrillero que merodeaba desde hacía varios días en los alrededores, le ve la sonrisa fresca y maliciosa con hoyuelos en la cara, y el porte airoso de quien sabe lo que quiere; sueña unos segundos que parecen horas y ensayando una sonrisa, le grita fuerte a sabiendas de que el rumor del río le ahoga los sonidos:

— ¡Voltéese que voy a salir!—. Hubiera querido decirle que se fuera, pero sintió miedo de que en realidad lo hiciera, y en el camino de las palabras cambió la frase.

— No le oigo —responde él—, con una sonrisa de burla. Entonces, Silenia le hace señas con la mano para que se dé vuelta y Guadalupe obedece con otra sonrisa, esta vez de resignación, pero sus oídos se afinan.

Entonces la siente salir del agua, paso a paso, y sueña con la magnificencia de su cuerpo desnudo. La imagina altiva, intentando parecer segura. También percibe, por los quejidos, cómo sus pies se lastiman en los guijarros y tiene la sensación de que está a punto de caer. Intenta mirar pero sabe que los ojos de ella lo espían, y se controla precisamente cuando la muchacha le advierte su promesa. Presiente sus senos levantados, de areolas encendidas, las caderas firmes, el ombligo como un oasis en medio de la llanura, el pubis negro goteando los manantiales de agua que han tenido el privilegio de recorrer su cuerpo y las piernas esbeltas, y el andar a tropezones. Si no fuera porque en realidad no la está mirando se diría que la adivina a la perfección.

Ella se dirige a la roca donde están sus ropas, las toma, se da media vuelta y deja ver la redondez de sus nalgas. Él alcanza a mirarla con el rabillo del ojo. Ahora tendrá más razones para soñarla. En su piel se levantan los poros al contacto del viento frío que sacude los campos, y en la parte final de su espalda unos vellitos negros le tapizan la piel. Con las ropas en la mano, intentando ponérselas, deja caer unas y escoge el calzón. Se apresura en el empeño. Cubre entonces su cuerpo y se vuelve para mirar de nuevo al jinete que sigue allí extasiado, esperando le llegue la felicidad o la muerte o ambas cosas juntas. Ella duda de que él la haya visto y haya disfrutado con su desnudez, pero él, levantando un poco las manos en señal de paz, simula haber respetado su palabra.

Silenia no puede negar que la sacuden sentimientos encontrados, quiere huir, pero también añora lanzarse a sus brazos. Ha soñado con él todas las noches y justificado una y mil veces el deseo desde el primer encuentro, y al despertar cada mañana lo primero que recuerda son sus ojos mirándola en el río. Ha soñado despierta con sus caricias, ha escuchado palabras de amor de sus labios y ha deseado hacerle el amor. Lo mira con recato y baja los ojos, y no sabe si existen palabras para decir lo que siente. La blusa se ha humedecido al contacto con su cuerpo y los senos, el pezón y las areolas negras se adivinan bajo la tela.

Guadalupe siente un desafío más poderoso que el de ganar la guerra. Baja de su caballo y éste se serena y se queda ahí de espectador; retira el fusil y lo acomoda en la silla, las riendas sueltas sobre la arena de la playa. Su corazón late como un tropel de caballería. El animal piafa de nuevo, restallando las piedras, asintiendo con la cabeza y sus ojos chispean con aquel paisaje inusitado que le ofrece la mañana. Guadalupe se acerca a ella despacio, mirándola con ansiedad, la toma por los brazos, la estrecha contra sí y le busca los labios. Los siente huidizos, inexpertos. Pero ella no lo rechaza y lo deja hacer. Tiembla. Algo nuevo siente con el atropello de los sentidos. Ahora sabe que los sueños son distintos.

El potro levanta la cabeza y gira sus orejas, atento a los detalles que no deja de contemplar. En las pupilas del animal están grabados los árboles y el río y los dos cuerpos abrazados. La mujer, de tanto haber soñado, se siente predestinada para ese día. Deja que le retire las ropas y ve como él las arroja a un lado, de nuevo sobre las rocas. También lo ve desabotonarse la camisa y retirarse el cinto y descolgarse las armas y luego ella misma lo ayuda a quitarse las botas. Él siente su temblar. Cuando la desnudez es de ambos, tomados de las manos se meten en el agua, se besan largamente y anidan su pasión una y otra vez hasta que cansados de buscar la mejor manera de encontrar sosiego, terminan en la blanda y tibia arena de la playa. Allí aceptan dirigirse las primeras palabras.

Guadalupe la mira a los ojos, todavía húmedos, y extasiado en ellos, ve como destellan luces de colores con los rayos del horizonte. Ese cuadro le quedará grabado para siempre: él abrazándola, ella desnuda aferrada a su cuerpo, el viento levantando los poros de la piel, los árboles meciéndose en la distancia y el potro de espectador, como testigo silencioso de lo que entre ellos hubo.

10

Todo está listo y la mayoría en el campamento se lo ha tomado en serio. Desde que se decidió el juicio, la gente anda en alboroto. “Es un asesino”, dicen algunos y hacen alusión a que todo tuerto es malo, porque ha probado

el infierno. “Cuando se pierde una parte del cuerpo y más aún si es en la cara, aparece un resentimiento contra el mundo y contra la vida misma”, le dice una de las viejas a María Georgina y las demás asienten con sonrisas. Los niños pasan de lejos y lo miran, y si él les devuelve la mirada, le ven el ojo blanco y salen despavoridos. A las mujeres más que repugnancia su mirada les produce miedo. “Una no sabe si la está mirando con el ojo café que es el que se mueve por todo el cuerpo de una o con el blanco que permanece fijo como si estuviera desentrañando secretos”.

—Para nosotras —dice María Georgina que lleva la vocería de las mujeres— lo más indignante es que vaya a ser un violador, como por ahí se rumora; si eso es así, que lo maten.

Unos consideran el juicio como un juego de entretención, un simple pasatiempo: “de todos modos el general lo tiene condenado a muerte, así que resulte lo que resulte, ése tipo se muere por que se muere”, recalcan en los descansos y en las reuniones nocturnas los más adictos al general. “¿Cuál justicia? Si aquí no hay leyes; la ley es lo que quiera el general”. Pero hay quienes sí creen en otra justicia, porque hablan de unas leyes de los llaneros que han resultado de la tradición, y por ahí han hecho contactos con un abogado, que le dicen el calvo Alvear, quien está haciendo una propuesta de constitución, para cuando el Llano sea un país independiente, liberado de la opresión conservadora.

Franco lo tiene bien pensado y cree que hacerle un juicio no garantiza salvarle la vida, pero de pronto se la postergue el tiempo necesario, mientras otras cosas pasan y se van olvidando los odios. Así lo conversa con Berardo, a quien convence de no huir, para que de una vez por todas se termine la persecución que le tienen montada. “De no aceptar el juicio, tarde o temprano terminará asesinado —le dice—, y lo encontraremos por ahí en cualquier rastrojo”.

— Lo más grave es la acusación de haber violado y asesinado a una niña —le dice Franco con tono de preocupación, atendiendo el llamado de las mujeres que exigen claridad sobre ese punto.

— Todas las mujeres que he tenido, han aceptado ser mías con su propio consentimiento y además con la complacencia de los padres —responde el tuerto y hay en su rostro huellas de ingenuidad que Franco advierte, pero es difícil saber cual verdad esconde en cada uno de los ojos.

“Al fin de cuentas —le dice Franco a los amigos—, el tuerto Giraldo es un buen combatiente”. Miren no más en los asaltos lo bien que lo hace; no hay nadie más guapo, con el fusil o con la escopeta o con un gras o con el machete; cualquier arma para el tuerto es buena. Él solo vale por veinte o si no que lo digan los muertos. Además, si de robar y despilfarrar se trata, aquí

todos roban y despilfarran, miren no más el derroche de este comando. Qué es bueno para conseguir plata, es bueno, de eso no queda duda; de pronto intimidada con su ojo blanco, y su cara de malo, pero no es su culpa. También tiene experiencia para reclutar gente. En Maní mandaba más de trescientos hombres, por eso, de envidia, lo querían matar; y para lograrlo no hay mejor manera en el Llano que hacer correr la bola de que es un traidor. De ese modo siempre resulta quien lo busque para matarlo. Cogió fama de peligroso, y era peligroso, pero peligroso para los godos y los patones, no para los hombres de la revolución.

El general anda descompuesto y se lo hace saber a sus lugartenientes. “Escojan bien a los jurados que lo van a condenar —le dice al capitán Parada—, lo quiero muerto”. Y los subordinados se esfuerzan por cumplir las órdenes y no sólo escogen a los hombres más fieles sino que los adoctrinan desde el principio y les cuentan nuevas historias, unas ciertas y otras inventadas: que mató un campesino en Trinidad por no pagarle el jornal, que estuvo involucrado en la muerte de Marco Tulio Rey en Maní, que don Tulio Bautista lo iba a matar en Tauramena porque lo consideraba un traidor, que acostumbraba a robarse las contribuciones de la revolución, que ha vivido siempre como un príncipe, que es un violador de niñas, y que perdió el ojo por gatear a una monja.

El jurado está casi todo conformado por hombres de confianza del general, pero hay unos cuantos que han peleado al lado del tuerto, como Rosendo Colmenares, a quien Eduardo logra meter casi a la fuerza entre los escogidos, y como una bella mujer, aguerrida y sin tapujos, a quien le dicen María Georgina y que cuando hay un combate siempre está en el frente de batalla. El fiscal, que hace de acusador es el propio capitán Parada y el defensor es Eduardo Franco. Las sesiones son al aire libre, con la fresca de la mañana y la ventisca del atardecer. Es decir, los debates se suspenden entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde. En el descampado, han acomodado bancas para el jurado, el general, el fiscal, el defensor y el acusado. Los demás, el público de las barras y los testigos, deben sentarse en el suelo. A lo lejos hay quienes siguen los acontecimientos tirados en los chinchorros. Eduardo quiere que el juez sea una persona imparcial, pero nadie acepta asumir el reto y hay que dejar que sea nombrado el general Velásquez, el único que puede osar abrogarse ese derecho. ¿Cómo podría haber un juez con capacidad para condenar a muerte, cuya autoridad estuviera por encima de la del general?

El día del juicio todo el mundo está presente: los hombres, las mujeres, los niños, los vecinos y hasta delegados de otros comandos que han oído la noticia. Es la primera vez que ocurre algo semejante antes de fusilar a alguien. “¿Será que ya no basta una orden del general?”. El cielo está limpio y hay un viento fuerte que sacude las ramas de los árboles. El tuerto Giraldo

se ha bañado en el río y ha llegado con camisa y pantalón limpios; está bien peinado y sin sombrero. Todos hacen silencio cuando el general abre la sesión y el fiscal lee las acusaciones, todas conocidas; además, de los atropellos cometidos y que se difunden de boca en boca, el capitán Parada menciona que el acusado ya ha sido condenado a muerte por el general, aquí presente. “Y esa es la autoridad de la revolución”, recalca, lo que despierta aplausos, incluso en la mayoría del jurado. “Es irrelevante —dice Eduardo para frenar la euforia—, porque de lo que se trata es de saber si es o no culpable de lo que se le acusa”. Pero muchos murmuran que la autoridad es el general y eso no se discute.

Eduardo, al apuntar cada detalle, se cuida de no desestimar la autoridad militar del general, sino que lo alaba cada vez que puede, pero cuestiona todas y cada una de las acusaciones, por ser invenciones sin fundamento. “Ninguna de ellas se puede demostrar”, dice. Se dirige al jurado, trata de ser contundente, mira a cada uno, y se esmera en convencerlos. Le encantan los ojos de esa morena que está entre ellos, por eso le dedica con más fuerza sus palabras: la única muerte fuera de combate fue la de aquél campesino de Trinidad, cuando era aserrador en las orillas del Pauto, pero el hombre lo estaba persiguiendo para matarlo y él obró en legítima defensa; además, ése no fue un crimen de la revolución sino un incidente civil, antes de que la guerra hubiera estallado. A Marco Tulio Rey lo mató fue Correa, su lugarteniente, y fue una pelea por el poder; por eso a Correa también lo fusilaron sus hombres, ya esa venganza está cobrada; además, él capitán Marco Tulio Rey, cuando ocurrió la insubordinación de su tropa, aceptó irse solo y sin armas, cosa que demuestra por lo menos cierta ingenuidad. La disputa con los Bautista fue por simples cosas de chismes sin fundamento, tanto es así que, aclarados los hechos, lo dejaron ir con su fusil. Sobre el robo de recursos de la guerra el que esté libre de pecado —dice Eduardo mirando a los concurrentes— que tire la primera piedra, —y el general apenas si se estira los pelos del bigote—. Habrá que saber cuáles mujeres ha violado, porque entiendo que tiene su mujer propia y sus hijos, a los cuales atiende cada vez que la guerra le da un respiro. Y el ojo lo perdió cuando se le estalló un taco de dinamita en la cara y no mirándole el culo a una monja.

Todos ríen, hasta el general, y por unos instantes se pierde la solemnidad.

Lo que se pensaba duraría unas cuantas horas tardó varios días, porque todos querían opinar y se presentaron testigos de un lado y del otro; unos porque el general les ordenó que testificaran contra el tuerto y otros porque también les ordenó que lo hicieran a su favor para crear un ambiente de controversia democrática. Además, la tendencia era creer que mientras más personas juraran decir la verdad, más posibilidades tendrían de ganar el juicio. Entonces, con el correr de tiempo, las barras de curiosos se fueron diezmando y el aburrimiento cundió entre los paisanos que no estaban

acostumbrados a escuchar semejante rábula. “Eso es mejor matarlo de una vez”, decían algunos, agotados con las discusiones. “Que lo dejen ir y san se acabó”, comentaban otros, que apreciaban los alegatos de Franco. La mayor parte de los testigos no acudió con cosas concretas, sino tratando de agradar al General y no importaba lo absurdo de las declaraciones; por eso las contradicciones se hicieron evidentes, lo que sabía aprovechar Franco, quien era el único que seguía tomando notas para acordarse de lo que habían dicho unos y otros.

— Hay que ser más contundentes —dice el general almorzando con sus capitanes—. A Franco no se le puede dar tregua. Los testigos deben jurar y decir que lo vieron fraguar la traición, matar inocentes y robar el dinero de las contribuciones.

— Pero ese hombre los enreda mi general; se aprovecha de que son poco instruidos y apunta cada cosa de lo que van diciendo, para después llevarles la contraria —dice el capitán Parada.

— Eso es lo que ocurre, imbéciles, ustedes ni siquiera escriben; de nada les sirvió ir a la escuela—. El general exige resultados.

— Yo tengo un testigo dispuesto a cualquier cosa, no es sino darle un dinero y después dejar que se vaya —es categórico el Capitán Carreño.

— Por ahí se ha oído el rumor de que él le dio diez mil pesos a un bandolero por matar a una mujer que había violado. Aquí está la plata para que se la entreguen a alguien y se haga pasar por el matón ese. Pero tiene que devolverla en señal de arrepentimiento.

— ¿Y usted Buitrago, hoy tan callado, qué recomienda?, —le pregunta el general a su buen amigo y confidente.

— Franco es un hombre de mañas. Él viene recorriendo los frentes y lo que quiere es coordinar la revolución y hacer un comando central. Claro, general, bajo su mando; eso es indiscutible, y él está de acuerdo—. Buitrago es partidario de dejarlo ir.

— Pues al Franco ese hay que conocerle las mañas. Si acepta mi mandato, ¿por qué entonces no respeta mis órdenes?

— Es que el tuerto peleó con ellos y le guardan aprecio —concluye Buitrago.

— Ellos no tienen ningún poder mi general, se la pasan es hablando cháchara y la guerra no se gana con juicios sino peleando —apunta el capitán Carreño.

— Así es —dice el general— lo que estamos es perdiendo el tiempo.

Entonces los testigos resultan siendo categóricos. Hay quienes llegan y dicen, sin afectarse, haberlo visto matar a sangre fría a unos niños y violar ancianas y después degollarlas; lo de las monjas es cierto, recalcan porque el tipo es ateo y no cree en la religión y dice que todos los curas son malos porque apoyan a los godos, y eso no siempre es así de cierto. Hay algunos otros que aseguran haber estado en Maní en donde se discutió la muerte de Marco Tulio Rey y confiesan que quien más abogó a favor del asesinato,

perpetrado a traición, fue el tuerto y él mismo se ofreció a hacer la tarea. Y hay otro que tira un fajo de billetes al suelo y cuenta cómo ése fue el dinero que le entregó el tuerto Berardo Giraldo, ahí presente, para matar a una niña que él había violado y que juró denunciarlo. Él la mató por esa plata, pero ahora está arrepentido y quiere pagar su culpa.

— Pido un receso —dice Franco, atosigado de tener la mayoría de los testigos en contra—, pero el general no se lo concede.

— Cuál receso ni que carajo, terminemos de una vez esta mierda. —El general considera que las pruebas son suficientes y le ordena al jurado dar de una vez el veredicto.

— ¿Cuáles leyes se están infringiendo? —pregunta Franco—. Que yo sepa, la revolución todavía no tiene leyes.

— El país tiene leyes —dice el capitán Parada.

— Pero la revolución se ha levantado contra esas leyes. Con ellas es que nos están persiguiendo los godos. No podemos funcionar con las mismas que estamos combatiendo.

— Bueno, bueno, dejemos de hablar más cháchara, el jurado tiene la palabra, que diga si es culpable o inocente —vocifera el general, se levanta y se retira del lugar, mientras el capitán Parada convoca a los jurados a reunirse para dar el veredicto.

Casi empujados por el capitán Parada los miembros del jurado se van a un lugar y empiezan a discutir, pero se demoran más de la cuenta, y envían emisarios que dialogan unas veces con Franco y otras con el general, y el juicio sigue extraoficialmente y por separado, alrededor de la hamaca del general y bajo la sombra de un chiminango. Y cuando al fin se llega a un acuerdo, vuelven a reunirse.

— ¿Cuál es la decisión del jurado? —pregunta el general, quien está tranquilo fumando su tabaco, mientras Franco, con nerviosismo, se agarra de los brazos de la silla.

María Georgina, que había sido parte crucial de la discusión, se levanta, hace uso de su altivez, abre sus hermosos ojos negros y con una voz segura y melodiosa dice:

— El jurado considera al acusado inocente —los asistentes muestran asombro, se miran unos a otros, y los rumores cunden. Franco sonríe pero se guarda la felicidad. Todos observan al general, esperando entre en una crisis de histeria, pero nada ocurre, el hombre parece tranquilo y sigue sin inmutarse. El humo de su tabaco sube al cielo y su ojo derecho permanece más apagado que el otro.

— Bien —responde de pronto Velásquez como si supiera de antemano el resultado de las deliberaciones—, el juicio ha terminado, el tuerto y sus amigos pueden irse. Y luego, al oído del capitán Parada:
— De todos modos mátenlo, ese hombre sigue condenado a muerte.

Eduardo se siente satisfecho. Sabe que ha ganado autoridad, pero también que deben irse pronto, porque nadie ahí les puede garantizar la vida. Reúne a sus amigos y deciden marcharse sin más demoras, pero primero habrá de despedirse de los miembros del jurado. Le interesa especialmente hacerlo con María Georgina. Entonces se le ocurre una idea, la busca, la toma del brazo y le dice:

— Gracias, su colaboración fue crucial.
— Bueno, era mi deber— dice la muchacha.
— ¿Y usted que? —la reta—, ¿se va a quedar trabajando con semejante zángano?
— Qué propone —le responde la muchacha.
— Pues que se vaya con nosotros, estamos formando un grupo en Yopal.

María Georgina lo mira, vacila, sabe que le gustó lo que hizo. En cierta forma también quería vengarse del general pues lo considera un rabudo. Además, si sigue sin hacer nada no podrá lograr el cometido que se propuso. Entonces se le para de frente y le dice:

— Está bien, le acepto, pero con una condición.
— Diga no más—. Franco sabe que esa mujer le gusta.
— ¿Ve usted esta pistola? —se la retira de la parte de atrás del pantalón y se la muestra.
— Parece buena arma.
— No la uso en los combates, ni se la presto a nadie. La tengo reservada para una venganza.
— Está bien, no es problema.
— Y algo más.
— Diga.
— Después de los combates yo siempre regreso adonde están los muertos o los heridos para mirarles la cara. Estoy buscando a los patones que me violaron y mataron a mi marido. Así que si luego de regresar adonde están, se escucha que descargo mis balas sobre alguien, esté vivo o muerto, fue que lo encontré.
— Trato hecho —le contesta Eduardo y le da la mano. Le encantan sus ojos y el porte y la seguridad que la acompañan.
— Vayan ustedes —dice la muchacha—, yo los alcanzo.

El general vuelve a su hamaca. Se siente incómodo por el resultado de aquel juicio. Esos muérganos que ni siquiera saben pelear siempre vienen con ese

tipo de propuestas: reuniones, juicios y jurados, y toda esa cháchara. Más les valdrá aprender a pelear. Se quita las botas, se afloja la correa del pantalón, busca un cigarro, lo enciende, aspira el humo hasta que siente que los pulmones se le llenan y se estira cuan largo es.

—General, los guardias vieron salir a María Georgina en su caballo, iba como un vendaval y tenía terciado el fusil. ¿Qué hacemos? —El general mira al capitán Parada y lo ve como una mosca. Quisiera aplastarlo con el tacón de su bota. “Imbécil”, piensa para sí, dejarse ganar de ese modo por un mequetrefe de ciudad.

— Siganla a ella y a los otros —le responde—. Yo no quiero traidores en mi comando. Mátenlos a todos.

11

Silencia, sentada en una butaca al frente del rancho no deja de mirar hacia el camino. Han pasado dos meses desde que Guadalupe se marchó. Al atardecer, ve a Eulogio con los niños del vecindario corriendo por la ribera del río; algunos de ellos montan en espigas de caña brava, galopando como potros, con palos en las espaldas que simulan fusiles; están en medio de una batalla y se escuchan los disparos: ta, ta, ta; y ellos gritan: le di, le di, y algunos se tiran al suelo y se hacen los muertos, mientras los otros les quitan los fusiles, los insultan y los conminan a rendirse. Se entretiene con las curiaras que bajan cargadas, unas veces de maíz y otras de topocho, y observa en el estribor de las pangas los vegueros enfundados en sombreros alones; contempla las bandadas de alcaravanes y sabe que detrás de la estampida, algún extraño debe estar cruzando la llanura; entonces vuelve a mirar hacia el camino, moja sus pies en el río y la frescura de las aguas le trae el recuerdo del hombre amado, de quien, desde que se marchó, no ha vuelto a saber nada; oye a lo lejos los gritos de Eulogio que simula estar en una selva persiguiendo patones; la invade un deseo enorme de buscar a su hermana; no sólo por verla a ella, sino también por hallar al guerrillero ese que la tiene trastornada; la incomoda una sensación de llenura en el bajo vientre y siente miedo de que el hombre le hubiera pegado una enfermedad incurable; escucha a su madre en la cocina y la siente furiosa porque desde hace días no le ayuda en los oficios, pero no encuentra concentración y no atina sino a estar cerca del río para mirar si alguien viene.

Al otro día de encontrársela en el caño y hacerle el amor, Guadalupe la fue a buscar al rancherío. Dejó el potro en una cerca y se dirigió al conuco de la muchacha, y como ella estaba presta, le salió al encuentro. Él le pidió que lo acompañara y se fueron juntos caminando por el sendero. Estaba radiante, con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Desde el umbral de la cocina, Georgina se quedó mirándolos, extrañada de que ese par se hablaran, pues

nunca antes los vio juntos, y Eulogio, encantado de ver de cerca a un guerrillero, los siguió a cierta distancia, haciéndose el desentendido cuando ellos lo miraban. Primero, Guadalupe le dijo muchas cosas que a ella jamás se le olvidarían: que era la mujer más bella del mundo, que le gustó desde que la vio lavando en el río, que no se le borraría de la mente, que la iba a querer mucho y que volvería por ella. Silenia no sabía cómo responder en esos casos y sólo le pidió que no se fuera, pero al ver la inutilidad de sus palabras, le dijo que lo esperaría. “Si me quedo vendrá la tropa y no sólo nos matarán a nosotros sino a ustedes”, le dijo. Yo vuelvo, le repitió, le dio un beso en la boca que ella sintió como despedida, y la soltó. Jüremelo, le dijo Silenia y él le juró. Entonces lo vio alejarse tintineando sus espuelas contra las piedras del camino, lo observó desamarrar el caballo de la cerca y luego montarse en él, lo vio espolearlo, se dio cuenta de que volteó varias veces para verla de nuevo y ella le alzó los brazos. Así esperó hasta verlo perderse en la distancia, y hasta el sol de hoy.

— ¿Ése va a ser tu marido? —le preguntó Eulogio cuando ella se acercó hasta el sitio donde él fingía jugar con unos corozos de palma.

— Ojalá —dijo ella— y se volvió de nuevo para mirar si lo veía tomar por el camino de Trinidad, pero ya se había perdido.

— ¿Si se va a ir con él me lleva?, quiero ir adonde está mi mamá.

— Sí —le respondió Silenia y le acarició el cabello. Ambos sonrieron con complicidad. Ya la vida de los dos — por lo menos en sus mentes— no estaría más en ese conuco.

Georgina habla sola, alega todo el tiempo, regaña a Eulogio y atiza el fogón. El humo se devuelve y la ahoga. Una sopa hierve en medio del fuego. Huele a ñame y a yuca, y también a humo. La vieja sopla sobre las brasas para que el fuego crezca, tose, maldice, pide ayuda y se desespera de tanto trajín. Toda la carga que ahora tiene sobre sus hombros la abruma: Eulogio está hecho un zángano y no hace sino comer y jugar, ya ni leña recoge; su marido y Efraín salen desde el amanecer a trabajar de peones al ható de un gamonal, en una hacienda muy grande que hay en Gandul y no regresan sino con los últimos rayos del día, y su Silenia, enamorada perdida, anda sorombática todo el tiempo, caminado de arriba abajo como un alma en pena, esperando lo imposible, como si un chusmero, que viene siendo el jefe de muchos y quién sabe cuántas mujeres tiene, además con las responsabilidades de la guerra, tuviera tiempo para estar viniendo todos los días a contemplarle los moños. “No ha podido volver mi hija María Georgina, ahora menos va a poder un mandamás”.

A Silenia no le interesa solamente la llegada de Guadalupe. Le interesa hablar con cualquiera que venga de lejos, y mientras más lejos mejor. A veces pasan policías, que allí les dicen patones, pero a esos ella no les conversa, les tiene miedo; otras veces cruzan unos hombres malencarados que van con

fusiles y no parecen del Llano, y ella se esconde pues no sabe distinguir si son chulavitas y están vestidos de civiles; entonces los deja seguir su camino. Y aunque los hombres armados le dan miedo, cree sentirse más protegida con los chusmeros. Ha oído decir que Guadalupe y sus hombres están luchando por los llaneros, y eso le basta. En realidad, como le ha dicho su madre, un día no es tiempo suficiente para conocer un hombre, pero el corazón le dice otra cosa. Tiene la esperanza puesta en sus palabras, y únicamente en sus palabras, porque hasta los otros recuerdos se le han ido perdiendo. De ahora en adelante cualquier viajero será bienvenido, si viene con alguna razón, con un mensaje o solamente con noticias sobre los resultados de la guerra. Ella siempre estará dispuesta a recibirlos y mantiene jugo de limón y café caliente para ofrecerles mientras les busca conversación. Cuando llegan, los mira con atención y si siente confianza, hay siempre un lugar para descansar, y los que le han aceptado sus preguntas, se ven contentos de que una mujer tan linda salga a recibirlos. “Es como un ángel”, dicen para adentro y para afuera.

— Buenos días —lo recibe, saliéndole al paso.

— Buenos días —contesta él.

— Pare usted el viaje y descanse un buen rato.

— Gracias.

— ¿Le provoca un juguito para calmar la sed.

— No caería mal con este calor—. Silenia corre a la cocina y regresa presurosa con una jarra en una mano y un vaso en la otra.

— Tenga usted—. Le entrega el vaso lleno y está atenta a repetirle la dosis si el hombre sigue con sed.

— ¿Y cómo andan las cosas? —pregunta mientras el hombre bebe.

— No tan buenas —contesta.

“Pero hay que andarse con cuidado. Uno nunca sabe quién tiene al frente. Pueden ser los mismos chulavitas, vestidos de paisanos. Ellos se deben detallar con precaución. Mirándolos bien, uno puede saber si son llaneros de verdad o gente de Boavita o de por esos lados de donde dicen vienen ellos, pues al fin de cuentas es fácil distinguirlos, porque son más bien como aindiados. Una cosa es el habla, distinta por el tono de la voz, pero también por el uso de las palabras y por el acento utilizado; pero a veces es difícil porque estas tierras tienen muchas gentes venidas del interior en busca de mejor fortuna, y no es raro encontrarse vegueros de lugares lejanos. De hecho se sabe, por los rumores, que el mismo Eliseo Velásquez no es ningún llanero, pero igual está luchando por ellos, luego la cosa no es fácil”.

— ¿De dónde viene? —el corazón se le quiere salir a Silenia y no espera sino respuestas.

— De Trinidad. Fui a comprar algo de aceite y de sal, que tanta falta hacen.

— ¿Y cómo está la situación por esos lados?

- Todo está que arde. Hubo combates en Maní, en Tamara y en Nunchía.
- ¿Y quiénes son los que ganan?
- Parece que la chusma ha ganado todas las peleas, pero es como si nada.
- ¿Cómo así?
- Ganan la guerra, hacen correr a los patones y después se van. Entonces los patones vuelven y las cosas siguen lo mismo.

“Y otra diferencia es en la manera de vestir, que el veguero siempre anda con sombrero de ala ancha, se amarra un bayetón en el cuello, usa cotizas y tiene tucos o el pantalón se lo remanga a media pierna. Y si es vaquero pues usa botas, espuelas y zamarras. Y los que vienen del pie de monte hasta ruana traen, pero aquí de nada les sirve a no ser que la usen para tirarla en el suelo cuando se van a dormir encima de ella. Una muda de ropa y un chinchorro son las pertenencias que los acompañan para cruzar el Llano. Caminan por los senderos o montan a caballo y paran cuando los sorprende la noche, prenden una hoguera, sacan unas torrejas o unos pisillos de yuca o de carne, envueltas las viandas en hojas de bijao, las que calientan al calor de una hoguera, y allí mismo se las comen, y luego guindan el chinchorro de la rama de un árbol y se duermen como si nada”.

- ¿Y quiénes son los que dirigen a la chusma esa?
- Dicen que un tal Velásquez que es como el mandamás, y hay otro que le dicen Franco, que está buscando juntarlos a todos.
- Por aquí estuvo uno que se llama Guadalupe Salcedo —Silenia contiene la emoción que le causa pronunciar su nombre.
- ¡Ah!, sí, de él también se oye —entonces la emoción crece y el corazón se desboca y ya la voz tiembla.
- ¿Lo ha visto?
- No, ése como que anda para el sur, pero aseguran que mató 100 soldados en “El Turpial”, cerca de Cháviva.
- ¿Y eso por dónde es?
- Pues en la Intendencia.

Silenia lo siente cada vez más lejos. Ella no sabe ni siquiera qué es la Intendencia, ni ha oído jamás del Turpial ni de Cháviva; son nombres que no le dicen nada; sólo entiende que están muy lejos y que ella espera y espera su regreso por el único camino que conoce, el de Trinidad. Pero el hombre que tiene al frente si parece ser un llanero, tiene como la cara y también el hablado, pero no le cuadra que use botas, como si fuera un jinete. “Tal vez se le murió el caballo —piensa— porque en estos veranos no hay ni qué darles de comer a los animales”.

- Pero también han muerto muchos guerrilleros.
- ¿Quiénes? —ya no quiere escuchar el nombre de Guadalupe Salcedo.
- Dicen que mataron a Mariano Luna.

- ¿Y ése quién es?
- Pues otro guerrillero. Andaba en Moreno.
- Pues de ése por aquí no se ha oído.
- Eso los muertos son muchos de lado y lado, porque ahora el gobierno está mandando es al ejército, que antes no enviaba sino policías.
- ¿Y cual es la diferencia?
- Pues que el ejército viene en aviones y tira bombas, y tiene fusiles ametralladoras que disparan muchas balas al mismo tiempo y eso no deja sino la montonera de muertos.

“Pero, la mejor manera de reconocerlos es en los ojos. Los que buscan la maldad tienen una manera de mirar distinta a la que aparece cuando a una la estiman. Es como esquiva, como incapaz de quedarse quieta en un solo punto, tal vez por temor a que se les adivine en los ojos lo que están pensando. A los que odian, así no lo digan, siempre se les descubre ese sentimiento en la mirada”.

- Pues por aquí no se han oído los aviones.
- En Trinidad sí, pasan cada rato unos grandes, como barrigones, llenos de presos.
- ¿Y es que han cogido mucha gente?
- Si, cientos de peones y vegueros sin fusiles, sólo cargan machetes, pero les da por irse detrás de los que están bien armados, esperando algún día hacerse a un fusil.
- ¿Y adonde se los llevan?
- Pues será a Villavicencio o a Bogotá. Aunque por ahí se cuenta que para no llenar las cárceles y no tener que alimentar tanto chusmero, los arrojan desde el avión para que se mueran en la caída o al golpearse contra la tierra.
- ¿Y cuál es la diferencia?
- Pues, los que se mueren en la caída se les desprende el corazón y cuando llegan a la tierra ya están muertos.
- Quizá será mejor morir así del susto y no de un golpe contra la tierra.

Silenia piensa en su hermana y esa noche tiene pesadillas en las que ve como la arrojan al vacío, pero después se le aparece en el mismo sueño y le dice que ella no se murió de la caída ni del golpe, porque aprendió a volar como los alcaravanes.

Y así pasa el tiempo y pasan los caminantes. Unos apenas hablan, otros cuentan largas historias que a Silenia no le dicen nada. Y mientras el tiempo transcurre, su barriga empieza a crecer y va siendo imposible ocultar que está esperando un hijo. Entonces, convencida de lo que le ocurre, decide ir a buscar a Guadalupe para decirle con sus propias palabras que en las entrañas tiene un hijo de él.

12

El Cocuy fue arrasado por los chulavitas de Tamara al mando del general Bejarano, después de que los hermanos Villamarín Gutiérrez, asaltaran el comando, derrotaran a la policía y bajaran victoriosos a Rechíniga con más de doscientos cincuenta hombres, la mayoría desarmados. Los tres hermanos eran nietos del general Santos Gutiérrez y llevaban la guerra en la sangre; eran bravos y astutos como el abuelo y parecían haber heredado en los genes del combate las experiencias obtenidas en la guerra de los mil días. Se cuenta que en el tiempo de enarbolar sus fusiles, las bajas causadas entre policías y soldados fueron las mayores de la revolución. Nunca los derrotaron, ni en las tierras heladas de Pisba, ni en las templadas de La Salina, ni en las más cálidas de Hato Corozal, pero los chulavitas se desquitaban con aquellos pueblos, saqueándolos, quemando sus casas, fusilando a los ancianos y atropellando a las mujeres, a las que violaron y luego asesinaron. Pocos sobrevivieron al desquite, pero quienes lo lograron fueron luego los más aguerridos macheteros, quienes iban en la retaguardia rematando a las víctimas y mutilando los cadáveres. Con ellos no valían las súplicas de los heridos; antes por el contrario, se convertían los ruegos en una oportunidad más para el ensañamiento. “¡Por mi mujer, por mis hijas, por mi rancho y por yo!”, decían al descargar cada machetazo, una y otra vez sin conmiseración alguna.

Los hermanos Bautista, perseguidos en Sabanalarga y sobre las mesetas del Guavio, se levantaron contra el asedio oficial y poco a poco, a fuerza de romper el cerco de sus enemigos, se hicieron dueños de las riberas de los ríos Upía, Túa y Cusiana. Sus golpes eran certeros y fueron tan persistentes que poco a poco se hicieron invencibles en los pueblos de Recetor, Chámeza, Tauramena, Aguazul y Monterrey. Eran cinco hermanos y dos primos, dirigidos por Tulio, el mayor de ellos, a quien por su porte sereno y su hablar pausado lo apodaban el Abuelo. Fueron beneficiados con los primeros fusiles despachados en carros de escalera por los gamonales liberales, amigos de la revolución. Don Tulio tenía fama de ser un hombre de buen corazón y de pocas palabras, pero sus órdenes no se discutían. Empezaron solos, en familia, haciendo los asaltos con sus peones y con los conuqueros de las orillas de las quebradas, y con el tiempo llegaron a dirigir miles de llaneros, quizá los mejor armados. Eran arrojados y altivos, y a su comando se fueron sumando poco a poco los perseguidos de aquellas regiones, y algunos más que venían de otras vertientes del Llano, entre quienes se contaban héroes y villanos. Dicen sus seguidores que eran generosos y compasivos con los humildes, pero fieros y vengativos con los enemigos y los traidores. Nunca perdonaron una felonía y fueron muchos los muertos por la simple sospecha. Pero cuando se hicieron invencibles y se creían sabios y justicieros, ya habían incubado muchos odios, cosa que aprovecharon los enemigos.

En Maní, un villorrio de pescadores sobre el río Cusiana, Marco Tulio Rey cambió la tiza y el tablero de maestro de escuela por una escopeta, y se decidió por los avatares de la guerra. Era sensible al dolor y había sido testigo del atropello contra los padres de los alumnos de su pueblo natal. Su verbo de maestro atrajo a cientos de combatientes que poseían dos cosas en común: un odio inveterado a los godos y la carencia de armas para combatirlos. Muchas veces peleaban en la retaguardia sin poder entrar en los combates por encontrarse sin nada que hacer en medio del fuego cruzado. Sin embargo, alardeando tener cientos de armas, causaban pánico cuando aparecían como una multitud en la distancia, levantando palos que de lejos parecían fusiles, mientras se dedicaban a rematar a los heridos con el acero de sus machetes. Algunos cargaban escopetas hechizas, unos viejos grases de un solo tiro, recuerdo de la Guerra de Independencia, pistolas que cargaban por el cañón, y por supuesto los machetes llevados al cinto. Por donde pasaban la gente los seguía como hormigas y entonces había fiestas y borracheras y los guerrilleros gastaban la munición y reventaban las bestias de tanto corretearlas en los festejos. Mucha espera y demasiada festividad, dos circunstancias nada buenas para una guerra donde sobraban las ganas pero faltaban las municiones. No era sino gritarle vivas al partido liberal y se iban sumando llaneros: padres cansados de los atropellos de la policía, despojados de sus tierras y sus escasos haberes, hijos que habían visto morir a sus padres y clamaban venganzas y mujeres, violadas por el redoble de los chulavitas, que guardaban en su vientre las semillas de aquel odio atravesado.

En Nunchía murió Juanuario Rodríguez cuando un grupo de trescientos hombres que comandaba, realizara la primera toma organizada que hiciera la revolución. Ese día se estudiaron los planos del pueblo, se averiguó la localización de la Inspección de Policía, se supo el lugar en donde se encontraban los agentes, se bloqueó con troncos y canecas el campo de aviación, se cortaron los cables del teléfono y el telégrafo, se controlaron los caminos que entraban y salían del pueblo y conectaban con Yopal y Trinidad, e incluso los que iban a Pisba y se logró la participación de varios frentes, entre ellos los del “Pote” Rodríguez, Alejandro Chaparro, Víctor López, y el tuerto Giraldo. No lograron el cometido, porque la policía recibió el apoyo de la fuerza aérea, al repeler el ataque insurgente con ráfagas de los fusiles ametralladora y bombas lanzadas desde los aviones. Luego el ejército, se desquitaría del pueblo llanero, imponiendo su autoridad en Trinidad, Guanápalo, Tocaragua y Macuco, apoyado de nuevo por los bombardeos que el ejército realizara con sus F47. Muchos ranchos a lo largo del río Pauto fueron arrasados por las bombas y decenas de familias, inocentes frente a lo que acontecía, murieron incineradas. Así les pasó a la primera mujer y las dos hijas de Leonidas Lara. Cuando regresó del combate en Nunchía, encontró su conuco arrasado y a su familia calcinada. Ni siquiera hubo

manera de reconocerlos. Desde ese momento no se cansaba de decir, que el mayor dolor de su vida se encontraba en su pecho y no habría nada ni nadie capaz de mitigar su pena.

En Santa Elena de Cúsiva, Guadalupe Salcedo, seguido por prófugos y cuatrereros, con mucho ímpetu y tres fusiles, liberó de nuevo a los pueblos del Meta, convenció a muchos soldados que debían pasarse a las filas rebeldes y sedujo a las mujeres que se le atravesaron. A los unos les recordó que él fue cabo y les mintió al asegurarles haber sido liberado por el capitán Alfredo Silva, fue por instrucciones directas de la Dirección Nacional Liberal y a las otras, como a Silenia Moreno, les hizo corcovear al frente su potro cimarrón, un regalo del general Eliseo Velásquez, les levantó el sombrero pelo de guama para ofrecerles un saludo y les disparó una sonrisa que las dejó atravesadas de sueños y deseos. No se sabía si era el porte de llanero altivo o la valentía que se rumoraba tenía o que las hacía sentirse protegidas o si era la orden dada de matar entre sus filas a cinco sujetos acusados de violación; o si era cosa del fusil y las cananas que le cruzaban el pecho o el bigote cosquilloso cuando las besaba y la sonrisa maliciosa con que las miraba. Lo cierto era que las mujeres lo seguían y después de que les hacía el amor se montaban en un potro y no había quien las convenciera de que ellas no habían nacido para andar detrás de aquel hombre, sino para cuidar hijos en las sementeras o en los conucos de las riberas.

En el Charte, el tuerto Berardo Giraldo, después de sobrevivir a varios intentos de asesinato, hechos por sus propios camaradas para cumplir la orden del general Eliseo Velásquez que, a pesar del juicio de Guanápalo donde fue declarado inocente, seguía dando instrucciones de que lo mataran, decidió hacerle frente a los bombardeos que había iniciado el ejército con el fin de sofocar a los rebeldes. Haciendo uso de su fusil Linger, de una precisión absoluta, apuntando al cielo con su único ojo, y recordando las veces en que tumbaba al vuelo los güiriris y las guacharacas de las vecindades, derribó como si fuera un enorme pájaro, a un avión Douglas, de esos que usaba la tropa para llevar prisioneros hasta la base aérea de Apiay. El avión, maltrecho por el disparo, comenzó a sonar diferente, una estela de humo apareció en su cola y sin que el piloto lograra ninguna maniobra efectiva, se precipitó contra la llanura. Un estallido hizo temblar la tierra y unas bolas de fuego se levantaron al cielo con el impacto. Entre los destrozos incinerados se encontraron los restos mortales del capitán de la nave y de los cinco militares que la ocupaban.

En San Salvador, después de acabar con los guardias que protegían la entrada al pueblo, Rosendo Colmenares demostró tener las siete vidas del gato. Los patones lo esperaban desde las terrazas en cada una de las edificaciones de la plaza. Él entró creyendo que el camino se encontraba despejado y el comando de policía estaba a punto de caer en sus manos. Pero

lo recibió el fuego cerrado de más de cien policías que comenzaron a disparar sus fusiles al unísono y a gritarle vivas al partido conservador. Su caballo se paró en las patas traseras en la mitad de la plaza, restallando las piedras del piso; dio una vuelta entera en el corcoveo y respondiendo a las espuelas que el jinete le clavó en el costillar, se lanzó a cuantas pudo buscando la bocacalle. Los disparos estallaban en las piedras y le silbaban en los oídos. Alguno de ellos le voló el sombrero ala ancha que usaba en los combates. Cuando alcanzó a guarecerse no logró controlar la bestia despavorida y hubo de esperar hasta que, cansada, fue mermando el paso, a su gusto, unos kilómetros afuera del caserío. La causa del descontrol del animal fueron los disparos que rompieron el freno y destrozaron el cacho de la montura. Ese día creyó en los milagros. Ni él ni el caballo sufrieron rasguño alguno.

En el hato “Mundo Nuevo”, Riqueiro Perdomo imparte instrucciones de guerra a los nuevos comandantes bajo sus órdenes, entre los cuales se encuentra el joven Guadalupe Salcedo. Les enseña a ser prácticos, arrojados y valientes. Y siguiendo sus consejos, los hombres aprenden a ahorcar a los perros y descabezar a los gallos, para que los ladridos y los cantos no los denuncien cuando la tropa está cerca. Ya bastantes problemas tienen con los alcaravanes. De igual modo, aprenden a no usar las botas y andan descalzos por los barrizales del monte, e incluso no hierran a las bestias, para evitar que las huellas los delaten. Así crearán los patones que quienes por ahí deambulan son los conuqueros y peones que andan a pie y montan potros cerreros. Con el tiempo, Perdomo se hace fuerte sobre las riberas del Cusiana, y dirige levantamientos en Unete, Charte, Yopal y el Upía. Hasta que en un combate en Maní, no aparece al sitio previamente definido para el encuentro. Cuando sus amigos temen por su vida, Guadalupe se devuelve a buscarlo, y en medio del fuego cruzado, lo encuentra en una zanja con la cabeza atravesada por un disparo de fusil. Arriesgando su vida logra el rescate. Una bala había atravesado el casco; por eso el capitán, en el entierro con honores que le prodigan sus seguidores, como un acto simbólico, marca el casco con las iniciales de su nombre y apellido, y lo conserva como un amuleto, bautizando su nuevo comando con el nombre del muerto.

13

Las huestes del general Velásquez se dispersan cuando las noticias informan de su detención en Venezuela. Muchos de sus guerreros se unen al comando de Franco y otros al de Guadalupe Salcedo. Entre los que deciden seguir con Franco, quien se encuentra en Santa Rita, está Luis Buitrago. Dicen que el general estaba buscando armas para la revolución. Se escuchan rumores de que el gobierno colombiano lo ha pedido en extradición, pero el de Venezuela no tiene buenas relaciones con el Presidente Urdaneta, y se opone a la solicitud. Hay indicios de que el general Velásquez negocia los fusiles por

cabezas de ganado ofrecidas por los gamonales liberales, y los más allegados reconocen que está dispuesto a entregar el Arauca si se gana la guerra con el apoyo de los vecinos. Franco, que lee los periódicos en donde están las últimas noticias sobre el incidente diplomático con el general, se acuerda del papelito aquél que él le dio antes del juicio del tuerto Giraldo, y que tenía relación con la posible entrega de quinientos fusiles. Busca el mensaje en su viejo pantalón, lo encuentra en el fondo de su bolsillo; es un sobreviviente de por lo menos dos lavadas; lo lee de nuevo o lo adivina por el recuerdo que aún perdura, porque las letras están borrosas. Entre letra y letra, disueltas en un manchón azulino, aparece el nombre de Ismael, adivina el de Esguerra y luego desentraña el de un lugar que después, en un mapa, reconoce con el nombre de Rincón Hondo, un sitio medio olvidado sobre el río Ariporo”. Entonces decide enviar por el informante. “Qué tal que sea verdad”, piensa.

— Si el general no pudo conseguir los fusiles, tanto mejor, ¿qué haríamos con ese loco armado hasta los dientes? —le dice Franco a Timbilimbas.

Timbilimbas sonríe, cree que existe una buena oportunidad; asegura que hay pactos entre los liberales y el gobierno venezolano; a Velásquez jamás lo entregarían los militares del vecino país; son sus amigos. Él conoce al muchacho cuyo nombre aparece escrito en el papel, y también el sitio exacto en donde usualmente se encuentra. “Hemos sido amigos”, explica.

— Por fin, ya era hora de que la entrega de los fusiles fuera una realidad—. Hay entusiasmo, y Franco y Timbilimbas deciden reservarse para ellos el secreto.

Mientras Buitrago va en busca del contacto, lo que le tomará dos días, Franco organiza un grupo de hombres de confianza, pero además expertos y conocedores del Llano. La travesía será larga y angustiosa, sobre todo por el invierno, pues se ha desatado sobre la región uno de los diluvios más grandes de los últimos años.

A los dos días aparece Timbilimbas con un joven de unos veinte años, blanco, de piel pálida, casi esquelético, de rostro sombrío, que dice llamarse Ismael Esguerra, hermano de Luis, que ha combatido en el Ariporo. El hombre tiene una tos seca que lo obliga a taparse la boca con el bayetón. Franco recuerda haber estado buscando a Luis Esguerra en otra época, pero no lo encontró; lo saluda, le ordena a las mujeres le faciliten agua para limpiarse las manos y la cara, y les insiste que le den de beber y de comer. Luego de un descanso razonable los tres hombres se sientan a conversar.

— ¿Qué tan cierto es esto de la entrega de las armas? —pregunta Franco.

— Pues la noticia me la dio el propio general Plinio Mendoza en presencia de Manuel Rodríguez. Ellos me pidieron se la entregara personalmente al general Velásquez.

— ¿Y dónde será la entrega?

— Pues si ustedes me muestran el papel que yo le di a Velásquez, aceptaré eso como una señal de que él los comisionó—. Ismael mira de abajo arriba y clava los ojos firmemente en los de Franco. Las ojeras que le recorren los párpados son púrpuras, como si escondiera algún mal desconocido.

Franco estuvo a punto de tirar el papel al fogón para guardar el secreto; por fortuna no lo hizo. Se retira, le ordena a las mujeres atender a los viajeros y se dirige a la ramada en donde se encuentran sus pertenencias. Mientras tanto, los otros dos hombres comen torrijas de yuca y ratifican las conversaciones del camino.

— Ya se lo dije hermano, Franco es de fiar. Además, el general lo nombró capitán—. Timbilimbas alardea también con su cargo de teniente.

— Sí, pero si a mi me toman cuentas, tengo que responder con mi vida. Usted sabe que en la guerra las cosas se resuelven con balas.

Franco regresa, tiene un pequeño papel en la mano. Lo desarruga por el camino y al ver que todavía conserva parte de lo que ha sido escrito, sonrío. El papel está amarillento y contiene algunas letras de aquellas escritas, pero que han ido borrando el tiempo y la humedad. Franco se lo extiende, él lo recibe, tose, le da vueltas, lo mira, trata de adivinar los restos de las palabras, se lo devuelve, lo mira a los ojos como tratando de descubrir si detrás del iris amarillento se esconde algo más.

— Está bien —dice— ese es el papel que yo le entregué al general, aunque prácticamente ya no se lee nada. Pues bueno —se toma de un tiro un vaso con jugo de mango que María Georgina le ha traído—, el treinta de octubre es la entrega, exactamente en las bocas del Casanare. Allí hay un sitio llamado Las Mañanitas y en el embarcadero va a estar un lanchero de nombre Ricardo Torres. Él va a recibir el cargamento y se lo tendrá guardado al general.

— Pero el general no va a estar —dice Franco con cara de preocupación.

— Pues ése es asunto de ustedes. Yo cumplí con mi parte.

Se trata finalmente de preparar el viaje: no se podrá navegar por el río Ariporo porque está inundado de patones, que en esta época de invierno suelen viajar desde Moreno hasta Paso Real, en lanchas rápidas, y ellos acostumbran hacer retenes en diferentes lugares. Habrá que coger hacia el sur y buscar el Guachiría o tomar por el oriente y atravesar caños y ciénagas hasta las sabanas de Aguaclara. Ésta última es la vía más difícil, pero la más

segura. Los hombres lo piensan, lo discuten, lo analizan con Ismael que es un buen conocedor de la zona, y al fin, la decisión resulta casi al azar.

— ¿Qué prefieren, nadar y caminar o están dispuestos a abandonar en cualquier parte los potros y la curiara, y hasta los morrales? —Ismael se aprieta un poco la boca del estómago. Las torrejitas no le han caído bien.

— No hay de otra —responde Franco— mientras menos cargados vamos, tanto mejor: una muda de ropa, un chinchorro y las armas con buena munición. Si no necesitamos las pistolas para defendernos, si las vamos a necesitar para comer.

Son hombres arriesgados. Están dispuestos a jugarse el todo por el todo. Hay dos grandes problemas por resolver: la unidad del movimiento y la consecución de los fusiles. En la unidad han estado desde el comienzo y los pasos son firmes; pero sin los fusiles no se hace la revolución.

— Usted es un combatiente —le dice Franco a Esguerra, retándolo— considero su deber acompañarnos. Estamos en lo mismo. Su familia no tendrá de qué alimentarse si no ganamos esta pelea.

Ismael lo piensa, últimamente no se ha sentido bien, se aleja un poco, tose, respira hondo, mira los nubarrones encrespados en el cielo. Casi siente el viento alejándose al sur. Se acomoda un poco el pelo que le cae sobre la cara. Camina en círculos mirando el piso; en su conciencia se rebullen sentimientos encontrados. Tiene una maldita llaga en el estómago, que le nació con la ansiedad por las persecuciones que los patrones le hacen a su familia. Hasta mejor será alejarse un tiempo para ver que pasa.

— Está bien —les dice—, en ocho días nos encontramos en La Montaña del Totumo. Allí no hay sino un hotelucho, esa noche dormimos en el sitio y al día siguiente nos tiramos por Las Mercedes. Por ahí va un camino que yo conozco.

Dicho y hecho. Esguerra se dirige a Rincón Hondo para despedirse de su familia e ir por sus pertenencias, y Franco, Timbilimbas y dos baquianos más, emprenden el camino por el caño de La Garza. A pie el avance se hace lento porque los caños están inundando el Llano; a veces hay que atravesarlos a nado y otras seguirlos por las orillas hasta encontrar un sitio por donde puedan cruzarse. Las provisiones les duran dos días; de ahí en adelante hay que pescar con chuzo en los esteros o cazar conejos en las sabanas anegadas. Si tuvieran los fusiles la cosa sería más fácil, pero con las pistolas es difícil atinar. De toda clase de animales hay, por fortuna. Y no faltan los riesgos de las serpientes o las babillas hambrientas que merodean en las orillas. Días enteros con los morrales húmedos, sin un rayo de sol

para calentarse, casi siempre con el agua a la cintura y las botas embarradas.

La Montaña del Totumo es un paraíso. Se bañan con agua fresca, vuelven a probar el chirrinche, encuentran ropa seca, la comida está caliente, las camas tienen colchones y el hotelero es simpático y está feliz con la visita. No importa si el sanitario no tiene puerta ni si huele a berrinche ni si deben dormir todos en un mismo cuarto, ni si hay pulgas y abajo la pianola suena la noche entera. Están felices.

Al día siguiente son las diez de la mañana, y Esguerra, que llegó desde la noche anterior y no los quiso despertar, porque el hotelero le advirtió que estaban rendidos, va a hacerles bulla para obligarlos a levantarse.

— ¿Quieren cumplir la tarea o prefieren seguir durmiendo?

— Ya vamos —contesta Franco. Abre las ventanas para darle paso a la luz del día y sacude a los demás hasta obligarlos a despertarse.

Desayunan huevos revueltos, tungos de arroz y pisillos de pescado. Hacía mucho que no comían tanto. Toman café y deciden descansar un día más antes de emprender el viaje. Tienen quince días para llegar y es apenas el tiempo justo.

En la travesía los riesgos se multiplican, porque los asalta el temor de tener que pasar por territorios de indios salvajes que tienen fama de clavar a sus víctimas con flechas envenenadas. Son los Cuivas, pero por fortuna no se los encuentran. Mientras más se acercan a las sabanas de Aguaclara más anegadas están las tierras y se hace más difícil transitar. En El Suro los salva que el caño es navegable y algunos conuqueros que encuentran en los ranchos dispersos, aceptan bajarlos largos trechos en sus curiaras. Sólo los sostiene la ilusión de los quinientos fusiles, y hambrientos y enfermos llegan el treinta de octubre a Las Mañanitas; allí esperan en el embarcadero a un lancharo conocido por los lugareños como Ricardo Torres.

Cuando Torres llega, después de hacer una travesía desde el Cravo Norte, lo hombres lo abordan y se le presentan. Él les acepta el saludo con sus manos húmedas y sucias de pantano.

— Somos enviados del general Eliseo Velásquez —dice Franco.

— Sí —dice el lancharo— yo a él lo distingo.

— Nos envió para lo de los fusiles —complementa Esguerra.

— ¿Qué fusiles? —replica el hombre que los mira con extrañeza.

“Mierda —piensa Franco— el tipo este no nos va a creer. Ahora verá el problema tan verraco”. Torres está barbado y desaliñado, con la camisa por

fuera y los botones abiertos, suda en la frente y en el pecho, y se siente molesto porque está sucio y lo que quiere es ir a bañarse, comer y descansar, pero a los forasteros los ve peor: están flacos y desgalichados, mojados, llenos de barro, con los ojos hundidos y uno de ellos está prendido de una asfixia que lo mantiene sentado; parecen acabados de salir de una cárcel. Además, ¿cómo va a confiar en tipos extraños y en semejante facha?

— Pues yo de esa vaina no estoy enterado —les dice y les abre los ojos.

— Yo soy hermano de Luis Esguerra —justifica su presencia Ismael, y al decirlo se le agota el aire—. Yo mismo hablé con Plinio Mendoza y con Manuel Rodríguez.

— A su hermano no lo conozco, pero a los otros si los distingo —hace muecas el lancharo con su boca, como aceptando que tienen amigos comunes—, pero hace meses que por aquí no se aparecen. Mejor dicho, la última vez que estuvieron fue hace seis meses. Esa vez los llevé a Puerto Ayacucho y hasta el sol de hoy.

— Mañana llegan los fusiles. Los manda la Dirección Nacional Liberal y nos dijeron que usted iba a recibirlos.

— Pues mañana vengan por ellos y si es verdad los recibimos juntos.

Entonces se despiden y le dicen que lo buscarán temprano. Eduardo lo hace seguir de uno de los baquianos y quedan de encontrarse en una fonda, cerca del embarcadero. Allí piden posada y se toman una cerveza. El dueño les indica unos ranchos al borde del río, y les explica que en ellos viven lancharos que les pueden dar comida y de pronto dormida en chinchorros, y las mujeres de seguro les lavarán y secarán las ropas. Cuando el baquiano llega, todos lo rodean. Están ansiosos por saber cualquier cosa. Hablan quedo, pero nada nuevo descubren al interrogarlo.

— ¿Adónde vive?

— Aquí cerca no más, como a trescientos metros.

— ¿Pasaste inadvertido?

— Pues sí, creo que no me vio, por lo menos no me di cuenta. Entró a un rancho en donde había una mujer con unos niños.

En las chabolas del río las familias están acostumbradas a atender a los viajeros. Cuando Franco y sus compañeros llegan y solicitan apoyo, les preparan pescado con topochos y les ofrecen cerveza, los hombres les prestan unos pantalones para dormir, mientras las mujeres les lavan las ropas. Al otro día se las secarán con una plancha. “No hay problema —dice una de ellas al tomar la vocería—, les quedarán como nuevas, lo difícil es que se les sequen las botas, eso sí deberá ser con el calor del día; pero se pueden poner unas cotizas mientras el sol sale, si es que sale”. Luego montan los chinchorros en una habitación para hamacas y deciden ir a dormir, y todos

caen fundidos, menos Franco quien no logra conciliar el sueño. Los pensamientos le pesan más que el cansancio.

“Ése tipo no me parece de fiar —piensa Franco—, que tal que ya haya recibido los fusiles y piense venderlos. ¿Será otro engaño más del general Velásquez?, ¿por qué ir a Venezuela a comprar fusiles, si aquí la Dirección Nacional le iba a entregar quinientos? Este tipo Torres no tiene por qué confiar en extraños, el hombre necesita confirmar quiénes somos. Es lógico que quiera estar seguro”. Franco siente cómo el chinchorro le aprieta en la espalda, se voltea, se acomoda de nuevo y trata de dormir, pero los pensamientos lo atropellan, hasta fundirse con la liviandad de un sueño que sigue siendo de trochas, de caños, de ríos, de batallas, de fusiles y de persecuciones.

Cuando el sol del amanecer comienza a teñir las nubes del horizonte, Franco está en pie. Se acerca al río y lo ve enorme. Orina en el borde del barranco y ve como sus aguas hacen cauce con las aguas del río. “Ya formo parte de este infinito”, piensa. Ni siquiera se percibe la otra orilla. Las aguas terrosas por el invierno bajan arrastrando troncos y ramas y en los recodos se forman remolinos. El nivel está al tope del terreno y las familias han colocado barreras de troncos enterrados en el lodo de las orillas, para evitar que las aguas desbarranquen el pedazo de tierra que los separa de la corriente. En la vivienda, algunas mujeres avivan los fogones y preparan café. El humo sube por las paredes y sale por las cubiertas que a modo de alpendes protegen la entrada de las chabolas.

Franco se dirige a la cocina, saluda a las mujeres, se sienta en una tarima al lado del fogón y conversa con ellas, pero a través de la ventana no deja de mirar el embarcadero esperando ver la llegada del motorista. Pero únicamente ve las lanchas, amarradas en los estacones del muelle.

— ¿Distinguen al señor Ricardo Torres? —les pregunta, y las mujeres sonríen.

— Claro —dice la más joven exhibiendo su embarazo—, quién no va a conocer al que nos trae la felicidad —se ríe con malicia.

— ¿Y ése se levanta temprano?

— Pues si tiene un viaje sí, pero hoy no han rumbado los motores.

Franco se tranquiliza. Recibe una taza de café. Siente primero el aroma, luego aspira el vaho que se levanta de la taza. Da los primeros sorbos con miedo a quemarse los labios resecos. Le fastidian unas llagas que tiene en la boca, se las toca con la punta de la lengua y le duelen. Se levanta para mirar el paisaje. Comienza a clarear. Aún no hay un alma en los alrededores. A lo lejos chapotean los peces y en el cielo una bandada de garzas cruza la confluencia de los ríos.

Cuando está por llamar a sus compañeros ve que van llegando uno detrás del otro; quizá los atrae el aroma del café o tampoco han podido dormir bien o los zancudos los tienen fastidiados. Algunos todavía tambalean porque no encuentran cómo acomodarse al piso, lleno de guijarros. Las mujeres saben que los hombres quieren los primeros tragos y les entregan los tazones, pero luego les recomiendan ir a lavarse mientras les preparan el desayuno, y a ellos, de sólo pensar en comer, se les despiertan las ansias, se les aviva el apetito.

Antes de las ocho de la mañana están sentados en el embarcadero y ya comienzan a aparecer las primeras pangas viajando por el río. Son los vegueros cargados de yucas y topochos. La mayoría siguen de largo, porque van a buscar mercados para sus provisiones en San Jorge, al otro lado de la frontera; pero algunos arriman a la orilla, sueltan el ancla en la arena y salen a buscar a los conocidos en los ranchos. Desde la distancia, los hombres de Franco ven cómo el lancharo se aleja por entre los pedruscos que se encuentran de trecho en trecho. El sombrero alón en la cabeza, la camisa abierta en el pecho, los pantalones remangados, descalzos, las piernas corvas, el caminar seguro.

A las diez ven aparecer a lo lejos la figura de un hombre que viene por el camino del río. Todos aguzan la mirada. “¿Será él?”, se preguntan. Pero es otro lancharo con un motor al hombro. Llega, lo saludan y le ayudan a acomodar el motor en el espejo de la lancha. Le preguntan por el señor Torres y él les dice que debe venir muy pronto. Entonces deciden aplazar la posibilidad de ir a buscarlo. “Es mejor no acosarlo”, recomienda Franco.

“Si las armas vienen por el Casanare tendrá que ser en un barco grande con buen motor. Si es verdad que el encuentro es en este sitio. ¿Qué tal que sea en otro lugar?, pero Ismael asegura que la dirección es correcta; así que sobran las preocupaciones. Además, puede ser a cualquier hora del día”.

A las once, con el sol empezando a quemar, llega don Ricardo Torres; viene recién bañado, con una camisa limpia de manga larga, un pantalón también largo y unas cotizas. En la boca un palillo para los dientes que mueve de lado a lado. Franco, apenas lo ve acercarse, lo aborda y conversa con él, lejos de los demás. Los otros observan al hombre fruncir la boca y hacer algunos movimientos con las manos, pero no parecen buenas noticias.

— Si va a llegar alguna lancha y viene del Cravo, estará llegando a eso de las dos de la tarde. A no ser que venga de Puerto Ayacucho y ahí la cosa sí se demora más, porque el camino es contra la corriente.

— ¿Le provoca tomar algo? —le pregunta Franco, pero el hombre no responde, se limita a hacer una recomendación.

— Yo de ustedes lo tomaría con calma. Vayan a la sombra y se beben una cerveza.

Entonces lo ven partir hacia la fonda y allí se sienta en una de las mesas sacadas al patio. Franco y sus hombres dialogan, opinan, discuten, se resignan y deciden seguirle el consejo al lancharo. Ismael está cada vez más agotado y se queja de dolor en el estómago y Franco le aconseja que vaya con las mujeres pues seguro sabrán prodigarle alguna bebida que lo calme. “Nosotros, estaremos cerca de él y le podremos seguir conversando”. Al llegar al lugar se sientan en una mesa contigua. El dueño de la fonda ha oído decir que están esperando unos fusiles. Entonces adopta con ellos un tono confidente.

— Puede que vengan —les dice con cara de complicidad—, se oye que la guerra está dura y que Guadalupe Salcedo tiene más de cinco mil hombres levantados.

A la una de la tarde, están copetones de tomar cerveza. El lancharo y el dueño de la fonda beben con ellos. Tienen hambre y apenas han llegado dos motoristas más, que traen provisiones y las venden en las casuchas. Los venteros han circulado por la ribera. Mandan a hacer viudo de pescado y esperan pacientes dándole vueltas al mismo asunto.

A las tres de la tarde ven una lancha acercarse desde la otra orilla del Meta. Apenas es un punto en la distancia, pero los expertos aseguran que no es un tronco, pues no viaja a merced de la corriente.

— Ése es el motor de Alirio —dice el lancharo y el dueño de la fonda corrobora. Franco pregunta quien es Alirio y le aclaran qué es un baquiano que trae algunos pasajeros del Cravo, pero Franco se va a husmear, por si acaso. Se para en la playa, se cubre del sol con la palma de su mano y otea el horizonte. Lo único que alcanza a observar es la lancha cada vez más cerca, pero es pequeña. Conserva algo de esperanzas, las que se desvanecen y desaparecen del todo al ver que no trae carga diferente a las provisiones de un par de conuqueros.

A las cinco de la tarde llega otra lancha del Cravo. Todos salen a recibirla con alborozo. Los hombres se miran entre ellos. Ricardo Torres presiente que son simplemente los pasajeros que van a Puerto Ayacucho. Pernoctarán en el sitio y al otro día reemprenderán el viaje. Pero no dice nada. Se calla y deja que Franco y sus hombres se dirijan al embarcadero. Él, sin embargo, los sigue desde lejos, pero Franco volteo a mirarlo y le dice que se apresure. “Al fin de cuentas es a él a quien habrán de entregárselas”. La lancha llega y dos ayudantes la jalen hasta atracarla en la arena, y luego la amarran a unas estacas; después les ayudan a bajar a los pasajeros y evitan que las mujeres

se mojen los zapatos y las ropas. Son ocho vegueros que vienen con dos mujeres jóvenes. Ellas no conocen el lugar porque preguntan por cada cosa y no alcanzan a entender adónde van a pasar la noche. Cuando las personas se alejan en dirección a la fonda, Franco y Torres se le acercan al lancharo y le preguntan si trae una encomienda. Pero el motorista sólo muestra los bultos con provisiones que los vegueros están sacando a Puerto Ayacucho.

Regresan desilusionados. A las seis de la tarde vuelven a formarse los arreboles y la bandada de garzas se encuentra de regreso. Franco siente todo el peso de la frustración encima de sus hombros. Anochece tarde, y los rojos y naranjas siguen prendidos en el firmamento hasta bien entrada la noche. Se han cansado más ese día que durante el tiempo de la travesía.

14

Después de la muerte de Marco Tulio Rey, el tuerto Giraldo se vuelve uno de los guerrilleros con más hombres bajo su mando. Tiene trescientos combatientes de a caballo, treinta fusiles y una estela de victorias sobre el río Charte. Es hábil para conseguir adeptos y para exigir contribuciones. Goza la fama de ser astuto y no se arredra con los problemas por más graves que parezcan. No se sabe si la mayor intimidación la logra con su ojo blanco que siempre mira al vacío o si es por la recua de fusileros que le guardan la espalda; lo cierto es que aquellos a quienes visita lo ayudan de una u otra manera al sostenimiento de la guerra: los gamonales, con reses si se trata de alimentar las tropas y con dinero si es para conseguir armas o vituallas; los vegueros, apoyan con cosechas de maíz o de topochos, y los peones, con sus hijas, una especie de bendición para la soledad. Cuando el tuerto está de conquista se tapa el ojo estropeado con un parche negro, para que las damas no se asusten y aunque en el resto de su cuerpo no tiene ningún atractivo especial, ocultarlo le otorga cierta aureola mágica, de bucanero o algo así, que de todos modos atrae la curiosidad de las mujeres.

En San José llega como un conquistador y tiene más adeptos y provisiones de los que hubiera podido ambicionar. Por eso se da sus lujos: buenos arreos, botas relucientes, espuelas de plata, un reloj de oro, un anillo con una esmeralda, un sombrero blanco de fieltro y el mejor fusil. Monta su campamento soñando en tomarse a Yopal y busca a toda costa el mayor número posible de fusiles. Manda emisarios a Tauramena para pedir el apoyo de los Bautista, logra conferenciar con Franco y le envía estafetas a Guadalupe Salcedo. Al único que evita es al general Velásquez, porque el jefe guerrillero, a pesar de haber salido libre en el juicio de Guanápalo, sigue dando la orden de matarlo. Berardo, por su parte, no deja de soñar que algún día lo acechará él también, para darle muerte antes de que el otro sacie sus ganas. Lo ha pensado tantas veces que parece una misión que

algún día habrá de cumplir. Es mejor hacerlo antes de que el general logre su cometido. Y mientras espera refuerzos para los combates, inspecciona entre las mujeres cómo obtener la dulce y joven compañía que necesita.

Un día, al recorrer los humildes conucos de los peones, montado en una mula rucia que en otras ocasiones lo ha sacado de más de un lío, se coloca su parche negro en el ojo tuerto y atisba en las huertas y en las cocinas a las hembras del vecindario. Detalla los cuerpos de algunas, le gustan las más menudas; calcula las edades, descarta las que no le parecen buenas; hace un inventario de las disponibles y se decide por una morena quinceañera, hija de un peón que no tiene ni en donde caer muerto. Cuando se le acerca a la muchacha, ella se queda petrificada, y el hombre, sin esperar ni vacilar, le pide que acepte irse con él, y le jura convertirla en algo así como la reina de la revolución llanera. Ella, conocedora de su fama, lo mira con un poco de miedo y bastante incredulidad y baja la cabeza sobre el caudal del río. Durante un largo rato no atina a responderle nada y se limita a caminar a su lado, mientras lo escucha echarle piropos desde la altura de la bestia en donde está montado.

— No se apure reinita, piense la propuesta un poco más, le hablaré del asunto mañana en el camino al Porvenir. La espero antes del amanecer. Si no va, pues su vida seguirá lo mismo, ahí de pobre, haciendo nada.

— No sé, lo voy a pensar —le responde ella titubeando y con los ojos todavía clavados sobre las distancias del río.

Berardo hunde las espuelas en los ijares de la mula y arranca al galope por el camino de Yopal. Lleva el fusil en la espalda y dos cananas le cruzan el pecho. Grita y levanta el sombrero mientras se pierde en la distancia. Natalia lo ve partir y cree que es simplemente un juego, pero se queda pensando. ¿Qué tal que sea cierto? Ahí, en aquél moridero, no tiene ningún futuro. Sólo lavar ropa y cocinar. ¿Qué puede perder? Si no le gusta esa vida pues se devuelve. Le encantaría ser dueña de las aventuras de la guerra, conocer otros pueblos, caminar por el monte, disparar un fusil de esos que los guerrilleros cargan y ser la mujer de un hombre famoso. Ya muchas veces ha querido irse del lugar y si no lo ha hecho es porque no ha encontrado quien se lo proponga.

Esa noche Natalia no duerme. Su mente imagina decenas de aventuras al lado de aquel capitán: se sueña montando su propio caballo, durmiendo en la mejor hamaca, comiendo primero que todos, comprando buena ropa y yendo a las fiestas, de pueblo en pueblo. Le han dicho que en Maní hacen concursos de belleza. Tanto piensa, que desde muy temprano, antes de que el sol aparezca, Natalia toma su muda de ropa, inventa ir a lavarla, apura unos tragos de café, cruza los dos o tres caños que la separan del camino al Porvenir y llega al sitio previsto antes del amanecer, pero no ve a nadie.

Acostumbrada a esperar, se oculta tras unos arbustos y sentada en la hojarasca, sueña con ser una reina, hasta que la luz de la mañana inunda el lugar. El hombre, que siempre era el primero en aparecer a las citas, esta vez llega tarde. La mujer lo ve venir desde lejos. Mira cómo se acomoda el parche, lo observa bajar de la bestia, lo ve retirarse las espuelas, amarrar el corcel de la rama de un árbol y escudriñar con su único ojo la espesura del bosque, pero, como está bien escondida, el hombre no puede verla.

— ¡Hey! —grita Berardo—, ¿hay alguien ahí?

Entonces la muchacha tiene una leve intuición de que será mejor no arriesgarse, pero se arrepiente y sale del matorral. Es tímida, apenas si pronuncia palabra. Cuando estuvo tras los hierbajos lo miró de arriba abajo, le pareció viejo y demasiado flaco; le vio las arrugas en la cara y las manos nervudas. Se dio cuenta de que tenía un sombrero fino y un bayetón rojo en el cuello. El pantalón le quedaba ancho y las botas parecían nuevas. Y eso sí, el parche en el ojo lo hacía ver interesante y pensaba que algún día, cuando el hombre estuviera dormido o borracho, se lo quitaría para ver que tenían los piratas escondido bajo ese pedazo de cuero negro. Al salir de las matas de monte, la muchacha, descalza, baja de nuevo los ojos y ya no lo sigue con la mirada.

— ¿Cómo te llamas?

— Natalia —dice ella sin levantar los ojos.

— Yo me llamo Berardo. ¿Viniste preparada para irte?

— Sí —responde ella.

— ¿No trajiste tu ropa?

— Sólo tengo esta muda —dice y muestra el pequeño atado bajo su brazo.

Berardo se sube al potro y le estira la mano para alzarla y acomodarla en el anca. La muchacha es ágil y lo hace de un brinco, y él se siente contento de que ella sea fuerte para poder llevarla por entre las llanuras y los ríos. No regresa al caserío sino que toma uno de los caminos y se pierde entre la selva. Nota las manos de la muchacha tomarlo fuertemente por la cintura y en ocasiones siente sus senos acomodados en la espalda. La mula se conoce el camino, él no necesita hacer nada; por eso se la pasa todo el tiempo percibiendo en su piel lo que más quiere sentir: el calor del cuerpo de la muchacha, el desfogue de sus ansias, la pasión de soñar que entierra su virilidad entre las piernas de una mujer virgen.

Después de hacer medio camino, mucho antes de llegar al campamento en donde decidió encontrarse con su tropa, busca un descampado entre el bosque, allí donde las hojas secas tapizan el suelo; frena la mula, le dice a ella que desmonte, lo que hace la muchacha en un santiamén, se baja él también, amarra la bestia de la raíz de un árbol, la toma por la cintura, la

atrae hacia su cuerpo, ajusta su sexo contra el de ella, le levanta la cara de la barbilla para buscarle los ojos, le detalla la boca, le huele el cabello, la besa, le muerde la nuca, le toma los senos con ambas manos y le dice que se prepare.

— Le va a doler —le advierte—, pero es mejor así para que después las cosas sean más fáciles—. Pero ella no sabe de qué le está hablando.

Luego estira un poncho sobre la tierra, la acomoda en él, quita las raíces y los arbustos que le estorban, le abre la camisa, le besa los senos, le chupa los pezones, le escarba bajo la falda, le baja los calzones, los que se rompen con la ansiedad que muestra, la obliga a abrir las piernas, se saca el miembro, mientras ella hace una repulsa casi instintiva. La muchacha sólo ve que las ramas de los árboles dejan entrever la luz del cielo como si fueran cocuyos que aparecen y desaparecen. Entonces, al notar su inveterada costumbre de cerrar las piernas, se las abre con fuerza y busca penetrarla como sea, ya está cansado de no encontrar colaboración. Natalia siente un dolor intenso con el desgarramiento de sus carnes y los cocuyos que veía se van convirtiendo en sombras, mientras él entra y sale con desespero, hasta que lo siente gemir y ve como babea y se desgonza sobre su cuerpo.

El dolor desaparece cuando él sale, pero un ardor intenso la llena por dentro. Siente como si le hubiera echado un líquido caliente. Ahora percibe un aliento ácido en la boca de aquel hombre, su cuerpo huele a sudor y el pelo de su cabeza le recuerda los rincones viejos que nunca han sido sacudidos. Cuando Berardo se levanta y se abotona la bragueta, ella no es capaz de incorporarse; se siente desfallecer y cree que algo se le ha reventado por dentro.

—Tenga para que se limpie —le dice él, arrojándole un trapo en la cara. Es el bayetón rojo que tenía en el cuello.

Natalia se mira y se ve ensangrentada. No se atreve a tocar sus carnes y se levanta poco a poco hasta que su falda cae sobre las rodillas y le cubre la desnudez. El ardor es inmenso. Se siente mareada y con ganas de vomitar. Por fortuna un arbusto la sostiene y en él se aferra. Tiene miedo de desangrarse. Es una sensación similar a la que tuvo cuando la regla le vino por primera vez. Pero en aquella ocasión el dolor era en el estómago; ahora lo siente más abajo, como en la raíz de las piernas. Él le da tiempo para ponerse los calzones, pero están rotos y no sabe cómo lograrlo. Al fin, le entran de cualquier manera. La sangre, rutilante y caliente, le baja por las entrepiernas.

— Qué te limpies. ¿Acaso no sabes que es eso?—. Ella se apresura y deja que el bayetón metido entre sus calzones le pare el sangrado.

Cuando intenta subirse a la mula sufre un vahído. Ella sólo recuerda que se le va el mundo y que un sudor frío le baja por la cara. Él le habla, pero ella no entiende lo que le dice y no se siente capaz de hacer nada. Entonces Berardo la alza y la empuja hasta acomodarla en el lomo de la bestia, esta vez adelante. Luego se abraza él a sus espaldas y la agarra con su mano izquierda. Si no cae es porque el hombre la sostiene en vilo. Al volver en sí, están llegando a un campamento donde hay muchos hombres en hamacas y en chinchorros. La presión de su cuerpo contra la silla le para la hemorragia. Sabe que hay mucha gente alrededor y muchos los silban y les gritan, pero cree estar soñando.

—Debiste traer más de esas —le gritan.

— Está buena, ¿ya la rompiste?

— ¿Nos vas a dejar usarla?

Él se ríe. Deja que otros la bajen de la mula. Luego la carga en sus brazos y la lleva hasta el sitio en donde va a colgar su hamaca. Otros le ayudan. Cuando guindan las dos puntas del chinchorro de las ramas de los árboles, la acuestan y la dejan sola para que descanse, mientras tanto, ellos comen y celebran. Berardo se manda un trago de chirrinche con sus hombres de confianza; viéndolo bien, todavía es un conquistador.

15

Transcurrido el invierno, cuando el caudal de las aguas desciende y el sol empieza a cubrir el cielo de todos los días, Guadalupe, convaleciente de las viruelas, se repone de la peste en la hacienda de un gamonal amigo de la revolución. Es tiempo de reposo, de recuperación. Ya estuvo en Orocué, San Pedro de Arimena y San Miguel y en todos los lugares ha dejado responsables de la lucha, con instrucciones precisas. Está haciendo lo que nunca han hecho los otros jefes guerrilleros en sus recorridos por las riberas del Meta. Ellos arrimaban, arrasaban y se iban. Pero había llegado la hora de consolidar el territorio. Mientras la fiebre aminora y las pústulas se secan, los comandantes de los otros frentes, que comienzan a depender de sus victorias, lo buscan por doquier; pero igual no lo encuentran. Sin embargo, han logrado llegar estafetas de Guanápalo, primero advirtiéndole que debe ejecutar la orden del general de matar al tuerto Giraldo y a todos los que lo protegen, por ser enemigos de la revolución, y luego, casi al mismo tiempo, con una razón que anuncia la detención del general Velásquez en Venezuela. Pero la noticia más importante, la de máxima prioridad, es el reclamo urgente de Dumar Aljure, quien requiere protección porque se encuentra huyéndole a la tropa que lo persigue por las sabanas del Potosí.

El capitán está estirado cuan largo es en un chinchorro de pitas de cumare, regalo de los indios Cuivas. Su cuerpo se bambolea lentamente bajo la fresca sombra de un chiminango. A su lado, Juanita le hace carantoñas, le soba la cara, le limpia el sudor, le atiende las pústulas que aún le quedan y lo colma de caricias con sus dedos mágicos. La herida más molesta es la que tiene en el labio superior cerca de la comisura izquierda, pues le arde y le sangra cuando habla y cuando come; además, no le ha permitido volver a besar a la mujer con el ímpetu de antes; pero ella se resigna y pone, en otros sitios, el ardor que Guadalupe no puede prodigarle. Alrededor hay muchos hombres armados que vigilan los caminos y el sopor hace temblar las imágenes formadas en las distancias. Pareciera que los oasis dibujados a lo lejos sobre el horizonte, fueran simples jugadas de la imaginación que hacen que el agua abunde mientras crece la escasez. A un lado, sobre la raíz del chiminango, descansa su fusil y muy cerca, en el suelo, para que no estorbe mientras se abraza con la mujer, está la pistola que le quitó al guardia muerto en la prisión de Villavicencio cuando Silva lo metió en las filas de la revolución. Más que una buena arma es un amuleto, algo para la buena suerte.

Vagos recuerdos conserva de aquellos días. “Lástima lo de Silva, parecía decidido; pero así son las cosas, hasta los varones reculan”. Juanita le escucha los recuerdos de esos tiempos. Hablan de muchas cosas: el hambre y la soledad de la prisión, las primeras campañas en el sur, su matrimonio con María de la Cruz Cedeño, las ferias de Trinidad, las tardes de coleo y las competencias con los mejores: Juan La Garza y Rompellano, y hasta de la barriga del general Velásquez, que muy pronto no lo va a dejar subir a un caballo. De todo conversan, menos de Silenia. El recuerdo de ella le produce largos silencios. Juanita observa su abstracción y le pide que le diga en qué piensa. Pero ese es uno de sus secretos más íntimos. Algo en lo más recóndito de su ser lo aleja del lugar. Y él se reserva esa historia que lo saca de las rutinas y lo hace imaginarla en el agua transparente de los caños; la ve desnuda, entrando y saliendo del agua o se imagina abrazado a su cuerpo. Se estremece al recordar cómo a ella se le erizaba la piel cuando le acariciaba el cuello con sus labios. Cómo quisiera volver a verla.

— Ya no sé que atender primero —le dice a Juanita, quien acomodada a su lado, le sigue lavando y desinfectando las llagas—, si los asuntos del tuerto Giraldo o las necesidades de Aljure.

— No creo que sea justo emprenderla contra el pobre tuerto. Es un buen revolucionario —le reclama Juanita—, en cambio el general es un loco que no sabe qué quiere.

— Él sí sabe qué quiere —le replica Guadalupe—. Quiere seguir siendo el jefe, y no acepta competencia; eso está claro. Además, si está preso en Venezuela no puede estar pensando en ajustes de cuentas.

— ¿Tú confías en el tuerto?

— No sé, es mañoso y lo acusan de robar plata y de ser violador, pero si Franco lo protege, algo bueno tendrá.

— ¿Y quién es Aljure? Ése no ha estado por estos lados.

— Es un ex cabo del ejército, a quien persiguen por desertor. Se quedó dirigiendo uno de mis comandos en el Ariari. Es hombre ambicioso. Necesita apoyo para llegar hasta acá, porque tiene pocos compinches y el camino está lleno de patones.

— Usted no se encuentra en condiciones —Juanita le toma la cara con las dos manos—, apenas ayer andaba ardido de la fiebre —le hace pucheros frente a los ojos—. Mande a Marcelino Beltrán que está muerto de las ganas de ensayar su fusil ametralladora.

Al llegar por segunda vez a Santa Helena de Cúsiva, los policías, que ya tenían otros recuerdos de las batallas con Guadalupe Salcedo, abandonaron la guarnición y se fueron Cusiana arriba a buscar refuerzos. “Es mejor resguardarse a tiempo”, se decían. En su huída intempestiva dejaron varios fusiles Linger y un fusil ametralladora sin estrenar. Marcelino Beltrán fue el afortunado y se hizo al tesoro. Ha ensayado el arma varias veces contra los árboles del bosque y el sonido del traqueteo le despierta la envidia a más de uno. Los huecos que dejan las balas al entrar son finos y redondos y cuando salen, los boquetes son enormes. Lo único que le falta es usarla en los enemigos.

— Marcelino —le dice Guadalupe—, Aljure se acerca por las sabanas del Potosí y necesita le cubran la llegada, viene a una conferencia citada por Franco. Vaya a su encuentro y tráigalo acá.

— Por supuesto capitán, mi única ansiedad es que pueda tener la oportunidad de usar mi juguete.

Marcelino escoge quince hombres armados, ensillan sus caballos, acomodan el armamento, llenan los morrales de provisiones y toman el camino de La Poyata, Las Brisas y el poblado de Cháviva. La llanura arde con el sol del verano, los caños están secos, alrededor de los morichales quedan los últimos pozos en donde se concentran las reses y se levantan los campamentos; los caminos se hacen polvorientos, las garzas blancas picotean los lodazales, y las nubes desaparecen del horizonte dejando atardeceres plácidos, con soles inmensos que se disuelven sobre la llanura. El río Meta sigue imponente con su caudal terroso confinado a su cauce. Al llegar a sus orillas, los hombres lo atraviesan en un planchón, hacen campamento al anochecer y se preparan para la segunda jornada.

Al día siguiente emprenden camino desde el amanecer. El día es rutinario y la modorra los consume. Casi al entrar la noche divisan un lugar conocido como El Turpial. Allí hay unas colinas que envuelven el camino y a lo lejos se divisa la trocha abierta por los camiones, en su transitar desde Villavicencio.

El lugar tiene una vista profunda que se desvanece entre los colores azulinos del cielo y los grisáceos de la llanura; hay un caño con buena agua llamado Palenque y el calor les ha agotado las reservas de energía, y hasta la paciencia. Entonces deciden hacer campamento.

— Esperémoslos aquí —les recomienda Caldo Flaco— uno de los pocos sobrevivientes de los amigos del penal que acompañaron a Guadalupe. La mayoría murieron en los combates de Orocué, que fueron intensos.

— No me parece —se rasca la cabeza Marcelino; de las Sabanas del Potosí hasta aquí puede haber tres días, y no es bueno esperarlos tanto—. Pero al fin acepta, pues los hombres están cansados.

Esa noche hay fogata y algunos cantan acompañados de un cuatro; un instrumento que siempre los acompaña. La luz de las brasas se encuentra protegida del campo abierto por pequeñas colinas, detrás de las cuales los hombres se resguardan. Hay vigilantes apostados en lo alto de la cima, atentos a lo que ocurra y cada dos horas se cambian las guardias. Unos duermen, otros cantan sones o cuentan historias, y la mayoría bebe chirrinche, que sería raro que faltara entre ellos.

Al amanecer no se oyen sino los sonidos de los pájaros que cruzan las sabanas buscando las ciénagas. Hay celajes rojos pintando las nubes lejanas. Pasan gorretos, garzas y corocoras, y también alcaravanes. Los guardias adormilados toman café cerrero y no se ve un animal distinto en tres leguas a la redonda. Algunos hablan de ir a buscar reses perdidas o cazar quimbos en los morichales, pero otros lo piensan dos veces y creen estar incumpliendo su deber, hasta que uno de los guardias, más atento, les ahorra la discusión.

— ¡Ey! —, grita desde lo alto de la colina— vienen camiones por el camino.

— ¿Se distingue quiénes pueden ser?

— No, apenas se ve la tolvanera.

Entonces Marcelino da órdenes, y los muchachos se preparan, se esconden, toman las posiciones más ventajosas. No hay duda de que están en un sitio privilegiado. Son dos pequeñas colinas rotas por el camino. Planean una rápida estrategia envolvente. Si ellos siguen como vienen, y no tienen guías, ni envían avanzadas, no podrán descubrirlos y si las avanzadas llegan, pues hay que saber cómo enfrentarlas.

— Deben ser los chulavos —dice alguno.

— No, más bien parece el ejército.

— ¿Y si son ellos qué hacemos?

— Pues yo quiero estrenar mi fusil.

— Hágale compadre.

Marcelino coloca su fusil ametralladora bien asentado contra el terreno y dos de sus subalternos le sostienen el tendido de las balas. Cada vez está más cerca el polvo, ya casi se siente el olor que el viento trae. Son cinco camiones llenos de soldados. El sol les da de frente, van desprevenidos. Hablan y cantan y el sonido de las voces les llega con el viento. El aire vibra y las figuras se desdibujan. Ven acercarse las colinas. Disfrutan el paisaje.

— Escóndanse bien, quítense los sombreros, que no nos vean. Yo daré la orden de abrir fuego. No desperdicien las balas. Ellos son muchos. No los dejemos respirar.

— Estamos listos. No es sino que diga.

El cielo brilla. El azul es intenso, el calor es cada vez más sofocante. Una pequeña nube corre hacia el sur, pero el viento es más fuerte que ella y comienza a disolverla, se quiere dividir en dos, en tres, en muchos fragmentos; se adelgaza, se alarga, pero no se rompe; se vuelve un hilo con el viento.

El tiempo parece detenerse. Marcelino espera que los camiones crucen el borde de las colinas. Hay cinco fusileros que los rodearán por detrás cuando comience la balacera; los otros diez están al frente, la cabeza contra la tierra, el corazón al galope, la emoción contenida, el fusil apretado contra el pecho.

— ¡Disparen! —grita Marcelino y no ha acabado de escucharse completa la orden, cuando el eco de las balas estalla en la hondonada.

— ¡Ríndanse! —grita uno de los guerrilleros tratando de opacar el ruido de los disparos.

Los camiones están parados en el centro. Los hombres que van saliendo caen heridos, algunos se esconden en la parte de atrás pero los que están en la retaguardia también les disparan. Hay heridos que se arrastran, cuerpos que siguen recibiendo impactos; otros no han alcanzado a salir de los camiones y no saben como defenderse. La reacción ha sido lenta y los que empiezan a disparar no atinan a saber hacia adónde deben dirigir sus balas. Es como si fueran fantasmas los que les estuvieran disparando.

Marcelino espera paciente. Está por llegar su hora. Se encuentra preparado para el momento preciso. Es hora de comenzar las ráfagas. Lo hace cuando los soldados que aún están vivos, logran resguardarse y comienzan a responder, pero se sorprenden con el traqueteo arrollador. Las balas entran y salen y vuelven a entrar y vuelven a salir en varios cuerpos.

- ¡Nos rendimos! —gritan algunos soldados. Hay pañuelos blancos levantados. Pero todavía quedan muchas balas y no ha mermado la efervescencia. Al fin sólo hay gritos y lamentos.
- Cuidado, que muchos se pueden hacer los muertos.
- Remátenlos, qué no quede ni uno vivo.

Entonces reaparecen las ráfagas contra los cuerpos sin vida. La espera es larga; parece una eternidad. El ojo avizor de los que acechan no se pierde detalle. Cualquier movimiento significa una bala más. Los muertos crecen y están regados por doquier. No se acercan hasta estar seguros de que no hay repuesta posible. Después habrán de recoger noventa y seis fusiles.

- Rieguen esa gasolina, júntenlos a todos y préndanles fuego. Que no queden ni las señas—. Pero las señas sí quedaron, con los hierros retorcidos y los cuerpos calcinados.

16

La base aérea de Apiay ha vuelto a la normalidad. Hay un cambio total de oficiales en la guarnición para garantizar la obediencia de la tropa, y los relevos se suceden con frecuencia. Los aviones entran y salen con regularidad: los bombarderos F47, los DC3, los AT6 y los conocidos como Douglas, que suelen llevar la tropa o transportar prisioneros. A veces llegan avionetas Beaver con gamonales desde Bogotá. Las cárceles están atestadas de chusmeros y han acondicionado parte de las instalaciones para acomodar a quienes consideran más peligrosos. Ya no cabe un bandido más. Los jefes, en prevención a los amotinamientos carcelarios, han dado la orden a sus subalternos de no traer más prisioneros; “desháganse de ellos como puedan”; por eso los aviones Douglas que se van a las llanuras atestados de soldados están llegando vacíos. Las cosas han cambiado. El relevo en la cúpula militar y las nuevas exigencias establecieron que el ejército se tiene que comprometer más con el Gobierno. “Si el ejército no entra a apoyar con decisión, la democracia va a perder esta guerra”.

- Por labores de inteligencia supimos que habría una conferencia de los principales jefes de la chusma —el teniente Pinzón le da el parte al coronel Olivo Torres—, si tenemos suerte los cogemos juntos.
- ¿Y hasta ahora qué se sabe del sitio?
- En eso no hay mucha seguridad, porque parece que han cambiado varias veces el lugar. Lo que estamos buscando es infiltrarlos.
- ¿Y ha habido suerte?
- Si, hay un tal Laurentino Rodríguez que tiene buenas relaciones con la tropa. Él contó que un cuadro del partido comunista vendrá a asesorarlos. Es un tal Alvear, pero también dice que ya tiene en el comando de los

hermanos Bautista a un hombre de toda su confianza. Le dicen Chucho Feliciano.

— Con sólo coger a uno de los jefes lo hacemos cantar. ¿Cuál puede ser el que más posibilidades ofrece?

— Por ahora Dumar Aljure; ya lo estamos siguiendo. En este momento está en cercanías de Acacias y parece que antes de ir a la conferencia, quiere conversar con su jefe, ese bandolero que llaman Guadalupe Salcedo.

— ¿Y por dónde creen que está Salcedo?

— El último asalto lo hizo en Santa Helena de Cúsiva.

— ¿Y cuántos hombres puede tener Aljure?

— Quizás unos treinta.

— Pues mándele tres veces esa cifra.

Cinco camiones están dispuestos. En cada uno caben cómodos un poco más de veinte soldados. El Coronel los reúne antes de partir y hace una proclama fervorosa por el futuro de la patria. Son apenas las ocho de la mañana y ya el calor se siente. Suben las provisiones, las canecas con agua y la gasolina que necesitan para ir y volver. La mayoría van contentos, es casi como una excursión. Preferible ir a quedarse en la base cumpliendo tareas rutinarias. Con suerte estarían almorzando pescado con patacones en Puerto López. El camino es estrecho y el polvo obliga a los camiones a ir separados y a cierta distancia. Cada vez se alejan más de las montañas de la cordillera oriental, algunos de cuyos picos permanecen nublados, porque Los Farallones son en ese punto las cumbres más altas; ahora estarán más cerca de la llanura sin fin. En el camino ven cruzar iguanas, y manadas de marimondas se encuentran en el borde de los bosques. Algunos de los soldados, están felices de conocer esos animales que jamás habían visto. En cada poblado hay una breve parada y unas rápidas averiguaciones de los encargados de la inteligencia: se suele interrogar a las autoridades si están presentes, y también se conversa con los cantineros y con los venteros de las esquinas. “Son los que más saben”, dice el teniente con ínfulas, preciándose de su astucia.

Después de que los soldados se alejan, queda en el pueblo el rumor de que están tras la cacería de Dumar Aljure, quien va camino a Puerto Gaitán. Pero la parada más larga es en Pachaquiario, porque allí el teniente encuentra una familia de indios dispuesta a informar lo que saben, si les sostienen la promesa de dejarlos vivir en paz, ahora que han encontrado en dónde vivir. El pueblo está casi vacío; de unas cuatro o cinco cantinas que funcionan normalmente en la calle principal, sólo una permanece abierta. En la mayoría de las puertas los habitantes cerraron con cadenas y candados, mientras otros abandonaron el lugar dejando todo tal como estaba, pues no piensan volver; creen que si regresan serán los próximos muertos. Las hojas de los chaparros de los solares están amarillas por el polvo que se levanta con el paso de los camiones y hay algunos burreros amarrados de las

chambranas, sin moverse, con los ojos somnolientos. Sólo la cola de los animales, de vez en cuando, golpea para espantar las moscas.

— Esos indios no están pidiendo mayor cosa mi teniente.

— ¿Quién conoce la lengua de esos infieles?, pregunta el teniente y la pregunta va de boca en boca entre los soldados que se han bajado a estirar las piernas.

— Nadie mi teniente, pero uno de ellos habla un poco de español.

El jefe indio, con su atavío de colores y una cinta roja en la frente, les cuenta a los soldados que ellos vinieron del Rincón de Pajure y encontraron un pueblo casi vacío. Muchas casas y poca gente. “Por ahí uno que otro. Toditico estaba abandonado”, y ellos con tantas necesidades, pues se instalaron en una de las viviendas. Allí había de todo: sal y aceite, hamacas y esteras e incluso una caneca con agua. Y en el solar hasta gallinas. Entonces para qué se iban, si antes estaban aguantando hambre, porque los sembradíos se quemaron con el sol y las reses se morían de hambre. La gente les decía que el pueblo se encontraba en medio de la guerra, pero ellos veían que por todas partes era lo mismo; por eso decidieron correr los riesgos.

Y la verdad es que el español es casi nada —piensa el teniente—. Casi todo lo contesta diciendo que sí. Que Aljure pasó por acá, pasó, porque si no, no estaría este pueblo desocupado. Así que vamos por buen camino.

Los soldados se arremolinan en los escasos espacios sombreados que dejan los árboles de los alrededores y beben agua de las cantimploras; y los que tienen algunos pesos piden un refresco en la cantina. Ojalá se pudieran tomar una cerveza fría, pero están trabajando y el reglamento lo prohíbe. Nadie sabe de dónde salieron las noticias, pero cuando los rumores han recorrido los oídos de los soldados, las cosas parecen claras: Aljure pasó con treinta hombres en caballos, iba camino a Puerto Gaitán. “Estaban bien armados de fusiles y nos llevan un día de camino”. “Si estamos de buenas, en dos días estaremos haciendo contacto con ellos”.

— Por fortuna no son tantos— dice alguno.

— Pero se conocen estas llanuras —dice otro.

Luego viene la orden de seguir camino y los soldados vuelven a acomodarse en los camiones y de nuevo aparece el sofoco, la llanura que continúa abriendo espacios en el horizonte, el pasto amarilleando, las reses enflaquecidas agolpadas en los morichales o debajo del sombrío de los camorucos, y algunos soldados un poco más alegres que cantan corridos y cuentan chistes para apaciguar la monotonía de la jornada. El teniente va en el primer camión y en el último quien los acompaña es un cabo. El teniente controla el paisaje, va atento, hace cálculos, mira el reloj; sabe que se va a

gastar más tiempo del previsto, pero los baches del camino son enormes y deben pasarlos con cuidado. Peor sería que un eje se fuera a pique. Lo que sí tiene, y se precia de ello, es buena vista y sus binóculos son potentes y le acercan las distancias casi a un palmo de sus ojos.

A Puerto López llegan entrado el atardecer, cuando en los solares de las casas cacarean las gallinas. De noche no es conveniente viajar y deben descansar bien, pues al otro día puede ser la gran batalla de sus vidas. O se comportarán héroes y recibirán condecoraciones o serán villanos, tratados de cobardes. Además, el puerto sobre el río Metica es un buen lugar para aprovisionarse; por eso el teniente decide pagar buena comida y una dormida cómoda para sus hombres. Eso sí, nada de parrandas ni indisciplina. Y así sucede. Mientras el teniente y el cabo hacen relaciones públicas e indagan con los vecinos, los soldados comen hasta saciarse, repiten la dosis y luego, antes de dormir, juegan un poco a las cartas, mientras reposan la comida. Alguno que otro intenta el desorden, pero prima la sensatez, porque al otro día, los soldados presienten, habrá combates.

Todo ha quedado confirmado. Así lo habla el teniente por radioteléfono con el Coronel Olivo Torres. Aljure pasó con sus hombres y ahora debe estar en las Sabanas del Potosí. Puerto López está tranquilo y no hay mayor peligro en el pueblo. Así lo aseguró el Alcalde, y la policía hará guardia durante la noche para que los compañeros del ejército duerman a gusto.

- No se confíe de la policía teniente, son unos imbéciles.
- Por supuesto coronel, lo tendré en cuenta.

A las cuatro de la madrugada se levantan y a las cinco emprenden de nuevo la marcha. Van contentos, relajados; algunos de ellos no dormían tan bien desde hacía meses. “Ya había olvidado lo que es dormir en una cama”, dice alguno para resaltar que durmió como un lirón. “Y sin chinches ni pulgas”, dice otro que protesta porque en la base no han podido desterrar las plagas. Ni siquiera hizo calor, la brisa viene del río, fresca y húmeda.

Las sabanas del Potosí son extensiones sin fin que los alejan de las aguas del Meta y los empujan en el infierno del Llano. A lado y lado un mar amarillo, arriba un cielo azul esplendoroso con un sol calcinante en lo alto y a lo lejos los morichales y algunos bosques, escudriñados minuciosamente por el teniente. Él mira hacia delante y el cabo hacia atrás, y los soldados reposan en silencio, un poco adormilados, mientras reciben la orden que será dada con el primer disparo. Si tienen suerte llegarán a Cháviva antes del anochecer.

El conductor del primer camión es un sargento que ha recorrido el mismo trecho varias veces. Todos confían en su experiencia. Las huellas viejas les

indican el paso, pero el invierno anterior dejó huecos inmensos que deben sortearse con precaución. Por eso las distancias se alargan y antes de Cháviva deben parar a pernoctar, porque los ha cogido la noche. En las sabanas, sobre un caño que le dicen La Emma, arman el campamento. Esa noche deben hacer guardia. Treinta soldados vigilan durante tres horas mientras los otros duermen. Si es que duermen. Todos lo hacen aferrados al fusil y con el vestido y las botas puestas.

— Ya no es necesario entrar a Cháviva teniente, si seguimos de largo estaremos cerca de unas pequeñas colinas y nos encontraremos a menos de dos horas de Puerto Gaitán.

— Pero si entramos a Cháviva, podremos tener más información sobre Aljure.
— Así perderíamos dos horas mi teniente.

— Está bien, mande un correo y que luego nos alcance, no se hable más, sigamos a Puerto Gaitán.

A las cuatro de la madrugada están otra vez en pie y dispuestos a ganar el tiempo perdido. Empieza a clarear. A las cinco se ven las nubes coloreadas por el sol que aún no despunta. Los colores son esplendorosos y, tras la estela que dejan las bandadas de patos, hay una gama exquisita de rosas, naranjas y fucsias.

— Allá están las colinas teniente —los binóculos escudriñan los alrededores.

— Todo parece en calma. El Aljure debe saber que lo estamos persiguiendo, debe ir como alma en pena. Échele chancleta a este armatoste sargento.

Como apenas amanece y aún el sol no ha salido, los camiones van en fila india y comienzan a cruzar las dos pequeñas colinas. En ese momento suenan los primeros disparos. Al principio los soldados creen que es el teniente dando la orden de entrar en combate. Algunos van adormilados, otros no atinan a saber qué sucede. De pronto el ruido de los camiones se sosiega y se sienten las descargas. La balacera es enorme y se oyen los primeros gritos. Nadie sabe qué hacer, no hay órdenes del lado de la tropa.

— ¿Qué hacemos —le preguntan al Cabo.

— Salgamos primero del encierro, vamos, tírense al suelo —y los hombres, al empezar a salir, caen muertos por las balas que vienen de atrás.

— Estamos cercados —grita un soldado antes de caer dentro del camión. Varios de ellos se cubren detrás de su cuerpo, que sigue recibiendo impactos.

Luego viene un silencio extraño, pero no demora, pues los heridos se quejan y sus quejidos despiertan más balas que vienen de todos lados.

— ¡Teniente, teniente! —grita un soldado del segundo camión.

— ¡El teniente está muerto. Fue el primero que cayó! —grita otro.

— Nos van a matar como gurrees, salgan, tírense, corramos el riesgo.

Entonces comienzan a salir en pleno desorden y suena el traqueteo de una ametralladora y los que van saliendo caen de inmediato. Hay algunos soldados vivos que, escondidos bajo los camiones, responden el fuego.

— ¿Dónde están, dónde están? —pregunta alguno.

— Deben estar detrás de esas colinas.

— Tiren las granadas, de otra forma no hay manera de darles.

Pero para tirar las granadas, los sobrevivientes deben levantarse y arrojarlas con precisión, mas los que lo intentan caen abatidos por las descargas del fusil ametralladora.

— No te quejes más, que nos van a matar —le dice un soldado inerme a su compañero herido; pero él aún no entiende lo que está ocurriendo.

17

Por fin ha regresado el verano. Es un descanso después de las penalidades. Al fondo, el azul del cielo se confunde con el gris de la llanura y el calor levanta los objetos que parecen sacudidos por el aire. “El café es bueno así, bien amargo”, piensa Franco, departiendo con sus amigos; él no ha sido capaz de tomarlo como les gusta a los cachacos. Café aguado ni de vainas; le gusta el café cerrero, sobre todo al amanecer cuando el rocío todavía se siente en el ambiente, e incluso disfruta al morder los granos que quedan en el fondo del pocillo, o el guarulo, hecho con panela, bueno para recobrar el vigor en los atardeceres. “Minuto” Colmenares, quien no lo desampara desde que llegó del Casanare, le ha presentado un hombre calvo y de ojos azules que vino de Bogotá al comando de los hermanos Parra. Allí lo recibieron con recelo, porque lo tildaban de comunista, pero ya lo tienen incorporado en las filas de la revolución. Se llama José Alvear Restrepo, y es un abogado con experiencia en cosas de leyes, que carga varios libros en un maletín, lleva una libreta de apuntes y asegura les va a ayudar a hacer la constitución llanera.

En esas están, fumando y bebiendo café, cuando llega Enrique Barragán con el anuncio de la visita del ex presidente López Pumarejo. Primero se lo menciona al oído de Franco, pero éste lo divulga de inmediato. “Vendrá en quince días y habrá que apurarse —les dice bajando la voz—, quiere que se hagan presentes los más importantes jefes del movimiento armado”. Franco se entusiasma con la posibilidad de que el jefe liberal intervenga, pero Alvear hace muecas que contrastan con la euforia de los otros dos. Ha perdido la credibilidad en los liberales. Rosendo queda entonces encargado de buscar

de inmediato a las estafetas más fieles, para avisar a los jefes sobre la llegada del ilustre visitante.

Los comandos revolucionarios se preparan en el Hato Alcalá para la visita del jefe liberal. Se adornan los caminos con banderas rojas y las mujeres, vestidas con sus mejores prendas, llevan un clavel rojo adornando en el vestido. Se procura, para darse ínfulas de estar bien armados, exhibir el mayor número de fusiles y por eso se convocan los hombres con mejor pertrecho de los principales frentes. Allí llegan entonces representantes de los Fonseca, los Parras, los Betancourt, los Castrillón, los Bautista, los Carreño y los fusileros más destacados del “Pote” Rodríguez, Rosendo Colmenares, Guadalupe Salcedo, Dumar Aljure, y también está el capitán Alfredo Parada, que ha asumido el comando dirigido por el general Eliseo Velásquez.

En un santiamén están listas las mesas cubiertas de manteles y condumios traídos desde Puerto López. Se alquilan vajillas de porcelana y se llenan botellones con agua fresca. Se busca el mejor whisky, se levantan con tiempo las fogatas para asar a fuego lento los perniles y los costillares de las mamonas, se fritan yucas y topochos y las mujeres hacen dulce de joba o de mararabe. Escrito en buena letra queda el pliego de peticiones de los llaneros.

Efectivamente suenan en el aire de las vecindades los motores del avión Douglas y al poco rato un correo anuncia la llegada del jefe liberal con una comitiva de políticos, militares y gamonales de la región. En primera fila los comandantes que harán el recibimiento protocolario. A lo lejos, los caballos se insinúan por la tolvanera levantada en el camino. Ya muy cerca, se adivina la presencia de López, pues su figura sobresale entre los jinetes. El caballo de paso, de los mejores traídos de Bebea, parece caminar sobre el aire. Hay elegancia en su andar y en el porte del que lo monta. La cabeza levantada, la frente amplia, la mirada azul al frente, su camisa y pantalón blancos e impecables, el sombrero también blanco de fieltro, el brillo del sol en las gafas de los guardaespaldas, los arreos a la medida, la mejor silla de sus amigos hacendados, la gualdrapa roja, las botas, las espuelas, la fusta; todo parece quedarle preciso. El jefe liberal siempre ha pensado en el Llano; allí están también sus mejores tierras y sus hatos de ganado.

Al bajar, rechaza con discreción la ayuda de uno de los peones dispuestos y apenas si acusa un ligero sofoco que pasa inadvertido. Mira al frente a los hombres en formación y el azul de sus ojos se pierde en el cielo de aquel día. Parece un mar de los que bañan las arenas blancas del Caribe. Es más alto que los demás, más imponente, más elegante, más conversador, y si se quiere, más liberal.

Entonces se acercan los jefes y lo saludan. Allí están Franco, Rafael Sandoval y un delegado de don Tulio Bautista, de quien López ha escuchado las mejores hazañas de aquella guerra. El ex presidente lamenta el percance del general Eliseo Velásquez, por lo que él significa para la revolución, pero Franco, reservado, dejando con un peón su fusil Springfield recién aceitado, le comenta que a él lo representa su lugarteniente, el capitán Alfredo Parada. De todo se habla en un comienzo menos del motivo de la visita. Entonces van a la maloca sombreada preparada para el efecto y el jefe toma su lugar en el centro de la mesa. Se destapa el whisky. Un Old Parr en las rocas para el ex presidente y para los demás, Jhonny Walker, sello negro. Se llenan los vasos, se alzan las copas, se brinda por el partido liberal y él acepta el brindis, pero luego lo hace López por el país, por la paz de los colombianos y los demás también aceptan el saludo. Todos beben su copa de un solo trago, pero el visitante apenas si humedece sus labios con el licor. Afuera también hay fiesta para los hombres de compañía.

Entre saludo y saludo e historias e historias que se cuentan, sale a relucir que Don Fernando Reyes, su amigo terrateniente y quien le ofreció un confortable hospedaje en su hato Las Delicias, no ha pagado los quince mil pesos que la revolución le puso de cuota para sostener la guerra. Entonces el jefe liberal, sin desperdiciar la oportunidad, se voltea hacia el asiento de su amigo y le increpa:

— ¿Ya oíste Fernando? Son quince mil pesos— En sus labios se marca una sonrisa afable. Luego, con ese aire de haber sido dos veces presidente, se dirige a los demás:

— Vengo comisionado por el presidente Urdaneta —su voz del altiplano se hace pausada—, no vengo a nombre de la Dirección Nacional Liberal. Eso le debe quedar claro a los presentes.

Una cierta desazón se marca en el rostro de los contertulios y un murmullo inicial se apacigua suavemente entre la concurrencia cuando don Rafael Sandoval levanta la mano para precisar el silencio requerido.

— Necesitamos cinco mil fusiles —le dice Franco para acentuar el significado de la visita. Si algo debe quedar también claro —continúa— es que sin los fusiles no ganaríamos la guerra.

— Yo no conozco ningún militar liberal capaz de manejar cinco mil fusiles, ni siquiera Plinio—. Su respuesta es admonitoria, pero la acompaña con una sonrisa que se diluye en conversaciones personales cuando llegan las viandas preparadas.

A veces hay silencios y él conversa en voz baja con Franco que está a su derecha o se inclina un poco más para dirigirse a Sandoval, que nunca se había imaginado estar tan cerca del doctor López. Otras veces le dice algo a

su amigo el hacendado, quien se encuentra sentado a su izquierda. Al frente los demás invitados, sin poder oír lo que se conversa, se dedican a ingerir los trozos de carne fresca de las mamonas adobadas con cerveza, y a beber de aquel extraño licor que les tiene las ideas liberales más revueltas todavía.

— Esta noche podremos discutir las condiciones del movimiento armado —le dice Franco para introducir el tema considerado clave; es lo único que le ronda en la cabeza.

— Mejor mañana —explica el jefe liberal—, esta noche debo atender unos asuntos personales. ¿A las ocho estaría bien?

— A las ocho —le contestan quienes están más cerca, un poco desengañosos pero conservando la esperanza.

Y así pasa aquella tarde en medio de la fiesta y el jefe liberal se retira a la hacienda de su amigo y al otro día, hora en punto, vuelven a encontrarse y discuten los temas centrales durante la mañana. Él no trata de negociar sino de captar el mensaje para llevarle una propuesta al Presidente de la República. Afuera, el sol crece en el firmamento y un calor sube desde los pastizales; las vacas en los potreros, los potros en el corral y los hombres en los chinchorros al resguardo de la ardentía, bajo el sombrío de los laureles y los arrayanes. Adentro los comandantes y los invitados, todos cordiales; sin embargo, un poco de frustración en los rostros de los jefes guerrilleros. Franco hubiera preferido la promesa de los fusiles, el compromiso liberal, un nuevo pacto de no agresión con el ejército. López les recuerda que él viene a promover la paz y no a incitar la guerra. Sin embargo, sí les da un consejo que los que están más cerca saben apreciar. “Lo que no me parece conveniente es entregar las armas”, les dice como al desgaire y a modo de despedida.

Él se llevó las peticiones y viajó en un Douglas hasta la base aérea de Apiay y luego en un Beaver de turismo hasta la capital y después en limosina al palacio de Nariño. Allí, después de discutir las con el Presidente Urdaneta, hubo un agradecimiento y una promesa de que serían estudiadas. De ahí en adelante la estrategia dilatoria. Una paz sin condiciones, una entrega inmediata de las armas y la posibilidad de estudiar el perdón. ¿Acaso no son chusmeros, pájaros, bandoleros, asesinos? ¿Qué diferencia había con Desquite, Sangrenegra, Chispas, Venganza, Mariachi o el general Peligro, que habían sembrado de muerte al Tolima, el Huila, el Valle y Risaralda, y se han inventado los crímenes más atroces que el mundo haya conocido?

El dirigente liberal vuelve a repetir sus conferencias con los jefes armados en los hatos Victoria, Mata Azul y Potosí; pero los resultados no satisficieron al Presidente de la República, ni a su ministro de guerra el doctor José María Bernal, lo que hace que nuestros mensajes a nombre de la guerrilla liberal sean cada vez más perentorios y le den al doctor López la última oportunidad

de reivindicarse, a lo cual él responde con el talante de su pluma: “si es ésta la última oportunidad que tienen los directores del liberalismo para cumplir su destino histórico, según lo contemplan o interpretan los jefes de la revuelta armada, estamos resueltos a perderla. Y más todavía que se produzca el rompimiento definitivo con el pueblo que ellos nos anuncian”.

18

Natalia está ardidada de la fiebre. En el campamento todos opinan. Hay quienes creen en un paludismo terciario, porque el zancudero no se lo aguanta ni el mismo demonio; otros alegan sobre cómo puede estar picada de peritonitis, pues ya huele desde lejos; pero la negra Chon, que es maliciosa, dice pasito que eso fue que el tuerto le pegó la gonorrea. El día de la llegada al campamento, Berardo volvió a poseerla varias veces durante la noche y ella, aunque resignada, no dejaba de gritar. Muchos incluso no durmieron, pero no de conmiseración con la muchacha, sino de ganas de ser ellos los que estuvieran fornicando. Al amanecer del día siguiente, cuando fue a penetrarla de nuevo, se dio cuenta de que estaba hinchada como un monstruo, y no pudo encontrar por donde hacerlo. Entonces desistió y la dejó descansar en un chinchorro, sin calzones y con las piernas abiertas. Dos días más tarde la encuentra desmejorada y sin ánimos de comer, nota que le empieza a subir fiebre y la escucha quejarse de no poder orinar. Entonces les da la orden a las mujeres de averiguar lo que le está pasando.

Ellas murmuran, lo piensan, protestan, pero al fin deciden acercársele, sin esconder el desgano; sin embargo, están ansiosas de saber lo que acontece. Hiede desde lejos. Le piden no hablar porque no soportan el mal aliento de su boca; los ojos los tiene hundidos, la lengua está seca y cubierta de una costra blanca, los labios descascaran pedazos de mucosa, el color de la piel es de un amarillo casi verde, un sudor frío le baja por la frente; aceza como un perro y de la garganta sólo le salen algunos quejidos sin palabras. La negra Chon toma la iniciativa, le levanta la falda y les muestra a las mujeres el espectáculo de unos genitales hinchados, casi negros, cubiertos con una pus, tan amarilla como sus ojos. Cada una de ellas se acerca a inspeccionar con miradas asombradas y tapándose la boca con alguna de las manos. Entonces, visto lo que había que ver, regresan indignadas, un poco hastiadas y sin poder despegar de sus cuerpos el olor que, inexplicablemente, todavía las impregna.

— Esa niña se le va a morir —le dicen a Berardo casi en coro—. Hay que llevarla a un Hospital. Si es que da tiempo.

— Como si fuera tan fácil —contesta él, contrariado por las noticias.

Entonces los hombres de su confianza, oída la versión de las mujeres, se le acercan y le dicen que la devuelva. “Llévesela a los papás, ellos se encargarán de sacarla al pueblo”, Berardo ve que sus sueños de tener una compañera en las buenas y en las malas, se desvanecen. Lo piensa un rato; incluso da una vuelta a caballo por entre los morichales para despejar la mente y poder tomar una decisión sensata. “Eso se debe aliviar con agua de sauce blanco y enjuagues de enebro”, piensa y de regreso quiere conformar una comisión para ir a buscar esas plantas en el monte; pero cuando llega a verla y a decirle que no se preocupe, que él va a curarla, ve las moscas circundándola y le alcanza a percibir la muerte en los ojos. Entonces decide enviar una comisión, para llevarla adonde sus padres.

— Apresúrense —les dice—, no quiero que la reciban muerta.

Uno de los jinetes más diestros hace con ella un atado, se tapa la nariz con el bayetón rojo, se la terna en su silla sosteniéndola con uno de los brazos y sale al galope. Atrás de él, otros dos baquianos le siguen el paso. Dos horas más tarde llegan al villorrio, preguntan por los padres de Natalia, alguien les muestra el conuco y allá llegan y descargan el cuerpo desmadejado, entre los gritos de la madre y el asombro de los vecinos que se acercan curiosos a ver el acontecimiento.

— Aquí les manda el tuerto —dicen— para que mejor la lleven a un hospital.

El papá de la muchacha contempla el cuerpo exhausto de su hija, la carga y la lleva al cuarto, la mira por todos lados, ve los destrozos de sus genitales, jura vengarse y busca su escopeta, pero cuando sale, los hombres van lejos; Les grita asesinos y les vuelve a jurar que los matará. Se rasca la cabeza, piensa buscar un médico y sin perder tiempo la pone en manos de una curandera, quien hace un diagnóstico rápido y decide hacerle lavados con hojas de llantén y raíces de agrimonia. “El tiempo dirá si el mal tiene cura”, le dice al padre que no espera sino matar al cobarde que abusó de su hija. Para lograr su cometido, contrata a Valerio, quien es el que más fama tiene en el vecindario, de no andarse con remilgos cuando se trata de cumplir recados de esa naturaleza. Además, como le hace trabajos a muchos, ya lo conocen. “Mátalo —le dice— y te doy el caballo y te encimo la vaca si es preciso”, y el trato queda hecho.

Y mientras el padre de la muchacha se va al pueblo a conseguir un médico, poner el denuncia y contar del atropello a las autoridades, Valerio prepara el asunto encomendado. Lo primero es hacerse invitar de algunos vegueros que buscan conferenciar con el tuerto. Y él estimula esa conversación al considerar que no existe más remedio en este país —les asevera— que juntarse con la chusma. “Al fin son los que están defendiendo a los pobres”. De ese modo deciden unírseles y de paso le pedirán el favor de sacar unos

gamonales que los están persiguiendo. “Ya los tipos quieren ser dueños del Llano, como si no hubiera tierra para todos”.

— ¿Y es que son godos? —pregunta.

— Pues no se sabe, pero tendrán que serlo —le responden.

Dicho y hecho. Tres días más tarde, después del diálogo, Valerio se ha ganado la confianza de los guardias del tuerto, y lo ponen a hacer mandados para el jefe. Al fin de cuentas, es el que más habla y el más dispuesto a hacer cualquier cosa que sea necesaria. Y hasta él se está sintiendo cómodo, “porque más o menos lo que esta gente hace es lo que yo he querido hacer siempre en la vida: buen pago por cuidar las reses y las haciendas de los que se las quieren robar y tener dinero suficiente para gastar en las fiestas, que hartas y buenas hay en Aguazul y en Unete”. Todo parece una luna de miel entre él y los chusmeros, hasta que un guardia le descubre una pistola.

— ¿Qué hace con eso? —le increpa.

— Pues nada, —acata a contestar— es para ayudar cuando comience la guerra.

— ¿Y quién se la dio?

— Pues me la encontré por ahí.

Entonces no le creen y les preguntan a los demás si alguien ha perdido una pistola. Lo primero que piensan es que se la ha robado a alguien del grupo, pero nadie parece haber perdido ningún arma. Entonces lo interrogan y lo amenazan y están a punto de descerrajarle un tiro en la cabeza, cuando el hombre cuenta la historia. Amarradas las manos a la espalda y a los empellones, lo llevan adonde el jefe. Allí lo arrodillan ante su presencia. Éste lo mira con el ojo blanco, mientras observa con el otro a sus guardias que le cuentan la versión. Pero el tuerto Giraldo, que pudo haber dado la orden de matarlo, ni corto ni perezoso, como iluminado por algún designio que los demás no entienden, le ofrece diez mil pesos si en lugar de matarlo a él, mata a la muchacha. Y el hombre, arrodillado y derrotado, acepta el trato.

— Mátela y me trae las pruebas —pero el tuerto reflexiona sobre lo que está diciendo—, que pruebas ni que carajo, acompañenlo y vean si cumple; si no cumple, mátenlo.

Valerio sale como alma que lleva el diablo, acompañado de los dos lugartenientes del tuerto. Ellos van en mulas y Valerio a pie. Arriman al poblado, van serenos, casi contentos: él, de haber podido salvar su vida y ellos, de hacerle un favor al jefe. Llegan al rancho. Don Sebastián no está porque aún se encuentra en el pueblo. La mamá cuida a la muchacha, le limpia las legañas de los ojos y le echa agua en los labios resecos. Le habla, pero ya no hay quien responda; la moribunda ni siquiera se queja. Ellos le

piden a la señora que por favor los deje verla, pues vienen de parte de la policía que está investigando los hechos. Ella los deja entrar y el hombre, sin perder un minuto, le dispara tres veces. La muchacha ni siquiera se mueve; es como si le hubiera disparado a un trapo. Al fin, el asesino termina creyendo que acaba de matar a una muerta. Se van caminando en medio de los gritos de la mamá que se tira en un rincón y no sabe sino llorar.

Los vecinos, que han mirado de lejos los acontecimientos, oyen los gritos y los disparos, les escuchan los rumores cuando pasan por el frente de sus viviendas, pero en lugar de salir, se esconden en los cuartos. Apenas si se asoman por las rendijas, tratando de no hacer ruido. Ven como los tres hombres toman el camino, dos en mulas y uno a pie, por la vía al Porvenir, y por un extraño presentimiento, creen, o quieren creer, que los disparos los hizo don Sebastián para vengar a su hija. Pero lo que están viendo, aunque quisieran, no concuerda con lo que piensan.

19

Guadalupe no vuelve y Silenia se enferma del dolor y la desesperanza. Llora y llora hasta que se le secan los ojos, los que le quedan hundidos y tristes. Pequeñas arrugas de dolor le empiezan a aparecer en los bordes de los párpados. Lo busca en una ranchería llamada Puerto Bélgica y también en Trinidad y en San Luis de Palenque; fueron los nombres que él atinó a mencionarle mientras conversaban después de hacer el amor en las playas del río; eran sitios que por supuesto la muchacha jamás olvidaría. Pero esos lugares para Guadalupe eran simples caminos de paso, y ella cree, al contrario, que son los más alejados que pueden existir. Después de caminar días enteros le parece que el mundo es demasiado grande. Pregunta por él en las inspecciones de policía por si acaso ha sido encontrado muerto o si se halla detenido en alguna prisión. “Se llama Guadalupe Salcedo”, les dice y los guardias se sonríen en forma burlona mirándole su estado. Piensan, con razón, qué esa mujer es una más de las víctimas a quienes el jefe guerrillero ha engañado.

— Ese chusmero —rumoran entre ellos—, se cree un galán y tiene fama de haber sonsacado a más de una”.

Silenia, lo busca por los caminos de caño Gandul y El Totumo, hasta que la barriga de tanto crecer no le cabe en el cuerpo y no le dan las piernas para moverse, de lo hinchadas que se le ponen. En esos lugares no ha podido encontrar a alguien, en concreto, que lo conozca. Todos han oído hablar del capitán Guadalupe Salcedo, ¿quién no?, pero ninguno tiene el gusto de conocerlo personalmente. Tampoco figura en las listas de muertos asentadas por los curas en los libros de las parroquias, ni en las de los heridos llegados

al centro de salud del Municipio, ni en las de los sujetos dados de baja por los soldados del batallón, ni entre los miles de rostros que por allí circulan y ella acecha con insistencia. “Algún día tiene que pasar por aquí”, piensa, pero ese día no llega.

Silenia, ojos tristes bajo el pelo que le salpica la cara. Silenia piel quemada por el sol de los caminos. Silenia, labios que han probado el sabor del amor, ahora apretados contra los dientes. Silenia, manos que han temblado de gozo y ahora no sabe por qué, también tiemblan de ansiedad.

Mira pasar a los transeúntes, escudriña en las aglomeraciones de gente y detalla a los hombres que conversan en las cantinas, ve algunos parecidos y se les acerca, el corazón le tiembla, lo imagina en el caminar de otros, en los ojos oscuros bajo los sombreros, en los bigotes; lo presiente en las espaldas de los curtidos vegueros. Ojos de todos los colores; sonrisas con y sin dientes; cabellos lacios, crespos, rizados; cuellos, torsos, cinturas; manos gruesas, suaves, callosas; labios anchos, angostos; narices chatas, perfiladas; mejillas pálidas, rosadas. A veces se desconsuela y cree haber olvidado su rostro; hasta que se cansa de luchar y se rinde, y de ahí en adelante piensa que ya no le importará nada. Quiere morir pero no sabe cómo. Pide en la farmacia un veneno bueno para matar ratas, pero la expendedora, sonriente y maliciosa, le dice que en Trinidad no se consiguen venenos; piensa tirarse al río, pero en aquél verano las aguas no le taparían ni las rodillas; decide usar un cuchillo para cortarse las venas, pero la sangre le da más miedo que la misma muerte; y entonces decide dejarse morir de hambre; se recuesta contra una tapia al frente de las cantinas y las ventas de fritos, y espera, sin comer ni beber, hasta que le llegue la muerte como caída del cielo.

Pero en este mundo no basta con desear la muerte, y ese momento tampoco llega. “Qué bueno fuera pensarlo no más y ya o que uno pudiera darle al corazón la orden de pararse, y al alma la de irse del cuerpo”. Sin embargo, los movimientos de su vientre son cada vez más fuertes; es como si el bebé la recriminara por lo que está pensando. ¿Será que él es capaz de sentir sus sentimientos? Recuerda a Eulogio, a quien ha visto crecer, lo imagina todavía de brazos y ella ayudándolo a cuidar porque su hermana prefirió el odio a tener que criarlo, y sus padres están viejos para lo que el muchacho necesita; piensa que su hermana puede estar muerta, quizá enterrada en cualquier rastrojo sin que ellos lo sepan; pero también se le ocurre que ella y Guadalupe están peleando juntos, y de tanto pensar y pensar vuelve a sentir ganas de vivir. Pero no tiene aliento ni siquiera para pararse.

Los transeúntes que pasan la miran y siguen de largo. “Está embarazada” le dice una madre a su hija, como previniéndola, y la jala del brazo para que no vea más ese espectáculo; “debe ser una prostituta y por eso está ahí tirada

en la calle sin que nadie responda por ella”. Un sacerdote, al pasar, le da la bendición, cree recordarla como la mujer embarazada que preguntaba en la casa cural por un tipo, tal vez el padre de su hijo; pero el cura también sigue de largo; la parroquia es muy pobre, el no tiene un peso en el bolsillo y por su mente circulan otras preocupaciones. Un niño de cinco años que se le ha escapado a la mamá se le acerca y la mira con sus ojos tristes, cuando ella le devuelve la mirada ambos sonríen, hasta que la madre lo llama; entonces sale corriendo, se agarra de su falda, y la vuelve a mirar desde lejos, al otro lado de la calle. Un anciano farfulla algo, pero ella no le entiende, es gacho, sus pasos son lentos, trastabilla y está a punto de caer, pero al fin logra sostenerse y continuar su marcha; “qué triste es ser viejo”, piensa y una nueva patada le sacude el vientre.

Es mediodía y el sol está en todo lo alto; el calor es insoportable; entonces se cubre el rostro con una mano y se acomoda el hijo con la otra. La barriga le pesa y para remediar el cansancio la recuesta contra la acera. Pasan las horas y entra en un letargo que no la deja distinguir bien las figuras que pasan al frente; se estriega los ojos y ve doble. Un perro pasa y la olisquea, alza la pata sobre un sanjoaquín que está al frente, orina y la mira con uno de sus ojos; hay un brillo discreto en su pupila y también un hilo de saliva que le cuelga de la boca. Está rendida y siente que se le entumece una pierna; la soba con ambas manos hasta que mil puntillitas le recorren los nervios desde la cadera; casi no la siente. Debe cambiar de lado; pero, si se va a morir, qué importa de qué lado esté su cuerpo.

Entrada la noche se acurruca sobre sí y se duerme. De vez en cuando pasan mulas y jinetes y se sobresalta un poco, pero vuelve a la somnolencia. Ya casi nadie transita por ese sitio. De pronto, unos dolores intensos la despiertan. Pareciera que se fuera a reventar por dentro. El dolor es en la parte más baja del vientre, agarra duro y afloja. Luego siente como si se mojara completamente. “Me oriné”, piensa, pero ese líquido no huele a orina y es como pegajoso, y ella sabe muy bien cómo es el olor de la orina. Se toca la barriga y está dura, ya no le siente las patitas que solían moverse cuando ella se acariciaba el vientre. El dolor es tan fuerte que la hace gritar. Algunos transeúntes paran a mirar qué ocurre y le preguntan cómo se siente.

— Llévela al hospital, está pariendo —dice una mesera de la cantina del frente que se encuentra en la puerta despidiendo un parroquiano borracho. La ha visto ahí tirada toda la tarde, y en su corazón siente una espina que le hace abortar la indiferencia.

Y luego, dirigiéndose al doctor Ibáñez que departe alegremente con dos concejales y el Alcalde de Trinidad, le dice:

— Hoy le va a tocar trabajar, médico—. El galeno la mira con desdén y se sonríe, pero sigue explicando algo, al parecer muy complejo, a los políticos que lo miran con atención.

Sólo al oírle decir a la mujer del frente, lo del parto, Silenia se vuelve consciente de que está por nacer su hijo y entonces intuye que las patadas de esa tarde eran señal de que el niño quería salir. Además, le han comenzado unas ganas enormes de pujar. Ahora recuerda que Georgina le dijo que no se fuera a buscar a ese hombre porque estaba a punto de parir y si eso le ocurría en el monte se moría sin remedio. Pero el desespero no permite que la razón circule. Dos conuqueros medio ebrios, mandados por la cantinera, la alzan en vilo y la cargan para llevarla al centro de salud. En el camino, mientras están a punto de caer con la parturienta, encuentran a un carretillero y sin preguntarle ni pedirle permiso la acomodan a ella en la carreta y le explican al hombre la urgencia. Él los acompaña sin saber si protestar o cooperar en el empeño de los dos samaritanos. Ahora van más cómodos y hacen turnos para arrastrarla. Deben atravesar casi todo el pueblo, pero están haciendo una obra de caridad y se sienten orgullosos y cuentan historias sobre los partos que han ocurrido en los camiones y en la mitad de las calles, atendidos por comadronas o por personas como ellos, que simplemente son serviciales con el prójimo.

— No puje mamacita para que no se le salga en la calle —uno de ellos ha oído historias y los demás se turnan para repetir el consejo.

El centro de salud está cerrado y las luces se encuentran apagadas, pero después de golpear la puerta en varias oportunidades, una voz de mujer responde:

— Ya voy, no es necesario tumbar la puerta.

— Es un parto —gritan, y de nuevo los dos conuqueros y el carretillero se turnan para repetir.

Una enfermera, gorda y con cara de luna, abre la puerta y les dice que la entren y los vegueros la toman en brazos y la acomodan en una camilla. El carretillero no entra, prefiere cuidar su carreta. La mujer tiene una bata blanca un poco manchada de sangre y quizá de algún desinfectante. Parece yodo. Ella camina con dificultad y sus pantorrillas son enormes, al igual que las caderas.

— Esperen afuera —les dice—. ¿Quién es el papá?

— No sabemos, estaba tirada en la calle —explica uno.

— Mejor vamos o terminamos criando ese muchacho —agrega el otro, con un aire de sensatez.

Silenia grita cada contracción. Ve como esa señora sentada en una silla, al frente de un pequeño escritorio, le gesticula y le dice cosas que ella no quiere entender. “Cálmese, eso es normal, sea fuerte” escucha, y después oye las otras preguntas: “¿es el primero?, ¿cuánto tiempo lleva?, ¿dónde está el papá?, ¿no tiene familia?, ¿qué enfermedades ha sufrido?” Silenia no contesta, y su mente se pierde en el único recuerdo que le interesa, y lo ve a él cabalgando por la llanura sin fin, pero igual, la enfermera ya se ha respondido el interrogatorio y anota en una hoja las respuestas posibles. No es difícil saber que es una primípara, que está a tiempo de dar a luz, que el papá no existe, que nadie la ha acompañado y que en esas tierras habrá sufrido de todo. Luego se levanta, busca un tensiómetro, le toma la presión, se coloca el fonendoscopio en el cuello, le pone un termómetro debajo de la lengua. “No lo quiebre —le dice— porque lo tendrá que pagar”. Después va a un estante pintado de blanco que hay al fondo, sacude unos tarritos marcados con el nombre de lo que supuestamente contienen, saca unos guantes, se los pone, le levanta la falda, le quita los calzones, le hace doblar las piernas, se las abre, lubrica el guante en un tarro de grasa, le mete el dedo. Silenia siente que algo frío la escarba por dentro. Pero ya no hay dolor sino una sensación de abatimiento “Ya casi está completa”, le oye decir; “Para cirugía” agrega la mujer, y se va a buscar ayuda. La deja sola, a merced del dolor. Si se muere quiere morir pensando en él.

Al rato regresa con el vigilante y entre los dos la pasan a una camilla con ruedas. En el camino las rodachinas chirrían y se atrancan en los desniveles de las baldosas. Ella siente que tiene que hacer fuerza y piensa que se va a orinar y a cagar, y que todo eso le va a suceder al mismo tiempo. La llevan a una sala oscura y la jalen de las sábanas hasta acomodarla en una mesa. Luego ve una luz inmensa estallar en sus ojos y al retirarla, miles de cocuyos le inundan la otra oscuridad que se le ha quedado atrancada en el cuerpo.

— Llama al Doctor Ibáñez —le dice la enfermera al vigilante.

— ¿Y si estará?

— No sé, ve a buscarlo.

— ¿Adonde?

— Pues a la casa o en las cantinas.

Pero el médico no llega, ni el mensajero tampoco y a ella le toca, como tantas otras veces, suplir las ausencias. Le amarra las manos a unos soportes y Silenia siente que no puede moverse, que hace frío, que le clavan puntillas en los brazos, que alguien se le monta encima y le empuja la barriga, y desde lo alto le vuelve a gesticular. “Tiene bigote”, piensa al verle la cara de luna cerca de la suya y nota también que las cejas se le juntan en el entrecejo. “Puje”, escucha y Silenia siente que los deseos de morir se le están cumpliendo. Cierra los ojos para entregarse al sueño definitivo y el último recuerdo que

conserva antes de desvanecerse, es el rostro de Guadalupe que se asoma detrás de la puerta, para preguntar qué es lo que está ocurriendo.

20

Franco se siente satisfecho de ver que son muchos los que llegan a la cita. Parece que se fueran a cumplir sus sueños. Han acudido los principales dirigentes. Excluyendo al general Velásquez, ahora preso en Venezuela, a los Bautistas, sacudidos por problemas internos y a los Villamarines que se han devuelto al Cocuy, los demás jefes se hacen presentes. “Esto ha valido la pena”, piensa y se le nota el regocijo. En el comando se han tomado las precauciones para evitar ser detectados por los servicios de inteligencia militar. Han cambiado de sitio varias veces y los guardias, al cuidado de los caminos, son de absoluta confianza. La responsabilidad de la seguridad ha recaído en manos de dos expertos: Minuto Colmenares y Rafael Sandoval, a quien los más amigos llaman Firlache. Hay dos cercos de control y estafetas prestos para dar aviso, con salidas acordadas por si se presenta algún percance. Nadie puede ingresar si no tiene las credenciales, una invitación personal de Franco o la recomendación de alguno de los jefes. El que no llena los requisitos debe esperar a que alguien abogue por él y si no encuentra un ángel de la guarda, debe permanecer detenido mientras termina la reunión. Son las reglas.

Para llegar al sitio previamente definido, los invitados deben tomar por el lecho de un arroyuelo que los lugareños conocen como Aguaverde. Al fondo, entre el bosque, hay guardias apostados con sus fusiles tendidos, apuntando sobre los cuerpos de los que van llegando. Ellos simplemente vigilan. Un kilómetro adentro se encuentra un camino que atraviesa el cauce. Entre el barrizal se dibujan las huellas de los herrajes de las recuas de mulas que por allí transitan, y al tomarlo, después de dejar la arboleda, los visitantes descubren potreros enmarañados por el desuso, y de trecho en trecho, sembradíos de maíz, seco y abandonado, con mazorcas envejecidas, picoteadas por las mirlas. En un descampado son interceptados por los primeros contactos, quienes, lista en mano, después de identificarlos, los autorizan a seguir, y luego les dan las señas necesarias para llegar al campamento. Hay varios caminos; si no se toma el correcto, el forastero se pierde. Al fondo se levanta una colina llamada Buenavista y un sofoco irritante parece estancado en el aire. Cerca del camino, está la mayordomía de la hacienda, abrigada por frondosos árboles que refrescan el lugar.

Franco es el anfitrión y prodiga sonrisas a diestra y siniestra, mientras Eduardo Fonseca, que conoce a la mayoría, conduce a los que van llegando por un camino empedrado; un peón les recibe las bestias y las lleva a un establo. Fonseca los arrima al sitio preparado bajo un sombrío, en donde hay

bancas suficientes y una mesa al frente, con sillas dispuestas para los organizadores. En el Congreso hay pequeños encuentros preliminares, reuniones en corrillos, y saludos de viejos amigos. En el ambiente se respira austeridad y disciplina. A la hora de la verdad, se juntan treinta y nueve jefes guerrilleros y algunos, como Guadalupe Salcedo, son recibidos con aplausos. Una vez desmontan, se hacen las consabidas presentaciones. Muchos es la primera vez que se ven y al escuchar los nombres recuerdan haber oído de ellos, o por lo menos eso comentan. De recibimiento, las mujeres les ofrecen café cerrero traído en bandejas y luego se encargan de levantar el almuerzo en las cocinas.

Iniciada la reunión se les pide a los capitanes una presentación oficial, dar un breve informe, hacer un recuento de los combates, de los muertos, de los lugares controlados y de los que se han perdido. También del armamento recuperado. Es clave saber cuántos hombres hay en cada comando y cuántos fusiles les quedan. La actividad durará tres días y todos hacen alarde de lo que tienen. Eduardo Franco apunta en un cuaderno acerca del desarrollo de las conversaciones y allí mismo elabora propuestas sobre unas leyes que tendrán que cumplir los sometidos al mando que deberá instaurarse. Él y Rosendo abogan porque exista una organización centralizada. 1952 ha sido un año calamitoso con demasiados muertos, y algunos comandantes, por desgracia, han abandonado la guerra. El balance es trágico, si se tiene en cuenta el apresamiento del general Velásquez en Venezuela, la entrega de Mario Escobar y los rumores acerca de que los Villamarines piensan dejar las armas. “Y eso —recalca Franco— se debe a la dispersión, a la falta de unidad y al deseo incontrolable de ser jefes, generalmente sin tener las condiciones para ello”.

— Por fortuna no tenemos que contar con los fusiles del general Velásquez — apunta Colmenares y algunas risas se escuchan.

— De pronto se aparece con los que le iba a entregar la Dirección Liberal a Franco y con los que le va a vender el coronel Pérez Jiménez.

Al final y después de las primeras deliberaciones, hay una verdadera cartilla de leyes que se leen y se aprueban a pupitrazo limpio. Luego se nombran comandantes para cada una de las zonas, respetando los lugares en donde los hombres han tenido sus principales victorias. De ahora en adelante deberán someterse a las reglas y a las autoridades que allí se han nombrado.

Álvaro Parra se quita el sombrero y cuenta que su hermano Alfonso fue asesinado en san Pedro de la Jagua y su otro hermano Luis, en Guichiral. Ambos son reconocidos como baluartes de la guerra, pues combatieron con denuedo en el Humea, en el Upía y en Tauramena, y entonces se proponen actos militares y se les hacen los honores; al igual que a otros, que entre

todos se mencionan y a quienes muchos recuerdan con cariño, y también aquellos cuyos nombres ni siquiera se saben.

— Qué sea por todos los muertos, porque faltan las mujeres, los niños, los ancianos, los vegueros, los conuqueros, los peones, los que nadie conoce, pero también dieron la vida—. Franco quiere rendirles un homenaje a los muertos de la revolución llanera.

De ahora en adelante hay que preparar los asaltos en forma ordenada, por eso Eduardo propone se haga uno que sirva de ejemplo. Así, a más de cumplir las leyes que se están dictando, es necesario planificar y realizar ataques en donde participen las diferentes fuerzas. “Que nos vean unidos”. Además, será la manera de saber quiénes son los verdaderos jefes de la revolución.

— Pero si apenas nos conocemos —dice alguno— nunca hemos trabajado juntos. De pronto terminamos matándonos entre nosotros mismos—. El comentario saca sonrisas.

— Hablo en serio —comenta Franco—. Es cuestión de organización; tenemos que aprender a trabajar coordinados.

— Yo propongo que asaltemos a Maní, pues está cerca y lo conozco como a la palma de mi mano —el tuerto Giraldo se ofrece para organizar el ataque.

— Me parece bien —acepta Franco— así podremos preparar cada detalle con conocimiento de causa.

Y así ocurre. Todo es minucioso, desde cómo controlar los caminos hasta cuántos policías hay en la guarnición y cuánto se demorarían en llegar los refuerzos que con seguridad enviaría el gobierno. El tuerto hace un mapa del pueblo y en él pinta uno a uno los lugares que deben ser controlados: el puesto de policía, la Alcaldía, la Caja Agraria; cada uno deberá asumir un papel y controlar lo que le corresponda. “El ataque debe hacerse por tres frentes distintos”, se adelanta Guadalupe. “Si las cosas funcionan, tendremos el primer pueblo a nuestra disposición y desde ahí empezaremos a tener zonas liberadas”, destaca, mostrando sus aptitudes de estratega.

En un principio los hechos se desenvuelven como fueron preparados. Llegan al amanecer y el canto de los gallos les anuncia el comienzo del asalto. Se acercan cautelosos hasta los principales objetivos. A lo lejos, ven a los guardias en sus garitas, ajenos a lo que irá a suceder. Tienen la ventaja de la sorpresa y saben que ello es decisivo, pero después de disparar por primera vez, todo se vuelve confusión: los gritos van y vienen, la gente sale despavorida, muchos vecinos saben de la entrada de la guerrilla y se disponen a combatir al lado de ellos, así sea con grasas o machetes, y aunque la resistencia es sólida, los comandos de Guadalupe Salcedo y Colmenares se toman del puesto de policía y la Alcaldía. Los policías huyen,

se refugian en las casas vecinas y se presentan combates en los caminos que llegan al pueblo. Como muy pocos tienen fusiles, a veces las peleas son cuerpo a cuerpo y los muertos quedan regados. Algunos cuidan la única bala de sus cañones de fisto para la mejor oportunidad.

— ¿Dónde está Franco? —pregunta Guadalupe.

— Está enfrentando a unos policías que se resguardaron en la casa cural —le responde un peón, asistente de Eduardo Fonseca.

“Hay que apoyarlo”, piensa Guadalupe pero él está con dos hombres mal armados. Uno tiene una escopeta de un solo tiro y el otro apenas rastrilla un machete cuando le piden irse al ataque. Entonces le dice al de la escopeta que lo acompañe y corren juntos bajo los alpendes. Al ponerse al descubierto, ven cómo las balas les pasan cerca. Al frente hay atrincherados dos policías que les disparan y otros dos bajan por el camino. Guadalupe logra doblar por un solar pero el peón está frente a frente con ellos. Se lanza al piso y dispara; y aunque cae uno de los policías el peón ya no tiene más balas. Sabe que en su bolsillo hay más pólvora y municiones, pero no hay tiempo de meter la otra carga y queda a merced del enemigo; cuando están a punto de matarlo reaparece Guadalupe y mata al patón. Desde el otro lado de la calle los policías atrincherados siguen disparando e hieren al peón. Guadalupe, arriesgándose, lo arrastra hasta la otra esquina. El peón tiene un hombro partido. A lo lejos ven cómo el otro, con el machete, intenta recuperar uno de los fusiles, pero en el intento cae abatido por las balas de los demás policías.

Guadalupe tiene clara la obligación de destruir el sistema de comunicaciones antes de que puedan pedir refuerzos, pero al llegar al sitio, en el puesto de policía abandonado por la mayoría, solo está un agente, y ya es demasiado tarde para evitar la información. La base de Apiay ha sido alertada del ataque y en el receptor se escucha del envío de aviones a reforzar la defensa. “Aló, aló, hay alguien ahí”, pero lo último en oírse son los disparos que destruyen el equipo y los gritos de muerte del policía que no alcanzó a sacar su pistola.

Aunque los comandos insurgentes se toman las áreas estratégicas del pueblo, y la resistencia es leve, no logran, sin embargo, el objetivo de instalarse definitivamente, porque después de casi tres horas de lucha, el ejército envía aviones bombarderos desde Apiay y los guerrilleros tienen que retirarse. Han sufrido varias bajas, pero los hombres parecen contentos de haber luchado juntos.

El único hecho curioso es que cuando se concentran en el camino hacia Aguazul, para iniciar la retirada, una mujer, que siempre acompaña a Franco, de ojos negros y mirada altiva, se devuelve al galope de su caballo sin que Franco intente detenerla y se pierde entre los escombros dejados por

la lucha. Franco, sin embargo, se queda impávido, a la espera. Es una pena que debe padecer cada vez que hay un combate, porque así se lo prometió. De otro modo no podría tenerla a su lado.

— ¿Está loca?, le pregunta Guadalupe, devolviendo su potro.

— Sí, está loca —le responde Franco— pero ella tiene algo que hacer y sabe defenderse sola —lo dice sin convicción.

A lo lejos se la ve revolotear en el lugar donde ocurrieron los combates; algo o alguien busca esa mujer entre los cadáveres. Brinca de un lugar a otro y se esconde tras los escombros al paso de los aviones.

Cuando están a punto de marcharse, acosados por los bombarderos que vuelan cerca, escuchan cinco disparos. Guadalupe intenta reaccionar en dirección a donde se oyen las descargas, pero Franco lo detiene.

— Espere —dice Eduardo levantando su mano— es María Georgina que está cumpliendo una promesa—. Y sonríe. Guadalupe, por su parte, vuelve a recordar el día en que los soldados del capitán Silva asesinaron sin conmiseración a los guardias arrodillados en la prisión de Villavicencio. Cree que la mujer está rematando algún herido y vuelve a ver los cuerpos de los policías descoyuntándose. Son imágenes que regresan y le dan sentido al odio que se les ha atravesado sin saber ni por qué.

Entonces vuelven a ver a la mujer detrás de unos muros: ella hala su caballo del cabestro, se monta con agilidad, lo espolea en los ijares, regresa al galope y cuando pasa por el frente de ellos la observan sonreír, y Franco también ríe y todos arrancan detrás de ella contagiados de una alegría que desconocen.

Al llegar a un refugio boscoso, donde las matas de monte abundan y donde saben que a los soldados les dará miedo perseguirlos, los guerrilleros instalan sus guardias, buscan un lugar para acampar, cuentan sus muertos por los ausentes, se dan la bendición por ellos, luego se solazan, se ríen, se dan palmadas en los hombros, se felicitan, y Franco abraza a la mujer y habla largo rato con ella. En lo alto del cielo, más allá de las copas de los árboles, los aviones siguen dando vueltas. María Georgina le cuenta a Franco la historia, gesticula, se ríe, llora, le muestra la pistola, le enseña que le ha vaciado sus balas, lo abraza, acomoda la cabeza en su hombro, se limpia las lágrimas y dice duro, como para que todos la oigan que es por su hijo. Al rato, distribuidas las tareas, están celebrando al calor de una fogata, alrededor de la cual las mujeres cantan y bailan.

Guadalupe jura haber visto antes esos ojos y cuando María Georgina se acerca a entregarle un vaso con chirrinche, le escudriña las pupilas para ver

que encuentra detrás de ellas. Piensa y piensa mientras ve que la mujer se sienta al lado de Franco y le prodiga sus caricias.

— ¿Es su mujer? —le pregunta a Franco.

— Sí —le contesta él— siéntese acá Salcedo y conversemos.

— ¿Y cuál es la promesa que su mujer está cumpliendo.

— Juré —dice ella enderezándose e interrumpiendo la charla de los dos hombres— que si le veía el rostro a los asesinos de mi marido, les descargaría las balas de esta pistola que guardo solamente para ellos. Y hoy encontré el primero. Me falta el otro, pero ya lo encontraré.

“Estaba muerto, sí, muerto del todo, porque tenía una bala en la frente y los ojos se le habían perdido en el infierno, lo cacheteé para que respondiera, porque el placer sería inmenso si fuera yo misma la que lo matara, mas, aún así, por si las dudas, por si le quedaba un pedacito del alma, le vacié mi pistola en todo el cuerpo: en la cabeza, en el pecho, en la barriga y en las gñevas, para que de ahora en adelante, esté donde esté, nada, nada le sirva”.

— En alguna parte la he visto a usted —dice Guadalupe, dirigiéndole la mirada.

— Pues este mundo es pequeño —contesta ella.

— ¿En Granada, en Orocué, en Santa Helena de Cúsiva, en el Pauto, en el Cravo?— Guadalupe interroga poniendo de ejemplo los lugares recorridos.

— Pues será en el Pauto porque los otros sitios ni los conozco.

Al oír que pudo ser en el Pauto, Guadalupe siente que ha descubierto el enigma. Ve de nuevo los ojos de aquella joven mujer que con frecuencia lo taladran. Rememora sus miradas en el conuco en donde vivía. Vuelve a sentir sus carnes. La piel se le eriza y siente la urgencia de volver a verla.

— Yo conocí una familia en el Pauto —comenta Guadalupe—, había una muchacha que tenía sus mismos ojos.

— Pues sería mi hermana, somos parecidas. ¿Cómo se llamaba?

— Bueno, no lo recuerdo, ya de eso hace más de dos años, pero vivía con sus padres, un tío y un muchacho.

María Georgina, siente que el corazón se acelera, sonrío, no sabe que decir.

— Mi hijo. ¿Vio usted a mi hijo?

— Bueno, no sé, pero era un muchacho como de ocho años.

— Mi mujer —dice Franco— tiene un niño de esa edad y lo dejó al cuidado de sus padres y de su hermana.

— Se llama Silenia y mi hijo Eulogio. ¿Son ellos?

Guadalupe se avergüenza de no haber recordado el nombre de aquella mujer.

- Sí, sí, claro, son ellos.
- ¿Y cómo están?
- Pues estaban bien, muy bien.
- ¿Y mi hijo está muy crecido?
- Sí, ya es casi un hombre.
- Cuando termine de cumplir mi promesa, volveré— concluye María Georgina con un brillo en la mirada.

21

El cojo Laurentino Rodríguez es sastre en Miraflores y amigo de la revolución. Liberal en los principios y gaitanista en el corazón. Dicharachero como nadie, es experto en conseguir amigos donde quiera que sea, y en tantear las opiniones políticas de quienes se someten a sus medidas. Tiene buen ojo para calcular las distancias. “Veinte centímetros en la bragueta, ochenta de cintura, cuarenta de espalda”. Y así va anotando el largo del talle, la caída de la sisa. Cifras que le dicta a su mujer, quien le lleva las medidas de los clientes y las cuentas del negocio, porque él para los números ha sido más bien bruto. Él se encuentra al lado de su mejor compañía, una máquina Singer de pedal, traída de Estados Unidos, que él asegura está cumpliendo cien años. Y ahí, entre toque y toque, y entre metros, moldes y tijeras, el tanteo de la situación. Es tan meticuloso en la política, como cuando se empeña en el corte y la confección, y entre críticas y opiniones va moldeando e hilvanando los vestidos. Acompaña a los emisarios de los jefes guerrilleros a visitar a los principales dirigentes del partido y es bueno para hacer los contactos con los militares que van entregando los fusiles para armar el pueblo y preparar el golpe que se cocina en las cafeterías de Bogotá. Él mismo desbarata el armamento y lo empaca con cuidado para enviarlo con las municiones, en cajas de repuestos que van en buses de escalera a San Luis de Gaceno y Barranca de Upía, donde lo reciben los hermanos Bautista y lo reparten entre los guerrilleros más leales.

“En esta guerra es bueno tener un pie en una orilla y otro en la otra. Claro, no con los godos, con ellos no hay orilla posible, pero sí con el ejército. Al fin, ellos simpatizan con la revolución y se sienten maltratados por los godos, pero también son gobierno, y tarde o temprano, si Urdaneta no se aviva, se van a dar plomo entre ellos mismos”.

El hombre no se para en mientes para servir de estafeta con los altos mandos, bien sea del ejército o del partido. Por eso ha participado en la búsqueda de citas que algunos de los jefes guerrilleros buscan con personajes que hacen sus primeros pinitos en el partido, tratando de acercarse a las luchas del pueblo; por lo menos eso comentan. Más, en una

época en donde hacer oposición contra un régimen que consideran oprobioso, da buenos créditos. Viaja a Bogotá, organiza reuniones clandestinas, hace contactos, sirve de informante, expide recomendaciones. Muchas veces se le ve en la sala de espera de la casa liberal del Chicó, con sus dos manos apoyadas en la cabeza del bastón, esperando a que Manuel Rodríguez se desocupe de atender tanta gente o a que llegue Carlos Lleras, quien recién es Presidente de la Dirección Liberal, para salirle al paso y hablarle en el camino entre la puerta de la calle y la entrada de su oficina, de los avances obtenidos por la revolución llanera.

“Estos dirigentes mandan razones de apoyar a los muchachos de corazón, y hasta les brillan los ojos de la emoción que sienten con los levantamientos, pero se les van las horas discutiendo si se debe dar o no un golpe, si es preciso colaborar o no con el gobierno, y si se deciden o no a enviar más fusiles”.

Además de buen sastre, Laurentino tiene una forma particular de participar en la política y hace uso de cuanta fórmula muestre posibilidades. Por eso, al fracasar el golpe, estimuló con sus consejos el levantamiento del general Velásquez y también azuzó a don Tulio Bautista. En la época en que el presidente Ospina suprimió el Congreso de mayoría liberal para preparar el triunfo de Laureano Gómez, se postuló al Concejo de Miraflores, al vislumbrar en el ejercicio de la política una oportunidad para lograr buenas negociaciones; y al no obtener la curul, de nuevo se le apuntó a la corriente que pensaba derrocar a los godos por la fuerza. Conocedor de que los generales simpatizan con los liberales, cuestión que le ha oído muchas veces a Plinio y a sus amigos del Congreso, y testigo de que el ejército mantiene una neutralidad permisiva con los rebeldes, consigue un contrato para hacerle los uniformes a los soldados del batallón en Yopal y se le ofrece a don Tulio Bautista para hacer los contactos con los militares y de una vez coser las prendas de los llaneros incorporados a la lucha. “Al fin —dice— todos estamos en la misma causa”. Y así termina, entre quejas en las cafeterías del barrio La Candelaria y ojales que se zurcen en las prendas de camuflaje, haciéndose amigo de políticos, soldados y guerrilleros.

“Pues alguno de los dos bandos tendrá que ganar la guerra: o la guerrilla o el ejército. Además, las cosas se están empantanando. Con eso de que Echandía va a ser nombrado en la cartera de gobierno, que a los militares les van a dar dos ministerios, y con el retiro de tantos jefes guerrilleros, la cosa está pintando negociación”.

Don Rubén Bautista, un agricultor que saca sus productos a Miraflores, conoció al sastre un día en que fue al pueblo, buscando quien le pudiera hacer a buen precio los pantalones a sus cinco hijos, pues habían sido invitados a las festividades del año nuevo. Allí trabaron amistad y dialogaron

sobre la política y el auge de una revolución considerada necesaria. Sus hijos siempre han sido altivos y rebeldes y en las conversaciones que mantienen, se precian de ser más rojos que los mismos cabecillas que no hacen sino hablar cháchara en la capital. Sólo Gaitán, coinciden, hubiera sido capaz de cambiar las cosas, “pero lo mató la oligarquía”.

“Yo me comprometí con Plinio a ir entregando las armas poco a poco, pero eso de ir a cada comando si se me hace muy peligroso, porque si saben que yo las transporto, pues lo que me pasa es que me matan y me quitan las que llevo encima. Mejor se las voy dando a estos muchachos del Upía que hartas ganas tienen de ganar ellos la guerra”.

Tulio, el mayor, se enrola como caporal en una hacienda en Monterrey, se dedica a arriar reses de ida y vuelta al Llano, y comienza a hacer su negocio repartiendo los fusiles que le va entregando el cojo, y que él sagazmente busca se queden entre sus familiares, los peones y los vegueros más allegados, pues ya tiene en mente dirigir su propio comando. Recorre San Luis de Gaceno, Santa María y Guateque y en cada pueblo hace alarde de estar con la revolución. Y, poco a poco, su efusividad va ganando fuerza y a nadie le oculta que se encuentra enrolando a quienes estén prestos a obedecerle. Pero no todo es fácil, porque la zona tiene muchos militantes del partido de gobierno, considerados soplones por denunciar a los liberales como parte de la chusma irredimible.

“Ser confidente es bueno, no tiene uno que crear sino confianza y eso se consigue contando cosas que a la gente le guste oír. Por ejemplo a don Tulio —así hay que decirle ahora—, le encanta escuchar que él va a ser el jefe de la revolución, porque tiene porte y porque no hay nadie en el Llano que tenga más hombres con buenos fusiles bajo su mando. Gracias a mí”.

Un día de esos de rivalidades, don Tulio es agredido de palabra por un godo envalentonado por tener el apoyo del Alcalde de San Luis de Gaceno, y la respuesta del mayor de los Bautista es vaciarle los cinco tiros de su revólver. Entonces huye a la Comisaría y se instala en Tauramena, con muchos de sus seguidores. Allí empieza a tener su liderazgo entre los vegueros que se acomodan sobre los ríos Upía, Túa y Cusiana. Reúne la gente, les habla de política, defiende las ideas liberales y alborota contra cualquier influencia conservadora. No se sabe si por ser el mayor de los hermanos o por haber sido capaz de matar a un godo, ejerce sobre ellos un dominio indiscutible y alrededor de él se van juntando tíos, primos, familiares más lejanos y peones, y muchos de ellos se vuelven guardaespaldas y lugartenientes.

“Si ahora tiene tantos fusiles es porque yo le di con que se encavara, Con uno se consiguen dos y con dos cuatro y así para adelante”.

Como los Bautista vienen de Boyacá, dominan el pie de monte. Toleran el frío, hacen los asaltos en el día a campo traviesa y se esconden en las noches en las montañas. Tienen una serie de escondites invulnerables. No hay pueblo de esa zona que no sufra durante varios años al asedio y la conspiración: Barranca de Upía, El Guavio, la Mesa, Chámeza, Monterrey, Recetor, Pajarito, Aguaclara y Tauramena. Allí saquean el comercio que está en manos de los conservadores y consiguen las armas de los policías. Ellos tienen sus propias normas que no se discuten. La fiereza de Tulio con los enemigos despierta entre los seguidores el fervor de ofrecer la vida por él, si fuera necesario, y la generosidad que demuestra con los pobres de las veredas, hace sumar contingentes a sus filas, y un número de fusiles que se quisieran el loco Velásquez o Guadalupe Salcedo.

Pero don Tulio acostumbra en las noches a guardar los fusiles en una choza, a modo de armería, para ejercer un mayor control, no vaya a ser que se le pierda el máspreciado botín de un hombre levantado en el Llano.

Un día, “Minuto” Colmenares y diez de sus seguidores, que se encuentran de visita en el comando al llevar la citación de Franco al segundo Congreso, planean saquear el rancho en donde están las armas de don Tulio. Ya saben que están bajo llave. Por la noche, pasadas las doce, someten con sus revólveres a los custodios del armamento, rompen el enorme candado que aprisiona las alas de la puerta, y sacan los fusiles en costales. Luego se esconden hasta el amanecer. Al despuntar el día, entran en sus caballos, al galope, haciendo disparos al aire y simulando un ataque. La confusión es inmensa. De inmediato todo se vuelve un caos: hay pánico, la gente grita y corre a buscar las armas, pero al llegar, encuentran la puerta de la armería abierta y ven que los fusiles han desaparecido; entonces huyen, por trochas y desechas, sin saber que camino coger.

— Don Tulio —le dice al jefe un guardia con voz temblorosa—, los patones se robaron los fusiles y nos están atacando.

— No es posible —don Tulio siente que el alma se le va del cuerpo y de inmediato busca su revólver. Sale a la puerta de su cabaña y mira el tropel de sus hombres desperdigado por el campamento.

A lo lejos uno de los caballos se aproxima al galope y un hombre con un fusil hace disparos al aire. Don Tulio se protege detrás de un paral y levanta su revólver. Cualquiera sabe de su puntería; hasta Minuto, quien al verlo se protege detrás de los árboles. Al asaltante le parece volver a descubrir una de las balas que viene en dirección a su cuerpo, como cuando fue atacado en una gallera cerca de la finca de su padre. Entonces les grita a sus hombres:

— ¡Muchachos, paren ya!—. De inmediato se callan los fusiles y los jinetes sosiegan sus animales.

Rosendo asoma su cabeza detrás de un árbol, sonríe un poco y le grita a don Tulio Bautista:

— ¡Somos nosotros. Es una broma!

— Que broma ni que mierda—. Don Tulio dispara su revólver y las balas se incrustan en el Chiminango.

Fue difícil calmarlo. Hervía de la furia y estaba dispuesto a dejarse matar, pero sus lugartenientes, desarmados, y contentos de que nada hubiera ocurrido, después de recibir la noticia de que todo era una charada, fueron al encuentro del cabecilla y le explicaron.

— Jefe, ellos sólo estaban haciendo una demostración.

— Qué demostración ni que carajo, con la guerra no se juega.

Rosendo vuelve a asomar la cabeza, pero ya no sonríe, sabe que los disparos fueron en serio.

— ¡Tulio, —le grita— sólo quería demostrarle que eso de guardar los fusiles es una pendejada! —. Entonces se baja del caballo, se acerca con precaución, deja su fusil en la montera del animal; va con las manos levantadas, y al llegar le da un abrazo, que Tulio recibe con desgano.

— Ya se me habían enfriado las pelotas —le responde don Tulio con risa nerviosa, mientras le ordena a sus lugartenientes buscar a los que salieron corriendo, no sea que por correr como cachicamos caigan en manos del enemigo.

“Yo por mi parte, le vengo diciendo a don Tulio —reflexiona Laurentino— que esta vaina se va a perder, porque el ejército y los jefes liberales vienen hablando de negociar. Miren si no es así: primero viene López a nombre del Presidente Urdaneta, que es un godo rabioso como el mismo Laureano, luego engatusan a Franco para que se vaya a buscar armas dizque enviadas por la Dirección Nacional Liberal y nada, simplemente lo engañan; y ahora resulta que el general Velásquez se marcha para Venezuela con el mismo propósito, dizque a negociar armas; aquí no piensan sino en tener miles de fusiles que nadie sabe manejar; ¿pero qué pasa?, lo detienen sus amigos y yo francamente no creo que vuelva por estos lados. Además, quien está capitalizando las cosas es ese tal Guadalupe Salcedo, que es un simple cachilapo con suerte”.

— Lo mejor es hacerle caso al coronel Olivo Torres —le recomienda Laurentino a don Tulio. Le habla al oído, cuando todos están sosegados—, José Feliciano puede cuadrar el encuentro.

— ¿Primero nos mandan las armas y ahora no las van a quitar? —don Tulio sube el tono de la voz, no está de acuerdo con renunciar a la lucha y menos ahora cuando se ha hecho fuerte

Laurentino se retira, no es bueno hacerlo ofuscar. “Después hablamos —le dice de retirada— cuando las cosas sean evidentes”. Se dirige al patio en donde los hombres están reunidos, busca a Chucho Feliciano y se lo lleve del brazo. Conversan aparte.

—El gañán no acepta nada, sigamos con el plan, avísale a los muchachos.

22

Eduardo y María Georgina se echan en la hamaca. Están cansados. El día ha sido trasegado. Hay nubes en el cielo que sugieren lluvia, pero los tiempos andan cambiados. No se sabe si continúa el verano o si está por entrar el invierno. Acomodan su hamaca bajo las ramas de un árbol. Por su tamaño, y por la condición de las raíces, enroscadas como culebras por encima de la tierra, parece un laurel de esos centenarios metidos entre el bosque. Colocan encima, pendientes de una cuerda, anchas hojas de bijao para protegerse por si llueve, y se ponen cómodos. Ambos fuman y mantienen un diálogo sostenido. Ella está feliz y se le nota en cada cosa que dice, y él la consiente. La mayoría de los hombres han buscado un lugar para dormir. Guindan sus chinchorros y se dejan dominar por el cansancio. Unos baquianos colocan las dos puntas de la misma rama y duermen sentados. Así es más fácil guarecerse de la lluvia. Algunas mujeres, acompañantes de los comandos, se mantienen solas y parecen disfrutar su independencia, pero otras se acuestan con los hombres, sin mayores reparos. A veces es bueno —piensan—, hacer el amor después de las combates, porque ellos son rápidos y se quedan dormidos. Y así permanecen hasta el amanecer o hasta que los despiertan con los cambios de guardias. Entonces puede ocurrir que las mujeres acepten a los que llegan para no quedarse solas o les digan que se vayan a dormir a otro sitio, porque están cansadas y a ninguna en el comando de Franco se le obliga a acostarse con quien no quiera. Y si alguna pareja se enamora, como ocurre a veces, la orden es de marcharse hasta que les pase la traga, pues la experiencia ha demostrado que no combinan bien el amor y la guerra durmiendo bajo la misma carpa.

Guadalupe vino al Congreso citado por Franco. Dejó a Juanita Olmos en la finca de unos amigos y llegó con un grupo reducido de sus mejores hombres. Estaba un poco estragado. Viendo a Franco con esa morena tan linda, le hubiera gustado tener compañía esa noche, y seguro, si se lo propusiera, lo conseguiría, porque ha visto como algunas lo miran con deseo. “Uno conoce esas miradas”, piensa; pero sus pensamientos están lejos, buscan

encontrarse con el recuerdo de Silenia. Volver a pensar en ella le despierta la ilusión de verla. Cuelga su chinchorro en un lugar destapado, al borde del bosque, cerca de los vigilantes y acostado boca arriba, prende un cigarrillo y trata de encontrar las estrellas que circulan en el cielo. Espera que el viento espante las ramas frondosas de los árboles y destape el firmamento. Las nubes corren al sur y el peligro de lluvia se desvanece. Una luna en creciente alumbra tenuemente los caminos de la llanura y un olor a humedad invade el aire que lo arropa.

El capitán revive paso a paso los momentos con ella, desde que se la encontró lavando en la ribera del Pauto. Los ojos de María Georgina le devuelven el rostro de Silenia. A veces, y es como un sueño, se le superponen en la mente las dos imágenes de esas mujeres y no sabe si está pensando en la una o en la otra. Luego recuerda haberla buscado en el caserío y en los caños vecinos, hasta encontrarla de improviso, mientras se bañaba desnuda. Su imaginación escudriña cada parte de su cuerpo, descubre sus ropas, construye su figura. Juega de nuevo con las imágenes, revive el primer abrazo y los besos inocentes, y vuelve a hacer el amor y lo hace igual a como lo recuerda, e inventa como hacerlo otra vez, y ensaya explorar otras formas, que serían bellas, si la tuviera. Ni siquiera sabe por qué la abandonó aquella vez. Tiene remordimientos. Entonces jura volver a buscarla. Ahora tiene un pretexto para verla: le dirá que conoció a su hermana y le trae sus saludos; le contará también que María Georgina ya vengó a uno de los asesinos de su marido. Se le acercará, la seducirá de nuevo, le recorrerá la piel, le volverá a hacer el amor.

Guadalupe se ha acostado con la ropa puesta y ni siquiera se ha quitado las botas. Siente una fuerte erección y se acomoda el miembro para que no le duela, pues la presión de la bragueta del pantalón lo aprieta demasiado. Sabe que no quiere desfogarse con nadie diferente a sus sueños. Entonces respira hondo, como si eso le ayudara, enciende un cigarrillo y se levanta. El viento frío le da en la cara. Camina hasta donde está la hoguera y acerca leña seca sobre las cenizas. Sopla los rescoldos y la llama se aviva. Franco dispuso guardias a lo largo del camino, así que pueden estar tranquilos. Si algún intruso viniera lo sabrían de inmediato. Hay quienes tocan un cuerno y otros imitan sonidos de animales. Por su parte, los hombres de su comando están muy lejos de allí, en Moreno, cerca del río Ariporo, y ellos no sospechan cuándo será el regreso de su jefe. Por alguna razón que no sabe cuál es, recuerda a Dumar Aljure y también a Caldo Flaco, su amigo de la cárcel. La fidelidad de ellos es a toda prueba —piensa, pero tiene dudas—. “Todos podemos fallar algún día; pero hay que confiar en la gente”. De pronto le pedirá a Franco que le preste un lugarteniente y emprenderá camino hacia el Pauto. Tiene algo personal que hacer, pero no dirá qué es. Luego, cuando sea el momento, regresará a su comando.

Conoce un camino de Tarapacá a Santa Ana y de ahí a Agua Linda. El trecho es largo pero bastante seguro. Son pueblos pequeños, abandonados a su suerte, que viven del diario. Pero es mejor que arriesgarse por Yopal o Trinidad, por donde circula mucha tropa. Guadalupe ha perdido el sueño; por eso se va a caminar por la ribera del Charate. El río corre lentamente, sin afanes. La noche está fresca y las estrellas comienzan a aparecer por entre las nubes que pasan. No muy lejos, hay otro de los guerrilleros sentado mirando las aguas. Trata de adivinar quién es, pero no lo descubre hasta acercarse. Es el tuerto Giraldo. Tiene que reconocer que le da fastidio verlo directo a los ojos. No sabe cuál ojo mirarle: si el que se mueve o el que está espantado. Pero igual, la noche está oscura por los nubarrones y da lo mismo si lo mira o no lo mira. De todos modos lo detalla a cierta distancia, mientras el hombre se da cuenta de la otra presencia. Entonces se encuentran frente a frente y el tuerto lo reconoce por la figura.

— Ya hicimos lo que Franco quería. Yo me voy mañana —le dice Guadalupe. Y después no sabe por qué se lo dice.

— Yo también quiero irme —le responde el tuerto— no me conviene quedarme por estos lados. Tengo demasiados enemigos.

Luego quedan en silencio. Cada uno en lo suyo. Guadalupe se sienta a su lado y lo acompaña a mirar el río. Ambos fuman. El ardor en la garganta es lo que más ansían sentir de un buen tabaco. “¿Cómo saber qué tanta verdad esconden las palabras?”. Un viento suave sopla por el cauce y se lleva el humo de los cigarros. En un recodo de la corriente hay un pozo profundo en donde los peces chapotean. Ambos voltean a mirar la espuma y las olas que se forman y, a su modo, sueñan con pescarlos y asarlos en la fogata, pero no hay ánimos para ello. Guadalupe quisiera tener un chuzo para sacarlos. Sabe que su puntería es certera. Pesca como lo hacen los indios, como le enseñó su madre, y el tuerto piensa en dos buenos tacos de dinamita para lanzarlos encendidos contra las aguas y coger una buena sarta, de una vez por todas. El uno se acostumbró a no tener afanes y a disfrutar de cada cosa, el otro tiene un desespero que lo carcome por dentro.

— Deben ser cachamas —dice el tuerto.

— No, son curitos, —aclara con seguridad Guadalupe—. Yo he pescado en estos caños y por aquí abundan.

Después ven un guardia acercarse. Desde arriba, recibe la luz de la luna en la espalda. El ojo bueno del tuerto brilla, el otro permanece opaco. El sereno anda con parsimonia, en el hombro carga el fusil, en la cabeza lleva el sombrero y en el cuello el bayetón para mitigar el viento frío. Calza botas, una camisa de cuadros con mangas largas, y el pantalón es de dril. Los jefes lo saludan y le ofrecen un cigarrillo. Creen reconocerlo pero la verdad, no están seguros. Él hace su ronda, le toca hasta la una de la madrugada; les

agradece con una sonrisa, aspira una primera bocanada y sigue su camino. La ronda consiste en mirar si hay luces en la distancia, si se oyen ruidos, si escuchan el desacomodo de los pájaros. Tienen recorridos delimitados, precisos. Cuando se aleja, la luz de la luna le sigue alumbrando la espalda. Adentro del bosque los hombres y las mujeres duermen y se alcanzan a ver las ondas de fuego que todavía desprende la hoguera que acabó de avivar Guadalupe.

— Yo tengo algo personal para hacer —dice el Capitán.
— Y yo necesito un descanso.

Entonces deciden irse juntos. Guadalupe no sabe por qué se lo ha propuesto, quizá quiere conocerlo un poco más, dicen que es arriesgado y valiente y también opinan que es violador y que no se arredra con nada; tal vez lo que busca es saber la verdad de todo aquello. Deciden viajar al amanecer cuando Franco se haya levantado y le informen de la decisión tomada. “Hicimos el Congreso y peleamos juntos, cada cual tiene sus responsabilidades”. El uno estará cada vez más lejos de los Parada, los Fonseca y los Bautista, y cada vez más lejos de los vegueros que lo persiguen en la ribera del Charte: todos con ganas de matarlo; y el otro se encontrará más cerca de Silenia. “Tal vez en esta oportunidad sí se la lleve”.

— ¿Hay manera de hacer un café? —pregunta Guadalupe.
— Sí —responde el tuerto—, yo tengo un paquete en mi morral y el fogón todavía arde.

Entonces se devuelven, paso a paso, con las manos en los bolsillos de las chaquetas, hasta acercarse a la hoguera; Guadalupe la aviva de nuevo mientras el tuerto busca el café en su morral y alcanza unos tazones que las mujeres han dejado bajo una ramada. Lavan la loza, simplemente la meten y la sacan del río. Recogen agua y la ponen a hervir con el café molido. Es café cerrero. No hay nada mejor para pasar las horas. El olor, que se dispersa con el viento hacia el bosque, atrae a más de uno: aquellos que no han podido dormir porque el cansancio es demasiado.

Entonces conversan sobre los combates y cada uno expresa sus alegrías y sus miedos. El momento que más ha disfrutado el tuerto fue cuando tumbó un avión Douglas con su fusil Linger. Y cuenta de nuevo la historia, que ya es una leyenda, aunque él no lo sabe. “Ni yo mismo lo podía creer —dice—, lo vi venir, le apunté al centro, en la barriga, desde el instante comenzó a echar humo y a sonar distinto y cuando se nos perdió de la vista sentimos la explosión”, y el de Guadalupe fue cuando Marcelino Beltrán le trajo el botín con los cien fusiles. “En dos años no habíamos conseguido sino treinta y de pronto, en un dos por tres, aparecieron cien”. “Eso es lo que yo pienso —dijo algún compañero de los presentes—. Uno no puede esperar que le den

fusiles, hay que tomarlos a la brava”. El momento más triste para el tuerto fue cuando se le murió una novia que tenía, porque le entró una infección. “Era la mujer soñada”, dice y se le quiebra la voz, y el de Guadalupe cuando mataron a Riqueiro Perdomo. “A ése hombre le debo lo que sé de pelear contra muchos, cuando lo tienen a uno acorralado”.

— Yo conservo el casco que él le había quitado a un soldado; está perforado por la bala que le partió la cabeza. ¿Y usted que conserva de su mujer?— Guadalupe lo mira a la cara.

— ¿Yo? Nada más los remordimientos, pero no hubo más remedio que dejarla morir—. El tuerto baja la vista de su ojo bueno sobre el chisporroteo de las brasas, mientras el otro se enciende levemente con el fuego de la candela.

23

Dumar Aljure es más que un rebelde. No le hace concesiones a nadie, y es difícil su acomodo a cualquier tipo de mando. Fue cabo del ejército pero desertó porque odiaba la humillación. Y lo humillaron. En el ejército esa es la costumbre. Parece que el poder se obtuviera de esa forma o fuera la manera de disciplinar a los reclutas. Si no hubieran matado a Gaitán el 9 de abril de 1948, ni hubiera existido el levantamiento del capitán Silva el 25 de noviembre de 1949 con el apoyo de la Dirección Nacional Liberal y la complacencia del ejército y si no se hubieran creado las bandas de chulavitas ni los godos estuvieran matando liberales y viceversa, Aljure, de todos modos, estaría levantado en armas, bajo cualquier pretexto. Su vocación es la rebeldía y su profesión ser rebelde.

Primero, siendo un simple desertor y por ende prófugo de los militares, se encuentra con Guadalupe Salcedo en un pueblito llamado San Martín cuando aquél viene con diez reos más, alebrestando, diciendo que cumple órdenes del capitán Alfredo Silva. Aljure se queda mirándolos al verlos bajar en una vetusta cantina en la mitad del pueblo, de los lomos escaldados de unos potros cerreros robados o decomisados en el camino. Cuál de todos más mal vestidos y más mal montados. Los animales están a punto de desfallecer y a algunos les brincan los músculos de las patas. Los hombres vienen fatigados y rengos de aguantar aquél trote, con ampollas en las nalgas y dolores en la cintura. Guadalupe carga un fusil en la espalda y una pistola en el cinto y los otros llevan revólveres en la pretina del pantalón. Ya hicieron un asalto en Acacias y allí consiguieron el fusil y varios revólveres y en El Guamal la gente, de puro miedo, les dio las jacas y después los despidió como si fueran héroes.

— Si la guerra se gana con esas bestias y un solo fusil, yo seré general — les dice Aljure, con una sonrisa maliciosa, casi burlándoseles en la cara.

— Éste es el case nuestro — responde Guadalupe mostrando el fusil—, uno juega con la suerte que tiene—. Ambos se ríen de las impertinencias.

— Bueno, si la cosa es así, los invito a un trago, por lo menos así olvidan el cansancio.

Un muchacho del pueblo, pendiente de las visitas, y a la espera de unas monedas, se ofrece a darles comida y agua a los animales; ellos lo contratan, y el muchacho, dichoso, agarra con sus manos las riendas de las bestias y se las lleva a un establo al final de la calle.

Los demás aplauden la generosidad del forastero y se le presentan; algunos le dan la mano y le enciman una sonrisa. Él es de mediana estatura, moreno, delgado, de ojos negros, de bigote recortado y de frente ancha; se ríe con malicia y es arriesgado hasta para decir vainas cuando no se debe. Los compañeros de reclusión de Guadalupe son una variada gama de esqueletos: Caldo Flaco, Chicharrón, Aguapanela, Chichigua, Remate y otros, cuyos nombres ni siquiera se dicen, porque en esa confusión tampoco importa.

— Bueno, pues ya tenemos la comida, así sea de caldo de hueso y de chicharrón sin carne —se sigue burlando Aljure.

Entran al bar y piden cerveza y se la mandan de un trago, entonces piden otra y otra más, y terminan emborrachándose. No tienen noción de protegerse; es como si ese pueblo fuera un territorio liberado y ellos estuvieran en posición de exigir, y de exhibirse, sin que nadie tuviera derecho a recriminarles nada. Cuando se cansan de tomar y comer pasantes y de sobarle las nalgas a la única mesera, salen de la cantina sin pagar, llaman al muchacho que está atento en la puerta, lo ven devolverse presuroso, llegar al establo y salir de él con los animales de cabestro, y sin darle siquiera las gracias se montan de nuevo en las bestias, ahora recuperadas por el descanso obligado y la comida que han tenido en las tres horas que los hombres se dedicaron a beber. Entonces el dueño del bar sale al camino, airado, levanta los brazos y les vocifera que paguen la cuenta, y Guadalupe mira a Aljure que fue quien invitó, y éste levanta los hombros y se voltea los bolsillos al revés; al fin, les pide lo acomoden en las grupas de alguna de las bestias, lo cual hace Caldo Flaco. Luego espolean los ijares y salen a toda prisa, gritando como locos y disparando al aire, mientras el dueño de la cantina y el corinche los insultan y juran que pondrán un denuncia.

En Granada, deciden acampar en las afueras del pueblo y allí Aljure, entre charla y charla, entre confidencia y confidencia, oyéndolos cantar y viendo la solidaridad que mantienen en las buenas y en las malas, empieza una relación de amistad con Guadalupe que va a durar toda la guerra; pero no

está dispuesto a seguirlos sin que lo tengan en cuenta ni ir y venir sin saber que pretenden y con cuál estrategia, ni cumplir órdenes sin ton ni son, y más sin tener un arma y sin que se le acepte dar consejos para enseñarle a los más inexpertos, cómo conducir un comando en una guerra irregular. Pero Guadalupe es el jefe y nadie le discute ni le pregunta; los hombres saben que él da las órdenes y ellos simplemente obedecen. A cambio han conseguido comer, vestirse, armarse y prodigarse pequeños lujos. Y Aljure, fastidiado por no poder intervenir en el mando, decide quedarse en el lugar.

— Yo no sé hermano, pero este es mi comando —le dice Guadalupe— cada vez hay más gente que se quiere sumar a la guerra. Pero yo no cargo con los que no tengan armas. Yo voy a seguir al norte, en donde está la pelea, si usted se quiere quedar, pues arme su grupo por estos lados; ahí hay gente con ganas de pelear, y algún día nos encontramos.

— Si —le responde Aljure— yo prefiero quedarme, aún tengo cosas para hacer; además, alguien se tiene que quedar si de lo que se trata es de que nos tomemos el poder, ¿o no?

Entonces queda dueño y señor del río Ariari. Desde Guamal hasta San José del Guaviare. Con el tiempo dirige más de cien hombres que poco a poco se van haciendo a las armas necesarias; un revólver aquí, una escopeta allá y en ocasiones un fusil. Hasta que afianzado en la región, empieza a pedir sus propias contribuciones y cuando algunos, que han sido seguidores de Guadalupe o han oído de sus hazañas, le quieren desconocer su liderazgo, les responde que él fue nombrado teniente por el capitán Guadalupe Salcedo en los comandos del sur y sólo a él le debe respeto. Que ellos verán si se le quieren enfrentar al capitán. Entonces la gente guarda silencio y la cosa se queda de ese tamaño.

Perseguido por la policía, los chulavitas y el ejército, Dumar Aljure aprende a evadirlos, encerrarlos, acosarlos y poco a poco los va diezmando; en los combates recupera muchas armas y se va volviendo fuerte hasta conseguir su propia fama; lo que hace que el gobierno redoble la persecución, y lo obligue a huir hacia San Carlos de Guaroa, luego al Rincón de Pajure y después a las cabeceras del río Humea en donde es recibido con desconfianza por los hermanos Bautista. Hay recelo porque las noticias llegan con las reseñas de las victorias, pero también con las versiones de las parrandas y los excesos. Y si vamos a ver, la realidad es que la mayoría de los hombres no lo acompañan, sólo los once más fieles.

Al recibirlo, don Tulio, enfundado en una ruana, tiene debajo de ella el revólver dispuesto y en la cabeza un sombrero negro con alas de gavilán. Cualquiera creería, al oír de las hazañas de los Bautista, que el jefe es un veterano, pero apenas tendrá treinta años y la experiencia sólo se le nota en la malicia de los ojos. Don Tulio lo mira de frente, calibrándole las agallas,

mientras el otro escurre la mirada por entre los matojos de hierba de los caminos. “Pues aquí hay que ganarse el respeto”, le dice y no le promete privilegios. Sin embargo, el recién llegado demuestra en los asaltos sus habilidades y deja ver que a pesar de ser un desertor, ha aprendido mucho de las mañas del ejército. En los combates coge fama de arriesgado y valiente y es uno de los que con mayor facilidad adquiere los trofeos más preciados de aquella guerra: fusiles, pistolas, pertrecho y uniformes de campaña. Algo con qué avituallar los cientos de combatientes desarmados.

Pero el hombre es malo para recibir órdenes. Eso no tiene remedio.

Tulio, precavido, ha prohibido las fiestas, incluso las de los amigos. Por eso, al llegar la invitación de un ganadero liberal para asistir al matrimonio de una de sus hijas, don Tulio, que viene organizando un asalto en Medina, les ha prohibido abandonar el campamento. Pero Aljure y sus amigos, cansados de no hacer nada, porque también la gente se cansa de aguardar, desatienden la orden, engañan a los guardias con el cuento de que van en una comisión y se vinculan a la parranda. Son once de su comando y salen en son de guerra con sus fusiles terciados. En el casorio hay chirrinche, mamona, corridos, trovas y joropo, y la mayoría se emborracha.

Ese día circularon rumores de que el mayor Ferro y sus soldados habían salido de Cumaral, buscando enfrentar el comando de los hermanos Bautista. Eso dijeron los conuqueros que se toparon en el camino; pero eran más las ganas de fiesta. Por su parte, los soldados, al oír de la parranda y sospechar que allí se encontrarían los hermanos, llegan de sorpresa, los rodean, esperan a que el aguardiente haga sus estragos y al asaltarlos los encuentra desprevenidos. Quienes pretenden defenderse caen de una vez, sin disparar sus armas. Los borrachos ni siquiera ofrecen resistencia y a los que no matan los van metiendo en un corral lleno de pantano y de bostas de animales. Hombres y mujeres quedan aprisionados entre las cercas. Hasta los novios resultan estrujados y embarrados en medio del fango, mientras los soldados revisan los establos y las casas del dueño y del caporal.

Dumar y algunos otros, al oír los primeros disparos, se refugian en uno de los ranchos y desde allí alistan sus armas y empiezan a responder el ataque; pero los hombres del mayor Ferro los tienen cercados, y al conminarlos a rendirse, les dan sólo tres minutos para salir con las manos en la cabeza. Si no obedecen, las ametralladoras van a barrer con la casa de bahareque y no dejarán ni una persona viva, y allí hay hombres, mujeres y niños que corrieron a esconderse al oír los primeros disparos y están gritando que les respeten la vida.

A sabiendas de no tener escapatoria y los van a matar de todas maneras, Dumar grita que se rinden, que se van a entregar y saldrán con las manos en

alto. El mayor Ferro cree que allí están los hermanos Bautista y no habrá mejor trofeo que cogerlos vivos. Entonces, Aljure, les dice a las mujeres y los niños que vayan saliendo de a uno, y mientras esto ocurre, él y dos de sus hombres, se suben a las vigas del techo, rompen las hojas de palma y por ahí se escapan. Desde allí se montan a las ramas de un árbol y mientras los soldados se entretienen contando a los hombres y las mujeres que se entregan, y los empujan para juntarlos con los que hay en el corral, Dumar y los otros dos se meten en el monte y logran huir.

Llegan al campamento de los hermanos Bautista, sanos y salvos, pero con la tragedia en los ojos: han perdido a ocho de sus compinches y con ellos los once fusiles. Don Tulio se indigna y sin pensarlo mucho lo condena a muerte por desobediencia, por haber puesto en peligro el comando, por la muerte de sus compañeros y por la pérdida de los fusiles. Muchas veces ha dado órdenes parecidas y de inmediato se cumplen. Pero en este caso, algunos amigos, que si tienen hoy un fusil es por él y además lo han visto pelear en los asaltos, protestan y se oponen a la ejecución. Y al fin don Tulio, a regañadientes, accede a perdonarlo; pero le quita el poder y lo pone a hacer los oficios que generalmente se les encargan a las mujeres.

24

El río corre lento sobre la llanura boscosa. Forma enormes ochos al contornearse sobre sí. Serpentea y da visos plateados cuando se encrespa entre la rocalla. Georgina ha colocado una cuña para sostener la otra piedra, grande y plana, que su nieto le trajo de más arriba, donde el Pauto baja caudaloso por entre el riscal. Marianita, la nieta de apenas dos años, juega en un recodo del agua mientras la abuela lava. Al restregar la ropa le gusta que la piedra no se mueva de su sitio; no son horas de estar dando traspiés entre la corriente. Unta un poco de jabón azul, golpea, y frota las partes entre sí para sacar la mugre. Al oír el canto de los alcaravanes levanta instintivamente el rostro y le parece ver la llegada de gente extraña en una curiara. Pero sus ojos no alcanzan distinguir a esa distancia los rostros de las personas; a lo lejos, sólo percibe el borrón de las cosas cuando se mueven. Es curiosa y frunce el ceño para aguzar la mirada, pero los ojos no le dan más y se resigna. Debe ser su nieto, Eulogio, el hijo de María Georgina, que anda pasando gente de un lado a otro, para conseguir unos centavos.

A Georgina los pensamientos le pasan como las aguas del río. Vienen raudos y la atosigan, la envuelven, la acorralan y la ahogan; o se esparcen suaves sobre las orillas de sus recuerdos, le llegan placenteros, se le acomodan, le buscan el lado y la bañan refrescantes; o se le escapan de las manos, casi sin poderlos atesorar, se le escurren por entre los dedos, se le van con las

pompas de jabón en la corriente. Georgina ha aprendido a tomar los que le gustan y deja le den vueltas como los remolinos y se mete en ellos como si fueran agujeros negros por donde se deja ir hacia el mundo de los territorios inciertos, los que no fueron, los que añoró algún día pero al fin se borraron como se borran con el tiempo los deseos.

“Si yo tuviera una buena cosechita de maíz me iría a Trinidad, le diría a mi comadre Matilda me dejara estar unos días en su casa, me compraría un vestido, iría a misa, y preguntaría a ver si por ahí han visto a mi hija, María Georgina. Muchos la conocen, porque es tan bonita que siempre la gente la recuerda. La morena esa de ojos negros —dicen—. A ella le gustaba ir de compras a Trinidad; ojalá no se le haya perdido la costumbre. Qué tal que yo llegara y me la encontrara, así de sopetón, sería como un milagro. Pero que va, de pronto está es por ahí metida en una mata de monte, agarrada de un fusil y echando bala, porque eso era lo que quería, del rencor que se le había metido en el pecho”.

En esas está, perdida en un sueño, en una de aquellas batallas de sangre y lodo con las que acostumbra soñar, cuando llega Silenia con un recado. La ve excitada y ansiosa. Casi ni se puede tener en pie, le tiemblan las rodillas. Da pasitos pequeños en el mismo punto como si quisiera llegar rápido a un sitio que no sabe dónde queda. La mujer es bella y tiene los mismos ojos de la hermana. Georgina ve algo en el rostro de su hija que no le descubría desde que era más joven. Está en un solo temblor, pero conserva una especie de malicia, algo que le alcanzó a notar en el tiempo en que estuvo enamorada de un guerrillero, de esos con los que todos querían irse cuando les quemaron los conucos. Ni siquiera le recuerda el nombre, porque lo que quiere es olvidar a ése sujeto que la preñó y no volvió a aparecer. “Amor de adolescente, resabios estúpidos, de esos que todas tuvimos”, piensa. Georgina se siente signada por la desgracia.

La muchacha tiene el aire del viento que le pega en la cara y al sonreír deja una extraña sensación de picardía bajo sus labios carnosos. El cabello está húmedo y le moja la blusa sobre los hombros; la empapa, muestra la piel canela, brotando, queriendo salir. Se acaba de bañar en el mismo caño en donde Guadalupe la encontró aquél día. Allí acostumbra ir a recordar y a soñar, y precisamente ése día soñó que él vendría. Por eso está más confundida que nunca. Los senos, aireados por la vaporosa tela, le danzan con los movimientos que hace para desahogar la emoción, y la falda, un poco alta, le deja ver unos muslos sanos y fuertes, tostados por la ardentía. Tiene una voz sonora y casi parece cantar cuando habla.

— Mamá, mamá, vinieron los muchachos esos—. Su voz es entrecortada y no se atreve a confesar que quien vino fue el guerrillero del que está enamorada.

El aire le alborota los cabellos y con un dulce movimiento de sus manos los retira de la cara, ahora lívida a pesar de los rayos del sol.

— ¿Quiénes son?, ¿no ve que estoy ocupada?—. La vieja la mira con extrañeza y mueve a lado y lado de su boca un tabaco que parece estar apagado desde siempre.

— No sé, yo no fui capaz de acercarme, me temblaban las piernas; son los mismos de antes, vinieron con el compadre Lara y con un corinche que no es de por aquí; serán los guerrilleros esos, qué sé yo.

Marianita deja de jugar en el agua al ver a su madre, hace muecas, se irrita, parece que va a llorar y le estira los brazos. Silenia agita las manos, no sabe que hacer, quiere apresurar a su madre. Se mete en el río, recoge a su hija y la carga contra su pecho.

“Es él, es él —piensa—, ha vuelto, ha vuelto. Tiene qué ser. Y ni siquiera sabe que tiene una hija, ahora va a creer que es de otro. Dios mío, ¿yo que voy a hacer?”.

— Corra mamá, corra.

— Cuál corra, qué es el afán, que se vayan para el carajo. Es mejor no enredarse con ellos ni con nadie, aquí el que sale perdiendo es el pobre que no sabe nada. Mírese usted no más, hasta una hija le embutieron. Además, su padre y su tío no están.

— Pues vinieron desde muy lejos y quieren es hablar con usted—. Silenia tiene el rostro expectante y mordisquea sus labios como atesorando el recuerdo.

— Vaya, ¿y qué será lo que quieren?— pregunta Georgina.

— No sé. De todos modos dijeron que la esperaban. Será que algo le tienen que contar—. Silenia refleja en las pupilas de sus ojos los miles de soles de esa mañana ardiente.

— Pues que esperen. O si no, ¿quién me va a hacer el oficio? —pero en su mente queda dando vueltas la imagen de su hija María Georgina. — ¿Será que vienen a contarme cosas de ella?—. Una zozobra que no permite espera la invade.

Silenia se devuelve con la niña en los brazos mientras la bandada de alcaravanes levanta el vuelo desde el morichal. Estos pájaros siempre anuncian a los extraños, por eso son tan útiles en la guerra; o tan peligrosos si de lo que se trata es de alertar al enemigo. Los pies descalzos de la mestiza dejan huellas en la arena y las caderas vibran al ritmo de sus pasos. Toda ella irradia sensualidad: sus movimientos, su agitación, su mirada, el contoneo de sus nalgas, y su voz de melodía. Quiere regresar a toda prisa, volver a verlo, citarlo en el bosque, besarlo, decirle que tiene una hija de él, que es esa niña que carga en los brazos; no quiere perder un minuto, pero al llegar, y al mirarle los ojos, siente que se le acelera el corazón, le tiemblan las

palabras, le flaquean las piernas y la voz no le sale. “Quién sabe si todavía la recuerda, ¿qué tal que sea otro que se le parece?”. Al fin de cuentas, han pasado casi tres años.

Él la sigue con la mirada, trata de hablarle, de decirle que ha vuelto por ella, se le acerca, la mira a los ojos, le soba un poco el brazo con las puntas de sus dedos. “¿Cómo has estado?”, le dice, casi como pidiendo perdón. “Esperando”, le responde ella. “¿Y la niña?”, los ojos sorprendidos. “Es mi hija”, qué esperabas, parece decirle. Pero la llegada de Eulogio con los otros dos baquianos y el taco en la boca del estómago y las palabras que trastabillan en la garganta y no alcanzan a salir, les alteran los planes.

Georgina viene a paso lento, ayudada por un palo que le sirve de bordón. En la boca permanece el tabaco que mordisquea con parsimonia. Su pelo entrecano va sostenido atrás por una cinta roja, la cabeza gacha por los años, el cuerpo enflaquecido, la espalda encorvada, los ojos han perdido el brillo de otros tiempos; pero se conoce el camino casi de memoria y esquiva los baches y las piedras sin inmutarse. Maldice y parece conversar consigo mientras recorre el sendero.

“Chusmeros, patones y chulavitas. Siempre andan metiéndose con la vida de las personas. Debían hacer su guerra entre ellos. Ya se llevaron a María Georgina, y no valió decirles que tenía un hijo para cuidar. —Todos deben ayudar—, dijeron sin entender razones y me entregaron la carga a mí, como si yo pudiera con ella. ¿Y si yo le faltó qué? Ahora, que ni sueñen con llevarse a Silenia pues también tiene obligación. La primera salió muy arisca, con ganas de vengarse porque los patones le mataron el marido, y por eso se fue hasta contenta.

Los hombres se encuentran en el borde del rancho. Eulogio, acucioso, les ha sacado unas bancas al patio, debajo del sombrío de unos mangos que refrescan el lugar, y ellos se sientan a esperar. Se quitan los sombreros y reciben en el rostro, plenas, las oleadas del viento que viene del norte. Son los alisios —recuerda el compadre Lara—. Conversan trivialidades, cosas de rutina. La mirada del muchacho, de escasos doce años, es inquieta y le gusta oír las conversaciones de los mayores. No deja de mirar el fusil que le carga el corinche al hombre tuerto o la pistola que se le asoma al otro, el del bigote, en la pretina del pantalón, y sus narices olfatean el olor a pólvora que circunda a los forasteros.

Cuando su abuela habla de su madre, a él le brillan los ojos y siempre pregunta los detalles que parecen más insignificantes: ¿cómo encender fuego bajo la lluvia?, ¿cómo sobrevivir entre las matas de monte si hay que estar varios días?, ¿cuánto tiempo se puede vivir sin comer?, ¿cómo se calientan los fulminantes?, ¿cómo protegerse de la lluvia mientras se duerme en un

chinchorro en la mitad de la selva?; ¿cómo es eso de que los alcaravanes cantan cuando se acerca un intruso?; ¿por qué el pájaro silbador siempre anuncia una tragedia?; cosas por el estilo. Por eso no ve la hora de preguntar.

Al compadre Lara lo acompaña un corinche que está descalzo y con el pantalón remangado a media pierna: es un vaquero de Hato Cucubital que les prestó el caporal, y con ellos están dos hombres más, uno, el capitán, es de mediana edad, con sombrero pelo de guama, de bigote recortado y un rostro adusto por la guerra; a su lado lo asiste otro que se llama Berardo y es un guerrillero liberal que el primero conoció en las huestes del coronel Eduardo Franco, pero que ha tenido que huir porque todavía lo buscan los matones del General Velásquez. Es tuerto, tiene una cadena en el cuello y usa botas altas y puntiagudas. Cubre su único ojo de la luz del sol con el alerón de un sombrero negro y en el cuello se amarra un bayetón rojo, herencia de la guerra. Con el ojo bueno mira fijo y con cierto rencor y el otro permanece quieto, cubierto por una nube blanca. Al fondo, sobre el rizado de los oleajes levantado por el viento en las aguas del río, unas garzas picotean el tremedal de las orillas. Algunas son corocoras que le dan un visaje rojo a la sabana.

Leonidas Lara, que es como un guía en la región, y viene siendo compadre de su tío, les atiende la conversación mientras llega la vieja Georgina, que ya se ve venir en la distancia y Silenia, sin saber que hacer, suelta a la niña y al fin decide montar agua en el fogón para hacerles un café cerrero. “Es él, es él”, está que no cabe de la dicha.

Como el invierno apenas empieza, los forasteros, que vienen de Tarapacá, no tuvieron necesidad de usar las canoas para atravesar raudos, caños y ciénagas; solamente lo han hecho ahora para cruzar a la otra orilla del río, pues el Pauto es profundo en la llanura. El aire hierve con el sol de la mañana, pero el paisaje es espléndido, con bandadas de guires y gorretos que cruzan el horizonte y se pierden en el azul.

Georgina llega hasta donde están los hombres reunidos. Ellos se paran para saludarla y la mujer responde al saludo, recordándoles que ya entregó a una de sus hijas y no está dispuesta a más sacrificios.

— El capitán Guadalupe Salcedo no anda reclutando gente, viene es con un mensaje para usted, doña Georgina—, le explica el compadre Lara, pero sabe que Guadalupe tiene otras intenciones y viene es buscando a la muchacha.

Silenia se siente renovada, cree que el aire de ese día le trae esperanzas. Ya le ha pasado el temblor y el calor del fogón le ha calentado las manos y ahora se siente alegre, silba, canturrea, cuele el café y luego lo sirve en los pocillos,

y se los lleva y los hombres se lo agradecen con las miradas. Sonríe con aquella risa coqueta y se pavonea con cada uno de los dones heredados de su madre. Ella se ha dado cuenta de que Guadalupe no le quita la mirada.

“Cómo está de cambiada”, piensa Georgina al mirar la alegría de su hija, pero aunque no sabe que ése es el hombre de quien está enamorada, tiene adentro un amargo presentimiento.

— Mi hermana y yo también estamos dispuestos a irnos —Eulogio se cree autorizado para expresar su deseo, y mira a Silenia para reclamarle respaldo.

Los hombres ríen y Geogina lo regaña:

— Cállate mocoso, que de aquí nadie se va a ir, y mucho menos su tía que ya tiene obligación—. Guadalupe intenta indagar, preguntar de qué obligación habla Georgina, pero Eulogio, ansioso, le corta las palabras.

— Yo sé disparar la escopeta. Ya he cazado araguatos —afirma el muchacho.

— Tú que vas a saber disparar —le responde Silenia, mientras se devuelve a la cocina.

Pero la abuela no quiere hablar más de esas cosas. Ya tiene bastante con lo ocurrido. “De aquí nadie se mueve. Yo sólo espero que llegue mi hija María Georgina, para tener otra vez a toda la familia junta”.

— Él es mi nieto —les dice Georgina—, el hijo de mi otra hija, si la ven, mejor díganle que venga a cuidarlo. Qué si no se afana va terminar el muchacho buscándola a ella detrás de cualquier chusmero, y exponiéndose a que lo maten—. Eulogio abre los ojos y hay cierta dicha en ellos, porque es verdad que siempre ha querido ir a encontrarla.

— Yo me voy con ellos abuela y así le ayudo a mi mamá —dice Eulogio, que no ve la hora de marcharse. Sólo espera una oportunidad.

— ¡Tú cállate y vete con Silenia! —le contesta la abuela, pero él no se mueve de su sitio. En su viaje hacia la cocina, Silenia no le quita los ojos al capitán.

— No hemos venido a llevarnos a nadie doña Georgina —replica Guadalupe con una sonrisa— sólo queremos saludarla y traerle recuerdos de su hija.

Georgina recobra el alma. Es como si un ángel se le apareciera. Pide que le cuenten toda la historia sin escamotear detalles. ¿Dónde está?, ¿cómo está?, ¿qué hace?, ¿cuándo volverá? Pide una silla y Eulogio se la acerca, luego se sienta él en el suelo y abre la boca. No quiere perderse nada de lo que allí se converse sobre su madre.

— Conocí a su hija María Georgina en el comando del coronel Eduardo Franco. Tiene los mismos ojos de Silenia (mira a la muchacha). Le prometí

que si regresaba al Pauto les traería su recado. Como van las cosas, creo que muy pronto vendrá a visitarlos.

Georgina se queda atónita, no puede creer lo que está oyendo. Haberlo dicho desde el comienzo. Pero tiene una doble sensación que la espanta, primero al tener noticias de su hija; el sólo saberla viva es un regocijo. Y segundo, al darse cuenta de que ese guerrillero es el padre de Marianita.

Silenia, sus ojos negros recobran el brillo, sus labios gruesos sonríen apetecibles. Silenia, su corazón vuelve a enloquecer. Silenia, de nuevo los pájaros trinan, las nubes se encienden de colores y hay un perfume de sanjoaquines que viene flotando desde el jardín.

25

Después del combate en Moreno, los hombres se reagrupan en Santa Rita, camino a la hacienda de unos amigos en Hato Corozal; allí se sienten protegidos; pero algunos no llegan. Son muchos, se diría que unos veinte. Aljure los vio atrincherados en la retaguardia y les ordenó la retirada, y ellos le hicieron señas con los fusiles y corrieron hacia los caballos. Todo parecía en orden, pero la tropa estaba cerca.

— Quizá no lograron salir —conjetura Rafael Sandoval.

— Pero yo los vi correr hacia donde estaban las bestias amarradas —recuerda Aljure.

— Algo pasó —le repite con insistencia—, algo pasó.

Chichigua está al mando del grupo de apoyo esperando la orden para entrar en la pelea. No es ningún estratega, pero es un tipo aventado, de agallas y Guadalupe lo aprecia. La pelea es intensa y la balacera es de lado y lado. Al poco rato comienzan a llegar los aviones bombarderos. Pasan un F57 y un Beaver y una bomba les cae muy cerca. La mayoría están al descubierto, así que el capitán da la orden de replegarse. Chichigua ve venir a Dumar Aljure y le sale al encuentro. Él les repite la orden de retirada; entonces salen hacia las matas de monte en donde tienen amarradas las bestias. Al llegar, alguien, que no saben quién fue, las ha soltado y se ven pastando en medio de la llanura; entonces corren a rescatarlas, pero al hacerlo, son cercados por soldados del ejército que estaban escondidos bajo el pastizal. Son muchos y se encuentran por doquier, así que, al no ver oportunidad, se rinden.

“Si disparan, aunque sea un tiro, morirán”, se oye decir. Ellos sueltan los fusiles y levantan las manos. “Está bien, nos rendimos”. Los hacen agrupar y los rodean, luego los tiran al suelo con las manos sobre la nuca y después de

esculcarlos y quitarles lo que llevan, los conducen al pueblo y los juntan con otros diez, puestos presos en diferentes lugares.

En la cárcel de Moreno apenas si caben de pie en el pequeño patio en donde los acomodan. No hay comida para darles ni existe con ellos ninguna consideración. Cuando piden agua se las niegan. Afuera, detrás de los muros y en las garitas, hay soldados apostados con sus fusiles. Los presos se resignan y recostados unos contra otros dormitan esa noche. Algunos maldicen y otros acusan a los jefes por haberlos dejado abandonados. “Es una maldita trampa”, alega Chichigua, pero hay quienes no se conforman con las explicaciones. El sargento Segundo Ruiz está al mando de la cárcel y les hace sentir a los hombres qué cosa es ser el jefe.

— No están en un hotel, cabrones, están en una cárcel por bandoleros. ¿O es que creen que no van a pagar lo que han hecho?

En Yopal las cosas andan normales. El coronel Román ha tenido un pacto no declarado con Franco. “Con tal de que esto aquí lo dejen tranquilo, yo no intervengo con ustedes”, le ha dicho en diferentes oportunidades. Ambos se sienten amigos y a veces conversan en alguna cantina. “Sólo un tinto Franco, pues estoy de servicio”, le dice. Por eso Franco, que organiza su comando en Yopal, tiene sus actividades lejos de allí. El coronel Román, por su lado, vive una vida serena, sin mayores contratiempos, y tiene fama con sus superiores de controlar bien su territorio. Se pudiera decir que en su comando sólo atiende quejas de otras jurisdicciones.

— Siga capitán, ¿como es su nombre?

— Soy Rafael Camargo, comandante de la primera Guarnición en Maní.

— ¿Y que le trae por acá, tan lejos de su tierra? —le pregunta Román.

— Quiero hacer una denuncia mi coronel.

Hay un poco de intriga en los ojos del coronel. A la hora de la verdad no debería meterse con lo que pasa en otros lugares que no están bajo su mando; pero tiene fama de indulgente y por eso los hombres lo buscan. Por su parte, el capitán Camargo, ha oído que es un hombre preocupado por el trato que los guardias les deben dar a los prisioneros y por ahí se escuchan rumores acerca de que el coronel maneja buenas relaciones con la chusma. “Por eso a Yopal no lo atacan nunca”, dicen.

En la cárcel de Moreno, al amanecer, los presos son sacados de la pocilga y llevados a un patio central. Allí, dos soldados llevan una caneca con agua y en un pocillo le sirven a uno por uno su ración. Cada preso la debe beber de inmediato y entregar el pocillo al compañero. No sienten asco por eso, están acostumbrados a compartir. Y la sed tampoco se calma, porque es sed de dos días, incluido el tiempo que duraron los combates.

En la oficina del jefe de la prisión el sargento Segundo Ruiz prepara el desplazamiento de los prisioneros a la base aérea de Apiay, de donde los deberán llevar a Bogotá. Ése es el comentario que circula. Habla con el capitán Jaime Pinzón, quien va a pilotear el Douglas. Los acompaña el capitán Camargo quien necesita viajar a Villavicencio a unas diligencias personales, y hay dos soldados que son ayudantes del vuelo y están esperando al copiloto, el Teniente Laverde.

— ¿Cuántos son? —pregunta Pinzón.
— Treinta, mi capitán, es un buen lote.

Hay sonrisas entre el sargento y el capitán Pinzón y los dos soldados también ríen, pero el capitán Camargo no ha entendido bien de qué se trata. Beben un buen café y entre ellos brindan, como si fuera chirrinche.

— La guerra ha sido dura, así que deshacerse de treinta de un solo golpe, no es mala cosa.

El capitán Camargo suele ser comprensivo con los guerrilleros; al fin de cuentas es gente que ha sufrido mucho y eso crea odios, resentimientos. Ha hablado con algunos chusmeros, ha tratado de disuadirlos para que abandonen las armas, pero pueden más la muerte de los seres queridos y las vejaciones hechas.

— Sería bueno un país donde los gobiernos invirtieran en los pobres y corrigieran tantas injusticias.
— Vamos capitán, son bandoleros, han pasado de cachilapiar a hacer asaltos y matar ciudadanos inocentes.

Discuten, pero no se ponen de acuerdo porque hay razones de lado y lado y han ocurrido muchas atrocidades. “No hay que desconocer que de parte del gobierno también ha habido excesos”.

— ¿Excesos?, ¿le parece poco haber asesinado a mansalva a cien soldados?; no los dejaron siquiera salir de los camiones.
— Lo sé, fue horrendo, pero...
— No hay pero que valga. Primero es la institucionalidad.

Sin embargo se hace tarde y hay que llegar a la base de Apiay antes de las 10 de la mañana. No más cháchara. Así que en marcha. Se levantan, se colocan los gorros, se despiden del sargento quien les desea suerte, y se dirigen a los vehículos. Al llegar al patio, los prisioneros, amarrados unos a otros, han sido subidos a los camiones y esperan, mirando por la parte de atrás o por debajo de las carpas.

— ¿Adónde nos llevan?— pregunta uno de los presos.

— Creo que a Apiay y de ahí a la cárcel de Villavicencio. La última vez que estuve ahí había quedado destruida por el asalto del capitán Silva—. Chichigua, no cree justo volver a la cárcel. Ya él pagó sus culpas sirviéndole a la revolución.

El capitán Camargo los mira antes de subirse al jeep, justo al lado del capitán Pinzón. Ellos también los miran y él les ofrece una sonrisa afectuosa, pero ellos no entienden por qué ese capitán se sonríe con ellos.

— ¿De qué se ríe?, ¿acaso cree que es bueno estar aquí muertos de hambre?

— La comida de la prisión de Villavo es buena, muchachos—. Ríe Chichigua y los demás hacen chanzas.

— El capitán Aljure nos sacará —dice cerrando los ojos y concentrándose como si de ese modo el capitán presintiera, allá lejos donde se encuentre, lo que él está pensando—, y si no, lo hará el capitán Guadalupe, hicimos un pacto. Si alguno de los que estuvimos con él en la prisión, caía de nuevo, los otros armarían un comando y lo sacarían, como lo hizo con nosotros el capitán Alfredo Silva.

No demoran mucho en llegar a la pista de despegue. Son pistas en medio de la llanura, acondicionadas para emergencias. Ahí está el Douglas que sirve para transportar soldados y que ahora irá cargado de prisioneros. Como es grande desde lejos se distingue.

— ¿Hay que llenar algún papel, soldado? —le pregunta el capitán Pinzón a un guardia que cuida el avión.

— No mi capitán, no hace falta.

— Que los suban y los amarren bien, no sea que se nos vuelen cuando estemos en el aire.

— Así se hará mi capitán.

El capitán Pinzón sube y comienza a repasar sus instrumentos de vuelo. Al lado suyo acomodan al capitán Camargo. Y luego, le presentan al teniente Laverde quien es el copiloto.

— Hágase usted acá, éste es su puesto —le dice Camargo.

— No capitán, tranquilo. Viajando con el capitán Pinzón tiene uno más trabajo atrás que adelante —ambos sonríen, pero Camargo no sabe cuál es el chiste.

En la parte de atrás del avión, los soldados suben a los prisioneros. A cada uno de ellos les amarran las manos y los pies y luego les atan la garganta al fuselaje del avión.

— ¿Para qué nos amarran?, ¿quién se va a volar?, ni que fuéramos pájaros—. Los soldados sonríen y los prisioneros siguen alborotados por el maltrato.

— Este avión no tiene bancas —les dice un soldado con buenos modales— estén tranquilos, es mientras el avión despega. Después los soltamos. Es para equilibrar la carga del avión, no sea que se vayan todos hacia un lado o hacia atrás y nos vamos a pique.

El avión arranca y recorre la pista y los soldados abajo les hacen señas a los que están en el aparato, y luego los motores rugen y comienza el despegue. Al subir, empiezan a verse cada vez más lejos y más pequeñas las casas del poblado de Moreno, hasta que el vuelo sigue entre las nubes. De vez en cuando, en el transcurrir, aparecen manchas de bosques en medio de la llanura.

— Hora de bajar carga —dice el capitán— hay mucho peso y estamos perdiendo altura.

— Como ordene capitán —dice el Teniente Laverde y una sonrisa le dibuja el rostro.

— ¿Qué pasa? —pregunta ingenuamente Camargo.

— Nada capitán, sólo rutina. No me diga si no es mejor echarlos a volar que alimentarlos en las cárceles; para qué engordarlos si después llegan tipos como Silva a sacarlos de las prisiones.

Camargo se indigna, quiere levantarse y frenar la matanza que está a punto de ver, pero el teniente Laverde le impide el paso y tiene su pistola en la mano. “Es increíble”, grita el capitán Camargo. “Esto es indigno del ejército”, repite con insistencia y los prisioneros se dan cuenta de que hay alguien defendiéndolos, entonces le piden ayuda, le gritan que no los deje matar. Ellos también son soldados, las diferencias son cosa de la guerra. Los presos les recuerdan qué los soldados son amigos y ellos no tienen nada contra el ejército, sino contra los policías, porque son los que defienden a los godos. “Nosotros también somos liberales”, dicen. En la cabina comienzan los gritos y los insultos y los soldados van soltando uno a uno a los prisioneros y los van arrojando al vacío. Los que hacen mucha repulsa los golpean hasta dejarlos inconscientes y luego los lanzan. A algunos hay hasta que dispararles en la cabeza, pero saben que eso no es bueno porque una bala puede pegar en el fuselaje y hacerle daños a la nave. “Está prohibido soldado, a menos que sea absolutamente necesario”. Conocen las órdenes, pero a veces es muy difícil, hay algunos que se aferran a ellos e intentan arrojarlos arrastrándolos al vacío, y eso si no está en los propósitos.

Concluida la tarea, torna el silencio. Los soldados cierran la puerta, regresan a sus puestos. Están fatigados. Descansan; algunos hasta se duermen. El teniente Laverde sigue con su pistola levantada sobre los hombros del

capitán Camargo. Éste resopla, dice que no lo puede creer, no los reconoce como oficiales. Pero los otros siguen justificando lo que hacen, porque estamos en guerra y la guerra es así. Eso no lo entienden los soldados de escritorio. Ellos son de acción, de combate, han visto morir los amigos, han conocido las masacres. Además al capitán Camargo no le conviene sino estar callado. “Más le vale”.

— La cosa es grave, capitán —dice el coronel—. Tendré que consultarlo con el general. Por ahora le pido absoluta reserva. Usted sabe que en este momento hacer pública una situación como ésa sería para el ejército un escándalo de grandes proporciones. De pronto haríamos un daño irreparable. Nuestra institución es muy querida e indispensable, y hay que cuidarla.

26

— A María Georgina la conocí apenas hace un mes. Al principio me pareció que era Silenia, porque esos ojos no se me podrán olvidar jamás —Silenia lo mira, le ve el brillo en los ojos, siente encendida la cara y baja la cabeza—. Yo a esta mujer la conozco, me dije, pero lo que no encajaba en el recuerdo era que fuera una guerrillera con tantas agallas, capaz de hacer lo que ese día le observé hacer en medio de una batalla. Eso de devolverse al frente, en medio de las balas, cuando huíamos, con el único propósito de mirarle las caras a los muertos y los heridos para ver si entre ellos se encontraban los asesinos de su marido, es un acto de heroísmo.

— Pues ese heroísmo a mí no me agrada; así me la van a matar —replica Georgina y el reproche se le nota en cada expresión de su cuerpo.

Eulogio, que tiene los ojos abiertos, como espantados, y está sentado en el suelo, se agarra de la mano de Silenia que ha colocado una banca a su lado para hacerles compañía. Ella, al notarle el desasosiego, le soba la cabeza para tranquilizarlo. Entre los dos se ha fraguado una solidaridad natural, una complicidad que los hace apoyarse mutuamente. Ambos se encuentran de alguna manera unidos por la guerra.

— Bueno —complementa Guadalupe— su hija está que termina la tarea, ya uno de ellos no existe y al otro seguramente lo encontrará muy pronto, y si en algo le podemos ayudar, pues nosotros mismos lo haremos.

— Yo por eso quiero ir a ayudarle a mi mamá —dice Eulogio que sigue agarrado de la mano de su tía.

— Su mamá no estaría de acuerdo —le responde Georgina.

— Hay cosas que es mejor dejarle a los mayores —complementa Guadalupe y Eulogio parece respetar la opinión del jefe guerrillero.

Han pasado dos horas desde la llegada de los hombres y el sol declina. La brisa ha cesado y el calor pega duro. Silenia reparte más café, Marianita juega con las gallinas y Eulogio no se cansa de pedir que le sigan hablando de su mamá. Quiere saber cómo es ella, pues casi no la recuerda. Guadalupe se sonríe con malicia, mira a Silenia y le contesta que se parece a ella. Entonces el muchacho, se voltea, mira a su tía y le sonríe. “Yo sabía”, dice. Todos ríen y a Eulogio se le enciende la cara.

Eulogio imagina a su madre. Escudriña en el recuerdo y no encuentra nada que se le parezca. Sólo le viene a la mente la imagen de una mujer llorando. Trata de pensarla diferente a su tía, pero no puede. Ve su cara fresca, el pelo hasta los hombros, los ojos grandes, los labios gruesos, el cuello largo, la figura espigada, los senos blandos. Acerca a su mente otras imágenes que de pronto aparecen y son un viejo recuerdo, ensanchado en las noches en las que no puede dormir. Ahora sabe que está viva y que dijo que volvería. “si no vuelve iré por ella”, piensa con decisión

Guadalupe se quita el sombrero y se lo pone en una de las rodillas, pero Silenia, al verlo, se levanta y se lo pide. En el momento de la entrega, él alcanza a rozarle los dedos. Ella se estremece. Lo mira a los ojos. En ellos encuentra Guadalupe algún reproche. “¿Que le pasa?, —piensa Silenia— ¿acaso no soy yo?, ¿no me dijo que me amaría siempre?”. Pero él ha decidido conquistarla de nuevo y se queda observándola: la ve cuando se voltea, le detalla el cuerpo, las piernas, las caderas y mira como su falda se desliza sobre los muslos cuando se agacha para recoger a Marianita, que ha dejado de jugar con las gallinas y está en el suelo comiendo tierra. Ahora, quien se estremece es él. Se arrepiente de no habérsela llevado aquella vez. Las ve alejarse. Guadalupe siente la mirada de la niña por encima del hombro de la muchacha. Él observa cómo las dos se pierden en el interior del rancho. Pasa un minuto que parece una eternidad. Al verlas salir, las sigue con la mirada hasta el lavadero y desde allí Silenia, mientras le lava las manos y la cara a la niña, le susurra algo al oído y Marianita la mira a ella y luego dirige sus ojos hacia Guadalupe. “Algo se traen”, piensa el capitán.

— Abuela —dice Eulogio— ¿por qué nosotros no somos ricos?

—Cosas del destino —responde.

— A lo mejor las cosas cambian —al tuerto Giraldo le encantaría encontrarse con la suerte, algún día.

— A lo mejor nos topamos el tesoro de Caribabare —dice la abuela—. Hasta ahora sigue por ahí perdido, Tal vez cerca de nuestras narices.

En ese momento regresa Silenia y se sienta al frente de Guadalupe, trae cargada a Marianita que tiene un chupo en la boca. Eulogio, que le abre campo a su tía, recuesta su cabeza sobre su muslo y le abraza la pierna con ambas manos. Guadalupe no olvidará jamás ese cuadro: Silenia, con sus

ojos negros que siempre encuentra cuando la mira, sostiene a Marianita que está sentada en su muslo izquierdo, las piernas un poco abiertas, al fondo los calzones blancos, la cabeza de Eulogio recostada en su otro muslo, la mano de ella sobando el cabello del muchacho y a sus espaldas, el paisaje de morichales que se levantan contra el sol del atardecer.

Georgina se acomoda el pañolón rojo que le cubre la cabellera, porque la temperatura ha subido y siente la cabeza humedecida por el sudor que se le escapa desde la raíz del pelo. Ese pañolón lo usa siempre, pues fue una promesa hecha a su hija. “No me lo quitaré —le dijo con lágrimas en los ojos— hasta cuando vuelva a verla aquí, sana y salva”. Alza los ojos al cielo como buscando un presagio y alborota el aire con un viejo recuerdo de los tiempos de juventud, mientras cuenta, pues los que están ahí sentados lo están esperando, la leyenda del tesoro de Caribabare. En ese momento se da cuenta Guadalupe de que el ademán de la vieja es igual al que le ha visto hacer varias veces a Silenia, su hija, quien sigue allí al frente, con las piernas medio abiertas, pendiente de sus miradas.

— Era la más grande hacienda de los jesuitas en el pie de monte —comienza Georgina su relato—, justo ahí donde nace el río Pauto. Dicen que muy cerca de Tamara. Había mayorías grandes con establos de buena madera y las tierras no tenían límites. Juntaron más de veinte mil cabezas de ganado y los caballos ni siquiera se podían contar de los muchos que se encontraban desperdigados en las sabanas. Allí los indios eran los peones y los caballiceros, y trabajaban desde el naciente hasta el poniente por lograr la comida, y porque los curas les prometían un cielo mucho más hermoso que cualquier otro lugar existente en la tierra. En los hatos se lograba lo necesario: se fraguaba el hierro y se herraban los animales, y en las orillas de los ríos los conuqueros cultivaban las sementeras.

La vieja hace una pausa y pide un cigarro. Todos aprovechan de una cajetilla que Berardo le ha entregado al compadre Lara para repartir entre los fumadores, quienes siguen atentos escuchando la historia del tesoro perdido. Hasta Eulogio, que nunca había fumado, no desperdicia la oportunidad y toma uno, mirando de reojo a su tía, mientras ella, viendo que el tuerto no encuentra los fósforos, deja a Marianita con su sobrino y va hasta la cocina para acercarle una brasa del fogón. Al partir, sus caderas, con un dejo de armonía, se aproximan y se alejan, y sus nalgas vibran, y se insinúa el borde del calzón bajo la transparencia de la tela.

Los contertulios están en círculo, acomodados en las bancas que les sacó Eulogio. Al llegar Silenia, da una vuelta por la espalda de los de los que se encuentran sentados, les ayuda a encender los cigarros. Se acerca con el leño encendido, ellos arriman la punta del tabaco y aspiran, y luego, al terminar la ronda, se acomoda en su sitio, al frente de Guadalupe. De nuevo

ve que los ojos de él no dejan de mirarla. Se sienta, se baja la falda y acomoda a la niña entre los muslos. Ambas mujeres miran a Guadalupe. El capitán, que las observa embelesado, apenas suspira. En un principio lo abate la incertidumbre. “¿Dónde estará el marido?”, piensa; esos pensamientos lo atormentan, pero ve que ella le clava sus ojos con el mismo ardor de antes. Lo seduce esa mirada de chispas negras que vuelven a ser coquetas, como la primera vez en el río.

De pronto, después de que Silenia algo le dice al oído, Marianita se levanta y se dirige hacia donde está Guadalupe sentado, se le acerca y se acomoda entre sus rodillas, dándole la espalda y mirando a la mamá. Él le soba los cabellos, se la sube a las piernas y ella lo voltea a mirar y le dice: “papá”. Guadalupe queda aturdido, mira a Silenia y sonríe, pero a la vez la interroga con la mirada. Frunce el ceño y ya no espera sino hablar con ella, para saber la verdad. “No puede ser —piensa— sólo hicimos el amor una vez en el río, después la dejé”.

— Cuando llegó la orden del gobierno de expulsar a los jesuitas, ocurrió en el Llano toda una revolución. Algunos creyeron que el futuro estaba ahí en esas tierras y en los hatos de ganado de los curas, pues ellos no se los podían llevar, y otros empezaron a sentirse huérfanos y a decir que no sabrían que hacer sin sus sabios consejos. Eran tanto el oro y las joyas, que resultaba imposible cargar el tesoro sin correr el riesgo de ser asaltados y despojados. Por eso decidieron enterrarlo, esperanzados en el regreso. Escogieron diez indios, buscaron un buen sitio, cargaron el tesoro, hicieron los mapas, abrieron unos huecos profundos y allí lo enterraron. Luego regresaron por el camino de la hacienda, adelante los indios y ellos detrás. Cuando estaban a medio camino fueron asaltados por un grupo de encapuchados que dirigieron su ataque a los nativos, asesinándolos sin conmiseración. Pero curiosamente no hubo el más mínimo ataque contra los miembros de la comunidad. Cuentan algunos que les dio miedo matar a los curas. Con las mismas palas que cargaban los aborígenes, los jesuitas y los asaltantes les dieron cristiana sepultura. Dicen las malas lenguas, porque de eso también hay rumores, que fueron los curas mismos disfrazados, para salvar el secreto del lugar donde había quedado enterrado el tesoro.

Georgina, entusiasmada porque ve que la gente le ha puesto mucha atención, acepta un aguardiente de una botella que ha traído en su mochila el compadre Lara. Es aguardiente de Boyacá que viaja en cajas a lomo de mula o en unos viejos jeep Willys que han sabido sobrevivir a los barrizales del invierno. Le gusta recordar bajo el sopor del alcohol y sabe, pero no le importa, que con solo el aroma se le suelta la lengua. Silenia se levanta de su sitio y se va a la cocina en busca de tazas y pocillos para que los hombres tomen a su gusto. Manda a Eulogio a buscar mangos y limones y cuando el muchacho regresa, los parte en trocitos y se los acerca en un plato para que

les sirva de pasante. Un silbador, que cruza a raudo vuelo, se abre paso entre el garcero de las orillas del río y como quien está anunciando una pena, trina al aire su sonido funerario. La única que lo voltea a mirar, con desconfianza, es la vieja Georgina. Al verlo se persigna como quien quiere alejar el mal y frente a la mirada inquisidora de los contertulios, les recuerda que es un pájaro malo, de los que siempre está presente en las tragedias.

— Desde ese entonces mucha gente anda buscando el tesoro. Hay algunos que recorren los hatos a pie o en lomo de mula cargando las palas, sin decirle a nadie adonde van, ni contar los secretos que poseen.

Dicen que se han visto recuas de peones sobre un vasto terreno, pagados por gamonales, abriendo enormes huecos de trecho en trecho en los sitios donde han encontrado pruebas de la existencia de los jesuitas o huesos con hilachas de ropa o collares de semillas, que bien pudieran ser los restos de los indígenas asesinados. También han llegado expertos con aparatos traídos desde países lejanos, capaces de captar los metales y hay quienes velan de noche, esperando ver ruidos extraños o espantos encapuchados o luces que salen de la tierra y denuncian el lugar donde se encuentra el entierro.

Eulogio hace de mesero. Va sirviendo los tragos en las tazas y pocillos y reparte el licor. Se excede; le tienen que decir que sirva poco. Cuando todos tienen el suyo, ve que a él le hace falta dónde servirse. Entonces corre a la cocina y vuelve con una taza. Lo hace rápido pues no quiere perderse nada de la historia. Hay un brindis por María Georgina. “Y por la revolución”, pide Guadalupe. Todos alzan los recipientes, se miran y sonríen.

Cuando Georgina termina su historia, de la cual todos quedan encantados, Guadalupe no está muy seguro de si existió o no existió tal tesoro, de si alguien lo encontró o si todavía sigue perdido; apenas en ese instante se da cuenta de que su atención se ha desdibujado en el sabor de los recuerdos y que cuando despierta de su encanto, de sus sueños alucinados, no tiene ojos sino para Silenia, esa joven mujer que le hace el juego a sus miradas con una sonrisa ardiente, casi maliciosa, que le persigue los movimientos con el color negro azabache de sus ojos, y en sus ademanes incluye unos movimientos que lo han dejado sin habla, tartamudo, ansioso, temblando de ganas, de deseos.

— Maravilloso— dice Guadalupe cuando los demás todavía no han reaccionado, sin aclarar si se refiere a Silenia o al cuento del tesoro perdido. Y a ella le encanta el sonido de su voz.

— Pues habrá que ir a buscar ese tesoro —se entusiasma Berardo.

— Yo conozco un cementerio de los indígenas —exclama Eulogio.

— Eulogio mejor andá y espantá ese maldito pájaro—. Georgina odia al pájaro silbador pues es un animal de malos presagios. Entonces Eulogio

toma una piedra y se la lanza y luego sale a perseguirlo hasta que el silbador se les pierda de vista, volando hacia la otra ribera del río.

—Ya está abuela—, dice Eulogio triunfante, pero la abuela no cree que eso sea suficiente.

—Si mi tío me presta la escopeta, le pego un tiro—. Eulogio coge su taza y de un golpe se manda el aguardiente que tiene servido.

27

“Es indigno estar preso entre amigos. Yo he tenido conversaciones con militares de alto rango en Venezuela y ellos y yo hemos hablado de tú a tú, como generales de dos pueblos hermanos. Además, tener una pistola no es poner en riesgo la seguridad del país. Esa arma es para mi defensa. Yo dejé mi ejército y mis fusiles en la Intendencia y crucé la frontera con apenas dos guardaespaldas de mi confianza. Es lógico que tenga protección. Yo soy el General Eliseo Velásquez, el comandante general de las guerrillas liberales del Llano, perseguido por godos y chulavitas. Mi intención es venir a hacer negocios con el gobierno de Venezuela. Yo necesito los fusiles para ganar la guerra y este país requiere buen ganado y buenos pastos; de ambas cosas podemos discutir. El negocio es de conveniencia para ambas partes. Mis principales amigos, los gamonales liberales, están prestos a entregar el ganado necesario. Se los podremos colocar en Guasqualito o en Puerto Páez o si prefieren, en Puerto Ayacucho”.

— General —le dice el carcelero con amabilidad— lo manda a llamar el capitán Pedraza—. Abre la reja, lo toma de un brazo. Parece amigable. Lo conduce por los pasillos y el patio central, hasta las oficinas de la penitenciaría.

— Ya era hora de que escucharan lo que debo decirles—. El general se estira los mostachos y refunfuña un poco. Quiere estallar, sigue indignado, pero se contiene.

Cuando lo apresaron en Guasqualito, se rumoró que había sido entregado por los mismos enemigos que tenía en las guerrillas. Cualquiera diría que los godos o los patones lo denunciaron al gobierno venezolano. Pudo ser. Pero también pudo haber sido Escobar —dicen— pues sigue teniendo influencia en el Arauca o de pronto Álvaro Villamaría que ha bajado hasta el pie de monte, y no se descarta a ninguno de los hermanos Fonseca, por desavenencias de última hora. Vaya a saberse cuál de los enemigos. Por ese tiempo lo odian casi todos. Hasta Franco y los hermanos Bautista y ni que decir del tuerto Giraldo o el mismo Álvaro Parra. Una vez los militares venezolanos comprobaron que se trataba del general, previniendo los riesgos sobre posibles disturbios en la frontera, cruzada indistintamente por colombianos y venezolanos, lo montaron en una lancha oficial, lo llevaron por

el río Arauca hasta el poblado de Achaguas y luego lo metieron, con ciertos privilegios, en la cárcel de San Fernando de Apure.

En Colombia hasta circula la noticia de que el general se hizo apresarse él mismo para darse ínfulas, porque necesitaba reencaucharse, pues el descrédito es mucho. Lo acusan de todo tipo de cosas: parrandero ni se diga, lo demuestran las fiestas que arma durante semanas enteras; de despilfarrador no quedan dudas, pues usa a sus anchas los dineros de la revolución, malgastando en lujos y en mujeres; tirano, por supuesto, ya que se toma la justicia por su cuenta: él define quien muere y a quien se le perdona la vida; matón y mansalvero, no hay manera de ocultarlo, no es sino verlo desenvainar su espada para saber que van a rodar las cabezas de los enemigos; en la cacha permanecen las señales que dan cuenta de los muertos; violador además, pues él escoge las mujeres que le gustan y deja que sus amigos se den el lujo con las hijas de los vegueros.

Por todo ello es necesario un golpe de popularidad; necesita mejorar su imagen de guerrero. Y el incidente diplomático es una buena oportunidad.

La cárcel tiene diez celdas que dan a un patio de arena en donde los hombres son llevados media hora al día a tomar el sol. Sólo hay una puerta hacia el exterior y al cruzarla se llega a un pasillo y de ahí se entra a otro patio en donde se encuentra una edificación de dos pisos. Son las oficinas del director del penal. En todos los sitios vigilan hombres armados vestidos de azul. En la puerta se lee: Capitán Pedraza, Director. El general Velásquez está desaliñado, porque desde su detención no se le ha permitido bañarse ni cambiarse de ropa. Su figura es gruesa, su cara de luna, su pelo indio un poco largo, la piel morena, el pantalón caído en la cintura, la camisa por fuera, las botas embarradas por el trajín de los últimos días y el caminar un poco chueco, pues la posición al dormir toda una noche en un pequeño cuartucho, le ha magullado el nervio ciático de su pierna derecha.

— General Velásquez —le abre la puerta el capitán Pedraza y le extiende la mano—. Bienvenido, pase usted y siéntese. ¿Le provoca un habano? Usted disculpará el bochorno que le hemos hecho pasar, pero entenderá que al no conocerlo personalmente, había que cerciorarse de su identidad, a través de nuestros servicios de inteligencia. Los tiempos son difíciles y la Junta Militar tiene sus problemas.

— Bueno —el general le da la mano sin ganas y adopta el porte de orgullo acostumbrado en su comando—. Disculpados están, siempre y cuando las cosas de ahora en adelante sean diferentes. No soy quien merezca estar en un cepo con mala comida e intentando dormir en una losa de piedra.

— Eso es entendible general y esa consideración nos ha pedido el alto mando. De ahora en adelante pernoctará en el batallón en una de las

mejores habitaciones. San Fernando de Apure, nuestra capital, se siente orgullosa de tenerlo como huésped.

El general respira hondo. Siente un gran alivio. Allí podrá incluso adelantar los negocios previstos. De pronto hasta lo dejarán hablar con el coronel Pérez Jiménez, quien es uno de los militares con más prestigio y quizás el más ambicioso. De su fama ha sabido, y muchas de las razones que le envían de Venezuela le han llegado de él. No lo conoce en persona, pero si sería capaz de reconocer los rasgos de sus mensajes.

— Por favor llévele mis saludos al coronel Pérez Jiménez y dígame que me sería muy grato poder discutir con él los términos de una negociación de gobierno a gobierno.

Conocida la noticia del apresamiento, el gobierno colombiano interviene, el cónsul va a visitarlo, el embajador viaja a Bogotá a consultas diplomáticas y el gobierno de Urdaneta solicita de inmediato la extradición. Pero la Junta Militar de Venezuela lo piensa, consulta, envía emisarios a hablar con el gobierno de Colombia, con los dos partidos que se disputan el poder, con el ejército y por supuesto con el propio general Velásquez. Lo cierto es que lo tienen en cuenta, indagan sobre las posibilidades reales que tienen las guerrillas de ganar la guerra. ¿Cuántos hombres hay levantados?, ¿de cuántos fusiles disponen?, ¿qué territorios están tomados por los insurgentes?, ¿hasta qué punto estarían los liberales dispuestos a ceder un territorio que a ellos les pertenece desde la ruptura de la Gran Colombia?

— No es sino hablar con él para saber que es un simple ignorante. Ni siquiera cuida su figura.

— Si, pero también es cierto que en el movimiento armado del Llano tiene un prestigio ganado y que el pueblo lo apoya.

— El prestigio de la Junta Militar es el que se podría perjudicar por darle aliento a un bandido que ha sembrado de sangre y terror el Llano colombiano.

— Por el conocimiento que tenemos no ha sido inferior la saña del gobierno conservador. Además, se dice que los liberales protegen a los insurrectos.

— Eso es de dientes para afuera, coronel. Todos están en el exilio. El único que queda es Echandía, el más godo de los liberales.

— Bueno, de todos modos al asunto hay que darle una forma que no nos ponga el pueblo llanero en contra, al fin los llaneros de Colombia y los de Venezuela son hijos de la misma madre.

— Formas existen coronel.

— Entiendo. Los diplomáticos sabrán hacerlo con la debida inteligencia.

“Estoy libre pero preso. No puedo moverme con libertad, siempre rodeado por cuatro militares que me asedian. Hasta para ir al baño me estorban,

escarban antes el lugar por todas partes, como si yo entrara a cagar y después fuera a salir disparando. Si me van a dar los quinientos fusiles que me han prometido tantas veces, que me los pongan en el Arauca. Tengo amigos en Caney de la Selva. Si va a venir el coronel Pérez Jiménez que se apresure, yo no voy a perder más tiempo”.

— General, le traemos buenas noticias. Puede usted firmar este acuerdo. El gobierno pide cien mil cabezas de ganado y la entrega del Arauca. A usted lo llevaríamos de inmediato a la frontera. Lo podemos llevar a Puerto Páez o si prefiere otra vez a Guasdualito.

—Guasdualito está bien. Ahí quedaron mis guardaespaldas y mis cosas personales. Y tengo amigos cerca, que me hará bien volver a ver.

“Qué me importa a mí el Arauca, si allí nunca me han ayudado: ni el tal Escobar, ni los Villamarines; nadie ahí sirve para un carajo. Por supuesto les entrego el Arauca y el ganado se negocia; si los liberales quieren tumbar a los godos, que ayuden. Les ponemos los animales en el Arauca y que se lleven esa mierda. A los que viven ahí que les importa que los gobiernen los unos o los otros, si de todos modos van a vivir lo mismo”.

— ¿Y los fusiles?

— Usted dirá dónde se los entregamos, general.

— ¿Qué tal mil?, quinientos por el ganado y quinientos por el Arauca.

— Es una cifra razonable, general. Habrá que conversar del asunto con los altos mandos.

El regreso es un día esplendoroso, en una avioneta militar, una F56. Así se lo merece el general; no más incomodidades de lanchas y caballos. Atraviesan el Apure. En menos de una hora llegan a Guasdualito. Ahí lo reciben sus dos guardaespaldas. Son sus fieles servidores, los sargentos González y Perdomo. “Como lo habían prometido”. Los militares se despiden y le ofrecen garantías, hasta cruzar la frontera, pero eso sí, sin armas general. Esa fue la orden y usted sabe que las órdenes se cumplen. Aquí están las mulas para seguir el camino hacia el Arauca. “No hay tiempo que perder, lo mejor es descansar en Caney de la Selva y al otro día atravesar la frontera. Allí están mis verdaderas armas, y mi espada que es la que más me hace falta. Me siento desnudo sin ella. Indefenso. Entonces cumpliremos el pacto”.

— La cosa pinta bien sargento—. Los hombres van a buen paso por el sendero. El sargento González va al frente y un poco más atrás el sargento Perdomo conversa con el general.

— Si general, ya estábamos creyendo los rumores de su muerte o lo que es peor que se lo habían entregado a los godos.

— Esta gente está con nosotros sargento. Ya el negocio está hecho. En un mes haremos el trueque. Ahora si habrá que hacer la reunión que quiere

Franco, pero con los ganaderos liberales. Se llegó la hora de que todos pongan su cuota por la revolución.

El Caney de la Selva es un sitio hermoso, lleno de bosques de caneyes. Las tierras son buenas y hay agua suficiente. Al fondo pastan las reses, miles de ellas, y el general se sueña arriándolas para hacer el cambio por sus fusiles. Tantos sacrificios han valido la pena, ahora sí nadie le disputará ser el comandante supremo. Como tiene que ser. Los abrevaderos se disponen de trecho en trecho y las reses se acercan curiosas cuando ven pasar los hombres montados en las mulas; muchas de ellas están echadas sobre el pastizal y comienzan a rumiar. Está oscureciendo y es mejor llegar de día, pero no parece que les fuera a alcanzar el tiempo. El general siente extraño el aire, el olor no es el mismo. Ha visto volar los alcaravanes. Si estuviera en las riberas del Guanápalo creería que está en un inmenso peligro, de seguro se tiraría al monte, pero todavía es territorio venezolano. En la tierra de sus amigos se siente protegido.

28

Don Tulio lo viene pensando y consultando con sus hermanos desde que el cojo Laurentino Rodríguez le recomendara hablar con el coronel Olivo Torres. Pero cada vez hay más argumentos para rechazar semejantes acuerdos. “¿Acaso los primeros fusiles no nos los envió el ejército?, ¿quién los mandó?, ¿no fue el general Plinio Mendoza?, ¿no los trajo el sastre con ese amigo?, ¿cómo se llama?”. Los lugartenientes lo miran, lo escuchan, le obedecen, le responden: Chucho Feliciano, contestan. “¿Cómo puede ser posible que ahora el ejército ande detrás de nosotros? Es evidente que ya no son colaboradores de la guerrilla liberal, por eso le mataron los hombres a Aljure y asesinaron a mi compadre, y estaban era buscándome a mí. Ahora se aliaron con los godos, se volvieron enemigos. Qué acuerdos ni que carajo, Laurentino está loco”.

— Franco está citando un nuevo congreso, ¿no será mejor ir? —Manuel Bautista cree que por lo menos es bueno saber si algo traman.

— Congresos, encuentros, conferencias, seminarios. Esos deberían ser maestros de escuela. La guerra se aprende peleando —don Tulio le recuerda a su hermano cómo las conferencias no han servido sino para ganarse enemigos.

— ¿Se acuerdan de la que hicimos en Guanápalo con el general Velásquez o la de Hato Corozal?

— Si nos descuidamos nos manda a matar.

— Ni siquiera el congreso de “Brisas del Charte” sirvió para nada. Dizque sacaron unas leyes, y nadie las conoce.

Don Tulio Bautista confía en muy pocos. En sus hermanos, claro, pero a Roberto lo mataron y Manuel consiguió mujer y ahora quiere irse a pasar unos días con ella. Sabe que Pablo se gana enemigos fácilmente porque no tiene control al hablar y Rubén es apenas un pelado a quien hay que tener cerca para que no vaya a cometer tonterías. “Pero tener confianza plena es difícil, porque en la guerra las decisiones son duras. Si hay traiciones hay muertos y si hay errores graves, también. No es eso de que se entren a hurtadillas al almacén y se roben un poco de comida, porque hay muchos con hambre. Ni tampoco que se roben unos tiros para reemplazar el pertrecho o se acuesten con la mujer del vecino; esos son cosas del día a día, y para eso no se necesitan leyes. Las leyes más claras son las de la Biblia: ojo por ojo y diente por diente; esas son las que hay que aplicar en la guerra. Los soplones se fusilan, porque esos son los que preparan las emboscadas y al que por indisciplina pierde sus hombres o los fusiles, pues también. A mí me sigue pesando no haber fusilado al Aljure. Nadie le niega que es valiente, pero eso de estar bebiendo y poniendo en peligro a los compañeros, no tiene perdones”.

— Ese Franco se la pasa en esas. Ahora dizque quiere hacer la constitución llanera. Con un tal Alvear, un comunista, ahora en el comando de los Parra.

— Primero hay que ganar la guerra y después vendrán los gobiernos y las leyes. Con ese cuento de los juicios lo que anda haciendo es perdonándole la vida a ciertos bandidos como el tuerto Giraldo, un tipo que se la pasa haciendo daños y robándose la plata de las contribuciones.

“El tuerto ése es un bandido. A mí no me digan que no es malo. Se le ve el hambre por las mujeres y por el dinero de los demás; a ese tipo lo mandó matar primero Velásquez porque le estaba quitando los impuestos y aquí vino con la noticia de que la dirección liberal, necesitaba un dinero para mandar más fusiles. Como si a mí no me los hubieran mandado sin pagar nada. Yo no voy a ese congreso a encontrarme con ladrones, ni me aguanto esas vainas de juicios y jurados de conciencia y todas esas mierdas; el que la haga que la pague”.

Don Tulio se ha estirado en la hamaca y se fuma un cigarrillo. Pablo está sentado en una silla con Rubén, y Manuel se ha ido a ensillar la bestia porque está que no se aguanta las ganas de visitar la mujercita. Pablo tamborilea con sus dedos sobre el brazo de la silla y Rubén, que se ha quitado el sombrero se soba el pelo y se lo tira para atrás con los dedos abiertos. Afuera, los lugartenientes están sentados en el quicio del cuartel y esperan alguna orden que pueda resultar. Si no resulta nada, pues ahí se quedan, al fin su misión es cuidar a los hermanos.

— El general Velásquez se fue para Venezuela —las noticias en el Llano llegan rápido.

- Qué le vaya bien —dice Tulio con arrogancia.
 — ¿No dizque está preso?
 — Tanto mejor. Buena falta le hace estar tras las rejas.
 — Qué va; eso si deben ser cuentos. El hombre tiene muchos amigos por esos lados.
 — Pero también enemigos.

“Los que no sirvan para esta vaina que se entreguen, como Escobar o los Villamarines, o que se vayan o se mueran; lo mismo da. Esta guerra la vamos a ganar es nosotros, sin la ayuda del ejército ni del partido liberal ni de los traidores”.

- Yo creo que lo mejor es hablar con los Fonseca. Esos deben saber la verdad de lo que está pasando —Pablo ve venir a Manuel, que regresa con la bestia de cabestro.
 — Eso si me parece bien —dice Rubén que hasta ese momento no ha hablado—, el hombre está bien enterado.
 — Mientras Manuel se acuesta con la mujer, yo habló con los Fonseca. Voy esta tarde a Las Brisas y mañana les caigo al campamento.
 — Yo lo acompaño hermano —Rubén no quiere quedarse. Está aburrido de no hacer nada.

Manuel se despide. Lleva su fusil al hombro y va con tres guardaespaldas. Uno de ellos es Chucho Feliciano, que se acerca montado en la bestia. “Cúidese” le dicen y él les muestra que va con buenos hombres, todos con fusiles. Rubén se para y le palmorea el hombro. “Yo me voy con Tulio a visitar a los Fonseca y Pablo se queda acá”.

- Ojo que el ejército no está muy lejos. Y tú, Chucho, cuídalo bien.
 — Despreocúpese jefe —le contesta Feliciano

Manuel se sube a la bestia, levanta el sombrero y arranca al trote. Detrás de él lo siguen los guardaespaldas. Al dejar el cerco de la entrada, los hermanos ven cómo se pierde por el camino de Monterrey.

- Ensillen las bestias, nosotros también arrancamos —dice don Tulio y los lugartenientes se preparan.

El trayecto no es largo, son unas dos horas hasta el conuco en donde vive su mujer. Manuel está dichoso. Adelante se ofrece a ir Feliciano, y los demás, que van entretenidos conversando, lo dejan gustosos. Feliciano se adelanta un buen trecho. Se trata de inspeccionar el camino. De Aguaclara a La Pica y de ahí a la derecha por la ribera del Túa. Al llegar al río, él los espera antes de cruzarlo, da el parte de que todo anda normal y se adelanta al galope. Ahora, se les pierde de vista. Ahí el bosque es frondoso. Feliciano silba y

escucha la respuesta; entonces se esconde entre el monte. Cuando Manuel y los dos guardaespaldas se acercan, Feliciano hace señas y los hombres agazapados hacen fuego. La cosa resulta tal como la habían planeado. Los tres caen de las bestias, heridos de muerte. Sólo uno se queja; Feliciano se acerca y ve que el herido es Manuel. El fusil ha quedado lejos y casi no puede moverse. Tiene una herida en el pecho. Feliciano saca su revólver, lo mira a los ojos, le ve brotadas las venas del cuello; sabe que va a morir pero no espera que la muerte le llegue tan lento y sin pensarlo dos veces le da un tiro de gracia en la frente.

Pablo despide a sus hermanos; ellos van al cuartel de Las Brisas; allí pernoctarán y luego emprenderán camino al Secreto, un rancherío cerca al campamento de los Fonseca. Pablo, otras veces, se ha quedado solo y disfruta como nadie. “Es hora de relajarse”, piensa, y se va a beber cerveza con Laurentino, que está presto a contarle por qué diablos es mejor entregar las armas, ahora que el ejército ha tomado el control de la zona.

Como los hombres del campamento ven a Pablo de parranda; ellos también arman la suya. Entonces hay música, se busca chirrinche y las mujeres se ponen las faldas para bailar el joropo.

— Su hermano es terco, compadre. Es mejor dejar la pelea cuando todavía se puede negociar —Laurentino bebe parejo y el otro se le ríe en la cara.

— A nosotros no nos derrota nadie. Tenemos el sartén por el mango. Toda esa gente —muestra con su dedo índice los hombres y las mujeres que cantan y bailan—, toda, da la vida por los Bautista.

Hasta que los dos amigos se emborrachan, y agarrados el uno del otro se levantan para ir hasta la mayoría en donde los hermanos tienen los catres, dispuestos para la dormida. Pablo camina dando traspiés y Laurentino, agarrado del bastón, logra mantener el equilibrio de ambos.

— El que no está con nosotros, está contra nosotros —Pablo es admonitorio.

— Todos estamos con los Bautista, y si no que lo diga la gente —Laurentino insiste en acostarlo.

Ayudado por los corinches lo tiran en su catre cuan largo es. Por instrucciones del cojo, que los mira desde la puerta, le quitan las botas, abren las ventanas y dejan la puerta abierta para evitarle el calor. Satisfechos de verlo roncar, los muchachos corren adonde está la parranda, pero Laurentino, también cansado, quiere irse de una vez a las hamacas. Al día siguiente, sin haber despuntado el sol, la mujer que atiende a los Bautista pega un grito y los peones corren a mirar qué pasa. Allí quedó boca arriba, con los ojos abiertos, como si se hubiera dado cuenta de que lo iban a

matar, despatarrado como lo habían acostado, con un disparo en la sien. La almohada está inundada de sangre.

Mientras todo esto ocurre, Don Tulio y su hermano Rubén, llegan al cuartel de Las Brisas. Tomaron la misma ruta de Manuel, pero al llegar al río Túa, en lugar de coger a la derecha subieron a la izquierda hacia las cabeceras. Al atardecer, todavía con buena luz, los recibe Celedonio, el capataz y están también sus familiares, y los amigos de siempre. Buena comida y un cuarto con hamacas, y a descansar, porque la jornada del día siguiente será larga. Qué más se puede esperar. Y como empieza a llover y a tronar, la noche se hace fresca para dormir. Al amanecer, cuando está clareando y han cantado los primeros gallos, una treintena de hombres desarman a los guardias, encierran a la familia y cercan el cuartel en donde duermen los hermanos.

— ¡Don Tulio! —grita el mandamás— queremos hablar con usted.

Al principio, entre el ruido de los truenos que todavía se oyen en la distancia, y los relámpagos que a veces entran como fusilazos, Tulio cree que Celedonio lo está llamando, pero, al sacudir un poco la cabeza, descubre que el sonido es de otra voz. Intenta reconocerla y en alguno de los tonos se le parece a la del cojo, pero no está seguro. Entonces sacude a su hermano que ya está despierto y tiene el revólver en su mano.

— ¿Qué quiere? —Tulio contesta mientras busca su revólver bajo la almohada y se levanta despacio contra la pared. Intenta no hacer ruido. Se coloca las cotizas que están debajo de la cama. Cuando lo hace, Rubén se encuentra mirando por las rendijas del cuarto. Desde allí observa hombres con fusiles rodeando la casa.

— Venimos a contarle de sus hermanos—. La voz, esa voz, parece simulada, pero es de alguien conocido.

— ¿Qué les pasó? —contestan desde adentro, casi al unísono.

— Pues los mataron —dice el interlocutor que tiene un sombrero enterrado hasta los ojos y aunque en su mano hay un revólver, el cañón apunta al suelo.

Don Tulio sigue mirando por la rendija y ve que los hombres tienen los fusiles al hombro y entre ellos reconoce algunos de su comando. Están Martín y Kike. Y si el que habla es el cojo pues no lo reconoce ni le ve el bastón colgado de la silla. Entonces cree que son sus amigos que han venido a darle una mala noticia.

— Voy a salir —dice con su acostumbrada reciedumbre y se tercia la pistola en la pretina, y lo mismo hace Rubén.

Al salir, la brisa les da en la cara y una fina llovizna les moja el rostro. Con el resplandor de los relámpagos intentan de nuevo reconocer a los visitantes, pero antes de que se den cuenta de que quienes están al frente los traicionan y quieren cobrarles otros muertos, sienten en el ahogo del pecho las balas que les llueven desde los cuatro puntos cardinales de ese amanecer lleno de truenos y centellas.

29

“El calvo Alvear”, lo llaman los compañeros, pero los trabajadores de las fábricas donde presta asesorías para los conflictos laborales, le dicen “el doctorcito”. Es alto, flaco, desgarbado y de ojos azules. Parece un maestro de escuela. Algunos lo aprecian por lo que sabe de leyes, otros hacen alusión a su calvicie prematura. Se llama José Alvear Restrepo y es abogado. Apenas si tendrá treinta años. Nació en Antioquia pero vive en Bogotá y desde que empezó la revuelta, incluso el mismo día en que el capitán Alfredo Silva se tomó a Villavicencio, le ha dicho a sus camaradas que hay que vincularse a lucha de las masas. Ha sido el promotor de que el partido debe acompañar todas las formas de lucha. Al principio sus jefes no le paran muchas bolas: “porque esos tipos son liberales, muchos de ellos hacendados y gamonales”; pero él insiste con tanto poder de convicción, que sus jefes políticos lo autorizan para averiguar en el terreno de los acontecimientos, sobre la verdadera situación. “Se oyen tantas versiones que es mejor estar seguros”.

Llega por Guayabetal y cae en las sabanas del río Upía. Va solo, con una gorra para el sol y un morral en la espalda. El morral, es para llevar los libros y una libreta de apuntes. El trayecto la hace a pie, no se monta en un caballo por nada del mundo y si le toca atravesar un río, es tal el pánico, que prefiere esperar una lancha segura para que alguien le haga el favor de arrimarlo a la otra orilla. Él no sabe a quien buscar, porque los contactos le hablaron únicamente del general Velásquez y antes de emprender el viaje tuvo noticia de su muerte en Venezuela, en Caney de la Selva, cerca de la frontera. Dicen que fue emboscado por una patrulla del ejército colombiano con la connivencia de los militares de Venezuela. Pero la verdad final no se sabrá nunca. En el camino, alguien le habla de Guadalupe Salcedo, pero nadie es capaz de decirle con certeza en dónde se encuentra. Siempre mencionan haberlo visto pasar. Unos indican que está en Orocué porque allá vive su esposa, otros que en el Cravo, lugar de recientes combates y otros más que lo vieron en el Ariari o correteando potros en la plaza de Trinidad. Debe estar en el Pauto, porqué le conocieron una novia que lo tiene trastornado.

Entonces le cuentan que por esos caminos es el territorio de los hermanos Fonseca, liberales a carta cabal. No fue difícil encontrar a Jorge, Eulogio y Eduardo, jugando cartas bajo la sombra de los comorucos, bebiendo cerveza

y alardeando de sus hombrías. Pero lo cierto fue que nunca había tenido tanta dificultad para entenderse con alguien en asuntos políticos. Ellos hablaban del liberalismo como la tabla de salvación y seguían confiando como nadie en que los jefes estaban a punto de recuperar el poder y que el ejército era un aliado incondicional de la revolución llanera. Y cuando hablaba el uno parecía estar hablando el otro y no existía diferencia entre ellos. Además, sus amigos eran los Plinios, los Lleras, los López, los Lozano y los Echandías. Sin embargo, es allí, con los peones de ellos, que Alvear conoce las leyendas de otros combatientes, como los hermanos Bautista, los Parras, los Castrillón y los Villamarines. Entonces busca con quien entenderse mejor. Por eso decide seguir camino.

Llega al Humea siguiéndole el rastro al último asalto, que tuvo lugar en Medina, en donde murieron Humberto Díaz y Alfonso Parra. Allá lo van guiando las pistas hasta el comando dirigido por Álvaro, uno de los hermanos Parra. Muchos lo ven pasar y simplemente informan de su presencia. “Es un tipo solitario, alto, medio encorvado, que camina a paso lento como si no tuviera ningún afán”. Quienes informan son estafetas, entrenados como informantes. No es difícil reconocerlo. “No está armado, a menos que lleve algún revólver escondido en la mochila”. Pero lo cierto es que no carga armas y sabe que si las tuviera no sería capaz de usarlas. Algunos emisarios se le acercan para ponerle conversación y averiguar sus intenciones y él cuenta algunas cosas; no todas, porque es reservado. Sólo pide pistas para dar con el comandante de la zona. Pero los interlocutores no sueltan prenda. Luego, las cosas se ponen difíciles, porque se encuentran hombres armados que lo interrogan sobre esta vida y la otra, e incluso le piden papeles de identificación. Quieren saber quién es, de dónde viene y qué está buscando.

Cuando descubren que es miembro del Partido Comunista, los más liberales se sienten infiltrados por voceros del estalinismo. Fue lo que le pasó a los hermanos Fonseca cuando les dijeron que le habían encontrado un carné del partido comunista, que él por orgullo cargaba en un bolsillo. Algo similar le ocurre con los hermanos Parra, pero él, con su racionalismo ortodoxo los va ablandando, hasta que, o medio convencidos o resignados, lo dejan formar parte del movimiento. Sin embargo, no hay con ellos tampoco un entendimiento pleno y Alvear sólo se siente cómodo cuando se encuentra con Eduardo Franco. La primera conversación fue casual y ocurrió cuando acompañó a Álvaro Parra en el viaje a Cháviva, en cuyas cercanías tuvo lugar el primer Congreso, citado para buscar la unidad de los jefes guerrilleros. Hablaban tan parecido y eran tan semejantes los propósitos, que se sintieron amigos desde el comienzo. Alvear no estuvo presente en la reunión, pero de las decisiones finales sacó las ideas definitivas para elaborar la segunda Ley del Llano, llamada por muchos la constitución llanera.

Alvear asiste al Congreso del 10 al 19 de junio de 1953 en la mata de “La Perdida” sobre las riberas del río Túa, como delegado del coronel Eduardo Franco. Forma parte del grupo organizador y él mismo ha escogido el lugar y ha hecho los preparativos. Es bueno para eso; tiene experiencia dirigiendo eventos entre los obreros. Han organizado muy bien el lugar y lo han decorado para la ocasión. Es silencioso y acogedor, con el sonido de las aguas que rompen contra las enormes piedras de las orillas y un viento fresco que se encajona en las riberas. Los árboles son frondosos y hay jardines de veraneras. La casa tiene amplios corredores y salones en donde se respira el aire de grandeza de los terratenientes. Allí han estado los hijos de López pasando vacaciones, y el mayordomo cuenta sin recato que hay caballos que sólo los montan ellos. Los dueños viven en la capital y han dejado de ir desde el comienzo de la guerra. No quieren arriesgar, pero le apuestan al triunfo de la insurgencia liberal y Eduardo Franco les ha causado buena impresión; por eso lo van a apoyar, incluso aportando reses para la compra de los fusiles en Venezuela.

Alvear es estricto y puntual. Cuando todos han llegado los acomodan en la galería de camarotes dispuestos para albergar a cincuenta personas. Esa noche hay una cena para que hablen entre ellos y se conozcan bien y luego una tertulia espontánea para narrar historias antes de irse a dormir. Al otro día, a las siete, es el desayuno y luego empezará el Congreso. El programa es minucioso: primero las presentaciones oficiales, luego la ronda de informes, después la propuesta de Constitución Llanera y luego el nombramiento del Estado Mayor y el del Comandante General de las guerrillas del Llano.

El Congreso es de nuevo la reunión de los más importantes jefes guerrilleros. Lástima los ausentes; se quejan muchos en sus informes. La muerte del general Velásquez le duele a algunos y a otros no, y la cosa se discute; símbolo o no, de todos modos está muerto; lo importante son los hombres que han quedado y los fusiles; pero ahí está Humberto Paredes que responde por ese frente y es nombrado secretario. Y lo más grave lo de los Bautista; asesinarlos de ese modo fue una traición y Neira acusa a Dumar Aljure; pero otros dicen que los Fonseca también están implicados, porque se disputaban el mando en el Upía y le encargaron el trabajo al cojo Laurentino González y a Chucho Feliciano ahí presentes; pero ellos lo niegan y la discusión es enconada, a lo que Guadalupe, que conoce los casos de Dumar y el tuerto Giraldo, dice que ellos mismos se buscaron enemigos por ajusticiar a tantos inocentes. Y también hay sentimiento por el retiro de los Villamarines que se replegaron a los páramos del Cocuy y no han vuelto a ofrecer pelea; pero allá ellos. Y tampoco fue bueno el retiro de Mario Escobar, porque dejó un vacío en el Arauca; pero algunos dicen que ése no hacía mayor cosa, “era un bueno para nada”. Y muchos también están en desacuerdo con la ida de Franco a Venezuela en un momento tan crucial y menos haberse hecho acompañar

por Colmenares y Sandoval; pero otros aducen la importancia de tener los fusiles: “sin ellos no se va a ganar la guerra”.

Después de los informes quedan resentimientos y las voces se alzan en los descansos y algunos están que se dan de golpes y hay que calmarlos. Los más bravos son los hermanos Fonseca porque ellos mismos piden que se castigue con la pena de muerte a los que mataron a los Bautista. “Si ellos estuvieran presentes habrían recibido más aplausos que los que recibió el capitán Salcedo”, alegan. “Además, aquí hay traidores e infiltrados de los comunistas”, consideran. Pero el calvo Alvear es prudente y se la pasa calmando los ánimos y exhortando a la unidad. Y Laurentino sabe manejar los hilos de los acontecimientos porque el hombre conocía muy bien a los Bautista y tenía pleno conciencia de quienes eran amigos y enemigos.

Cuando le llega su turno, Alvear presenta una propuesta de Constitución llanera. Es un mamotreto de 224 artículos que no entiende sino él, pero que al fin aprueban en el Congreso y en donde al reconocerle sus méritos lo nombran Presidente. Lo cierto es que allí se cumplen los sueños de Eduardo Franco de tener un Congreso, un Estado Mayor y un Comandante en Jefe de todas las guerrillas liberales del Llano.

Luego de aprobar las leyes se nombra el Estado Mayor que reconoce a Eduardo Franco como el gestor de la unidad y a Rafael Sandoval porque todos lo aprecian y respetan y también quedan elegidos Jorge González Olmos, Carlos Neira y José Alvear Restrepo y a Guadalupe Salcedo se le corona como el Comandante en Jefe, pero los hermanos Fonseca, quedan resentidos de que no se les haga el debido reconocimiento. “Si estuvieran aquí el general Velásquez y don Tulio Bautista, serían los jefes naturales, no otros que se las dan de revolucionarios pero aparecen es cuando se van a repartir los puestos”. Por eso deciden retirarse, aunque aceptan seguir bajo el mando del capitán Guadalupe Salcedo.

Terminado el Congreso sale cada uno a cumplir su cometido, pero se encuentran con la noticia del golpe de Estado del general Rojas Pinilla el 13 de junio de 1953, mientras estaban en plenas deliberaciones. Entonces el desconcierto es evidente y descompone las decisiones que se habían tomado y cada quien hace lo contrario a lo que había pensado en la efervescencia de los días anteriores. Laurentino Rodríguez, ve su oportunidad y contacta de inmediato a su amigo el coronel Olivo Torres, y éste, ni corto ni perezoso, lo convence de que el golpe que estaban esperando acaba de ocurrir, que el general Rojas tiene el respaldo de los liberales y ha llegado el momento de recuperar la dignidad perdida del partido liberal. Guadalupe le escribe a Franco y le insiste en regresar a firmar la paz y participar en las decisiones. Eulogio Fonseca se convierte en un defensor fervoroso de la entrega de las

armas y Álvaro Parra intenta convencer a los radicales que no quieren entregarse y pretenden resquebrajar la unidad.

José Alvear, quien se retira con Álvaro Parra y Humberto Paredes, se indigna al ver que el esfuerzo ha sido en vano, y en el viaje por el río Guayuriba rumbo al Rincón de Pajure, acusa a Laurentino Rodríguez de fraguar acuerdos con los militares del nuevo régimen. Las aguas del río en invierno son torrentosas. En especial el Guayuriba porque la tala de los bosques hace que la lluvia termine de agrandar el cauce. Están al tope; los bordes de la ribera se desbarrancan, los árboles sucumben a la furia de los oleajes y luego transitan como náufragos en medio de las aguas; hay raudos y remolinos que ponen la panga a merced de la corriente. Humberto Paredes apenas si puede timonear desde la popa, pero, por más que lo intenta, no alcanza a sortear los raudos; Álvaro Parra, desde la proa, trata de remar hacia la orilla, mientras Alvear, en el centro, está pegado de los bordes de la canoa tratando de mantener el equilibrio. En su frente hay gotas de sudor, ha dejado de hablar, siente un desvanecimiento. Piensa en lo mucho que le rogaron sus padres sobre aprender a nadar, pero siempre le tuvo pánico al agua. Ahora espera que la suerte los arrastre hasta alguna de las orillas.

30

Silenia mira a Guadalupe y le parece lindo. Hasta su voz y su acento la emocionan. Está fascinada con la visita y más viendo la forma como él la determina. Georgina está incómoda, pide otro aguardiente y se fuma un cigarro. Nunca había fumado antes algo tan suave; lo aspira con ganas metiendo el humo hasta lo más recóndito de sus pulmones. Disfruta la picazón en sus entrañas, el sabor en las mucosas, las volutas que se levantan. Sus pensamientos vuelan con el humo de los cigarros, se dispersan con la brisa, se pierden entre las nubes. Leonidas Lara, mirando la botella casi vacía, sugiere ir a buscar otra que guarda escondida en un armario en el rancho, y Eulogio, entusiasta, se ofrece a ir adonde sea. Ya está copetón el muchacho. No espera sino el permiso de su madre y sale a buen paso hasta la playa del río, hasta donde se encuentra su curiara, la que empuja y lanza sobre las corrientes traicioneras del Pauto. Los destellos del sol, declinando en el horizonte, se reflejan en el agua. Boga de pie sobre la embarcación y guardando un precario equilibrio se desliza hacia la otra orilla.

En el ocaso, los arreboles cubren el atardecer. Hacia el oriente, sobre las nubes rojizas que permanecen como un recuerdo de luz, las garzas de cabeza gris vuelan de regreso a sus nidos; buscan los frondosos bucares y camorucos de las orillas del Pauto. En Silenia están marcadas de nuevo las huellas de la nostalgia y sigue mirando la llanura, mucho más allá de la otra orilla del río, más adentro de su corazón, hacia un sitio muy lejano de sus

recuerdos; Georgina le da vueltas y vueltas al recuerdo de su hija y Eulogio, que ha regresado sin contratiempos con la botella de aguardiente, quiere saber si el pájaro silbador ha vuelto para ir a matarlo con la escopeta. Todos inconscientemente miran en derredor buscando la presa, pero no ven el fatídico animal.

“Yo tengo que aprender a armar y desarmar un fusil”, Eulogio se excita y mira a Guadalupe. Lo ve seguro, y sueña despierto. “Tal vez el capitán me enseñe algún día”.

A Silenia los nombres que los hombres mencionan no le dicen nada. Ella sólo quiere oír el rumor de las palabras de su hombre, el énfasis de la voz, los movimientos de sus manos, y verle la sonrisa en el rostro cuando la mira. Si él le preguntara después de algún tiempo, esa noche por ejemplo —sueña Silenia—, alguna historia de las que durante el día les ha contado, ella no sabría responderle nada, pero sí diría cuántos minutos transcurrieron desde que comenzó a hablar y cuántas veces él le clavó la mirada y cuáles colores tenía el iris de sus ojos cuando los levantaba contra el horizonte. Por eso, después de pensarlo un buen rato, hace a un lado la vergüenza y decide ir a sentarse a su lado. Se levanta, coge la butaca y la coloca cerca de la silla en donde Guadalupe se encuentra.

Al contrario de Silenia, Eulogio sí se sabe muchas de esas historia, porque se las ha oído a la abuela y también a su tío abuelo, por eso no pregunta por héroes y personajes a quienes conoce de oídas; sólo le preocupa no tener un fusil y no saber desarmarlo y armarlo, como tiene que saber si quiere ser capaz de seguir las huellas de su madre. Eulogio tiene sed de venganza y sabe que desde niño está preparándose para la guerra. Ha tomado la decisión de hacerlo cuando venga María Georgina. Ese día, si regresa, se irá con ella.

Silenia mira y embriaga, mientras Guadalupe vacila. Es casi imposible responder de inmediato; primero debe recuperarse de la mirada. Entrar en convalecencia, así ésta dure unos segundos no más. Pero ahora que la tiene cerca, que siente su olor y puede sentir su calor, le susurra al oído. Quiere verla en la noche cuando todos estén dormidos. Y ella ríe y ése es un sí, un sí que ambos anhelan.

A lo lejos, en la otra orilla del río, montados en mulas, vienen dos vaqueros. Uno de ellos tiene un sombrero blanco de fieltro enterrado hasta los ojos, una camisa bermeja abierta en el pecho y el pantalón gris remangado a media pierna; el otro tiene un sombrero de palma, de alas anchas, un pantalón y botas de montar. El primero es Aicardo el padre de Silenia, y el otro es Efraín, el dueño del rancho. Bordean con lentitud el río que hace una curva pronunciada. Al llegar al frente se apean de las bestias, les retiran las

gualdrapas y las sogas y las arrear para que se vayan a pastar al llano. Luego hacen señas desde lejos para que Eulogio los recoja en la curiara, pero como la conversación está animada, nadie repara en los recién llegados. Entonces uno de ellos lanza un grito y Georgina levanta los ojos sobre las aguas sosegadas del Pauto.

— Son ellos —dice, aunque no alcanza a distinguirlos.

— ¿Quiénes?

— Efraín y mi marido.

Silenia se levanta para recibirlos en la orilla del río. Hala a Eulogio de un brazo y le recuerda sus obligaciones. Eulogio tiene la cabeza agachada y los movimientos de su cuerpo son lentos e incoherentes. Tambalea un poco pero dice sentirse bien. Camina hasta la embarcación que se encuentra atracada en la arena. La empuja y la saca al agua. Esta vez no es capaz de pararse en la panga para navegar, como boga en su curiara, sino que lo hace sentado para lograr mayor estabilidad. En la travesía rema con el canaleta firme, la lancha recta y la cabeza dando vueltas. Mira a los hombres para no perder el norte y tiene que hacer mucho esfuerzo para que la corriente no se lo lleve aguas abajo. De regreso, el norte es el rancho. Trastabilla al bajarse y casi cae de espaldas a las aguas turbulentas. Efraín y Aicardo presienten que el joven se va a caer pero ni siquiera lo miran y no le ayudan a subir el bote para encallararlo en la arena de la playa, cosa que debe hacer el muchacho con otro esfuerzo inusitado que lo deja desalentado y sudoroso.

Efraín saluda de mano a los hombres que se han parado para recibirlos; pero Aicardo es tímido y permanece callado. Entonces Silenia lo toma del brazo y se los presenta a todos, en especial a Guadalupe. “Es el capitán”, le dice. El padre de la muchacha se quita el sombrero que casi le tapa los ojos y parece asustado con tanta gente y tanto alboroto. Entonces ambos piden permiso, van al rancho a cambiarse de ropas y dicen que volverán. Silenia los acompaña y se va a acostar a Marianita, que llora y se soba los ojos. Se está quedando dormida.

Mientras tanto Eulogio, achicopalado, decide no aceptar ni un trago más. Los pensamientos le llegan como ráfagas sin lograr ninguna concentración. Así como da vueltas su cabeza también los pensamientos giran y giran sin remedio. Ya no le sigue el hilo a los relatos que ahora se cuentan con entusiasmo sobre las batallas; observa a varios puntos con la mirada extraviada, siente detrás de su abuela la sombra de su madre y ve de nuevo al pájaro silbador parado en una cerca que separa la huerta del bosque de árboles frutales de los alrededores. Empieza a oscurecer. Tiene ganas de ir a perseguirlo, pero las piernas no le responden y su cerebro se le embolata con las ganas que tiene de vomitar y el sudor frío que empieza a bajarle por el pescuezo. “Hay que ver la euforia de los muchachos cuando llegaron los

camaritas cargados de fusiles”, concluye Guadalupe. Eulogio cierra un ojo y no ve nada, abre los dos y ve doble, estira las piernas y siente que los dedos están entumidos, respira fuerte y advierte que el aire al entrar a los pulmones está lleno de alcohol. “Madre mía, me voy a morir”, dice a media lengua y los demás lo oyen y corren a socorrerlo, antes de caer de bruces sobre la tierra.

Con el pretexto de que el muchacho está enfermo, Guadalupe le pide al compadre Lara lo acompañe a llamar a Silenia para poder atenderlo. Además, quiere invitar al marido de Georgina y a su hermano a departir con ellos. La noche está limpia, plagada de estrellas que titilan en el horizonte y un viento refrescante los cruza de norte a sur. Adentro, se sienten las voces de los peones. Eulogio es levantado por las axilas y sus piernas no le responden, así que dejan una huella continua sobre el polvo del camino. Ya están llegando a la puerta del rancho cuando el muchacho pide entre lamentos que lo dejen vomitar. Entonces los hombres que lo llevan a rastras se paran a un lado del sendero, contra unos matojos de hierba, y dejan que el muchacho se despoje de lo que tiene adentro. Un olor vinagroso les llena la cara. Se encuentran en esas, cuando sale Silenia, desesperada, a ver lo que le pasa a su hermano. Le oyó las quejas y dejó a Marianita dormida. Detrás de ella sale su padre.

Aicardo es un hombre chaparro, recio, de pelo negro y bigote grueso y cada parte de su rostro refleja la severidad de la vida que le ha tocado. Las manos burdas y encallecidas, la voz grave, el aliento amargo, el olor a sudor y los pies descalzos, con dedos anchos que casi han perdido las uñas, las que han sido reemplazadas por unas costras queratinosas que le cubren los dedos. Su camisa bermeja esta abierta hasta la mitad del pecho y el pantalón, salpicado de barro, está doblado en la mitad de la pierna. Es hombre de pocas palabras. Él los mira, hace un gesto de inconformidad y vuelve a meterse en el rancho.

Eulogio se desgañita en profundas arcadas y ella soba su cara y seca con sus manos el sudor que le corre desde la frente. Leonidas regresa a sentarse y Aicardo y Efraín salen con unas toallas y se dirigen al río. Luego de lavarse se ponen una camisa y un pantalón limpios y van a sentarse con el resto de la gente. El compadre Lara les ofrece un aguardiente. Efraín lo saborea y Aicardo lo engulle de un solo envión, sin pasarlo con nada. Se sientan en el suelo y permanecen ahí, sin pronunciar palabra. Efraín charla con el compadre Lara y con el tuerto Giraldo y Aicardo lo único que hace es tomarse el aguardiente cuando se lo ofrecen y seguir indiferente, sin opinar, sin expresar si está de acuerdo o no con las anécdotas que ellos refieren.

— Ayúdeme— le pide Silenia a Guadalupe y él, que se ha parado a mirar, corre a socorrerla.

Eulogio está desmadejado sobre el regazo de su hermana. Se encuentra pálido y frío. De ahí lo toma Guadalupe con delicadeza, sintiendo al mismo tiempo, y como un amable contraste, la calidez de la piel de Silenia, sus muslos fuertes, el vaho de su respiración. Ve que la mujer se estremece un poco cuando sus manos penetran en el vestido y se lo desacomodan. Ella corre a bajarse la falda y Guadalupe le dice suavemente, que él es el culpable, por permitirle al joven emborracharse, y la tranquiliza con sus palabras. Juntos se dirigen al rancho. Ella va adelante y él la sigue detrás, muy cerca, sintiendo su olor, mirando su cuerpo, dejándose guiar. Guadalupe quiere conquistarla de nuevo. Él le sonríe y ella, coqueta, lo mira con ternura.

Al entrar, Guadalupe observa a su alrededor: la cocina ha quedado afuera de la vivienda y adentro hay dos piezas en serie, separadas por un muro de caña brava. En la segunda, está dormida Marianita, y hay un pequeño cobertizo que le sirve de dormitorio a Eulogio. En el piso hay una estera donde Guadalupe lo acomoda con cuidado. Ella enciende una vela y él le mira las facciones al muchacho que se parecen a las de ella. El joven se queja pero no tiene fuerzas sino para dormir; a su alrededor todo sigue dando vueltas. Silenia le coloca una almohada bajo la cabeza, lo cubre con una manta y le toca la frente. Sigue frío. Guadalupe se levanta y se encuentra cara a cara con la mujer. Ambos se miran y él la toma por el talle. Pero ella está nerviosa y observa constantemente hacia la puerta. Su voz le tiembla. “Es usted muy linda”, le dice él y ella se abochorna, le pide que salgan al patio, y murmura algo ininteligible sobre la furia de su padre. Su voz está quebrada y le tiemblan las piernas. “Vine fue a verla a usted”, le dice Guadalupe. “Que va —le responde ella— han pasado casi tres años”. El corazón de ambos se sacude. “Es cosa de la guerra”. “¿Y yo que?, ¿y la niña?”. “Yo que iba a saber”. “Usted dijo que me amaba”. “La amo”. Entonces la besa y ella se entrega en un abrazo. Están ahí, abandonados al instante, cuando oyen que alguien se acerca.

Es Georgina. Ve los dos bultos salir del cuarto y nota la premura. Sabe que ambos buscan un momento para conversar. Las sombras de los tres se proyectan sobre el umbral. “Ya se durmió”, dice Silenia conteniendo la respiración, mientras ambos salen. Guadalupe todavía la sostiene del talle y la acaricia por encima del vestido. Afuera la noche es fresca y el firmamento se encuentra esplendoroso. Arriba, a dos palmos del río, titila la Cruz del Sur, inclinada sobre el horizonte. Georgina se demora algo más pero luego regresa y les hace compañía. “Fue mi culpa”, repite Guadalupe cuando llega, disculpando al muchacho, pero Leonidas también se atribuye el error de haber dejado que Eulogio se tomara unos tragos. “Va, qué importa, tiene que acostumbrarse”, agrega Georgina que en ese momento se acomoda de nuevo en su silla, restándole importancia al asunto.

— Papá —dice Silenia—, hay que encender una fogata para que nos veamos las caras, la luna va a demorar en salir. Anoche, apenas apareció como a las dos de la madrugada.

Su voz es suave y la frase aviva la curiosidad de Guadalupe que está atento a lo que ocurre y más cuando Georgina advierte que su hija parece un espanto, porque apenas si pega los ojos al acostarse y después camina como sonámbula, dando vueltas por el sembradío y correteando por la orilla del río. “Me gusta la fresca de la noche y ver la luna”, justifica Silenia. Guadalupe no dormirá entonces esa noche, colgará el chinchorro, de las ramas de aquellos frondosos árboles de mango que le dan sombrío a la vivienda y esperará la salida de Silenia, mirando las estrellas, para acompañarla, si el azar de la vida se lo permite, por entre los arenales del río.

Silenia sigue su rutina. Calienta la comida que encuentra para atender la visita: tungos, chapas y torrijas de yuca, y ellos comen y se toman los últimos tragos de la botella antes de irse a dormir. “Usted me imagino que se quedará con nosotros, dormirá en una hamaca —le dice Georgina a Guadalupe—, así podrá conversar con la muchacha por la mañana”. Guadalupe la ayuda a pararse de su silla, le agradece, y aclara no necesitar una hamaca, él armará su chinchorro. Leonidas, Berardo y el corinche se irán y lo recogerán al día siguiente. Aspiran seguir rumbo a Trinidad.

Aicardo está furioso porque sabe, desde siempre lo ha sabido, que ese hombre fue el que preñó a su hija y la dejó abandonada. “Yo le perdono que la hubiera preñado pero no dejarla abandonada a su suerte”, le ha dicho muchas veces a su mujer, pero Georgina ha aceptado entender que la vida es así de dura con las mujeres.

Silenia asume las funciones de ama de casa; despide a los hombres cuando se disponen a cruzar el río en la curiara; le entrega una manta a Guadalupe para el frío del amanecer, espera a que los demás se acuesten, le pregunta a Georgina si se encuentra bien, pero sabe que a la vieja los tragos sólo le sirven para aceitar la lengua; se despide de su tío; apaga la hoguera echándole arena encima; recoge los trastos de la loza y las botellas vacías y al entrar a la vivienda revisa que Eulogio esté dormido. Lo siente respirar y siente su cuerpo caliente. Después de mirar a sus padres cuando se disponen a buscar un lugar en la cama, sale al sereno a corroborar si Guadalupe se encuentra a gusto, le da las buenas noches, le acepta otro beso pero se separa de inmediato y le dice que en ese momento no puede, mas pide le avise si le hace falta algo. “No es si no que me llame —explica—, yo tengo el sueño blandito”. “Así lo haré”, le responde Guadalupe con una sonrisa y con la esperanza de verla cuando aparezca la luna.

31

“Se está perdiendo la oportunidad de hacer la revolución. En el Congreso hizo falta Franco; es el más sensato de todos —el calvo Alvear, aferrado a los bordes de la panga, se despreocupa por instantes del peligro en que se encuentra. Su mente se entretiene con las consecuencias que podría tener el golpe de Estado del general Rojas—. Guadalupe es un buen guerrero y con la mente puesta en la unidad, incluso a pesar de las diferencias, por eso me respaldó cuando los Fonseca intentaron expulsarme de la reunión, pero es ignorante, no tiene mayor instrucción, ni siquiera sabe hablar en público; está bien que dirija las guerrillas y sea el Comandante General, pero detrás tiene que estar Franco. Fue un acierto nombrarlo jefe del Estado Mayor. Sólo confío en él y en Sandoval, pero no me gustan Neira ni González Olmos; además, los Fonseca salieron furiosos porque no estuvieron de acuerdo con que yo dirigiera el Congreso y menos que fuera miembro del Estado Mayor. Claro, dirán que soy un aparecido porque no llegué desde el principio, y me tildarán de comunista, pero no pueden negar que les estoy ayudando a organizar el desorden”.

— Esto está duro —grita Álvaro Parra apretando su remo y con una sonrisa en los labios. Pero es como uno de aquellos gritos con los cuales los hombres valerosos quieren aparentar lo machos que son. Alvear, por su ignorancia en el tema, no es consciente del peligro.

“De todos modos yo sé como localizar a Franco. Tengo sus coordenadas en Venezuela. No me gusta para nada esa idea de entregar las armas, precisamente cuando hay unidad y cuando tenemos nuestra propia constitución. Qué tal que Franco consiga los fusiles. Aquí lo que puede haber es desbandada. Estos tipejos todavía siguen creyendo en el ejército, como si no fuera el destacamento principal de la oligarquía. Como si los ejércitos de la burguesía no estuvieran al servicio del gran capital. Y claro, el partido liberal apoyó el golpe de Rojas después de no ser capaz de hacer el que tenían programado, pero para ellos lo importante era sacar a Laureano para tener la nueva oportunidad de controlar el poder”.

— ¡Rema, rema duro!, —le grita Paredes a Parra, alegrando el esfuerzo— que ahí en esa curva está la orilla, si logramos agarrarnos de esas ramas estamos salvados.

Paredes le muestra la curva a Parra; es un recodo en donde las aguas golpean duro y se levantan; pero al dar la vuelta pasarán cerca de una raíz incrustada en el barranco, y si Parra logra tomarla detendrá el paso acelerado de la panga. Habrá que agarrarse duro, con fuerza.

— Vamos Alvear, hay que cogerla.

Alvear despierta de sus remembranzas. Vuelve a sentir las aguas, ve la orilla, observa la raíz. Se siente indefenso. Está agarrado con ambas manos. Suelta la izquierda y la levanta un poco para tantear cómo hacerlo. Necesitará de mucho arrojo. Están cerca y la raíz se aproxima, Parra, que va adelante, intenta con su mano izquierda pues con la derecha mantiene agarrado el remo, pero el bote se hunde en un remolino justo antes de chocar contra el barranco y la proa se desvía hacia el centro de las aguas. Alvear ve que está cada vez más cerca de lograrlo y estira su mano, pero no puede soltar la otra mano del borde de la panga, porque siente que caería al agua y él no sabe nadar, así que no le da el esfuerzo para estirarse tanto y sus dedos apenas si rozan la raíz. Y cuando Paredes intenta hacerlo, el bote se llena de agua. Entonces desisten. Además, ya no es posible lograrlo, porque la turbulencia los ha lanzado aguas abajo

— La corriente es mucha.

El agua salpica a los tres hombres y les moja la cara. Están empapados porque los oleajes que se devuelven desde los riscos se estrellan contra la canoa y la sacuden. “Hay que achicar”, dice Paredes y le ordena a José Alvear coger la totuma que está justo detrás de él. “Hay que sacar el agua”, insiste, pero el calvo no sabe como voltearse sin el riesgo de caer o de hacer voltear la embarcación. Tantea con una de sus manos, mientras la otra se aferra al borde. “Más atrás”, grita Paredes y Alvear estira un poco sus espaldas hasta dar con ella. Está boca abajo flotando sobre el agua que hay en el bote, y no encuentra como voltearla con las puntas de sus dedos. Al golpearla se le escurre más atrás y se le escapa de la mano, pero Paredes se la empuja con la punta del pie y la sostiene mientras el calvo intenta de nuevo. El agua sigue subiendo en la embarcación. Álvaro Parra cree que lo mejor es echarse a nadar, pero Alvear insiste en que es una locura. “Además —les ruega— yo no sé nadar”.

“Y pensar que hasta el mismo Eulogio Fonseca decidió apoyar a Guadalupe, aunque fuera a última hora”.

José logra asir la totuma y es como si hubiera sido un triunfo. Respira, se relaja y empieza a sacar el agua. “Ya está, ya está”, dice mostrando que el peligro va a pasar. Se aferra con la izquierda y saca agua con la derecha. Ve como el agua del interior disminuye y ya empieza a sentir que el borde de la totuma rasga el fondo de la panga. Lo hace con rapidez. Los otros saben que si no la dejan llenar de agua, podrán mantenerse a flote y avanzar hacia la orilla, pero ya han bajado casi dos kilómetros del sitio adonde debían llegar y empiezan a preocuparse, porque más abajo hay unos raudos que los pueden

llevar a pique. Además las piedras en algunos sitios son filosas y hay riesgo de herirse. “Esto es cuestión de supervivencia”, dice Álvaro Parra”.

— Estamos llegando a Marayal —dice Paredes—. Ambos saben que después vienen los riscos.

Anochece. No es buena la oscuridad sin haber logrado una de las orillas. De noche estarán a merced de las enormes rocas del cauce y en ese sitio el rastrojo de los bordes no los dejará salir. Alvear apela a la amistad, a que son correligionarios, “somos camaritas”, dice, pero Humberto Paredes y Álvaro Parra no le responden ni le dan ánimos, sólo se miran entre ellos.

— Somos camaritas —repite.

“Dumar Aljure y Carlos Roa se opusieron. Eso queda claro, con ellos se puede contar”.

Abajo, sobre una de las orillas hay unos ranchos. Es un pequeño rancherío que se llama Marayal. El primero que ve las chozas es Humberto Paredes, quien le dice a Parra que traten de acercarse un poco. “Es nuestra oportunidad”. Hay hombres en las hamacas y mujeres en los huertos. Ya los rostros no se distinguen porque la luz se está diluyendo. Entonces los lancheros gritan para que la gente de los conucos les ayude y efectivamente la gente los ve y corren y buscan lazos para auxiliarlos.

— Tírense— gritan desde las orillas.

— Vamos —dice Álvaro Parra a sabiendas de que es la única forma y Humberto Paredes, sin pensarlo dos veces se lanza a las aguas.

De inmediato Álvaro Parra suelta el remo y también se lanza a la corriente, pero al hacerlo la lancha se llena de agua. Paredes va nadando hacia la orilla y los conuqueros le arrojan uno de los lazos, él bracea con desespero hasta agarrar el cabo y los hombres empiezan a jalarlo. Álvaro es más hábil para nadar y gana rápidamente la orilla. Al llegar a un remanso, y al pararse sobre terreno firme, voltea para mirar la lancha. Ve a José Alvear agarrado a uno de los bordes y escucha el grito.

—Hijueputas, no me dejen morir.

Los hombres se han parado en la orilla a observar los acontecimientos, y ven cómo Alvear entra y sale de las aguas. Grita, pero cada vez las palabras son más imperceptibles. Chapotea y se ha soltado de la embarcación, pero la corriente es muy fuerte y lo arrastra tan rápidamente que no se alcanza a ver en la distancia; apenas hay, a lo lejos, un punto negro que no se distingue.

Parece uno de los remos a la deriva. Está demasiado oscuro para ir a buscarlo. Además, sería imposible darle alcance.

Al otro día, los hombres desayunan en uno de los conucos. Las mujeres hacen comentarios sobre otros conocidos que se han muerto en esas aguas. El hijo de Vitelio Castrillón, la mujer de Marcos Achagua. Y cuentan las historias adornadas con comentarios sobre esas familias que han abandonado el lugar, quizá para olvidar las penas. Hay café y torrijas de yuca, pero si esperan podrán ir a buscar huevos en el vecindario. Humberto Paredes y Álvaro Parra están vestidos con ropas secas que les han prestado en los conucos. Han salvado su vida, es cierto, pero no están propiamente alegres. Los conuqueros conocen a Parra, porque uno de sus hermanos ha transitado por esos lugares, pero saben que son del Upía. Casi no se meten con ellos y los dejan solos para que hablen.

— Lo mejor es propiciar la entrega de las armas. Esto no va para ninguna parte—. Álvaro Parra está desilusionado.

— Si los liberales hubieran hecho el golpe sería mejor, pero de todos modos los conservadores tendrán que salir del poder —anota Humberto.

— Sí, no queda duda. Golpe es golpe

— Yo estoy de acuerdo con la entrega de las armas. Además como Secretario del Congreso creo que puedo convencer a los miembros del Estado Mayor.

— Apóyate en Laurentino, él es buen amigo de los militares. Incluso dicen que tiene conversaciones avanzadas con el coronel Olivo Torres.

— Hay que hablar con los Fonseca, ellos salieron reventados del Congreso.

En esas están cuando un chico llega corriendo por el sendero del río y se acerca adonde los conuqueros, y los hombres hablan entre ellos y después uno se les acerca.

— Encontraron al otro, el amigo de ustedes.

— ¿Está vivo?

— No, se ahogó, está pegado a unos juncales en la orilla, como a un kilómetro de distancia.

32

Guadalupe, acostado en su chinchorro, siente el rumor del Llano. El sosiego de los arreboles sobre las nubes, que no terminan de desaparecer ni aún entrada la noche; el acomodo de los pájaros en las ramas de los mangos; el efecto de la brisa creando murmullos en la hojarasca; el silbido de los grillos en la mata de monte; el golpe de las corrientes del río Pauto que socavan los barrancones de las orillas; el piafar de potros aislados en la cuadra; el mugido de las vacas; el olor de la boñiga que se levanta con el viento; los

aleteos de los murciélagos que cruzan cerca de su chinchorro; el zumbido de los zancudos cuando se aproximan a sus oídos. Incluso, advierte que entre aquellos ruidos sabaneros también está el sonido de las voces de Silenia que busca, con discreción, sosegar con sus caricias las pesadillas de Eulogio. Escucha también que su padre, aquel rudo peón, sigue furioso por el regreso del hombre que preñó y abandonó a su hija, y le recrimina a Georgina haber dejado emborrachar a su nieto.

Guadalupe quisiera dormir pues se siente cansado. Cierra los ojos y le da rienda suelta a sus recuerdos, pero sabe que debe controlar sus deseos, para poder verla cuando se levante a caminar por la huerta y los caminos del río. Abre de nuevo los ojos, se incorpora un poco y observa cómo la oscuridad va recuperando los objetos. Adivina entonces lo que se esconde detrás de esas figuras borrosas que se le aparecen en la distancia: los recodos del río, la espuma de los remansos, la silueta de árboles solitarios en medio de la espesura, la caballeriza, y las espigas de caña brava que ondean sus barbas rojizas contra el horizonte. Pero los ojos se le van cerrando otra vez. “Es inútil —piensa— no podré contener el sueño si sigo acostado. Qué tal que, entrada la noche, el cansancio y el alcohol me profundicen y pierda la oportunidad de verla, de acercarme al olor de su cuerpo, de deleitarme con su figura, de caminar con ella por las orillas, de alimentar mis recuerdos con los de ella, e intercambiar unas palabras bajo la luz de las estrellas que se desvanecen en el infinito”.

Guadalupe enciende un cigarrillo y salta del chinchorro. El piso es blando y sus dedos se entierran en la arena. Aspira el humo a grandes bocanadas y se dirige al río. Siente en sus pulmones el vaho fresco de la corriente. Distingue troncos y ramas que bajan con las aguas. Al otro lado del río la curiara de Eulogio está enterrada en la arena, lejos de la corriente. Recorre con lentitud la ribera y siente que ha perdido la habilidad para superar los obstáculos que se le aparecen en la oscuridad y para evitar que el pedrusco le lastime las plantas de los pies. Extraña la época de peón en que la piel de sus manos y sus pies era gruesa y aguantaba los terrenos escabrosos. Algunas lagartijas huyen a su paso removiendo los matojos para esconderse del intruso y entonces alcanza a escuchar en el agua el chapoteo de los peces que a esa hora se alimentan. Piensa en las cachamas, destripadas y cocinadas a fuego lento en las fogatas de las orillas.

Pasa tal vez una hora antes de que decida regresar. Quiere impregnarse hasta las entrañas de cada uno de los recuerdos. Mira a lo lejos el rancho de Georgina con la esperanza de ver la silueta de Silenia aproximarse, pero no distingue nada parecido. Sólo las sombras de la vacada rumiando en silencio sobre el pastizal. Aún la luna no sale, pero el cielo sigue repleto de estrellas. Observa las constelaciones que en otro tiempo le servían de guía en las noches y noches de desvelos, mientras se escondían de la tropa o le huían a

las hordas de patones y chulavitas. Advierte la tortuosidad del Pauto; unas veces va hacia el norte, luego gira hacia el oriente y se devuelve hacia el sur. El río es traicionero y torrentoso, como la pasión que ahora lo envuelve y de la cual no se quiere desprender.

Al regresar advierte que se ha fumado media docena de cigarrillos. Tiene la boca seca y un sabor amargo en la garganta. Aprisiona entre sus dedos la cajetilla vacía y la arroja a las aguas; ve como se pierde entre la corriente. Se acerca a la orilla y toma agua en el cuenco de sus manos. Se enjuaga la boca y arroja a la arena el buche de agua, luego bebe un sorbo. Se acerca de nuevo al rancho, se mete al chinchorro y cierra los ojos para quedar de nuevo atrapado en la telaraña de sus sueños. Pero ellos llegan a ráfagas, sin consistencia. Pasan unas veces raudos y hay otros que atropellan y suplantán. Silenia siempre está ahí y también Juanita Olmos, y ambas se confunden y terminan siendo la misma. Reconoce en las figuras que se le aparecen el mismo cuerpo lleno y sensual, la picardía en el mirar, la cadencia en el andar, la altivez en el rostro, los senos erguidos, las caderas armoniosas, los muslos fuertes.

Guadalupe no sabe si el recorrido de su mente es en medio de la vigilia o si está sumido en un profundo sueño, del cual intenta escapar, pero no puede. Hace un esfuerzo inusitado porque sabe que algo inaudito está ocurriendo a su alrededor. Entonces abre los ojos y piensa haber despertado de un sueño, pero sigue en otro y se encuentra con ella que lo mira y está ahí muy cerca de su chinchorro. Ya hay luz por el reflejo de una luna llena que se asoma en medio del esplendor. No le ve el rostro a contraluz pero se imagina a Juanita que ha vuelto a buscarlo y lo mira con una sonrisa cálida. Además, la mujer le hace señas para que guarde silencio. “No puedo —dice— dejar que mi padre se despierte”, entonces lo ayuda a bajar del chinchorro y se lo lleva de la mano por el camino del río. Guadalupe demora mucho en ser consciente de que camina a su lado y que no es Juanita sino Silenia que ha venido a llenarle el vacío que lo atormenta. Mientras ella sea la guía el sendero no tendrá tropiezos. La piel de sus brazos es suave y un frío de rocío la cubre.

El agua del Pauto da visos plateados y miles de lunas se asoman desde el fondo de las aguas. Un viento fresco le eriza a la mujer los vellos en la piel de los brazos y con la palma de las manos se los soba con insistencia. Guadalupe la mira con afecto y le ayuda a sosegarlos. Hay una mano acariciadora que sube y baja desde los hombros hasta las manos, se estaciona en sus dedos, y la atrae hacia sí. Juntos navegan en la parsimonia de las palabras, en los pequeños acercamientos de la piel, en el sabor de las frases nunca dichas y que suenan tiernas, en el enredo de los dedos entrecruzados, en silencios para sentir

— ¿Por qué me dejó?

- Ya te lo dije, es la guerra, cada vez he estado más comprometido; siempre peleando y huyendo.
- ¿Y la niña? Al principio pensé que era de otro hombre.
- Es suya; eso fue de una. Se ve que usted es muy promiscuo.
- Será prolífico.
- Bueno, una cosa de esas.
- ¿Sabe que no podía dormir de pensar en usted?

Cerca de las aguas hay una pequeña colina y desde lo alto se divisan los ochos plateados del Pauto en el horizonte del Llano. La hierba un poco húmeda por el rocío, los penetra; la brisa fresca le alborota el cabello a la mujer; el olor a la vacada los sacude; las estrellas se precipitan con los raudos de la corriente, se esconden en ellos, aparecen y desaparecen. Nunca antes había visto estrellas arriba y abajo y en medio de su cabeza. Su aliento está tan cerca que se alimenta de él.

- ¿Cómo es la guerra?
- Muy dura. Pero uno se acostumbra.
- ¿Usted cree que me puedo acostumbrar?
- Todos nos acostumbramos. Pero yo no quiero llevarla a la guerra. Quiero que me espere y luego, cuando todo termine, nos vamos a vivir juntos.
- ¿Seguro que no tiene otra mujer?
- Si he tenido otras mujeres, pero a usted la amo. ¿Estaría dispuesta a irse conmigo?
- No creo que quiera llevarme.
- Tiene que creerme. Si no fuera así no hubiera regresado.
- Prométamelo.
- Se lo prometo.

Entonces se besan largamente. Se juran amor. Se descubren de nuevo, se recorren, se acarician, se aman y al final se quedan dormidos en la arena del río.

Cuando Aicardo se levanta, Silenia está terminando sus labores de cocina, ha montado el café y tiene listo el fiambre para su padre y su tío: envuelto de arroz con cuajada y torrijas de yuca. Él llega y la observa, pero ninguno de los dos dice nada. Ella no se atreve a mirarlo por miedo a que la recrimine. El chinchorro donde se encuentra Guadalupe se bambolea suavemente y un hilo de humo sube hacia el cielo. En el horizonte, los celajes se dispersan por encima de las nubes y un brillo rojizo anuncia el amanecer. El peón se dirige al río y mete los pies en las aguas de la orilla. Lleva una toalla gris en el hombro. Allí se remanga el pantalón, se quita la camisa, se lava los pies y se moja la cara y la cabeza; un poco de agua en las axilas y un estregón en los ojos con las puntas de los dedos. Se seca con la toalla y se la vuelve a tirar al hombro. Luego regresa al rancho, se limpia los pies, se pone unas cotizas y

se hunde el sombrero en la frente, casi hasta los ojos. En ese momento aparece Silenia con el desayuno, y ya Efraín ha saludado a Guadalupe y se encuentra sentado en la mesa empotrada en el patio. Silenia les sirve el desayuno y se devuelve sin decir palabra. Aicardo se sienta, se coloca el envuelto sobre los muslos, lo abre y empieza a comer en silencio. Lo hace con desgano mirando a Silenia que se aleja hacia la cocina.

— Oiga —le dice antes de que su hija se le pierda del todo—, Tiene que aclarar las cosas con ese hombre.

— Sí papá —le contesta ella—, él ha vuelto y vamos a hablar—. A su lado la taza de café humea.

Efraín no la había visto actuar así nunca antes. Esta exuberante, bonita; con una falda negra que le llega algo encima de las rodillas, un camisa blanca en la que se dibuja el contorno firme de sus senos; se ha peinado y el pelo negro y húmedo le baja como una cascada sobre los hombros. Las mejillas tienen un tinte rosado y en su cabeza, detrás, sobre la coronilla, se clava un peine rojo; el mismo que usa Georgina. Se había bañado y olía a jabón.

— Algo se trae esta muchacha —está molesto Aicardo.

— Qué va hombre. Está enamorada —le responde Efraín.

En la distancia los arreboles han cubierto el cielo. Muy pronto una bola de fuego descubrirá el amanecer. Al fondo, la sabana sin fin, y en medio de ella, un cañaguate frondoso se dibuja a contraluz sobre el azul que comienza a perfilarse en el horizonte y que le sirve de fondo. Las nubes viajan lentas hacia el sur. Las garzas se desperezan en los caimitos y en los chaparros de las orillas del Pauto.

Silenia les entrega el envuelto de arroz y un frasco con el café. Entre las cosas van pisillos con carne de pescado. Es hora de salir pero observan que la curiara está al otro lado del río. Aicardo maldice y no le importa que le escuchen lo que tiene que decir.

— Despierte a ese muchacho para que vaya por la canoa.

— Pero está enfermo.

Silenia entra en la vivienda y se dirige al cobertizo donde duerme Eulogio. Lo observa con la boca entreabierta, respirando rudo y con una especie de quejido. Lo mueve, lo sacude, lo llama, pero lo único que consigue es despertar a Georgina. La veladora sigue ondeando su pequeña luz púrpura y la vieja mira la imagen de la virgen y se persigna.

— Déjelo —le dice Georgina— ¿no ve que está medio muerto? Que vaya él y coja su lancha. Ni que no supiera nadar. Si manda al muchacho como está,

se le ahoga en el camino—. Habla duro como para que su marido la escuche; sabe que el hombre no se atreverá a contrariarla. A Silenia sí, por supuesto, es su hija, pero a su mujer, nunca.

Guadalupe, quien desde el principio ha estado oyendo las conversaciones, se baja del chinchorro, se le acerca a los hombres y les ofrece cigarrillos. Efraín, que ha acabado su desayuno, se lo recibe con entusiasmo pero Aicardo, que también lo acepta, no pronuncia palabra.

— Espere un poco —le dice Guadalupe— en esto deben llegar Leonidas Lara y el tuerto Giraldo. Ellos le pasan la curiara.

— No puedo esperar —dice Aicardo. Toma su envuelto, lo mete en una chuspa de plástico y así como está, sin despedirse, se dirige al río.

Silenia no se atreve a salir y suspira cuando ve a través de las cañabravas cómo su padre se mete en el río con el envuelto arriba de su cabeza. Lo sostiene con una mano y nada con la otra. Poco a poco se va perdiendo en la distancia, arrastrado por la corriente. A lo lejos, la figura va desapareciendo, hasta que apenas se distingue sobre la superficie de las aguas. Entonces siente que Georgina se levanta, ve como se le acerca a Eulogio y lo mira respirar. Muy suave, casi como quejándose, se le oyen al muchacho algunas palabras, cual si estuviera soñando; la vieja le da unas palmaditas en el hombro, se coloca un chal y sale al patio. Luego Silenia, que sigue mirando por entre las cañabravas, observa a su madre dirigirse adonde está Guadalupe y descubre cómo entre ambos se intercambian frases de saludo. Le gusta que su madre le tenga confianza.

Guadalupe siente la brisa fresca. Su pelo está húmedo después de que se bañara con Silenia, antes del amanecer, en un remanso del río. No puede ni imaginarse que Marianita sea su hija. Se tranquiliza cuando arrima Silenia con dos tazas de café. El olor de ella lo sacude, de la misma manera que lo hizo cuando le descubrió la piel en medio de las aguas. Es bella y una sonrisa le recorre la cara. Se sientan los tres en la banca del patio y miran a Aicardo salir en la otra orilla, muy abajo, pues se lo llevó la fuerza de la corriente. Lo ven arrastrar la curiara y devolverse de nuevo por el río en busca de Efraín.

—Yo quiero a su hija —le dice Guadalupe a Georgina— y volveré por ella cuando termine la revolución.

— Cuándo será ese cuándo —responde Georgina.

— No falta mucho vieja. Tenemos un congreso en donde vamos a unificar todo el Llano y el coronel Franco se ha ido por los fusiles que nos van a entregar en Venezuela. Esto con las armas será pan comido.

Silenia hace un gesto de resignación y le acerca su cuerpo para expresar su afecto. Él siente esa corriente cálida que lo acompañó la noche anterior, vuelve a recordar sus senos y sus muslos acomodándose a su cuerpo y su respiración y su voz, y su aliento suave.

— Yo sólo necesito que me devuelva a mi hija. Eulogio ha sufrido mucho sin su madre.

— Cuente con eso doña Georgina. Pero ustedes también se debían ir con nosotros, una vez esto termine.

— Yo no me voy. Aquí moriré, en mi rancho, con mis recuerdos. Esperando a mi hija María Georgina, si es que vuelve. Yo sé defenderme sola, siempre lo he hecho; sé cocinar y tengo mi huerta y mis animales.

33

Eulogio jura por la Virgen de las Mercedes no volver a beber. Tiene dolor en las sienes, le tiemblan las manos, el mundo todavía le da vueltas y le duele la garganta de tanto vomitar. Se sienta en el patio a recibir la fresca de la mañana mientras su abuela le hace un caldo para tonificar el estómago. Se acuesta en el chinchorro en donde durmió Guadalupe. Ve de nuevo el pájaro silbador pero no se siente con capacidad de perseguirlo. El animal se acomoda en el cabo de la cerca y gira su cabeza a lado y lado como reconociendo el terreno. Eulogio lo sigue con la mirada pero se siente incapaz de levantarse. Alcanza a pensar que es él quien va a morir y allí está el pájaro para anunciárselo. El animal mira con un solo ojo, espabila y escarba con su pico debajo de las plumas de una de las alas. Eulogio toma una piedra que hay al lado del chinchorro, pero ni siquiera es capaz de sostenerla. “¿Será que me voy a morir?”, piensa y se arrepiente de lo que ha hecho. A lo lejos, caminando por la ribera del río, Silenia y Guadalupe van de la mano rememorando, paso a paso, lo que les está ocurriendo. Detrás de ellos, corretea Marianita y dibuja con sus pies figuras en la arena de la playa. Se cae y se levanta, pero no llora, se sacude el vestido amarillo que le ha puesto su madre, recoge piedras, las arroja y no se cansa de correr y correr. El día va a ser hermoso. No hay sino verdes y azules en el horizonte.

Entre ellos han aclarado las cosas. Guadalupe la escucha atentamente y todo el tiempo la mira a los ojos. Le oye de su tristeza, del cansancio de recorrer los caminos buscándolo, de sus deseos de morir si no lograba encontrarlo, del parto en Trinidad y los dolores que le siguieron después; de cómo la niña ha crecido oyendo las historias de su padre. Ella le ha contado a su hija, una y otra vez, el encuentro que sostuvieron en los lavaderos del río y de aquel día en que se amaron en uno de los caños. Allí van con frecuencia a bañarse. También le ha mostrado los lugares por donde caminaron juntos y la ha hecho partícipe de sus recuerdos. Y Guadalupe, a su vez, le cuenta los

sinsabores de la guerra y las veces en que ha soñado con ella y con sus caricias. Entonces le dice que cuando todo pase se irán a vivir juntos. Se lo juran ambos en el borde del río, sentados en un tronco seco arrojado por la corriente, mirando las aguas alejarse y viendo las garzas que se posan en las arenas de la otra orilla.

Es hacia allá, a lo lejos, sobre la otra ribera, que ven las figuras de tres personas que cruzan a caballo. Dos llevan sombreros de copa alta y el otro tiene su cabello largo ondeando al viento. Vienen raudos, han cruzado el morichal que es como un oasis en medio de la espesura y se acercan al sitio en donde está la curiara. Guadalupe y Silenia los miran y piensan que deben ser el compadre Lara y Berardo Giraldo que vienen a recogerlo. Él ya no quiere dejarla y ella le hace arrumacos. Le repite que quiere llevarla a ella con la niña y con sus padres si los viejos aceptan. Se lo ha dicho varias veces y ella se ríe y le dice que sí; pero él sabe que todavía falta camino por recorrer. Vuelven a mirar a los jinetes, es extraño que los acompañe otra persona más. Silenia siente miedo de los chulavitas. Con el miedo todos los hombres se parecen. Entonces le pide a Guadalupe que se esconda hasta saber lo que está pasando.

— Si los que vienen son extraños, yo me voy por el monte.

— Yo lo voy a buscar cuando se vayan.

Silenia toma en sus brazos a la niña y ambos sonríen cuando ella le coge la cara con las dos manos. “Será mi familia”, piensa. Entre ellos ha habido un pacto de honor, irrenunciable. Él siente haber recuperado sus sueños. Los visitantes han llegado al frente del conuco al otro lado del río y se apean de los caballos. Uno de los animales relincha; es un potro ruano, arisco, de pintas grises en el lomo. Uno de ellos los arrea con un zurriago y se ve que se sienten libres porque corren al pastizal. En la arena de la playa, enterrada desde que Efraín y Aicardo se fueron, está la curiara de Eulogio.

— Quien viene con ellos parece una mujer —dice Guadalupe—. Además, calza botas.

— Así es—. Silenia suspira y nota que la recorre un sentimiento inexplicable. Tiene un presentimiento, pero lo calla.

Georgina, que está pendiente desde la cocina de lo que pasa, ha visto con curiosidad a los visitantes y sale a recibirlos. Guadalupe y Silenia merman el paso y se tocan uno al otro con las puntas de los dedos. Eulogio se ha tirado en el chinchorro y no piensa sino en el pájaro silbador que ahora ha brincado a las ramas de un guayabo. Desde su lugar, el muchacho lo mira con deseos de matarlo. “¿Si tuviera la escopeta?”, piensa y mide con un ojo la distancia que los separa, pero la figura del animal sigue borrosa.

— También puede ser una compañera con alguna noticia —Guadalupe se intriga y pensando en el sueño de la noche anterior siente temor de que pueda ser su amante, Juanita Olmos. Pero no, imposible, ella es el símbolo de la libertad. No se atrevería a buscarlo.

El Pauto corre silencioso y los visitantes, que han colocado la canoa en el borde del río con la punta mirando hacia la otra orilla, se acomodan sentados en la panga. Atrás está el compadre Lara con el remo en la mano, dirigiendo la embarcación y cuando llega la hora, los empuja a la corriente. La embarcación trata de irse hacia abajo en el sentido de la corriente, pero el compadre Lara la voltea con fuerza. Rema hacia arriba, contrarrestando la fuerza de las aguas. El sol les da de frente y les encandila los ojos. Es tal el silencio de quienes esperan impacientes, que se alcanza a sentir el golpe del remo cuando salpica las aguas.

—Es curioso. —dice Silenia pero no termina la frase; piensa en su hermana. Se agarra del brazo de Guadalupe y él siente la presión de sus dedos, casi enterrados en su carne. Siente dolor pero deja que ella le clave sus uñas.

— ¿Curioso que? —le pregunta.

— No sé —responde ella— estaba pensando en mi hermana.

— Ojalá fuera ella —dice Guadalupe dándole tranquilidad a sus palabras.

Eulogio levanta la cabeza para ver qué es lo que ocurre. Se siente mejor, pero todavía está perfilado y con la piel blanca. Nunca había sentido que el sudor le bajara por la punta de la nariz. Sin embargo, le ha asentado bien el caldo que le preparó su abuela. Georgina espera a los visitantes en la orilla del río. Ya están a medio camino y el compadre Lara debe remar fuerte si no quiere que se lo lleve la corriente. Cerca de allí, Silenia y Guadalupe aguardan en silencio sin acercarse demasiado. Es mejor saber primero lo que está pasando. Él la toma por el talle y siente que ya es de él, que será la compañía hasta el final de su tiempo. La mujer del bote agita los brazos.

— Buenos días— dice Georgina que observa que alguien levanta los brazos, pero no alcanza a distinguirlos y ellos no contestan.

Al llegar a la orilla los dos hombres se bajan de la curiara para empujarla hasta la parte más seca y la mujer se para, da un brinco y salta a la arena. Desde allí corre hasta donde está Georgina y le grita:

— ¡Mamá! —la vieja se lleva las mano a la cabeza. Luego siente un descoyunte en las piernas, se deja caer de rodillas en la arena y llora. La distingue entre los borrones de sus ojos. No lo puede creer.

María Georgina llega hasta donde está su madre y la abraza. Silenia deja a Guadalupe y también corre al encuentro de su hermana, Benjamín Lara se

acerca adonde está Guadalupe para enterarlo de lo ocurrido. El tuerto permanece al lado de la curiara, se quita el sombrero y comienza a arrugarlo entre sus dedos, luego lo arroja al fondo de la panga y amarra ésta al remo que ha clavado en la arena. Eulogio se levanta del chinchorro, tiene miedo, el corazón se le acelera, todo le da vueltas, no sabe qué está pasando, y dando traspiés busca la puerta de la choza, y Marianita, que ha sido dejada en la arena a un lado de su abuela, presintiendo algo malo, comienza a llorar. El pájaro silbador alza el vuelo y se para en la estaca de la cerca, apenas a unos metros de donde se encuentra el muchacho.

Guadalupe se rasca la cabeza y contempla la escena.

—El pájaro silbador —dice Eulogio—, fue el pájaro silbador—. Se mete en la choza. En el camino sigue repitiendo lo mismo. Ve a las mujeres llorando y piensa que han matado a su madre. Al rato, cuando la primera emoción ha pasado, las mujeres se desprenden del abrazo y se siguen dando besos. Guadalupe al mirar la escena llega saludando. En ese momento se oye el sonido seco de un escopetazo, y el grito de Eulogio sacude la llanura.

Todos miran asustados hacia el lugar de donde provino el estruendo, ven el humo levantarse y a Eulogio que sacude el brazo; luego ven la escopeta y salen corriendo para descubrir lo que le pasó al muchacho. Pero él está orondo, orgulloso, triunfante.

— Lo maté abuela, lo maté.

— ¿A quien? —preguntan todos al unísono

— Al pájaro silbador abuela. El que venía a traernos la muerte.

34

En el viaje a Trinidad, Guadalupe monta en un potro que le recuerda la época de sus años mozos. Es arisco, da vueltas en círculo y cuando trota lo hace con elegancia, con pasos cortos y acompasados, levantando la cerviz y la cola. Es negro, con una estrella blanca en la frente y en las patas delanteras dos anillos, también blancos. Con el galope parece volar al hilo del viento. Es hijo de “Damasco”, un caballo negro traído de Bebea por el tuerto Giraldo. Ése era el sueño de Berardo, tener un potro negro hijo del gran “Damasco”, para montarlo cuando la guerra terminara, y exhibirlo y corretearlo en las fiestas. Guadalupe va con el compadre Lara, quien lo sigue con dificultad en una mula pasitrotera que le prestó el viejo Efraín Moreno. El tuerto se iría después a Trinidad, a la espera de noticias. Allí esperaría, pues los amigos le recomendaron no ir al Congreso citado por Franco. Tantos enemigos no le auguran seguridad y ha llegado el momento de cuidarse.

Todo alrededor de los jinetes es una inmensa llanura y ya empiezan las primeras luces del atardecer, a aparecer sobre las espaldas de los viajeros. Van al galope, pero de vez en cuando Guadalupe se detiene y mira los celajes que tiñen de oro y púrpura las nubes del firmamento. Lo invade la nostalgia. No sabe si irse o quedarse. Algo se queda atrás que no quiere abandonar. “Por ella sería capaz de dejarlo todo, incluso la guerra”. Hay un olor a Llano: a sudor de animales, a bosta de la vacada, a perfume de morichales, a pantano de los cenagales, a piel de mujer. A su lado, no se le despega Leonidas Lara. Ahora su mula marcha a buen ritmo y tiene la ventaja de saberse el camino de memoria. Con ellos, bandadas de loras, vuelo de garzas, nidos de oropéndolas, marimondas descolgadas entre las ramas de los árboles y caricares que serpentean el horizonte con sus vuelos circulares, como si estuvieran prestos a caer sobre alguna presa.

Atrás, como un recuerdo imborrable permanece la figura de Silenia, con sus ojos negros anidando miradas y el brazo en alto para mantener la despedida, hasta que el polvo, levantado por el galope de las bestias, se hace más espeso y las imágenes de los jinetes se borran entre los colores de la sabana.

Silenia, impotente en medio del camino, observa cómo la vida se desvanece al frente de sus ojos. Entonces se los soba con las puntas de los dedos; quiere aclarar la mirada y vuelve a escrutar la distancia para ver si es cierto lo que le está ocurriendo. Pero la visión es cada vez más borrosa, no se hace nítida por más que insista en despejar la mirada. Todo ha sido un enorme sueño que no termina. Por eso se desgonza sobre la tierra y se queda ahí, agotada de pesadumbre, escudriñando, como si la vida que ahora le tocara vivir, no fuera más allá de mirar a lo lejos el camino de Trinidad.

— Mamá, ¿por qué a los hombres les gusta la guerra? —Silenia mira a Guadalupe y a Eulogio desarmar y armar el fusil.

— Algún daño les habrán hecho.

— ¿Y por qué el gobierno no los defiende?

— Pues será por la política.

— ¿Y qué es la política?

— Pues ni se sabe. Eso son cosas de ellos.

María Georgina repite sin cansancio cómo encontró el cadáver del hombre que la había violado. “Fue muy sencillo —explica con los ojos brillando como si tuvieran una luna adentro— alguien le contó a Eduardo que el comando de Rafael Sandoval había ajusticiado a diez chulavitas que huían por el monte después de un combate en Moreno. Yo les dije: quiero verlos, y nadie quiso acompañarme, pero Franco le ordenó a sus amigos que me llevaran. Era como a un día de camino. En mi corazón tenía un presentimiento. Yo le había pedido ese milagro a la Virgen y le juré que si me cumplía ese último deseo, volvería a cuidar a mi hijo y dejaría de una vez por todas, esta maldita

guerra. Y preciso, uno de ellos era el faltón. Estaba casi podrido, pero lo reconocí y con él también cumplí mi promesa de vaciarle los tiros de mi pistola. Los hombres se pusieron escamosos y me regañaron porque el ruido podía oírse y hacer que la tropa se alertara, pero a mi ni me importaba. Después le regalé la pistola a Eduardo, ya no la quería tener más, e hicimos el compromiso de que una vez terminara su viaje a Venezuela vendría a visitarnos, y si las cosas funcionaban, pues nos íbamos a vivir juntos”.

Eulogio la mira. Ya ella ha tenido su venganza y cada vez que habla le descubre un asomo de felicidad en la sonrisa; además, siente orgullo de su madre, pero él —piensa— no ha cobrado su propia venganza. Esa que aprendió a descubrir poco a poco con las historias contadas por la abuela. La detalla cuando habla, le observa el rostro y la manera de reírse, y comprueba el parecido con su tía, pero hay algo más en su rostro que Silenia ya no tiene. Es una cosa que le enciende la cara, le da brillo a los ojos y la hace sonreír. Quizás su madre esté enamorada de ese tal Eduardo y conserva la esperanza de ver cumplidas las promesas.

— Yo me quiero ir con usted —le dice Eulogio a Guadalupe. La determinación se le nota en la mirada.

— Su obligación es cuidar de su madre, de mi mujer y de mi hija —le responde Guadalupe con el rostro severo.

— ¿Y cómo las voy a cuidar si yo no tengo un fusil?

— Quédese con ése, guerrillero Eulogio—. Guadalupe le entrega el arma mientras ve el resplandor en sus ojos.

Georgina sabe que lo peor ha pasado. Ya no habrá carga insoportable. Mira a Eulogio y le agradece con la mirada haber matado al pájaro silbador. Ella cree en agüeros y piensa que fue por eso que Maria Georgina regresó sana y salva. Así, si ella se muere, no importa; ahí estará su hija para cuidar al muchacho. Cuando los ve conversar se reconcilia con la vida. Sólo le queda esperar que Guadalupe regrese como lo ha prometido. Así podrá también ver feliz a Silenia.

En el camino, Guadalupe y Leonidas Lara tienen tiempo para pedirse mutuamente toda suerte de favores. Van a buen paso, paran en los caños a tomar agua fresca, dejan descansar los animales, comen en los conucos de los amigos, esquivan las rancherías, se internan en los morichales, duermen en los chinchorros bajo los árboles más frondosos y permanecen enterrados en el bosque, al abrigo de las lluvias. En las noches, entre el parpadeo de las fogatas, hablan del Congreso, de la unidad del movimiento, de los muertos, de las mujeres, de los fusiles y de la suerte de la guerra.

— Cuide a Silenia y a mi hija, compadre. Yo a esas mujeres las quiero. Algún día todo esto terminará. Cuando le avise me las lleva.

— Despreocúpese capitán, estaré pendiente de ellas. Será como usted ordene.

En Trinidad escuchan sobre la agitación política que sacude al país por los enredos acaecidos cuando los militares apresan y torturan a un rico opositor del gobierno. Hay rumores sobre un golpe de Estado y se dice que por eso Laureano Gómez, recuperado de sus quebrantos de salud, destituyó a Urdaneta y reasumió el mando. “Ellos allá con su pequeña guerra, nosotros con la nuestra”.

Al día siguiente, salen para la Intendencia del Meta; en una semana deben estar en el Congreso. No saben el sitio exacto de la reunión, que por cuestiones de seguridad ha permanecido reservado, pero harán los contactos en Tauramena. Allí llegan una tarde de verano bajo el sopor de un sol inclemente. Al arrimar al lugar, los recibe Maximiliano Ortega, quien se ha quedado para orientar a los que van llegando. No demoran mucho en conocer el sitio exacto en donde se habrá de realizar el encuentro, y como el lugar queda lejos, emprenden el viaje de inmediato. Guadalupe y Leonidas, equipados de muchas conversaciones y de no pocos sueños, se presentan en “La Gileña”, una hacienda en Aguaclara, el 10 de junio de 1953 cuando la mayoría de los jefes guerrilleros están presentes. En el camino hacia la casona principal, algunos los saludan con entusiasmo y otros, al reconocer a Guadalupe, lo aplauden. Al final, cerca de la entrada, los espera el calvo Alvear con una sonrisa parecida a la felicidad.

35

Una cosa fue el Congreso en la vega de “La Perdida” y la unidad que allí se gestó. La revolución tuvo un mando centralizado y más de veinte mil hombres alzados en armas. Los sueños, sueños son. Pero otra cosa fue el inesperado golpe del general Rojas y lo que ese acontecimiento desencadenó en la mente de los principales jefes guerrilleros. No lo esperaban, porque se habían olvidado las promesas; las borró la incertidumbre. Eso le dio aire a las interpretaciones personales y se avivaron las quejas, los odios, los resentimientos. Los Fonseca se acordaron de sus pronósticos: “ése era el golpe que necesitábamos”. Laurentino, quien siempre confió en el ejército, corrió a organizar reuniones de sus aliados con su amigo el coronel Olivo Torres: “las condiciones están dadas —le decía—, los más duros se encuentran fuera del país o están muertos, no es sino convencer a Salcedo y hasta donde yo sé, él estaría dispuesto a reunirse con usted si le dan un buen tratamiento”; Carlos Neira y González Olmos son partidarios de una negociación; están estragados de la guerra. Los únicos intransigentes son Dumar Aljure y Carlos Roa. Ellos se resisten a la rendición, pero en la práctica están solos y no tienen mando.

— Me parece una locura, ¿quién nos va a garantizar la vida?—. Aljure frunce el ceño porque tiene sus preocupaciones. Su porte es altanero, la voz recia, y los ojos negros recorren las distancias, los pajonales de la sabana y hasta el cielo. Es un desertor y para él las exigencias son distintas.

— Debemos confiar. Los amigos en Bogotá nos garantizan que el general Rojas tiene la intención de conceder el indulto y respetarnos la vida, si entregamos las armas—. Fonseca es afirmativo, confía en el Partido.

— ¿Confianza?, ¿confianza de qué?, ¿acaso no confió Franco cuando le iban a entregar los fusiles en el Casanare?, ¿o el General Velásquez al buscar apoyo en Venezuela?, ¿y qué pasó?, nada, ilusiones. Lo único que sirve es arrancárselas a los cadáveres—. Aljure levanta la voz, busca adonde escupir pero no encuentra un lugar apropiado y se traga la rabia y la saliva.

Los hombres caminan de un lugar a otro en el sitio en donde decidieron pernoctar. A lo lejos se ven los establos y las reses pastando en los potreros. Ayer los convocaba la unidad hoy la entrega de los fusiles. No están todos los miembros del Estado Mayor, pero si algunos: Guadalupe, Jorge González y Carlos Neira. “No se encuentran los demás, pero, ¿a quien se le ocurre irse para Venezuela, antes del Congreso?”. Maldicen la ausencia de Franco, “y su irresponsabilidad”, anotan algunos en voz baja. Además, Guadalupe les ha escrito varias cartas para que regresen. Pero ellos en lugar de venir, responden que todo es un engaño y les piden no entregarse. Laurentino, eufórico, firme, sin trastabillar, ha propiciado una reunión y cita a Carlos Roa y a los amigos más cercanos. Sabe que entre los hermanos Fonseca y Aljure no hay entendimiento posible y cada uno inculpa al otro de la muerte de los Bautista, pero Laurentino, dueño de la situación, les pide olvidar las rencillas y buscar entendimiento. Al fin, él, más que nadie, sabe cómo fueron las cosas. Mientras tanto, Eduardo Fonseca hace un último esfuerzo para mantener la unidad; si no se logra, él y sus hermanos están dispuestos a entregarse. Eso ya lo tienen decidido. Guadalupe observa los acontecimientos sin decir palabra.

— Ahora es distinto, no estamos bajo la tiranía conservadora. Ya se dio el golpe de Estado, no es propiamente de los liberales, como hubiéramos querido, pero sí es dirigido por el Ejército, que es nuestro aliado. No habrá más persecuciones. Fonseca es categórico.

— El coronel Olivo Torres nos aseguró que recibiríamos un documento de indulto y libre circulación, y nos darían tierra, herramientas y préstamos de la Caja Agraria. No es sino entregar las armas. ¿Qué son unas pocas armas cuando no se tienen las necesarias?, creo que entre todos no sumamos quinientos fusiles —Laurentino Rodríguez se esfuerza.

— El general Rojas fue ministro de Laureano. Es otro godo —Carlos Roa arremete—. Está con ellos, siempre ha estado con ellos. Averigüen quién lo nombró general—. Teme que todo sea un ardid y les tiendan una trampa.

— Lo que soy yo, no me entrego —asevera Aljure recordando que él es desertor, y luego dirigiéndose a Guadalupe: —muéstreles la carta de respuesta de Franco. Él no está de acuerdo con la rendición, recomienda esperar, asegura que nos van a engañar. Debemos conversar de paz pero sin entregar las armas.

Guadalupe tantea y luego busca en el bolsillo de su chaqueta, se abre el botón, saca un papel y lo desdobra. Lo hace con desgano, como quien no quiere introducir más discusión en el conflicto. Luego se lo extiende a Eulogio Fonseca, quien lo lee y se lo pasa a su hermano. El papel circula por las manos de los presentes. Los hombres lo miran en silencio, hacen gestos de acuerdos y desacuerdos y siguen discutiendo:

— Qué se amarre los pantalones él —hace alusión a una frase utilizada por Franco en su carta para comprometer a Guadalupe—. Debía estar aquí con nosotros, tomando decisiones, pero le da miedo venir.

— Franco no está, no sabe lo que pasa. Guadalupe le insistió que regresara y no lo hizo. Él no puede resolver por nosotros—. Eulogio no confía en Franco.

— Él recomienda la desmovilización pero conservando las armas. Dice que esperemos un poco para ver como se desenvuelven los hechos.

Sin embargo, el comandante está indeciso. Piensa en Silenia; cómo le provocaría estar de una vez con esa muchacha. No sabe si confiar en sus amigos o reconocer que los viejos liberales tienen la razón. Al fin de cuentas él recibió la libertad de un capitán del ejército, Alfredo Silva. Pero Silva fue el primero en abandonarlos. Hubiera sido bueno un consejo del calvo Alvear, comunista y todo pero bueno para explicar las cosas. “Lástima su muerte”.

— Vea compañero —le dice Fonseca a Guadalupe— nosotros lo respaldamos antes de retirarnos del Congreso, pero si nos fuimos era porque allí había comunistas, y con ellos es otro cuento. Nosotros no congeniamos con las leyes del comunismo que fue lo que nos llevó allá el calvo Alvear. Además, Franco y Sandoval no están aquí. A ver, ¿quiénes son los miembros del Estado Mayor de la Revolución?

Laurentino aclara de una vez, para despejar las dudas:

— Bueno, pues son Alvear que está muerto, Franco y Sandoval que se encuentran en Venezuela y Jorge González Olmos y Carlos Neira, aquí presentes. Además, Guadalupe Salcedo como comandante en jefe. Existe mayoría para tomar decisiones.

— Pues a mí me parece que se debe tener en cuenta la opinión de todos —opina Aljure.

— Pero ellos no están— insiste Neira y el calor se le sube a la cara.

Guadalupe sale al patio, se rasca la cabeza, mira las arboledas de gualandayes, ve las ramas moverse con el viento, mira el cielo azul como buscando presagios, observa cruzar las loras en su algarabía, y decide hacerle señas a Dumar Aljure. Cuando su compañero llega se lo lleva a un lado, cerca de los jardines, y conversa con él. La voz es queda:

— Tenga en cuenta camarita que esta gente representa la mitad de la revolución. Si se retiran del acuerdo la vamos a pasar mal. Además, ya se supo que los liberales y el gobierno de Venezuela respaldan al general Rojas.

— Siempre hemos estado solos, qué falta nos va a hacer el ejército, el Partido Liberal o el gobierno de Venezuela y sus malditos fusiles.

La decisión es difícil, todo parece quedar en suspenso. “Con Dumar no hay acuerdo posible”. Pero Guadalupe es el jefe. “Mejor esperar”, piensa y ambos se devuelven hacia donde están los demás. Dumar, se acerca con decisión y de una vez les increpa:

— Franco y Sandoval se encuentran en una misión oficial del movimiento; para ser justos ellos deben participar en la decisión, y en la carta que firman están contra la entrega; ése es el voto de ellos. O sea que van dos en contra —Aljure levanta la voz, e insiste en su punto de vista, confía en la decisión final de Guadalupe.

— En la vida hay oportunidades que no se pueden desperdiciar —interviene Neira—. Ya sabemos que no habrá apoyo del Partido Liberal para seguir en la lucha, hubo un golpe de Estado, así no sea el que más nos guste, las armas no vendrán de Venezuela. No nos hagamos más ilusiones.

“Una de dos —piensa Guadalupe—, o aceptamos la realidad y nos entregamos o insistimos en la lucha y el movimiento se divide”.

— Además, podemos preparar un documento con las exigencias nuestras —González Olmos se ofrece a redactarlo.

— Nos vamos a volver expertos en escribir leyes y documentos que a la hora de la verdad no sirven para nada. ¿En qué quedaron las Leyes del Llano, las reuniones con Alfonso López, las promesas de la Dirección Liberal? —Dumar no se resigna y se vuelve intransigente.

Entonces Laurentino toma del brazo a Guadalupe y se lo lleva al corredor para recordarle las palabras del coronel Olivo Torres. El golpe del bastón suena en el pasillo, mientras los hombres se alejan. “Les vamos a garantizar la vida, usted será el interlocutor oficial de las guerrillas; eso al gobierno le conviene y usted vivirá en Bogotá”.

— Si no aceptamos la negociación esto se pierde: Ya no están los principales jefes. Los más duros han muerto y los que sólo hablan cháchara todo el

tiempo se fueron para Venezuela y decidieron no volver. Estamos perdiendo la oportunidad —Laurentino asienta su bastón y se apoya en él, voltea la cabeza, lo mira fijo, espera las respuestas que Guadalupe no sabe darle.

— Aquí hay que tomar una decisión. Que los miembros del Estado Mayor aquí presentes digan cuál es su voto. —Guadalupe vacila pero acepta que las decisiones se tomen con los presentes.

— Muchachos —grita Laurentino mientras regresa marcando su cojera— el comandante acepta una votación con los presentes. Pero secreta —agrega.

Aljure cree que Guadalupe puede votar la negativa; así serían tres.

Entonces votan y los miembros del Estado Mayor están de acuerdo con proponerles a los jefes guerrilleros la entrega en Monterrey. Allí irían con un documento firmado por ellos y por el representante del Gobierno.

— Qué vaya una comisión a negociar —dice Guadalupe, todavía con cierta desconfianza.

— No, por qué comisión, vamos todos —es enfático Eulogio Fonseca.

— Si, vamos todos —afirma su hermano y lo secundan Laurentino Rodríguez y Carlos Neira.

— Todos hemos peleado, todos firmamos. No podemos quedarnos por fuera.

— Qué así sea—. Laurentino se encargará de citar a los que faltan.

Y todos marchan a Monterrey. Al juntarse suman treinta y uno. Van en fila india, con los fusiles al hombro y el pliego de peticiones escrito por Jorge González Olmos. Laurentino sirve de emisario. Allí, a la entrada del pueblo, con un pequeño destacamento de soldados, el coronel Olivo Torres los espera. Algunos lo conocen; él los recibe afectuoso, dándoles la mano y se muestra contento de que los acuerdos vayan por buen camino. “Bienvenidos”, dice, y les ofrece una casa preparada en las afueras del pueblo, para dialogar y hacer los ajustes, mientras llega el general Duarte Blum. Él los acompaña y los instala en un salón propicio para la ocasión y como las sillas no alcanzan, porque han venido más de los esperados, envía a unos soldados a traer los muebles que hacen falta. Quiere que estén cómodos. Es una casa amplia de bahareque con techo de zinc y en ella los hombres se concentran, mientras el coronel va a la guarnición militar a avisarle al general, por radioteléfono, que los principales jefes guerrilleros se encuentran disponibles.

— Aló, mi general, ya están todos, vinieron más de la cuenta, aceptaron acomodarse en la casa que les preparamos. El ejército los tiene rodeados, a prudente distancia, claro está. Ellos ni siquiera se han dado cuenta.

— ¿Cuántos resultaron?

— Pues son treinta y uno.

— ¿Están casi todos?

— Así es, general.

— Por ahora no los asusten si no es necesario —responde el general—, pero dispongan de las posibilidades que tengan a la mano, por si no aceptan la rendición.

— Descuide general, no podrán salir, los aviones están listos para el despegue. De haber bronca, en cinco minutos los estaríamos bombardeando. Además, no se les ve afán de protesta, más bien están como resignados.

— Cuando todo esté listo me avisan y yo iré al acto de entrega. Mejor que sea mañana, o en uno o dos días.

— General, otra cosa. Tienen un documento que quieren firmar con nosotros. Sería como un acuerdo.

— Regatéeles un poco, pero díales que lo vamos a firmar.

36

El momento de la negociación ha llegado. Los miembros del Estado Mayor están en la mesa y los jefes que los han acompañado los rodean, no se quieren perder ni un suspiro. El coronel Olivo Torres se hace presente acompañado por dos hombres bajo su mando, el capitán Hernando san Miguel y el Teniente Contreras. Están desarmados. Los tres participan activamente en las conversaciones. Son duchos, seguros y tienen el respaldo de sus superiores. Por eso empiezan a discutir duro, pero con el correr de las horas van aflojando. Los treinta y un jefes insisten en las propuestas y algunos sacan a relucir otros detalles que no fueron escritos por González Olmos, porque resultaron cosas de olvidos y de no haber tenido en cuenta las opiniones de los demás. Cuando la noche llega, deciden aplazar las conversaciones para el día siguiente. Pero antes, los jefes, al escuchar las quejas, exigen comida porque no han recibido sino café, y piden mantas para abrigarse pues algunos saben del frío de las madrugadas. “Con ninguno de esos detalles existen inconvenientes”, les asegura el coronel, le da órdenes a sus subalternos y los invita a firmar el acuerdo para poder recibir al general Duarte Blum.

Laurentino Rodríguez ha oído hablar del general. Es un hombre magnánimo, de buen corazón y le ha pedido al coronel Olivo Torres no escatimar esfuerzos para lograr acuerdos. No es bueno seguir derramando sangre inocente. “La justicia nos llevará a la paz y ésta a la libertad”. Repite en presencia de los soldados, con doble intención, el eslogan del general Rojas.

— El coronel me ha asegurado su disposición a ceder en todo, siempre y cuando entreguemos las armas —asegura Laurentino.

— Firmemos primero —pide Alejandro Chaparro—, después vendrá la entrega.

Dos horas más tarde llegan unos soldados, desarmados, con comida suficiente y agua en botellas para calmar la sed los comandantes guerrilleros. Y también traen mantas para el frío del amanecer. Esa noche muchos no duermen, se la pasan mirando por las ventanas los movimientos de la tropa. El miedo crece con los rumores de algunos, sobre cómo les ha parecido ver soldados armados en los techos de las casas vecinas, y el sueño se espanta con el temor de sentirse acorralados. “Que si les da la gana de matarnos aquí mismo lo van a poder hacer sin el mayor tropiezo”. “Estamos a merced de ellos”. Entonces vuelven las discusiones sobre cómo fue un error haber venido juntos. “Yo se los dije”, comenta alguno, “lo mejor fue haber mandado una comisión negociadora”, opina otro. Pero a esas alturas nadie cree en los demás.

Mas la solidaridad va ganando adeptos. Algunos de ellos, al lado de Guadalupe Salcedo, permanecen sentados en el centro de la sala principal, allí donde se realizaron las conversaciones del día, con una vela encendida en el centro, fumando y hablando de los principales puntos de la negociación, para ponerse de acuerdo y no dar el espectáculo de estar cada uno hablando de cosas distintas. “Ellos deben vernos unidos, eso es clave cuando se está negociando”. En un rincón, cerca de los camarotes dispuestos en las habitaciones, hay otros guerrilleros reunidos. Los alienta el cojo Laurentino Rodríguez. Los diálogos se alternan:

- No basta la amnistía, se necesita el indulto, y debe haber libertad para los presos políticos.
- Y también para los que somos desertores, si no, nos dejan colgados de la brocha.
- Debe quedar claro el desarme de los chulavitas.
- Y también deben ser precisos los derechos políticos.
- Que se nos garantice la vida.
- ¿Y el trabajo qué?, necesitamos las tierras.
- Y préstamos.
- Y que se doten las granjas para poder trabajar.

El pliego se revisa varias veces y se hacen enmiendas y correcciones. Unas peticiones no están claras, otras faltan. Algunas son prioritarias y por eso es necesario establecer un orden. Habrá otras para negociar.

- Esto está de un cacho.
- Si no entregamos las armas nos borran del mapa.
- Hagámosle fuerza a Guadalupe para que no se raje.
- El coronel firma lo que está escrito. Eso está claro, ni siquiera hay que botarle mucha cabeza.
- Alguien debe neutralizar a Aljure. Ese es un gallito de pelea.

Al día siguiente, después del desayuno, se reinician los diálogos. El coronel y sus acompañantes llegan impecables, con el uniforme limpio, bien bañados, desarmados y con el espíritu en alto. Hay saludos de mano con cada uno de los jefes guerrilleros que apenas se desperezan, y él enarbola sus buenas noticias.

— El general Duarte Blum dice que si en la mañana hay acuerdo, hoy mismo viene y lo firma.

Hay aplausos y todos entran con el ánimo dispuesto. Entonces se discute cómo es eso de que hay soldados rodeando el campamento. Los hombres están preocupados y recelan de los posibles engaños.

— Pero tienen orden de no molestar. Estamos seguros de lograr un acuerdo.

— ¿Y quién nos garantiza la vida?

— Deben confiar en el ejército. ¿Ustedes creen que si los fuéramos a engañar habríamos venido únicamente tres de nosotros y desarmados?

— El coronel tiene razón; aquí él está indefenso y nosotros armados — Laurentino es conciliador.

Dumar se resiste, pero al fin quienes insisten en la negociación sacan el documento y presentan su pliego de peticiones. El coronel prefiere leer todo de corrido antes de comenzar a discutir punto por punto, y así se hace.

— Las cosas no parecen difíciles, pero hay que aclarar algunos aspectos — opina el coronel. Por ejemplo, lo del indulto no cobija los crímenes horrendos.

— ¿Y que se consideran crímenes horrendos?, ¿arrojar a los presos desde los aviones?, ¿tirar bombas sobre los conucos en las riberas de los ríos?, ¿violar y asesinar mujeres y niños?

— Esas son especulaciones. Además, el ejército no puede responder por los desafueros de la policía.

— El ejército no se metió al principio, pero ahora está bombardeando parejo.

— El ejército obedece órdenes. Una cosa es la simpatía con los llaneros y las desavenencias con las actuaciones de la policía y otra sus responsabilidades con el orden y la paz de los colombianos.

Y así como ése, todos los puntos son debatidos, hasta agotar la mañana y parte de la tarde. Entonces el coronel se para de su asiento, convencido de que es hora de ponerle punto final a la negociación, y dice:

— Señores, celebro el acuerdo, voy a conversar con el general. Le contaré en qué van las cosas y esperaré sus instrucciones. Si él está conforme, téngalo por seguro que al finalizar la tarde vendrá a firmar el compromiso con ustedes.

37

Guadalupe vacila antes de meter un pie en la ducha del baño. No se ha podido acostumbrar al agua fría. No acostumbra bañarse todos los días, pero éste es un día especial. “Esto es un páramo”. Entra con mucho cuidado una pierna, recibe el impacto inicial y espera a que el resto del cuerpo se vaya enfriando. Luego introduce una mano y después el hombro, luego sigue con los muslos e incluso mete las nalgas; hasta ese momento es tolerable, el problema es con la espalda. Cuando el chorro cae pleno, lo sobrecoge un escalofrío. “Pero el organismo es tolerante”. Esa mañana tiene a Silenia metida en la cabeza. Leonidas Lara debió haber llegado de Trinidad con noticias de la muchacha. Él le mandó decir que se viniera. Ya no aguanta más su ausencia y una de las condiciones impuestas por el gobierno para retribuirle protección, es no volver al Llano. Tienen miedo de que capitalice el descontento y se reinicie la revuelta. Los rumores circulan, por eso debe permanecer en Bogotá. Si siguen separados estará condenado a perderla. Afuera del baño, en el pequeño cuarto de la pensión en donde se hospeda, está Caldo Flaco, angustiado por la hora. Lo acosa porque van a llegar tarde a la reunión con los jefes liberales. Están citados a las diez con Juan Lozano. Sobre el nochero de la cama de Guadalupe se encuentra la pistola Herstal, y el cargador, con quince cartuchos, está fuera del estuche.

— Vamos hermano, que el tipo es muy cumplido.

— Ya voy, pero antes de salir tengo que llamar a Leonidas.

Guadalupe reside en el barrio Teusaquillo, tiene una pequeña pensión del Gobierno que apenas le alcanza para vivir, y cuatro guardaespaldas entre los que han aceptado a Caldo Flaco. Los otros tres son empleados del gobierno, al servicio del ejército. Caldo Flaco es el único amigo que le queda de la cárcel de Villavicencio. Ha sido astuto para sobrevivir, y tan fiel, que le ha jurado estar dispuesto a morir a su servicio. Y es una verdad probada, porque muchas veces se jugó su pellejo por salvarlo. A él le debe la vida, y no una, sino muchas veces. El Gobierno les ha permitido estar armados para defenderse, por eso Guadalupe conserva su pistola, y Caldo Flaco, un revólver Smith y Wesson.

— Lozano dice que nos tendrá una sorpresa.

— Pues ojalá sea de plata, porque lo que nos dan no nos alcanza.

El ajetreo político de Guadalupe es intenso: visita con frecuencia sindicatos y recibe delegados del Congreso; lo aclaman los obreros en las huelgas de petroleros en Barrancabermeja; en las universidades los estudiantes lo invitan a actos públicos y manifestaciones; mantiene contactos con los principales jefes liberales; los artistas pintan escenas de aquella guerra y los

teatros cuentan sus versiones de la historia. Pero también hay quienes piensan que traicionó la revolución cuando tenía todas las posibilidades de ganarla, y se oyen rumores de que Eduardo Franco, quien con el golpe de Rojas perdió la posibilidad de hacer el negocio de los fusiles en Venezuela, le endilga ser ingenuo y haberse dejado engañar del Coronel Olivo Torres, quien estaba confabulado en ese momento con Laurentino Rodríguez. De este se asegura fue el cerebro del asesinato de los hermanos Bautista. Con razón los conservadores le consiguieron una medalla en la Cámara, por “servicios a la patria”. También se oye decir que Rosendo Colmenares jamás entregó las armas, dicen que las enterró mientras estuvo en Venezuela, luego entró al Vichada por Cazuarito y está organizando un nuevo frente guerrillero en esa región, con los peones de sus fincas. A veces trabajan sacando caucho y otras en asaltos, y se escucha que Dumar Aljure y Carlos Roa continúan haciendo diabluras y combinan las borracheras en las cantinas de Puerto López con los asaltos en los poblados vecinos.

— Pero ahora no me interesa sino mi mujer. Estoy ansioso por verla. Voy a llamar a Leonidas —Guadalupe siente que el corazón se le acelera cuando está marcando el teléfono.

— Leonidas no está —contesta una señora al otro lado de la línea— pero dijo que si usted llamaba le dijera que le había mandado un recado con Bruno. Qué usted lo conoce.

Cómo no conocer a Bruno si ha sido un amigo y compañero por más de tres años. Siempre ahí al lado, cuidándolo. Ya son como hermanos. Además, Guadalupe exigió que sus guardaespaldas no fueran policías. “Los prefiero del ejército”. Y así fue, pues Bruno es sargento y estuvo en Apiay, sirviéndole al capitán Alfredo Silva. Hasta se sienten compinches.

— Al fin Silva se voló o lo dejaron volar los amigos de la milicia y se fue para Costa Rica y allí le dieron asilo político—. Bruno sigue apreciando a su jefe y todavía mantiene correspondencia.

— Pues cómo me alegra que no lo hayan matado. A él le debo la salida del cepo, y la carrera militar que ahora tengo—. Guadalupe recuerda al capitán Silva correteando en su potro, como el día en que lo vio en la cárcel de Villavicencio. Es curioso, pero no se lo imagina de ningún otro modo, sino así, montado en su potro.

Guadalupe es buen amigo de Juan Lozano. El hombre es teso, y es buena pluma para escribir por ahí en los periódicos, pero anda frustrado con la catadura dictatorial de la nueva Junta Militar de Gobierno. Los liberales están contentos porque Rojas cayó, pero no hay ninguna garantía con una Junta nombrada por él antes de irse. Muchos respetan a Juan Lozano por ser el único que de veras le ayudó a la revolución llanera. El hombre aún está convencido de que se debe seguir apoyando a las guerrillas, pero la

mayoría de los miembros de su partido confía más en las promesas de la nueva Junta de Gobierno que en la capacidad de la insurgencia. En otras oportunidades, Lozano, con su manera refinada de hablar, le ha pedido a Guadalupe mantener viva la llama de la revolución, la esperanza, pues el país necesita un nuevo levantamiento.

— Del partido liberal se salva Juan, y tal vez el viejo Plinio.

— Y eso que nada hicieron—. Caldo Flaco no cree en nadie.

— O no pudieron hacer—. Guadalupe es benevolente.

Primero van al Congreso a reunirse con unos parlamentarios y luego los liberales los acompañarán a la reunión que será secreta, con cuadros escogidos de la alta dirigencia. Allí les tendrán una sorpresa. Al frente del Capitolio, las columnas donde el general Eliseo Velásquez soñó colgar su hamaca para dar órdenes como Mariscal de la nueva República. “Pero ahí es difícil colgar una hamaca”, piensa Guadalupe y sonríe. “Sería bueno mandar desde aquí”; todos tenían la esperanza de ser los nuevos libertadores. En uno de los salones reciben saludos de viejos liberales conocidos y de los curiosos que no habían tenido la oportunidad de ver al capitán en persona. También los visitantes reciben cartas de apoyo y las guardan sin leer. Las meten en los bolsillos de las chaquetas.

— Lea usted compadre, yo tengo los ojos tiesos—. Guadalupe está alegre, se siente satisfecho. Son muchas cosas buenas, los tratan bien y la mayoría les muestra confianza.

— Usted lo que es, es muy bruto hermano, no sabe ni leer, preste acá que yo sí hice hasta cuarto de primaria.

Entonces leen la misiva de Lozano sobre el apoyo de las grandes masas liberales hastiadas de la hegemonía conservadora, perpetuada en el poder con el general Rojas y que ahora tiene continuidad con la Junta Militar. Y luego leen la carta enviada por un político llanero, arengándolos de nuevo a la guerra.

— De usted depende capitán —dice la segunda carta—, la gente sabe donde están muchos antiguos compañeros que se le quieren unir.

El compadre Lara le ha enviado un mensaje de Silenia. Lo trae José Bruno y se lo entrega antes de abordar un taxi que los va a llevar a la vieja casona de la Dirección Liberal en El Chicó. Allá habrá un almuerzo y un agasajo. En el mensaje, le asegura Leonidas Lara que al otro día llegará con ella y con la niña Marianita, en el bus de escalera que viene de Yopal. Guadalupe no lo puede creer. Ahora si que venga lo que sea. “Eso de tenerla dos o tres días y luego se tenga que ir, me tiene medio loco. Yo a esa mujer la quiero. Por ella renuncié a seguir la guerra”.

— Ahora si hermano —le dice a Caldo Flaco—, a vivir solo, porque de mañana en adelante voy a estar en luna de miel con mi mujercita—. Guadalupe piensa en la casita que tiene vista para alquilar en el sur.
— No se preocupe compadre, a mí me toca seguirlo viendo todos los días.

Cuando llegan al lugar de la reunión, los espera Eduardo Franco. Vaya sorpresa. Hay abrazos y expresiones efusivas. Siempre se han caído bien. No se veían desde que Franco se fue para Venezuela buscando los fusiles, antes del Congreso en la vega de “La Perdida”. Cómo se han hecho de falta. Allí permaneció exilado varios años. También están el general Plinio Mendoza y Juan Lozano. En la reunión hacen un análisis del gobierno de Rojas y todos están desengañados. Algo habrá que hacer para preparar la oposición a la Junta Militar designada por el mismo Rojas, y buscar el poder para los liberales.

— Como están las cosas nos montan otro godó y nos vuelven a joder.
— Dicen que el viejo López piensa hacer coalición con los conservadores.

La situación está a pedir de boca, no hace falta sino decisión y compromiso. “Hay un muchacho de apellido Bayer —dice Eduardo Franco— que echaron de la Universidad de Manizales por revolucionario y está dispuesto a participar en la nueva organización. No parece bueno para guerrear, es flaco y pálido como una momia, pero tiene pinta de ser buen intelectual”. Eduardo Franco lo conectó con Rosendo Colmenares en el Vichada.

Almuerzan con los miembros de la Dirección Liberal y allí brindan con champaña sobre los nuevos acuerdos. Se han tomado varias botellas y los ánimos se exaltan, pero está muy temprano como para suspender la parranda. Sin embargo, los jefes liberales no los pueden acompañar más y se van retirando; hasta que se quedan solos con Juan Lozano. Así que Guadalupe, Franco y Lozano, acompañados por los guardaespaldas deciden irse a celebrar y paran en un viejo bar en el que Guadalupe y sus guardaespaldas han estado muchas veces. “Es sencillo, nada del otro mundo, viejo, pero el dueño nos conoce y nos atiende bien”. Y Juan Lozano no tiene problemas, es un hombre de dar y convidar. Allí cambian de champaña a ron y hacen un recordatorio de las mejores anécdotas. Caldo Flaco es bueno para recordar y cuenta decenas de ellas. Pero cuando llegan a los sucesos ocurridos después del Congreso, los ánimos se van caldeando.

— Entregar las armas fue un error —dice Franco.
— E irse del país en el momento clave, también —le responde Guadalupe.

Guadalupe no quiere discutir, se reconcentra un poco y piensa en Silenia. Desde que se vino no ha dejado de soñar con ella. Por eso, mientras Franco alega y Caldo Flaco le responde, él siente de nuevo la piel de su cuerpo y se estremece.

— Estábamos a punto de ganar, con golpe militar o sin golpe—. Franco acentúa sus críticas.

— ¿Y la plata de los fusiles qué?, ¿se perdió?

Entonces están a punto de darse cachetadas, pero Lozano se interpone y los separa. “Vamos de nuevo por la unidad”, les dice y ellos aceptan el reto. Pero les recomienda se vayan a descansar y al otro día, sin tragos en la cabeza, se hable del asunto. “Las cosas hay que aclararlas, pero no es el momento”. Franco y Guadalupe aceptan.

— Es hora de irnos —dice Guadalupe y mira su reloj. Ya han dado las tres de la mañana—, tengo que madrugar para ir por mi mujer y mi hija.

— ¿Cuál madrugar? — le responde Caldo Flaco— si el bus de Yopal llega como a las tres de la tarde.

Sin embargo le obedecen. Sigue siendo el capitán y los hombres no le discuten. Además están cansados. Lozano paga la cuenta y salen a la calle. Se despiden de Franco y de Lozano quienes cogen un taxi rumbo al norte. La despedida termina siendo fría. Pero no están solos.

— ¿Quiénes son esos? —pregunta Guadalupe señalando a varios tipos que están en dos camperos al frente de la taberna.

— Son amigos —dice uno de los guardaespaldas—. Los enviaron para cuidarnos.

Entonces no se preocupan y buscan un taxi para irse a dormir. Apenas doscientos metros más abajo los camperos se le adelantan al taxi; van demasiado rápido.

— Eso no me gusta —señala Guadalupe.

— Qué va —dice uno de ellos—, es el viejo Willy.

Antes de cruzar una esquina los camperos están parados y atravesados en la vía. El taxi frena.

— ¡Retroceda! —le grita Guadalupe al chofer mientras saca su pistola, pero el conductor apaga el carro y se baja del vehículo.

— ¡Salgan con las manos en la cabeza! —les gritan—. Los guardaespaldas se bajan con los brazos en alto.

— ¡Es una trampa!, —responde Guadalupe—. Caldo Flaco no lo piensa dos veces y sale disparando e hiere al primero de ellos.

Las ráfagas se suceden al instante; son interminables. Las balas entran por todas partes y el vehículo queda completamente perforado, los vidrios destrozados. Caldo Flaco apenas si alcanza a tocar el piso y cae ahí al lado de las ruedas. Guadalupe no atina siquiera a moverse del lugar. Todavía está sentado, recostado contra el espaldar cuando los hombres le siguen disparando.

Glosario

- Alcaraván: Pájaro.
- Araguato: Mono colorado, aullador.
- Bayetón: Ruana o tela para abrigarse
- Bucare: Árbol de la región
- Bijao: Arbusto de hojas anchas, las que sirven para envolver comida.
- Cachilaperos: Ladrones de reses.
- Cachilapo: sujeto que se dedica a cachilapiar.
- Caballiceros: peones que cuidan los caballos en los hatos.
- Café cerrero: Café que se hace con agua y sin azúcar pero no se cuele.
- Camarita: trato verbal que se dan entre camaradas.
- Camoruco: Árbol frondoso.
- Cañaguata: Árbol frondoso de la región
- Conuco: Rancho con un sembradío.
- Conuquero: El que vive en un conuco.
- Corinche: peón.
- Corocora: Garza roja
- Cotizas: Especie de alpargatas.
- Curiara: Canoa, embarcación pequeña.
- Chicuario: Pájaro.
- Chulavitas: Bandas de asesinos, que se dice fueron armados por el partido conservador en el poder.
- Chusmeros: Gente de la chusma. Bandidos.
- Chirrinche: Aguardiente llanero
- Chinchorro: En este caso su significado es el de una hamaca fácil de cargar, que es usada para dormir en el monte.
- Gorreto: Pato
- Gras: revólver hechizo de un solo tiro.
- Guarulo: café hecho con panela.
- Güereres. Pájaros nocturnos que vuelan en la oscuridad.
- Joba: Fruta silvestre
- Macupay: Palma
- Mamona: Carne tierna de becerros de menos de dos años de edad.
- Mararabe: Palma
- Morichal: Conjunto de palmas de moriche.
- Orejano: Ganado sin marca.
- Pasitrotero: animal de paso llano
- Patones: Forma despectiva para tratar a los policías.
- Pisillo: envuelto de carne o pescado.
- Quimbo: Armadillo
- Silbador: Pájaro de mal agüero
- Topochos: Especies de plátanos que se constituyeron en uno de los principales alimentos de la región.
- Tolvanera: Polvareda

Torrejas: envuelto de yuca

Vegueros: Labriegos que cuidan una vega del río y allí cultivan.

Zamuros: Gallinazos.